Peña Amaya
La lucha de los cántabros contra el poder visigodo
PEDRO SANTAMARÍA

Año 572. Hace un siglo que el Imperio Romano de Occidente ha caído y más de ciento cincuenta años desde la irrupción de los bárbaros en Hispania. Pese a las constantes guerras Cantabria, un país diminuto, se mantiene independiente en parte gracias a la inexpugnable ciudad de Amaya, lugar donde se reúne su Senado.

Después de sus exitosas campañas contra los bizantinos en el sur peninsular, el rey visigodo Leovigildo sitia la ciudad rebelde de Corduba. Pero su ambición va más allá: el monarca pretende unir toda Hispania bajo sus leyes y, para ello, deberá marchar con sus huestes hacia el norte de la península.

Tomás, un joven cántabro que en otro tiempo fue guerrero, ha abrazado la verdadera fe y se ha unido a Emiliano (San Millán), hombre santo cuya fama se extiende por todo el norte peninsular. Este, en un sueño turbador, verá la destrucción de Amaya y elegirá a Tomás para que lleve la palabra de Dios a los cántabros, paganos en su mayoría, como única garantía de salvación.

Tomás tendrá que enfrentarse a su pasado y a su hermano mayor, Necón, que será el encargado de defender Amaya, y con ella toda Cantabria, del ataque visigodo.

Pedro Santamaría, con su habitual prosa fluida, nos presenta un relato heroico cargado de acción, que reflexiona sobre los límites del amor y la resistencia.

Pedro Santamaría

Peña Amaya

ePub r1.0
Titivillus 16.10.2019

Título original: *Peña Amaya*
Pedro Santamaría, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A mi madre.

Regni Francorum
Cantabria
Vascones
Narbo
Lucus
Pompelo
Asturica
Bracara
Pallantia
Caesaraugusta
Regnum
Suevorum
Sabaria
Salmantica
Barcino
Regnum
Gothorum
Tarraco
SPANIA
A.D. 572
Egitania
Emerita
Toletum
Valentia
Corduba
Hispalis
Carthago
Spartaria
Provincia
Spaniae
Malaca
Septem
©Yeyo Bilbao

Religioso es todo lo que nos impide hundirnos, toda mentira que nos protege contra nuestras irrespirables certezas.

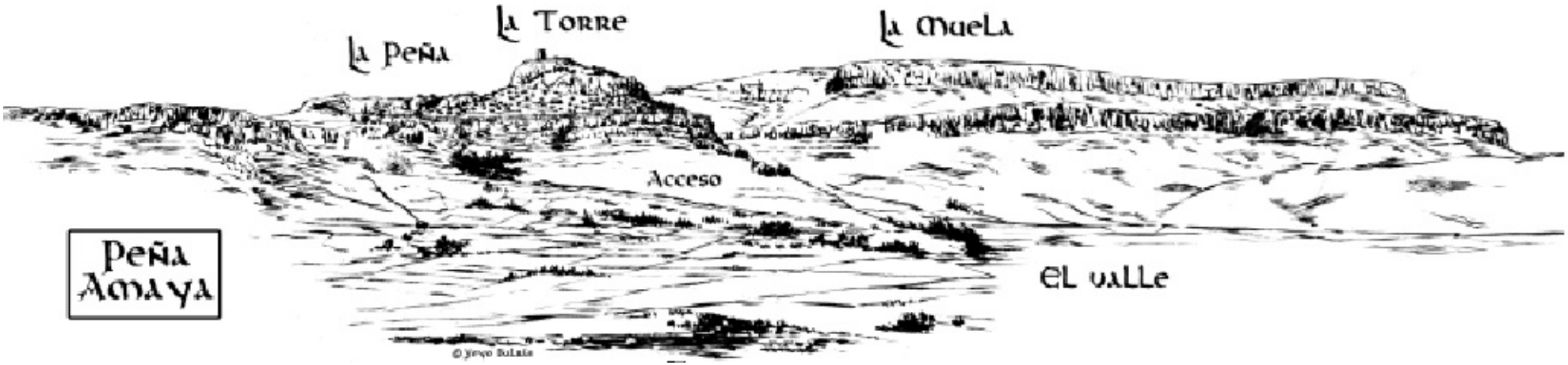
E. M. Cioran

Creer significa admitir algo como verdadero. Creemos cuando damos nuestro asentimiento definitiva e incuestionablemente. Una opinión no es una certeza. La fe implica certeza.
Pero no toda certeza es fe. No digo que creo algo cuando lo veo y comprendo claramente. El tipo de conocimiento que se refiere a hechos que puedo percibir y demostrar es comprensión y no creencia.
Habiendo tantas cosas en la vida que no comprendemos, y tan poco tiempo libre para comprobarlas personalmente, es fácil ver que la mayor parte de nuestros conocimientos se basan en la fe.

G. K. Chesterton

No heredamos la tierra de nuestros padres. La tomamos prestada de nuestros hijos.

Proverbio.


La Peña
La Torre
La Muela
Acceso
El Valle
Peña Amaya

PRÓLOGO

Desde lo alto, el mundo entero parecía estar a los pies de Amaya. Aquel poderoso baluarte de escarpadas pendientes, coronado por una extensa planicie, se erguía como un coloso dominando una vasta llanura que los ojos no llegaban a abarcar.

Ese mundo que yacía a sus pies cambiaba de una forma lenta y a la vez vertiginosa. Cantabria, acosada por pueblos poderosos, mantenía un inestable equilibrio; como la roca que, erosionada en su base por el constante efecto de las aguas, parece estar a punto de caer, pero no lo hace.

Generaciones atrás, los bárbaros habían desbordado las fronteras del Rhin. Las hordas invadieron un Imperio Romano débil y decadente que, moribundo, se retorcía en su propia ponzoña. A Hispania llegaron desde remotos lugares suevos, vándalos y alanos, ávidos de sangre y botín, portadores de un destructivo legado que lo arrasó todo a su paso. En Cantabria, ciudades y valles se abandonaron ante la amenaza. Las cumbres volvieron a poblarse, a fortificarse, al tiempo que los bosques devoraban unos caminos antaño transitados por comerciantes y dignatarios.

Nadie en Peña Amaya, por viejo que fuera, recordaba tiempos que no hubiesen sido turbulentos, o un año en el que no se hubiera temido por el siguiente. Al calor de las hogueras, donde la madera chascaba al ser consumida por las llamas, los ancianos contaban historias sobre el agónico fin de un mundo que, ahora, se antojaba ideal. Un mundo en el que las guerras se libraban lejos; un tiempo en el que el hambre no existía y reinaba la justicia. De aquel remoto pasado imperial procedía una última orden que se guardaba, olvidada ya, en algún lugar de Peña Amaya: un mensaje del emperador Honorio al tribuno de la Cohorte Celtíbera, acantonada en Iuliobriga. Aquel documento exhortaba a los cántabros a organizarse en torno a las escasas tropas y a resistir hasta que la situación y el poder de Roma hubiesen sido restablecidos. El mensaje, amarillento y ya casi ilegible, llevaba allí, en un arcón, más de ciento cincuenta años.

Abandonados a su suerte por el Imperio, los cántabros habían elegido la inexpugnable Amaya como centro de reunión para hombres principales provenientes de los siete valles. Terratenientes, jefes y caudillos de los diferentes clanes se dieron a sí mismos el nombre de Senado.

Lo que en un principio supuso una medida provisional por parte de los cántabros para unirse y así poder defenderse de las constantes expediciones e intentos de conquista bárbaros, acabó por convertirse en lo que algunos llamaban República. Muchas fueron las batallas que se libraron, muchos los que murieron a lo largo de los años defendiendo la tierra de sus antepasados. Y muchos los que, al volver a sus

hogares, encontraban su cosecha malograda, sus reses desatendidas y a sus familias hambrientas. Por eso, cuando las fauces del hambre se enseñoreaban de la tierra, los cántabros descendían a la rica meseta que se encontraba a sus pies para así abastecerse de cara a los crudos inviernos.

Cuando no eran ejércitos, eran emisarios francos, suevos o godos los que se presentaban ante el Senado de los cántabros escondiendo, tras amables palabras de concordia, amenazas de conquista. Aquellos emisarios exigían de tal forma que parecían estar dando protección a cambio de lealtad, con una mano tendida en señal de amistad y la otra aferrando la empuñadura de la espada: la sumisión a cambio de alejar el mal de la guerra; un mal que, para aquellos hombres, era desde siempre una forma de vida.

Hoy eran los suevos quienes, comandados por su rey Miro, intentaban abrirse paso desde el oeste y sojuzgar las agrestes montañas de los cántabros. Los suevos, antaño devastadores y casi dueños de toda Hispania, encajonados ahora —y desde hacía tiempo— en su reino de la Gallaecia, agredían a un enemigo débil para aumentar su territorio y acercarse así a los reinos francos de la Galia, sus aliados naturales ante el creciente poder de los godos en la península.

Tan pronto como las intenciones del rey suevo fueron conocidas en Amaya, se enviaron jinetes en todas direcciones para reclamar la presencia de caudillos y notables; terratenientes que, dada su riqueza, eran capaces de alimentar y armar a hombres que les habían jurado obediencia. En menos de diez días la asamblea se había reunido y, aunque algunos en las airadas sesiones abogaran por la sumisión y el parlamento, la mayoría se habían decantado por plantar cara al invasor aun a sabiendas de que, se ganase o se perdiese, Cantabria quedaría, de nuevo, hambrienta y debilitada. La batalla contra los suevos sería difícil. Imposible, quizá. Pero ¿no había sido así siempre? ¿Acaso no habían detenido los cántabros a enemigos más poderosos?

El Senado, tras respaldar las vehementes palabras de Abundancio, contrario a someterse, aceptó el reto que suponía aquella nueva guerra y otorgó a Vadón, señor de la Kaórnika, el mando del ejército que plantaría cara al invasor. A pesar de que superaba los sesenta años de edad, aquel poderoso señor era capaz de poner en el campo de batalla a doscientos hombres de armas y contaba con el reconocimiento y el apoyo de muchos otros senadores que marcharían a su lado, aportando a su vez más hombres y vituallas.

Cerca de tres mil hombres habían partido con las primeras flores al encuentro de las huestes suevas. Nada se sabía de ellos. Todo estaba ya en manos de los dioses ancestrales, o de aquel Dios de los cristianos al que algunos de entre los cántabros ya veneraban.

1

La mañana era fresca y clara. Tomás se despidió de sus hermanos de fe y orientó sus pasos hacia el norte, hacia la antigua calzada que llevaba de Caesaraugusta a Segisama Iulia. Sintió una profunda tristeza al abandonar el plácido bosque en el que se había sentido uno con el Creador, el lugar donde su alma había encontrado por fin sosiego y paz. Ahora la voluntad de Dios lo llevaba de nuevo al confuso mundo de los hombres y lo empujaba, en contra de sus deseos, hacia el pasado del que había huido convencido de que el mundo debía de esconder otras verdades.

Una treintena de pasos y Tomás sintió la necesidad de abandonar la misión que le había sido encomendada, de volver con sus compañeros, de rogarle a Emiliano que enviase a otro en su lugar. No lo hizo. Pidió perdón al Todopoderoso por aquel impío arranque de egoísmo, agradeció con humildad la tarea que le había sido encomendada y siguió su camino.

Tomás era un hombre alto y recio, fuerte como un oso. Tres años de privaciones, trabajos, ayuno y oración habían adelgazado mucho al joven, dejando al descubierto, más si cabe, su fibrosa complexión. Vestía andrajos y llevaba consigo todo lo necesario para el viaje: la bendición de Emiliano, una vara de tejo, su fe y un crucifijo hecho a partir de dos pequeñas ramas que, colgado del cuello, bailaba antojadizo al compás de sus andares. Tardó dos horas en llegar al viejo camino embarrado, esquivando árboles, helechos, rocas y zarzas. Le acompañaba el cantar de los pájaros. Un sol cálido y luminoso se filtraba entre las ramas de los árboles y creaba jirones de luces y sombras sobre la hojarasca del suelo. Sus pies descalzos, callosos, insensibles, ennegrecidos, iban imprimiendo huellas en el suelo húmedo y esponjoso; huellas que desaparecerían pronto merced al tiempo. Como todo lo humano.

Sació el hambre de la mañana con unas setas que encontró en el camino. Al mediar el día, el bosque se abrió súbitamente ante él para dejar al descubierto la antigua calzada que recorría Hispania de este a oeste. La misma que lo había traído hasta allí tres años atrás y que lo llevaría de vuelta a la tierra que le vio nacer. Anduvo hasta el centro de la calzada, se detuvo para otear a poniente, a su destino. Suspiró. Ante él se extendía el recto e infinito camino. Desierto. Las hierbas y el musgo reclamaban huecos entre piedra y piedra. Las raíces de los árboles minaban los cimientos, ondulaban el camino haciéndolo irregular, amenazando con devorarlo todo lentamente, a lo largo de los años, de los siglos. El monje sintió un desbocado pálpito en el pecho, abrumado por el tiempo y el espacio, por la incertidumbre, por la duda. Cerró los ojos para orar y sosegarse, respiró profundamente y comenzó a andar

acompasando su marcha al sordo eco de los adoquines bajo su vara. Tardaría diez o doce días en llegar a su destino, con la ayuda de Dios.

Su paso firme y seguro no reflejaba el temor a reencontrarse con un pasado, no tan lejano, que casi había llegado a olvidar. Temía al fantasma del hombre que había sido; aquel Urbico, hijo de Vadón, señor de la Kaórnika. Aquel que había hecho suyos todos los pecados que, tal y como le había enseñado Emiliano, Dios Padre aborrecía. Urbico había sido un consumado pecador. Había sucumbido a la gula en todas esas fiestas en las que se veneraba a falsos dioses comiendo hasta vomitar y bebiendo hasta perder la razón. A la ira, cuando abandonaban las montañas para saquear las aldeas de la meseta y aquellos que defendían su sustento con aperos de labranza se interponían en su camino. A la envidia, por haber deseado para él los bienes y la dicha de otros. A la avaricia, pues nunca se sintió satisfecho con lo que tenía. A la soberbia, por haberse considerado mejor, por origen y linaje, que aquellos que le rodeaban. A la tristeza, por saberse incompleto. Y a la lujuria, pues ¿a qué mujer no había deseado, ya fuese en su Kaórnika natal o en Amaya, cuando asistía a las reuniones del Senado con su padre?

No pudo evitar preguntarse qué habría sido en esos años de la sobrina de Abundancio, compañera de juegos de niñez, a quien, llegado el fuego de la pubertad, tanto él como Necón habían pretendido por su riqueza. Necón, el hermano al que tanto amó y envidió por ser el primogénito, el más respetado entre los hombres de su padre a pesar de su juventud, el más querido por todos. Con él había bebido y reído, con él había luchado derramando juntos la negra sangre que daba vida a sus miembros. Pero la admiración hacia el hombre y el amor hacia el hermano nunca disiparon un extraño poso de rencor que le hacía desear su muerte en cada enfrentamiento y, a la vez, sentir que sería capaz de dar la vida por él. Tales son los designios del maligno, que nos confunde y atormenta. Solo ahora, en su lento caminar, supo que la envidia había desaparecido hacía tiempo, que aquel impío sentimiento había sido reemplazado por la compasión hacia un hombre que, si aún vivía, estaría preso de sus pecados con el alma sumida en la oscuridad. Tomás se detuvo en medio de la calzada. Se arrodilló lentamente para rogar a Dios Padre por la salvación de su hermano, para que tuviese compasión de su alma si estaba muerto o para que le mostrase la luz si aún vivía.

El monje no se detuvo en exceso salvo a beber agua en un arroyo cercano. Cuando caía la tarde se apartó del camino para buscar raíces con las que llenar un estómago desagradecido. Horas después tuvo la fortuna de encontrar unas zarzas repletas de moras tan grandes como su pulgar. Comió lentamente, con mesura, dejando ese hueco en el estómago que, según decía Emiliano, nunca debía llenarse. No se molestó en recoger frutos para el camino, en primer lugar porque cabía la posibilidad de que alguien con más necesidad y hambre que él recorriese esa misma calzada pero, sobre todo, porque sabía que nada habría de faltarle si confiaba en el Señor.

Córdoba, agosto Anno Domini 572

«Acordaos de los cántabros, mi señor». Tales son las primeras palabras que oye el rey de los godos al comenzar el día. El rey asiente, a veces distraído, a veces meditabundo, otras con fastidio, y despide al hombre que se las susurra al oído con un leve movimiento de la mano, como quien espanta a una mosca. Esa es la única labor del siervo cuyo nombre nadie conoce, pues el resto del día come, bebe y retoza tan solo para aparecer de nuevo a la mañana siguiente y repetir su frase. Duques, obispos, condes, notables, suplicantes y cuantos en torno a la regia figura se reúnen, aguardan a que concluya ese extraño y fugaz ritual para, a continuación, abordar los asuntos del reino.

El asedio de nuestras huestes a Corduba entra ya en su cuarto mes.

Lejos queda, de esta magnífica ciudad que se extiende ante nosotros, aquella misteriosa República de los cántabros que el rey, por alguna razón, no quiere olvidar. Allí ni la luz de nuestro señor Jesucristo ni su vigorosa espada en la tierra, el rey Leovigildo, han llegado aún. Y no solo viven en las tinieblas sus almas, también la tierra misma, pues dicen que espesas nubes negras asfixian las elevadísimas cumbres de donde las nieves no se retiran jamás. Dicen que allí el sol no calienta, que el viento, cuando ruge, arranca bosques enteros y que la lluvia convierte los valles en pantanos. Dicen que sus peñascos albergan bestias prodigiosas descendientes del maligno, que sus moradores adoran a este a través de ídolos deformes y falsos dioses y que beben sangre de caballo para aumentar su fuerza y fiereza.

Creo que la primera vez que oí hablar de los cántabros fue hace tres años. El reino estaba sumido entonces en la confusión. Liuva, recién elegido rey, había asociado al trono a su hermano Leovigildo, pero eran muchos los que se oponían a que este ciñese la corona. Particularmente aquellos que habían sido leales al rey Atanagildo. Y entonces, con el reino al borde de la guerra civil y el pueblo inquieto, llegaron mensajeros del norte pidiendo socorro, pues los cántabros habían descendido de sus montañas; saqueaban la meseta entregando aldeas enteras a las llamas.

Leovigildo, incapaz de reaccionar, fue entonces tachado de rey débil y muchos nobles conspiraron en contra de su persona. Solo su matrimonio con la viuda de Atanagildo pareció calmar los ánimos. Eso y varias muestras de generosidad. Creo que fue a partir de ese momento que el rey decidió no olvidarse de aquel extraño pueblo del norte al que, algún día, ha jurado someter.

El rey ha ordenado que asista a sus Consejos y me pide que escriba. Poco he hecho en mi corta vida para ganar este favor, salvo serle cercano por sangre y haberme interesado por las letras desde la infancia y no por las armas; un favor que a otros, incluido mi padre, se les antoja castigo. No es propio de mi condición leer,

mucho menos escribir, pero si Dios así lo ha dispuesto y el rey así lo ordena, esta y no otra ha de ser mi tarea. He preguntado al rey la razón de su deseo, habiendo como hay gentes más capaces que yo para relatar lo que acontece en su reinado. Él tan solo ha dicho que escriba lo que merezca la pena ser contado, pues para alabanzas y lisonjas ya están los cronistas. Y es que a nada teme el rey de los godos, salvo a Dios y a los que dicen ser historiadores.

2

Con los últimos rayos, Tomás abandonó la calzada buscando un árbol al que encaramarse para descansar y protegerse de las alimañas y fieras del bosque. Conocía bien aquellos parajes, ya cercanos a su tierra. Despertaría con el sol para llegar a Amaya antes del anochecer del día siguiente. La luna llena, hermosa y blanca, decoraba el cielo concediendo algo de luz a la tierra. Miles de estrellas la acompañaban en su lento caminar por el firmamento. Era en momentos como esos, de quietud y soledad, en los que Tomás se sentía a la vez insignificante y grandioso. Una minúscula parte de aquel todo que era la creación de Dios, pero una parte, como decía Emiliano, indispensable para ese todo. Y también un todo en sí.

Lo despertó el chasquido de una rama. No había amanecido aún, pero el bosque, envuelto en niebla y ansioso por despertar, comenzaba a cobrar vida. Miles de pájaros saludaban gozosos el nuevo día. Tomás se desperezó. Dio gracias al Señor. También le pidió fuerzas para cumplir lo que se le había encomendado, templanza para mostrarse firme ante los que un día llamó hermanos y, sobre todo, fe. Descendió de su árbol y, de camino a la calzada, buscó algún fruto o raíz que llevarse a la boca.

Marchó durante horas sumido en pensamientos sobre lo que era y lo que fue. Cuando los recuerdos se volvían dolorosos oraba. Paso a paso.

Seguía siendo un guerrero, sí; pero ahora era un guerrero de Cristo. Su arma ya no era la espada, sino la Palabra y la fe. «Quien me sigue no anda en tinieblas», dice el Señor.

Un recodo en el camino, desde el que ya se divisaba Peña Amaya, le trajo el recuerdo de una matanza. Se dio cuenta de que a medida que se acercaba a su destino sus pasos cada vez eran más cortos y lo achacó, mintiéndose, al cansancio. Decidió sentarse en una piedra del camino desde la que a lo lejos se divisaba la inexpugnable fortaleza. Sintió una extraña felicidad melancólica al verla de nuevo y se quedó a observar cómo algunas gentes volvían andando a lo alto después de un día de trabajo en sus cultivos. Aquellos que subían saludaban a los que bajaban; gentes, estas últimas, que venían de las pequeñas granjas de la zona de intercambiar queso o carne por trigo o metal y que ahora regresaban a sus hogares. Supo que los cántabros se encontraban de nuevo en guerra, pues pocos eran los hombres que pudo distinguir en la lejanía. Cuando aquel puñado de personas fue desapareciendo y el sol empezaba a ocultarse, se quedó ensimismado viendo las innumerables y minúsculas columnas de humo que se alzaban hacia el cielo. Las lumbres comenzaban a dar calor a las cabañas y sabor a las comidas.

Los lejanos cascos de un caballo al galope, cada vez más audibles, sacaron a Tomás de su letargo. Un jinete pasó delante de él a toda velocidad, rumbo a Amaya, dejando tras de sí una estela de polvo que le hizo toser. Como si hubiese sido una señal, Tomás se incorporó para proseguir su camino hacia lo alto. La silueta del caballo se hizo cada vez más pequeña hasta desaparecer tras las puertas de la fortaleza.

Al lento caminar del monje le acompañó la paulatina desaparición de los colores. El día, moribundo, se convertía en noche cuando por fin llegó a diez pasos de las puertas, que aún permanecían abiertas. Era extraño, no había nadie de guardia.

Una ruidosa algarabía comenzó a envolver la ciudad. Tomás atravesó el umbral sin ser molestado y se detuvo. Fue testigo de cómo el jinete que lo había adelantado al galope aullaba, ebrio de victoria, mientras era coreado por mujeres, ancianos y niños. El ambiente fue colmándose con el sonido de flautas y tambores, mientras los cántabros agasajaban al jinete con pan, cerveza y abrazos. Tomás permaneció alejado del tumulto, observando aquella explosión de júbilo con las puertas abiertas a sus espaldas.

No era difícil adivinar que los cántabros celebraban una recientísima victoria, las nuevas de la cual era portador aquel jinete. Pero para Tomás aquella escena resultaba algo más; parecía una señal. ¿Acaso el Sumo Hacedor le daba a entender que su piadosa misión tendría éxito? Así lo percibió dentro de sí; las puertas de Amaya francas a su llegada y las gentes felices.

No le fue fácil abrirse paso a través de aquella muchedumbre exaltada para buscar la casa del senador Nepociano y su esposa Proseria. A ambos había poseído el maligno años atrás y fueron llevados ante Emiliano quien, tras dura lucha, logró extirpar al inmundo enemigo de sus cuerpos. El matrimonio, agradecido, alabó al Señor y abrazó la fe verdadera. A ellos debía dirigirse primero, pues así se lo había encomendado Emiliano. La eterna gratitud del senador y su esposa hacia el eremita suponía que quien dijese venir en su nombre fuese atendido como un hijo.

Sabía dónde vivían, no en vano Nepociano era un respetado miembro del Senado de los cántabros y había empuñado las armas en su juventud al lado de Vadón, el hombre al que Tomás, en su día, había llamado padre. Un escalofrío recorrió el espinazo del monje al pensar en Vadón, señor de la Kaórnika, y en la reacción de este cuando viese a su hijo convertido en lo que él más odiaba. Aquel guerrero fuerte y rudo, apegado a la tierra de sus antepasados, aferrado tan solo a las realidades que podía ver y tocar, era el fiel reflejo de lo que hubiera sido Tomás de no haber escapado a tiempo.

Por un momento creyó que pasaría inadvertido entre la muchedumbre. Reconoció algunas caras en su lento caminar. Pero aquella jocosa algarabía, que festejaba una victoria, fue convirtiéndose en silencio a medida que avanzaba. Pronto se dio cuenta de que era el centro de todas las miradas, que el gentío se apartaba a su paso para

mirarlo de arriba abajo. También él, tiempo atrás, había mirado así a otros que decían venir en el nombre del Señor.

Lejos de detenerse, siguió caminando ante decenas de ojos inquisitivos. Una piedra le impacto en la frente, luego otra en brazo y otra más en la pierna. Una tormenta de piedrecillas, acompañada de los gritos de una jauría de chiquillos, comenzó a aguijonarle el cuerpo mientras caminaba. Ningún adulto hizo ademán de interrumpir aquel estallido de cólera infantil. Tomás tuvo que detenerse para cubrirse la cara ante el incesante chaparrón de pedradas y amenazas; se arrodilló para protegerse mejor el cuerpo hasta que, de pronto, la joven voz de una mujer que corría hacia él, se alzó por encima de los chillidos.

—¡Dejadlo en paz! ¡Malditos niños!

La tormenta se detuvo de inmediato.

—¡Que nos dejen en paz ellos y que vuelvan a sus madrigueras! —gritó uno de los ancianos mientras palmeaba aprobatoriamente a un jovenzuelo—. Esos andrajosos no traen más que problemas.

Las gentes se dispersaron lentamente para proseguir con lo que fuera que estaban celebrando, volvieron a sonar flautas, tambores y antiguos cánticos paganos de victoria. La mujer ayudó a Tomás a levantarse.

—No les hagas caso —dijo suavemente—, el miedo siempre es intolerante.

—Gracias, hermana, que Dios te lo pague.

—¿Urbico?

—¡Vadinia!

Córdoba, septiembre A. D. 572

Hoy el día es claro y caluroso, pero todos sabemos que el verano se apaga lentamente. Ante nosotros se alza Corduba, la rebelde, majestuosa y desafiante. En sus antiguas murallas parece mantenerse intacto el vigor de los romanos que las levantaron.

Durante los últimos dos años el rey ha guerreado por las tierras de la Bética, derrotando una y otra vez a los imperiales de Constantinopla y reduciendo el territorio que estos ocupan, desde tiempos del emperador Justiniano, en el meridiano hispano. Corduba, a la que Leovigildo llama la llave del sur, ya no puede esperar ayuda imperial. Hace un mes, el último ejército que venía en su socorro fue sobornado por el rey para que abandonase la lucha. Las negociaciones se cerraron cuando los rebeldes ya divisaban los estandartes a lo lejos. El júbilo que llegó hasta nosotros desde las murallas envolviendo la ciudad fue efímero y la más profunda desesperación se cernió sobre los cordobeses cuando los imperiales dieron media vuelta cargados de oro y deshonor.

Ante estos muros colosales fracasaron los que precedieron a Leovigildo, pero la ciudad se debilita día a día. Cada noche, con más frecuencia, hombres famélicos y sedientos desertan para suplicar la clemencia del rey, ofreciendo fidelidad e información a cambio de un mendrugo de pan. Cientos de columnas de humo negro se elevan al cielo tras las murallas, señal inequívoca de que sus habitantes no se arriesgan a enterrar a sus muertos por miedo a las pestes. Solo Dios sabe de las penurias que acontecen allá desde que el cerco fue completo. Y, sobre todo, desde que el rey ordenase verter al río los cuerpos de cientos de rebeldes que ahora emponzoñan el agua de la que se nutría la ciudad y mandase derribar secciones enteras de los tres acueductos que la suministraban. Por las noches los llantos de las mujeres llegan hasta nosotros. Ya ningún defensor parece tener fuerzas suficientes para aullar insultos desde lo alto. Hace días que no se ordena un asalto. El sol castiga. Esperan. Esperamos.

3

Amaya se desperezó impaciente por recibir a sus hombres victoriosos. El día era plomizo y gris, las nubes llegaban sucias del norte. Llovería en cualquier momento, se olía en el aire.

El estrecho perímetro que daba al acceso oeste se vio abarrotado por mujeres y niños que observaban, expectantes y jubilosos, la nube de polvo que, cada vez más próxima, se divisaba en el horizonte. A la alegría por el retorno se unía la incertidumbre. Madres y esposas sabían que muchas de ellas pronto llorarían la muerte de hijos y maridos, al tiempo que otras abrazarían a los supervivientes colmadas de felicidad. Todas ansiaban salir de su creciente incertidumbre cuanto antes e intentaban adivinar por el color de un caballo o la forma de un penacho si aquel al que esperaban estaba vivo. Todas, incluida Vadinia, buscaban un hueco entre las cabezas apelotonadas.

Algún viejo, sin deseo de moverse, aguardaba bajo el umbral de su cabaña mientras que los senadores que no habían partido a la guerra esperaban a las puertas de la ciudad. Salvo por unos niños que jugaban a ser guerreros y un puñado de ancianas cansadas, que no tenían ya a quién esperar, las calles estaban desiertas. Tomás observaba el tumulto desde la distancia. Solo veía espaldas. Cuántas veces, de niño, se había encaramado impaciente a las murallas para ver llegar a su padre por aquel mismo camino. Y cuántas veces, blandiendo armas de madera, había jugado a ser guerrero con su hermano y con otros chiquillos.

Nadie había vuelto a molestar al monje en los tres días que llevaba allí, pues pronto corrió la voz de que aquel monje no era otro que Urbico, hijo de Vadón, al que el demente de Emiliano había sorbido el seso. Las gentes de Amaya cuchicheaban a su paso y las madres apartaban a sus hijos cuando él se acercaba a hacerles alguna carantoña, como si fuese portador de una extraña enfermedad. Nadie le apedreaba, pero tampoco se dirigían a él, salvo el senador Nepociano, quien lo había alojado en su casa y lo trataba con amabilidad. Al menos una parte de la misión de Tomás, la de reunir al Senado de los cántabros para la siguiente Pascua, no resultaría difícil; Nepociano había prometido convocar a los notables para escuchar las palabras de Emiliano. Al fin y al cabo, decía el senador, todo se lo debía al santo hombre.

Cuestión diferente era hacerse escuchar por aquel pueblo de naturaleza desconfiada y acercarles la Palabra del Salvador. Qué cansado y desalentado se sintió Tomás aquel tercer día. Aunque pronto irrumpieron en su mente las balsámicas palabras de Emiliano para devolverle el ánimo: «Bueno es que nos sucedan cosas adversas y vengan contrariedades, para que nos conozcamos desterrados y desnudos

y no pongamos nuestra esperanza en cosa alguna del mundo sino en Dios. Bueno es que padezcamos, que nos juzguen mal aunque obremos bien, pues estas cosas ayudan a la humildad y nos defienden de la vanagloria».

Tomás se tocó la herida en la sien; aún le dolía aquella pedrada. En las escasas dos horas que había pasado con Vadinia la tarde que llegó, ella había sido un torrente de preguntas. No aguardaba a las respuestas, pues no solo quería saber. También quería que Tomás supiese. Se alegraba de tenerle a su lado después de tanto tiempo. «Perdimos la esperanza de volver a verte». «¿Cómo es ese Emiliano?». «Mi hermana ha dado a luz». «¿Tienes hambre?». «Murió la abuela Honoria»†. «¿Has vuelto para quedarte?». Todo lo supo Tomás en poco tiempo. También supo que ahora eran parientes, pues se había casado con su hermano Necón en primavera, antes de que los hombres partiesen a la guerra. Era a él, pues, a quien esperaba ansiosa encaramada a las murallas. ¿Sintió Tomás celos, o dicha por ambos? Oró a Dios para que bendijese aquella unión y pidió perdón por desear fugazmente que su hermano y su padre no volvieran.

Vadinia fue la primera de todas en gritar de alegría, en aullar un nombre. Él llegaba encabezando la columna, con la expresión severa, balanceándose suavemente al pausado ritmo de su montura a medida que ascendía por el empinado camino. No buscaba un rostro entre las mujeres. Muchos de los que le seguían ya saludaban, pero él parecía sordo a los vítores. Un centenar de jinetes encabezaban la marcha y, tras ellos, casi dos mil hombres a pie. Más atrás las carretas arrebatadas a los suevos y, cerrando la marcha, otros dos o tres centenares de jinetes. Necón se detuvo ante las puertas francas de Amaya, a dos pasos de los senadores. A sus espaldas se fue deteniendo el resto de la columna que serpenteaba camino abajo. Desmontó de un salto. Parecía cansado. Saludó con una leve inclinación de la cabeza mientras Abundancio, el más principal de los senadores, se acercaba a él para tomarlo de los hombros y besarle las mejillas.

—Bienvenido, Necón, hijo de Vadón. Amaya te recibe jubilosa y agradecida. —El senador observó al hombre.

Necón le hizo entrega a Abundancio de una cadena. De ella colgaba una placa hueca y dorada con la inscripción «TRIB COH CELT». Aquella viejísima placa de arcano significado, a cuyas letras aún se aferraban algunos restos de sangre, era símbolo entre los cántabros del mando supremo de las tropas en tiempos de dificultad. El metal cayó pesadamente en manos del veterano senador. Este asintió con sobriedad antes de volver a dirigirse al guerrero.

—Tu padre fue un gran hombre, un buen amigo y un justo señor en sus tierras. Suya y de nadie más es esta victoria sobre nuestros enemigos. Lloramos contigo. —Necón permaneció impasible—. Sé que al ocupar su puesto en el Senado serás digno de él.

Los senadores se apartaron a un lado para que la columna siguiese su camino hacia las entrañas de la fortaleza. Observaban satisfechos la comitiva mientras

sonreían como padres orgullosos. Pronto resonaron alegres las flautas y los tambores. Con paso lento, el nuevo señor de la Kaórnika atravesó las puertas seguido de su caballo; las bridas colgaban describiendo un arco. El animal, acostumbrado a los ecos de la batalla, se mostraba manso e impasible ante el ruido, siguiendo a su dueño y señor.

Muchas mujeres descendían ya de las murallas y desbordaban los flancos de la columna, irrumpiendo en ella como una marea desbocada. A punto estuvo Necón de caer al suelo ante el impetuoso salto de su joven esposa, que se le aferró al cuello con las manos y a la cintura con las piernas, devorándolo a besos, diciendo una y otra vez su nombre. Solo unos labios gélidos e inmóviles consiguieron detener aquel torrente de afecto. Ante la fija mirada del guerrero, Vadinia comprendió. No hicieron falta palabras. Con una mano le acarició la mejilla y se puso a su lado para proseguir con él el camino a casa. Le abrazó la cintura. El apasionado recibimiento con el que Vadinia había soñado tendría que esperar, aquella noche no gemiría de placer. Guardó silencio en medio de la alegre algarabía que les rodeaba. Necón tardó en hablar.

—Tuvo una buena muerte —asintió el hombre—. Una buena muerte —susurró.

—¿Cómo fue?

—Murió al tercer día, rodeado de enemigos, a orillas del Salia[1]. Fue todo muy confuso. Nos situamos en extremos opuestos del campo de batalla. Me lo contaron después, al caer la noche, cuando nos retiramos. Sus compañeros murieron con él. Volvimos al lugar días más tarde, persiguiendo a los suevos en su retirada. Recorrí el campo. Hedía. No fue fácil encontrarlo en aquel bosque de cuerpos entrelazados y mutilados. Lo reconocí por su armadura. Las fieras del bosque, la lluvia y las moscas ya estaban dando buena cuenta de los cadáveres. Del suyo también. Recogimos todo lo que pudiese ser de valor, las armas principalmente. —Necón suspiró—. Dejamos los cuerpos de los suevos allí, para que sirvan de abono a la tierra que han pretendido someter. A los nuestros los incineramos.

—Era un gran hombre —murmuró Vadinia.

—Ahora Epona lo guiará más allá de las Puertas. Allá donde luchan los antepasados por preservar el orden de las cosas.

—¿Dónde están Boddo, Cassio y los demás? ¿Están bien?

—Boddo y Cassio están bien. Vienen en retaguardia. Magilo murió de sus heridas ayer, Cado cayó el primer día y Arreno al cuarto. Doidero y Alio también salieron ilesos, salvo por algún rasguño. Han muerto muchos, Vadinia, pero estamos a salvo. No creo que vuelvan.

—Quizá te alegre saber que Urbico está aquí.

—¿En Amaya?

Ella asintió. Sabía que la noticia supondría un pequeño rayo de luz en el ánimo del guerrero. Necón no pudo evitar detenerse, aferrar a su esposa por los hombros y mirarla fijamente. De repente tuvo prisa por llegar a la cabaña que ocupaban durante sus estancias en Amaya.

—Espera. —Necón se detuvo—. Tu hermano no quiso quedarse en casa. Se hospeda con el senador Nepociano. —Necón frunció el ceño—. Tenía asuntos que tratar con él, me dijo. —La joven hizo una severa pausa—. Urbico ha cambiado, Necón.

No había terminado de hablar cuando Tomás apareció tras ella y se detuvo a unos pasos. Necón lo examinó durante un instante, de arriba abajo, extrañado por su miserable apariencia. Soltó las bridas de su montura y se plantó ante él para abrazarlo con fuerza. Tomás notó las frías anillas de la cota de malla contra su pecho y el calor del abrazo de su hermano. El pomo de la espada le golpeó el costado. Ambos sonrieron cuando Necón le aferró de los hombros para observarle más de cerca.

—¡Dijiste unos días, hermano!

—Y unos días han sido.

—¡Tres años! ¡Estás famélico! ¡Mírate! ¡Pareces uno de esos locos cristianos que viven en cuevas y vagan por ahí diciendo sandeces!

—Soy uno de esos locos, hermano. —Aquella respuesta de Tomás, dicha con una suave sonrisa, despertó una mueca de asombro.

—¿Tú, cristiano? Te burlas de mí.

—No, hermano. No me burlo.

—Bueno, no importa, ya se te pasará. —Necón rio complacido, palmeó la espalda de su hermano con fuerza y lo tomó del brazo para guiarle a la vivienda. La felicidad por el encuentro fue fugaz—. Padre ha muerto, Urbico.

—Lloro contigo, hermano —repuso Tomás gélidamente.

—Ven. Vayamos a casa. Comamos hasta hartarnos, charlemos hasta quedar afónicos, bebamos hasta caer desplomados, cantemos a la victoria y lloremos a nuestro padre. Hemos derrotado a los suevos, hermano. Padre está camino de las Puertas. Él hubiera celebrado ambas cosas. Tu presencia aquí es una señal de los dioses. Juntos de nuevo podemos hacer grandes cosas.

—No comeré ni beberé hasta hartarme, pero os acompañaré a tu casa si tal es tu deseo.

La cántabra palmeaba el cuello del caballo, que resoplaba agradecido. Este reanudó la marcha de repente, siguiendo a los dos hermanos que ya se habían adelantado unos pasos sin que ella se percatara ni ellos llamaran su atención. Necón hablaba mientras caminaba. Vadinia, junto al animal, los siguió a casa.

No era una gran morada, pero era cómoda. La estructura era rectangular, sencilla. Bloques de piedra de diferentes tamaños servían de soporte a la madera y la arcilla que, a partir de la altura de la rodilla, subía hasta un techo de escoba. Varios de los bloques lucían antiguas inscripciones, la mayoría borradas por el paso del tiempo, alguna aún legible, como la que servía de soporte a la puerta y que rezaba: «TER AVGUST DIVIDIT PRAT LEG IIII ET AGRUM IULIOBRIG». En el centro las llamas consumían la leña bajo un caldero de bronce cuyo contenido, ya en ebullición, olía a niñez.

Era el lugar donde se alojaban cada vez que los hombres principales se reunían en Amaya. Aquel reducido espacio de cuatro paredes, dividido en otras tantas estancias, guardaba en sus rincones innumerables recuerdos: peleas entre dos niños que sueñan con ser guerreros; enfados pueriles que amenazaban con destruir el vínculo de la sangre para luego convertirse en lazos más estrechos aún; jugar a esconderle los aperos y utensilios a la siempre vieja Anna mientras esperaban a un padre eternamente ausente y añoraban a una madre que, cuando ellos iban a Amaya para aprender a ser hombres, se quedaba en la Kaórnika.

—¡Anna! —rugió Necón al entrar en la casa, seguido de Tomás y Vadinia. Una silueta encorvada emergió de las sombras.

—¡Mi niño! —Anna y Necón se encontraron a mitad de camino, al lado de la lumbre. Necón se agachó para recibir varios besos de la anciana mujer que, desde niños, y a falta de su madre, se encargaba de ellos cuando se encontraban en Amaya.

—Huele que alimenta. Ya me extrañaba que no hubieras salido a recibirme.

—Mis dos niños juntos de nuevo, después de tanto tiempo… —La anciana no pudo contener dos lágrimas cuando tomó una mano a cada uno y las juntó con las suyas, arrugadas y moteadas, siempre frías—. Tu padre sabrá apreciar esta comida. Le esperaremos, se habrá entretenido con los senadores —dijo al tiempo que daba media vuelta para coger un gran cucharón con el que remover el delicioso potaje.

—No volverá, Anna. Va camino de las Puertas.

La anciana no volvió el rostro y siguió removiendo. Un suspiro dio paso a un quedo sollozo.

—¿Murió como deseaba? —dijo al fin.

—Sí.

—Bien —asintió—. Que los dioses inmortales lo guarden.

Se hizo el silencio, solo interrumpido por el rumor de miles de voces que recorrían el castro, ebrias de cerveza y victoria, y las sencillas melodías arrancadas a las flautas. Vadinia y los dos hermanos se sentaron en banquetas alrededor del fuego mientras Anna les servía el guiso en unos cuencos. La leña chascaba de vez en cuando. El humo se iba filtrando por el techo.

—A ti te corresponde ahora ser servido el primero, Necón —suspiró la anciana, entregándole el humeante recipiente—, y a todos estar felices por la muerte de un gran hombre.

El nuevo señor de la Kaórnika, y ahora senador, tardó en percatarse de que se sentía incómodo. Se incorporó para desabrocharse el cinturón que lo oprimía contra la cota de malla y se deshizo de la espada, que Anna recogió en un instante. Un sonido metálico lo acompañó cuando volvió a sentarse.

—¿Hay cerveza?

—Sí, mi señor —repuso Anna con un respeto que hasta ahora solo reservaba para Vadón—. Y vino. Lo compramos hace un par de meses a un comerciante franco, de Burdigalia dijo que venía.

—Tomaré vino entonces. —No había vuelto la anciana del lado norte de la vivienda, donde se almacenaban los víveres, cuando Necón volvió a hablar—. Partiremos mañana de vuelta a la Kaórnika, cuando se haya repartido el botín. Los hombres de mi padre desean volver cuanto antes, las nieves pronto cubrirán los pasos. Deberías acompañarnos, hermano —comentó mientras hundía la cuchara de madera en el caldo para, acto seguido, sorber con deleite.

Tomás fijó la mirada un instante para observar a su hermano. ¿Era aquello una sugerencia o una orden? Necón bebió ávidamente el vino del cuenco y pidió más.

—Si así lo deseas… —respondió Tomás.

—¿No comes, hermano? —inquirió Necón, extrañado al ver que el monje entrelazaba las manos y cerraba los ojos para, a continuación, murmurar algo—. Yo ya he empezado —dijo cálidamente—. Adelante, puedes empezar. ¿Acaso has olvidado también nuestras costumbres?

—No, no las he olvidado.

Después de orar, Tomás comió lentamente mientras su hermano se servía otro cuenco de caldo y vaciaba de nuevo el tosco recipiente repleto de vino. A cada cucharada del monje, el guerrero engullía cinco. A cada sorbo de agua, un cuenco de vino. La sangre de Cristo dio alas a la lengua del guerrero que comenzó a relatar la reciente campaña. Vadinia escuchaba con respeto a su hombre, que gesticulaba al recordar una estocada o un blocaje de escudo e intentaba imitar con la boca el chocar de las armas. Vadinia se sació pronto. Tomás se guardó de no llenar del todo aquel hueco en el estómago del que siempre hablaba Emiliano.

—No creo que a ese maldito Miro se le vuelva ocurrir cruzar de nuevo el Salia —dijo Necón al concluir su relato—. Hubieras disfrutado viendo cómo corrían. —Soltó una carcajada ante un Tomás impasible—. ¿Qué te pasa? Antes disfrutábamos contando estas cosas.

—No me pasa nada, hermano. Te escucho.

—Sí, escuchas, pero no preguntas. Tus ojos no brillan al oírme. ¿Acaso no te alegras de nuestra victoria?

—Me alegro por vosotros.

—¿Vosotros?

—Pero también lo siento por ellos.

—¿Cómo puedes decir eso? —Necón frunció el ceño. Vació el cuenco de vino esperando una respuesta. Anna le sirvió de nuevo.

—Los suevos no dejan de ser hermanos de fe.

—Y nosotros de sangre.

—La sangre es algo accidental, una excusa para creernos diferentes a los demás. Pero todos somos hijos de Dios en la misma medida.

—Pues ese Dios vuestro no parece muy poderoso. ¿Por qué no les dio la victoria? ¿Eh? ¿Por qué?

—La voluntad del Todopoderoso no siempre se muestra clara a ojos de los hombres, pero todo tiene una razón y nada escapa a sus deseos.

—Así que no solo no te alegras, sino que además lamentas que hayamos expulsado a esos cerdos de nuestra tierra.

—Yo no he dicho eso.

—Pues lo parece. —Necón empezaba a mostrarse irritado—. Si padre estuviese aquí no dirías esas tonterías.

—Puede que Vadón me engendrase, como pudo hacerlo otro, pero yo solo tengo un padre y él no puede morir.

Necón se alzó de repente. Iracundo, estrelló el cuenco vacío contra el suelo para sobresalto de su esposa y la anciana.

—No te he oído decir eso, Urbico.

—No me llamo Urbico, sino Tomás. Urbico era un ignorante que se sentía poderoso por ser hijo de quien era; alguien cuya alma vivía en las tinieblas, que adoraba a falsos dioses, que disfrutaba derramando la sangre de sus semejantes y bebía sin conocimiento, a la espera de una luz que nunca llegaba.

—¡Por Epona!, ese loco de Emiliano te ha sorbido el seso.

—No, hermano. Ese hombre santo me ha mostrado la luz.

—Mañana partimos hacia la Kaórnika —sentenció Necón con aire severo para zanjar la conversación—. Voy a buscar mejor compañía. —Y con las mismas salió de la casa para mezclarse en el alegre jolgorio. Allí encontraría a sus compañeros de armas y reiría.

Vadinia se disculpó y salió tras él. Se hizo de nuevo el silencio, quebrado únicamente por el ruido de la leña al consumirse y por el rumor amortiguado de la fiesta en Amaya.

—Tu hermano te quiere, Urbico. —Anna se acercó al monje para acariciarle el pelo con una cálida sonrisa.

—Y yo a él, Anna. Por eso debo apartarle de la oscuridad. Si él me sigue, también lo harán los demás.

—Le debes respeto.

—No menos que a ti o a cualquier otro. Y no más del que me debo a mí mismo.

Córdoba, septiembre A. D. 572

El rey se muestra satisfecho. Puede que las murallas de Corduba sean de piedra, no así sus habitantes. Anoche llegaron a nosotros una treintena más de desertores. Están famélicos, sucios. Han sido conducidos al Real esta mañana y, ante todos los presentes, han relatado la desesperada situación que vive la ciudad, compitiendo entre ellos por complacer a Leovigildo con descripciones de muerte, hambre y miseria.

Al escucharles no he podido evitar preguntarme sobre el límite de la resistencia humana y por qué, una vez llegado a ese límite, e incluso habiéndolo dejado atrás, persisten en su actitud negándose a rendir la plaza. Por lo que parece, los defensores están divididos. Los notables temen la ira de Leovigildo si entregan la ciudad, pero parecen dispuestos a someterse si el rey muestra clemencia. En cambio, el obispo recela de los arrianos, condena nuestra fe como herejía y alienta desde el púlpito a la resistencia. Quienes no temen al Todopoderoso, temen al rey. No deja de ser curioso: si los godos somos herejes, ¿cómo es que Dios nos otorga el poder sobre esta tierra?

Antes de concluir los rebeldes su relato entre lamentos, un mensajero cubierto del polvo de toda Hispania ha solicitado audiencia y los desertores han sido desalojados a empujones al conocerse la procedencia del recién llegado. Al acercarse he podido comprobar cómo el sudor fresco que le brotaba de los poros se iba uniendo al viejo que ya había abierto minúsculos ríos sobre la suciedad incrustada en su cara. La noticia nada tiene que ver con la moribunda ciudad, proviene de las tierras del norte.

Con paso firme, acompañado por el rítmico sonido del hierro que le cubre, el mensajero se ha postrado ante el rey solicitando ser escuchado. No he podido evitar fijarme en sus góticas y bellas facciones: los ojos azules, los enmarañados cabellos largos y rubios, las cejas y el bigote poblado y una cicatriz desde la sien hasta la barbilla, de la que en su día debió manar la sangre rabiosa. El hombre no ha levantado la vista del suelo hasta que el rey, mostrándose inusitadamente expectante, le ha invitado a hablar. Se ha hecho el silencio. Un silencio impensable momentos antes.

—Los suevos han sido derrotados —ha dicho—. El rey Miro se bate en retirada con un ejército deshecho, mi señor.

El rey, por lo normal impasible, se ha mostrado sorprendido. Sin duda conocía la intención del suevo de invadir el país de los cántabros, pero no esperaba, ni por lo más remoto, tal resultado. Leovigildo ha querido saber detalles sobre la batalla.

—A orillas del río Salia —ha contestado el mensajero—. Los cántabros aguardaban al otro lado, emboscados en la espesura, esperando a que la mitad del ejército suevo hubiese cruzado mientras la otra mitad se disponía a hacerlo.

Leovigildo, asintiendo, ha vuelto a preguntar detalles.

—La batalla fue muy confusa, mi señor —ha respondido el recién llegado—. Salían de todas partes. El bosque mismo pareció cobrar vida. Sus estridentes alaridos de guerra cortaban el aire. Aquellos suevos que habían cruzado lucharon valientemente, pero pronto cundió el pánico entre ellos y, los que huían, comenzaron a chocar con los hombres que Miro enviaba a la refriega desde el otro lado del río. De repente, y sin saber cómo, el ataque cesó. Los cántabros se esfumaron.

El rey ha instado al mensajero a continuar.

—Los suevos cruzaron el río a la mañana siguiente, temerosos, pues tuvieron que sortear los cuerpos sin vida de los caídos el día anterior, presintiendo un ataque en

cualquier momento. Marcharon durante dos días sin encontrar rastro del enemigo. Al tercero, un torrencial aguacero impidió el progreso de las tropas. Los senderos embarrados se hicieron cada vez más estrechos, los bosques más frondosos y las peñas más altas. Los caballos hundían las pezuñas en el barro, las carretas quedaban atascadas y los hombres lamentaban su suerte. Fue entonces cuando aparecieron de nuevo, de madrugada, cayendo desde los cerros sobre la larga y estrecha columna. La confusión se apoderó de todo. Los suevos cayeron por centenares. Y, de nuevo, el enemigo se esfumó. Ante las protestas de los nobles, que lamentaban estar recibiendo daños sin poder causarlos, el rey de los suevos no pudo más que ordenar la retirada y, aún así, no cesó el acoso durante los cuatro días que duro la marcha hasta cruzar de nuevo el Salia. El camino está sembrado de cadáveres, mi señor.

El rey no ha pedido más detalles y ha despedido al mensajero tras ordenar que se le recompense generosamente.

4

—¡Y tanto que era humilde ese tal Jesús! Nacer en un lugar tan recóndito cuando podría haber nacido cántabro… —Necón soltó una carcajada ante su propia ocurrencia—. Y resulta que convertía el agua en vino, eso sí que es un poder extraordinario. Ahora bien, teniendo ese poder, no me extraña que lo dieran por muerto y que amaneciese tres días después en una cueva… A ver si lo adivino, ¿con un tremendo dolor de cabeza? —El señor de la Kaórnika rio con ganas—. Lo siento, hermano, pero no dices más que sandeces. Lo que me cuentas son historias para niños o para necios —protestó Necón después de haber dejado hablar a Tomás hasta hartarse.

Tomás había pedido perdón por su soberbia y ambos volvían a conversar.

A buen paso, siguiendo un trecho de la antigua calzada y luego a través de antiquísimas sendas que serpenteaban entre montes y bosques, era posible llegar a la Kaórnika desde Amaya en tres o cuatro días. Cinco, si hallaban los caminos embarrados; seis, si además llovía. Necón lideraba la marcha a lomos de su caballo *Taxus*.

Tras dejar su atuendo militar en una de las carretas, vestía una rica túnica blanca decorada con cenefas de un tono violáceo. Prendida con una fíbula redonda sobre el hombro derecho, el nuevo señor de la Kaórnika lucía una capa granate que reposaba sobre las ancas del caballo. Unos pantalones del mismo color le cubrían las piernas hasta perderse bajo las botas de cuero que le abrigaban los pies. A su lado caminaba Tomás con sus andrajos.

El monje se veía obligado a alzar la vista para dirigirse a su hermano. A veces, merced al sol, Necón se convertía ante sus ojos en una sombra. Tras ellos cabalgaba Vadinia, la única mujer de la comitiva, atenta a la conversación de los dos hermanos y deseosa de conocer la tierra de su marido.

—¿Qué te hace decir eso?

Unos pasos más atrás venían Boddo, Cassio, Doidero y Alio, los cuatro de la edad de Necón, amigos de niñez, compañeros de armas y hombres de confianza del nuevo señor. Les seguían otros diez jinetes y seis carretas de gigantescas ruedas tiradas por bueyes y repletas del botín arrebatado a los suevos. Tras estas, veinte jinetes más y unos cien hombres a pie cargados con escudo, lanza y espada. Una docena de jinetes cerraban la marcha. Los hombres cantaban felices.

Llévame de regreso a la Kaórnika,
Allá donde los bosques son frondosos
Y verdean los prados.
Volverás a la Kaórnika.
Y sentirás la lluvia nuevamente.
Y lavará tus penas.

Llévame de regreso a la Kaórnika,
Allá donde los bosques son frondosos
Y verdean los prados.
Cuando regreses volverá a llover.
Deja de lado el llanto y confía en la lluvia.
Ella alejará tus penas.

Volverás a la Kaórnika,
Allá donde los prados son tan verdes.
Te llevará la lluvia.

—¿Que qué me hace decir eso? —Necón le miró de medio lado y esbozó una sonrisa burlona—. Créeme, has perdido la razón. Deberías oírte. Resulta que ahora adoras a un hombre pobre, hijo de una adúltera, que nació en un estercolero; en un lugarejo llamado Judea. A saber dónde está ese sitio.

—¿Qué humildad hubiera podido mostrar el hijo de un hombre rico? Jesús se crio en la pobreza y la miseria y aún así habló con elocuencia a las muchedumbres y realizó milagros.

—Adoras a un bastardo. —Tomás negó como quien niega la irracional pataleta de un niño—. Yo te diré lo que pasó: la muchacha respondió a sus instintos, se tiró al herrero del pueblo y se quedó preñada. Luego, el marido amenazó con repudiarla y ella, como no sabía qué hacer, le aseguró que seguía siendo virgen, que la había visitado una paloma enviada desde los Cielos engendrando en ella al hijo de un dios. ¿Y sabes por qué se creyó eso el carpintero? —Necón no esperó respuesta—. Porque era un idiota.

—Te burlas de mi fe.

—Y tú llevas toda la mañana burlándote de mi inteligencia. ¿Cómo va a rebajarse un dios a amar a una mujer sin fortuna y probablemente sin belleza? ¿Y por qué esa y no otra? —Tomás negaba con la cabeza ante las blasfemias de su hermano pero ¿acaso no había sido Emiliano paciente con él?—. Si como dices todos somos hijos de Dios, ¿qué diferencia hay entre ese Jesús y yo, por ejemplo?

»Dices que el rey de aquel país ordenó la muerte de todos los infantes nacidos en esa misma fecha y que unos ángeles descendieron del Cielo para avisar a la adultera y al cornudo para que huyeran. Mientras tanto, morían miles de niños. ¿A eso le llamas piedad y misericordia? Y yo pregunto, ¿qué miedo ha de tener un dios a una espada? ¿O a la muerte misma? —Necón emitió un bufido de fastidio—. ¿No podría ese Dios tuyo haber fulminado al rey antes de que cursara la orden y salvar así al hijo del herrero sin que este tuviera que huir? —Tomás dejaba hablar a su hermano—. Luego vuelve del exilio y se le juntan doce hombres incultos, entre pescadores y mendigos, a los que convence de su divinidad.

»Te aseguro, hermano, que yo también podría encontrar a doce incautos que me escuchasen boquiabiertos si dijese palabras enigmáticas e incomprensibles como las que tú dices y les prometiese una vida eterna sin necesidad de entenderlas. Me hablas de curaciones milagrosas, de multiplicaciones de panes y peces. Es lo mismo que hablan de magos ambulantes y brujas, y no por ello se les dice hijos de ningún dios. Luego lo juzgan y es crucificado, de modo que esa cruz es el símbolo de vuestra fe. ¡Un símbolo de muerte y tortura! Pero ¿qué dios se sometería a un infame suplicio sin poder salvarse a sí mismo?

—Que no se salvase a sí mismo no quiere decir que no pudiera hacerlo de haber sido esa su voluntad. ¿No crees?

—Bien, te concederé eso. Pero ¿para qué?

—Él predijo su muerte y esta aconteció tal y como había predicho.

—Eso no prueba nada. De hecho, yo ahora mismo podría predecir mi muerte, decir que dentro de un año seré muerto a pedradas por los vascones, por ejemplo, ir a sus tierras a difamarles, injuriarles y acabar apedreado. Y no por eso me considerarían un dios, más bien un loco. A mí lo que me parece, por lo que cuentas, es que ese tal Jesús fue un criminal, un mago y un demente; y fue ajusticiado por ello. De todos modos, si es un dios, ¿qué validez tiene ese sufrimiento? Siendo un dios puede padecer lo que quiera, pues sabe que no se le puede hacer ningún mal.

—Él se encarnó como hombre para mostrarnos el recto camino y su sufrimiento es parte de nuestra enseñanza. Dios nos entregó a su único hijo como muestra de su amor. Podemos conocer a Dios, experimentarlo y amarlo por mediación de su hijo. Es a través de su palabra como alcanzamos la sabiduría. Y, siguiéndole, la vida eterna.

—¿Y debo entender que para acceder a esa vida eterna, un hombre debe convertirse en un mendigo? ¿Quién trabajaría la tierra? ¿Quién cuidaría del ganado? ¿Quién impartiría justicia si todos anduviésemos pidiendo un mendrugo de pan? Si como dices la voluntad de ese dios es que todas las almas se salven, ¿por qué tardó tanto en enviar a ese Cristo? ¿Y por qué no envió a cientos de Cristos? ¿Acaso los que vivieron antes de su nacimiento no merecían escuchar sus palabras? ¿Por qué no tienen todos los hombres la misma posibilidad de salvarse? No parece justo que ilumine tu alma y no la mía. Si es misericordioso y omnipotente, que me haga

cambiar de opinión aun en contra de mi voluntad. Aquí y ahora. —Necón miró al cielo desafiante.

—No es intención de Dios hacer tal cosa, porque su voluntad, ante todo, es que seamos libres de obra y pensamiento; que nos acerquemos a Él por propia voluntad. Para su salvación, un hombre debe convertir su alma en la morada de Dios a través de las siguientes virtudes: fe, verdad, amor y esperanza.

»De todos modos, hermano, todo esto no es un conocimiento que pueda explicarse solo con palabras. No es una cuestión de ver para creer, sino de creer para ver. Es después de una larga meditación cuando brota súbitamente como una chispa y se vuelve alimento del alma. Tan solo pido que escuches y veas.

—Bobadas.

Sin decir más, Necón hizo girar a su caballo para tomar el sentido opuesto a la marcha de la columna y recorrerla, como hacía de vez en cuando, de arriba abajo.

Vadinia azuzó un poco su montura para ponerse a la altura del monje.

—No creo que le convenzas. —La cántabra sonreía cálidamente desde lo alto de la montura, atraída por todo cuanto había oído decir—. Me parece mentira escuchar palabras tan bellas de tu boca. Has cambiado mucho, Urbico. ¿Qué fue de tu rudeza? ¿Dónde quedó el hombre orgulloso que eras?

—Sepultado bajo el milagro de bautismo. Llámame Tomás, te lo ruego.

—Si así lo deseas… —Vadinia se quedó pensativa, su mirada era diferente a la de días atrás; más inquisitiva, más dulce—. Has hablado de salvación. ¿De qué, exactamente, salva ese dios tuyo, Tomás?

—De las llamas eternas del Infierno, hermana.

Córdoba, octubre A. D. 572

«Toda fortaleza tiene un punto débil», ha dicho el rey. «Y suele ser de carne y hueso».

Corduba se postra ante nosotros y nos abre sus puertas, sumisa y derrotada. Como la mujer altiva que, harta de resistirse, se entrega dichosa, en contra de sus principios, a los más íntimos deseos de la carne, abandonándose a ellos, mostrándose más fogosa y complaciente que cualquier otra.

Las calles están abarrotadas de gentes jubilosas que gritan el nombre del rey. Festejan la entrada en la ciudad de nuestros hombres de armas y de las carretas que custodian. Carretas repletas de víveres para una población hambrienta. Más de un duque se ha opuesto a esta muestra de clemencia, pues sostienen que habría que pasar a todos los habitantes por las armas como ejemplo a otras ciudades que puedan albergar deseos de rebeldía. «Los muertos no pagan impuestos», ha dicho el rey zanjando la discusión. Tan solo cien cordobeses serán ajusticiados; los más ricos. Ellos son los que han incendiado los ánimos de la ciudad contra el rey. Sus bienes

serán confiscados, sus familias condenadas a la pobreza, sus tierras y siervos repartidos entre los nobles y sus riquezas entre la tropa.

¿Quién osa resistirse al poder de los godos? ¿Tú, suevo, que tiemblas en una esquina de Hispania al oír nuestro nombre? ¿O tú, romano, que llegas de Constantinopla apestando a orgullo? ¿Acaso tú, franco, valiente solo cuando estás borracho?

Volvemos a Toledo, triunfantes.

5

Avanzaban empapados y arrebujados en sus capas. Las pezuñas de los caballos desaparecían bajo el lodo y trituraban la tierra convirtiéndola en un barrizal. Los hombres desmontaban cuando el camino se hacía difícil para guiar a las valiosas monturas, aliviándolas así de la pesada carga que suponían sus cuerpos. En la mayoría de los casos, preferían quitarse las botas y hundir los pies desnudos en el fango viscoso y frío, antes que perder el precioso cuero a la succión de la tierra.

Las ruedas de las carretas se atascaban de vez cuando retrasando más aún la marcha. Había que asentar tablones bajo las inmensas ruedas, descargar el pesado botín arrebatado a los suevos, tirar de las bestias de carga que mugían impotentes, arrearlas con fuerza, y que una veintena de hombres empujasen para así poder proseguir la penosa marcha.

Sin embargo, no había tristeza en los corazones de aquellos hombres fuertes, pues cuando los elementos a los que estaban acostumbrados se ponían en su contra, cada paso era un triunfo y sabían que, a cada uno de esos pasos, su casa y sus seres queridos se hallaban más cerca. Necón se mostraba incombustible. Recorría la línea arriba y abajo, desmontaba para empujar las carretas, para ayudar a sacar a los animales del barro, para animar a los hombres y recordarles, aunque no fuese necesario, que ya casi estaban en casa, en el más bello de los valles; aquel que recordaban cuando estaban lejos y que siempre invocaban con cánticos, a veces animados a veces tristes, siempre envueltos en un halo de melancolía.

Al caer la tarde del sexto día, acosados por un granizo inclemente que caía de lado, la columna se detuvo. Necón, en cabeza, sonrió al reconocer un horizonte quebrado de cumbres que iban desapareciendo engullidas por nubes cada vez más bajas. Era como si el cielo quisiese acercarse a la tierra para besarla. Allá abajo, a lo lejos, se extendía el amplio y verde valle que tanto amaba, encajonado entre montañas colmadas de bosques frondosos que iban perdiendo vigor a medida que adoptaban los gastados colores del otoño; un arcoíris de naranjas, rojos y ocres.

El río, más bravo que de costumbre, lamía la falda de las montañas por su margen derecha y seguía su eterno camino hacia un mar que Necón solo había visto una vez. Cuatro núcleos de casas dispersas, separadas entre sí por prados y huertas, unidas por caminos embarrados fruto de la costumbre más que de la planificación, moteaban el valle; la Kaórnika.

A pesar de conocer cada recodo del camino que llevaba a su tierra desde Peña Amaya, Necón nunca se permitía respirar satisfecho hasta que no veía las techumbres desde lo alto. Esta vez no arreó al caballo como de costumbre para ser el primero en

llegar profiriendo gritos de alegría. No, simplemente cerró los ojos. Pensó en su padre, en el hombre valiente, justo y sabio que tan solo unos días atrás parecía inmortal. Su padre, escudo y refugio. Vadón no habría mostrado emoción alguna al ver la Kaórnika de nuevo. No habría dicho nada, o puede que hubiera musitado o gritado una orden, pero nadie podía decir que ese hombre, cuyas cenizas yacían a orillas del Salia, no sintiese aquella tierra latir en su interior. Nadie hubiera podido decir que su vida había sido otra cosa que defender aquel valle y a sus moradores. De la noche a la mañana, Necón se había convertido de forzado aprendiz en señor. Sintió como si a un enano se le hubiesen encomendado las tareas de un gigante.

—No se te da bien describir lugares, Necón —dijo Vadinia tras él, con una sonrisa.

—Te dije que era hermoso.

—Es mucho más que eso.

—¡Eh, cristiano! —exclamó Necón, dirigiéndose a su hermano—. A ver cómo explicas tus bobadas a Madre.

Tomás no se inmutó, pero aquellos que se encontraban cerca rieron al punto la gracia de su nuevo señor. Particularmente Boddo, que palmeó con fuerza la espalda de su antiguo compañero de armas desde lo alto del caballo; aquel al que seguían llamando Urbico.

Existían dos mundos. Uno, el que podía verse estando de pie en medio del valle. Allí, cualquiera podía sentirse seguro arropado por las montañas. Allí, todo parecía tener un principio y un fin abarcable, tranquilizador.

El otro mundo surgía al atravesar las montañas y era infinito, desbordante, peligroso, aterrador.

Toledo, noviembre A. D. 572

¿Hay tierra más bella que esta, o estación más colorida que el otoño? ¿Qué puede ofrecer el cielo que no esté en Toledo?

Las armas callan cuando comienzan a caer las hojas que alfombran los caminos. Los bosques se muestran cansados y viejos; se desnudan lentamente, rindiéndose al silbido de un viento cada vez más inmisericorde. El río que abraza la ciudad discurre tranquilo, menguado, apacible, bello. La naturaleza y los hombres se sosiegan. Las lumbres nunca se apagan, luchan por derrotar al frío. Es el comienzo de un letargo marrón. La ciudad irá muriendo lentamente hasta que llegue de nuevo la primavera y entonces renacerá, saludable y vigorosa. Las gentes hacen acopio de madera, comida y forraje para los animales. Los más pobres y los menos previsores serán víctimas del invierno que, según dicen los viejos, este año no tardará en llegar.

A todos los que estamos en la gran estancia regia, deleitándonos con la caza de estas dos últimas jornadas, aún nos abrasa el calor del verano bético y nos embriaga

la victoria. Los nobles vitorean al rey, algunos se alzan repentinamente para elevar su vaso y alabar su astucia y su coraje con la voz cada vez más alta, cada vez más corrompida por el vino y la cerveza. Leovigildo asiente a los vítores con media sonrisa y ríe cuando las alabanzas son ingeniosas. El rey bebe poco o no bebe y su mente nunca descansa. De vez en cuando hace un leve gesto para que un siervo o un noble se le aproximen. Estos se inclinan ante él para oírle susurrar. Luego asienten y, o bien desaparecen de la estancia, o bien vuelven al lugar que hasta ese momento ocupaban.

Las llamas engullen árboles enteros, los estómagos no parecen saciarse nunca. No dejan de entrar bandejas de plata repletas de manjares humeantes. El ensordecedor martilleo de las voces ahoga una música que llega confusa y cacofónica a los oídos. Una decena de perros se disputa las sobras que caen al suelo, amenazándose los unos a los otros con sus colmillos.

6

La feliz columna se fue desintegrando a medida que pasaban cerca de las casas. Los guerreros tomaban su parte del botín de las carretas: armas, objetos de oro y plata, comida, y se despedían de los compañeros con quienes habían compartido sangre, penurias, miedos y esperanzas. Pronto todos aquellos hombres se verían de nuevo por el valle y hablarían de cosechas y ganado. Luego besaban a sus esposas, se maravillaban ante la estatura de unos hijos que hacía meses no veían y que, en el caso de los más pequeños, se escondían detrás de sus madres por miedo, llorando cuando su padre pretendía abrazarlos. Al día siguiente, aquellos que habían empuñado las armas, volverían a convertirse en campesinos, en hombres libres que cuidarían de su ganado y sus huertas. Volverían a tener ante ellos un futuro incierto para el que procurarían estar preparados.

Los suevos no retornarían, todo el mundo se hacía eco de la noticia. Era ahora la labor de Necón consolar a las mujeres que habían perdido a sus esposos en la batalla, entregándoles la parte del botín que les correspondía y diciéndoles, como hubiera hecho su padre, que estos habían luchado valientemente; que ni a ellas ni a sus hijos les faltaría de nada. Muchas mujeres lloraban, especialmente las más jóvenes, aquellas que habían dado a luz recientemente o que esperaban el nacimiento de un hijo que nunca conocería a su padre. Otras aceptaban la noticia con entereza y volvían a sus casas rumiando tristezas. Boddo y Cassio, aún solteros, fueron los últimos en despedirse para ir a visitar a sus madres.

Nadie pareció reparar en la presencia de Tomás en medio de todo aquel alboroto de bienvenidas, despedidas, lamentos y difíciles consuelos. ¿Tanto habría cambiado su aspecto? Poco importaba. Sabía que al día siguiente la Kaórnika entera se habría enterado de que había vuelto y se mofarían de él: Urbico el cristiano. Volvió a sentir entonces la pesada losa de la desesperanza. ¿Quién de entre todos aquellos paganos escucharía de su boca la voz de la verdad? ¿Cómo convencerles de que la ira de Dios caería sobre ellos a menos de que abrazaran la verdadera y única fe?

Cuando llegaron a casa, Madre estaba esperando a la puerta flanqueada por dos jóvenes chiquillas que Tomás no conocía. Como siempre, lucía ese gesto severo de perenne desaprobación y esa mirada afilada que veía conciencias. Estaba tal y como la recordaba: el pelo blanco, las pocas arrugas y el porte orgulloso. Vestía una túnica blanca y sencilla, a la que unos bordados geométricos granates daban un toque de color. Un velo le cubría parte de la cabeza. Necón, emocionado, fue el primero en abrazarla con fuerza. Luego le susurró algo al oído. Madre recibió la noticia de la

muerte de Vadón con entereza. Cerró los ojos y asintió comprensiva, tomó a Necón de las mejillas con ambas manos, le sonrió y le besó en la frente.

—Tú debes de ser Vadinia —dijo Madre, dirigiéndose a su nuera. Esta inclinó la cabeza con respeto—. Bienvenida. Conocí a tu madre. Una buena mujer.

—Gracias —acertó a decir la joven esposa.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintidós.

—Demasiado mayor —dijo mirándole la cintura—. Pero tienes buenas caderas.

—Espero poder honrar pronto su casa con un hijo.

—No tengas prisa por tener un varón, querida. Mejor una niña. Los hombres no traen más que disgustos.

Vadinia se sintió incómoda. Madre volvió su atención a Tomás. Lo miró de arriba abajo, impasible.

—¿Quién eres tú?

Tomás miró a su madre, sumido en la confusión. No podía creer que precisamente ella no le reconociera. Todos, a esa distancia, lo habían hecho. Sintió cómo el impacto de una mano abierta le cruzaba la cara. No había empezado a escocerle la mejilla derecha cuando otra mano impactaba contra la izquierda. Necón observaba la escena con una media sonrisa. Madre siempre pegaba primero y luego hacía las preguntas.

—Te pareces un poco a un hijo que tuve. Pero un hijo de Vadón no vestiría harapos. —Madre le observó detenidamente—. Y no se dejaría embaucar por palabras huecas. ¿Qué andrajos son esos? ¿Qué clase de insulto es ese que llevas colgando del cuello?

—Hablaré… —Otra bofetada impidió que Tomás prosiguiera.

—No contestes. No hace falta.

—Hablaré a mi Señor siendo yo polvo y ceniza —dijo Tomás con firmeza.

—¿Qué has dicho?

—Mi fe me obliga a vestir con humildad.

—Mi hijo Urbico, que yo recuerde, era un hombre libre y no tenía señor. Yo solo he parido hombres libres. ¿A quién llamas Señor?

Madre dio media vuelta sin esperar respuesta y entró en la casa seguida de sus dos acompañantes, sin prestar más atención a su hijo menor. Tras ellas entraron Necón, Vadinia y, por último, Tomás. Había comida en la lumbre y cerveza en tinajas. Se sentaron alrededor del fuego para comer mientras las dos chiquillas se afanaban en servirles. El silencio era cortante. Madre no comía, observaba a Tomás como quien observa a un traidor.

—Después de tanto tiempo, hubiese recibido con menos pesar la noticia de tu muerte, Urbico —dijo Madre al fin—. ¿Qué haces aquí?

El monje se aclaró la garganta antes de hablar, asegurándose así de que su voz manara firme y segura. Ante Madre las palabras tendían a agolparse en la cabeza y a

surgir inconexas de la boca. Hasta las más fuertes convicciones y probados argumentos sonaban débiles como la mantequilla ante un cuchillo caliente en presencia de aquella mujer.

—Me envía Emiliano.

—¿Ese demente?

—Ese hombre santo, madre. La ira de Dios se cierne sobre los cántabros. Son demasiados los pecados que aquí se cometen. Emiliano irá a Amaya en primavera para hablarle al Senado.

—¿Y qué te hace pensar que los cántabros se dignarán a escucharle?

—Le escucharán. Nepociano se ha comprometido a convocar al Senado.

—¿Esa rata?

—Ahora es un hombre temeroso de Dios y un buen cristiano.

—Nepociano solo teme no situarse bajo la sombra que más le conviene. Deberías saberlo, Urbico. —Madre hizo una breve pausa sin apartar la mirada de aquel extraño que decía ser hijo suyo—. Son tiempos difíciles, Urbico. Tu hermano necesitará ayuda.

—Y aquí estoy para ayudarle de la única forma posible. A él y a todos vosotros que vivís en las tinieblas. Traigo la Palabra y la salvación, la esperanza de un mundo nuevo y mejor en el que el hombre ha de ser hermano del hombre, en el que ha de reinar la justicia, el amor y la paz.

—Aquí ya reina la justicia, el amor y la paz. Son los hombres como tú los que traen las desgracias.

—Jesucristo nos enseña…

—Agradece a ese dios tuyo que tu padre no esté aquí para verte y oírte.

Toledo, diciembre A. D. 572

«Pax Gothica» *ha dicho el rey*. «Pax Gothica». *Aún hace eco en mi mente esa bella idea: Hispania, un Dios, un reino, un rey, una ley; unidad en la diversidad*.

Liuva ha muerto en la Narbonense. La noticia ha consternado a los presentes, al rey en particular pues, además de los estrechos lazos que les unían por ser hermanos de padre y madre, hasta este momento la pesada carga de la corona era soportada por ambos. Ahora el rey deberá atender también los asuntos que atañen a la frontera nororiental, la más alejada y codiciada por los reinos francos. Ha sido después de un largo silencio, y tras aceptar la triste noticia de la muerte de su hermano, cuando el rey ha pronunciado esas palabras: «Pax Gothica». *Expresando a continuación su deseo de no descansar hasta que ese sueño sea una realidad.*

No ha permitido el rey que condes y duques vuelvan a sus provincias a pasar el invierno, pues le son necesarios, dice, para plantear una próxima campaña. Muchos nobles muestran recelo al no poder volver a sus dominios, pero el rey quiere tenerlos

cerca. Para planear, sí. También para agasajarles por su actual y futura lealtad, sin duda. Pero sobre todo para privarles de distracciones y acostumbrarles a su presencia. Un noble no debe estar ocioso pero, si ha de estarlo, mejor que sea bajo la atenta mirada de su señor.

Dicen los francos de nosotros que padecemos una extraña enfermedad, el «morbo Gothorum». *Dicen que somos propensos a la guerra civil y al magnicidio, a la traición y que, por ello, un rey godo nunca puede sentirse seguro en su trono. Pero ¿qué monarca puede?*

Si algo sabe Leovigildo es que cualquier rey lidia con dos tipos de amenaza: las internas y las externas. Para defenderse de las amenazas externas dice que un reino ha de contar con un ejército poderoso y buenos aliados, también que un ejército poderoso atrae a esos buenos aliados. Para defenderse de las amenazas internas, el rey debe ser respetado, temido y amado. Respetado por sus decisiones y victorias, temido mediante castigos ejemplares y crueles, amado por su generosidad. Solo se respeta a un rey victorioso, solo se teme a un rey invicto, solo se ama a un rey que puede ser generoso. Y no hay mejor ocasión para la generosidad que las nuevas tierras y el abundante botín que da la victoria. Un rey, por tanto, debe hacer la guerra. Tal es la razón de su existencia.

7

Cayeron pacientes las primeras nieves sobre la Kaórnika, lentas, armoniosas, cubriéndolo todo de un blanco intenso que daba una extraña claridad a las noches. El viento podía rugir durante días y el sol, fugaz y frío, solía esconderse tras la gruesa capa de nubes sucias que se aferraban a los montes. A veces las tardes eran tan oscuras que parecían noches. Cuando el día se tornaba claro y las nubes desaparecían, las gentes de la Kaórnika emergían de sus moradas para reparar unas techumbres castigadas por los elementos.

Montones de leña se acumulaban aquí y allá, alrededor de las casas, dispuestos para el largo invierno. Cerdos, gallinas, ovejas, caballos e incluso vacas se convertían en animales domésticos aunando su calor al de unas lumbres perennes. Lobos hambrientos recorrían los montes y aguardaban pacientes, sus aullidos cada día más cercanos, atraídos por el olor de posibles presas animales o humanas. Acechaban entre los bosques dispuestos a aprovechar cualquier descuido del hombre. A medida que avanzase el invierno aquellos señores del bosque se volverían menos cautos y más rabiosos merced al hambre. Acabarían, tarde o temprano, haciendo incursiones en el poblado. El invierno era la época en que la naturaleza asediaba a su particular rebelde, el hombre.

Nadie se alejaba mucho de las viviendas, salvo por las partidas de caza que se organizaban en los días claros y que experimentaban suertes desiguales, pues no siempre se volvía con alguna presa y no siempre regresaban todos los integrantes de una partida. Cuando caía la noche, la docena hombres de armas que habían jurado lealtad a Necón se reunían en el edificio largo y rectangular que ocupaba el centro del poblado. Ese rudimentario edificio era el corazón real de la Kaórnika, de aquel valle que incluía cuatro núcleos de población hermanos y cerca de un millar de almas. Allí Necón, ahora el hombre principal del valle, departía, comía y bebía con sus compañeros de armas fortaleciendo los vínculos de la amistad; unos vínculos esenciales en la guerra eterna contra el hombre y los elementos.

Sobre ellos recaía el peso de la caza y de la defensa del poblado, sobre él la carga de las relaciones con los señores de otros valles y la búsqueda de soluciones a las disputas entre los habitantes de la Kaórnika. Estos se presentaban ante él y exponían sus argumentos en busca de justicia. Necón, sentado en la gran silla de madera desgastada de su padre, la única que había en la Kaórnika, asistía a las últimas disputas del día con cara fatigada. Algún día, en un futuro que ahora parecía imposiblemente lejano, sus hijos estarían a su lado, flanqueándole, escuchando y aprendiendo.

—¿Qué culpa tengo yo de que su toro dejase preñada a mi vaca? —decía un anciano—. Mío y no suyo debe ser el ternero que nazca, pues soy yo quien ha alimentado a la madre hasta que parió.

—Pero la simiente es la de mi animal —protestaba el otro—. Justo es que el ternero sea mío.

—¡Maldito! Tú lo propiciaste a sabiendas, porque esa vaca es la mejor de este valle y hasta hoy no has pedido cuentas ni te has ofrecido para alimentarla. Solo ahora vienes a reclamar lo que dices que es tuyo.

—¡No me culpes a mí! ¿Acaso cuando tu hija se quedó preñada no buscaste al padre para que se hiciese cargo de ambos? —Los compañeros de Necón estallaron en risa, la historia era bien conocida en la Kaórnika. El dueño del toro, envalentonado por las risas alzó la voz—. Cuida mejor de lo tuyo y no te pasarán estas cosas.

—¡Ya basta! —Necón se incorporó y todos callaron—. El ternero es del dueño de la vaca. —El aludido sonrió satisfecho—. Pero la simiente deberás pagarla. —Aquello no pareció gustarle.

—¿Qué culpa tengo yo?

—Ninguna, pero aunque no tengas culpa, sí que tienes beneficio. El dueño del toro tendrá derecho a ir a tu casa una vez al día. El ternero beberá la mitad de la leche y él se llevará la otra mitad hasta que la vaca esté preñada de nuevo. Podéis marchar.

Los dos hombres salieron de la estancia sin dirigirse la palabra, aceptando la decisión tomada que, por ser injusta para ambos, era justa para todos.

—¿Hay algún asunto más, Cassio? —preguntó Necón.

—Nada más por hoy, mi señor.

—¿Boddo?

—No que yo sepa.

—Bien, en ese caso, bebamos.

Madre no pudo evitar levantarse airada. Hubiese abofeteado a su hijo Urbico de nuevo, como el día que llegaron.

—Deberías dejarte de tonterías. Tendrías que estar ayudando a tu hermano, Urbico, y honrando a tu padre. Ni puedes cambiar de tema ni quieres cambiar de opinión —luego miró a Vadinia—. Y tú no deberías escuchar las sandeces que dice.

Madre se despidió con un gruñido desaprobatorio. Azuzó un poco la leña para avivar las llamas, más por rabia que por necesidad, y se retiró a dormir en su rincón de la casa, sobre un saco de paja y bajo una piel de oso. No tardó en ponerse a roncar. Vadinia y Tomás se dirigieron una mirada cómplice.

—Sigue, Tomás, te lo ruego. Me agrada oírte.

—Madre podría enfadarse.

—Madre duerme —dijo ella despreocupada.

—Como desees. —Tomás hizo una pausa para beber un poco de agua—. Jesús nos enseñó que la felicidad no se encuentra fuera de nosotros, sino dentro. Aquí es donde debe buscarse la luz y la paz —adujo apuntándose al pecho—. ¿Qué paz puede encontrar un hombre codicioso? ¿Y quién puede preciarse hoy en día de no ser codicioso? ¿Qué bien puede venir de querer siempre algo más?

»El hombre es víctima de un desordenado deseo por las cosas terrenas. El avariento nunca descansa, lo vemos a diario, pero quien cada día necesita menos encuentra la paz y el sosiego. Nos dejamos vencer por los pequeños deseos y cuando tenemos aquello que anhelábamos dejamos de valorarlo. Entonces surge en nosotros un vacío aún más grande que creemos poder llenar con aquello que nos falta, pero no nos faltan objetos, nos falta paz. Y somos incapaces de verlo. Creemos que poseemos algo, pero son las cosas las que nos poseen a nosotros. Cuanto menos necesitamos, cuanto menos poseemos, más libres somos. Mi carne mortal está cubierta de andrajos, pero ¿para qué quiero ricas sedas en una vida pasajera, fugaz e incierta? Sin embargo, ¿nadie puede preguntarse para qué quiero paz? Y la paz, dice Jesús, solo se consigue a través del amor y la humildad. Debemos obligarnos a ir abandonando objetos, no a acumularlos. Cuánto miramos por lo que poco o nada vale y con qué descuido pasamos de largo de aquello que es verdaderamente importante.

—Hablas de ese Jesús como si le conocieras.

—Y le conozco pues, además de su palabra, lo llevamos dentro. Tú le conoces tanto como yo.

—Nunca oí su palabra.

—No, pero la oyes ahora y no te resulta extraña, te resulta familiar. Sabes de alguna manera que lo que dice es cierto, y lo sabes porque es tu alma la que recibe agradecida la verdad como si fuera un bálsamo. Es… —A Tomás se le iluminaron los ojos—. Es como una verdad universal.

»Lo mismo da el país o la condición. Es como una puerta que desconocemos y que tan solo hace falta empujar un poco para que la luz nos invada por completo. Tarde o temprano, el mundo entero será iluminado por la luz de la Palabra y entonces no habrá más muertes, ni odios; seremos todos hermanos. Y ocurrirá, créeme.

Las risas de tres hombres fuera de la casa detuvieron la charla. Se oyó la voz de Necón despidiéndose de Boddo y Cassio y acto seguido la puerta se abrió mostrando su figura un poco tambaleante. Las llamas se revolvieron contrariadas por una súbita corriente de aire frío y Vadinia se incorporó jubilosa al ver a su hombre.

—¿No se te ha secado ya la garganta, cristiano? —dijo Necón nada más entrar, mientras recibía el abrazo y el beso de Vadinia. Su lengua parecía afectada por la cerveza.

—Hola, hermano —saludó Tomás antes de volver la mirada a la hoguera.

Necón tomó a Vadinia de la mano para guiarla al lecho. Pasó por detrás del monje y, al tiempo que con la palma le propinaba un infantil golpe en el cogote, soltó una carcajada. Tomás hizo caso omiso, cogió una vara de hierro y comenzó a mover las

brasas. Pronto oyó los jadeos animales de su hermano copulando, el sordo ruido de la paja bajo unos cuerpos que el monje imaginó desnudos, entregados a un vaivén primitivo, básico; sin besos ni caricias. Tomás sintió que se le encogía el corazón, un hormigueo en la barriga, martilleo en las sienes y una extraña excitación en el cuerpo mezcla de rabia y deseo. Tuvo que abandonar la casa y se adentró en la noche nevada. El frío lo apaciguó levemente. La Kaórnika dormía.

Qué oscuro y triste resultó ser el invierno para Tomás. Cuántas veces tuvo que rogar a Dios para que alejase de él el fantasma del deseo por la mujer de su hermano. Cuántas veces se lamentó de la misión que le había sido encomendada. Nadie, salvo Vadinia, le escuchaba, y esta más por curiosidad hacia la belleza de la Palabra de Cristo que por el deseo de abrazar la fe. Solo una vez pudo ver Tomás en los ojos de la cántabra el deseo de creer, fue cuando le preguntó qué era lo que más anhelaba en este mundo. Ella había respondido que lo que más deseaba era dar un hijo a Necón. Entonces el monje le aseguró que, pidiéndoselo a Dios y teniendo fe, aquel hijo le sería concedido. «Buscad y encontraréis» dice el Señor. «Pedid y se os dará». Qué bellos y relucientes se mostraron los ojos de Vadinia ante tal promesa.

Toledo, marzo A. D. 572

Llegan noticias de la lejana Constantinopla. Se dice que suenan de nuevo tambores de guerra en Oriente y los romanos se movilizan para enfrentarse a los persas. Justino II, el emperador, tendrá por tanto sus tropas y recursos comprometidos al otro lado del mundo. Con Corduba en nuestras manos y la posición de los imperiales en la Bética y la Cartaginense menguada, merced a las últimas campañas, Leovigildo considera el sur del reino a salvo. Durante el Consejo se ha planteado dar el golpe de gracia a la presencia imperial en Hispania en la próxima campaña, pero las plazas que ocupan los imperiales en el meridiano peninsular son poderosas y el rey desea ser más fuerte antes de acometer tamaña empresa. El sur está a salvo, con eso basta por el momento. Es hora, dice, de que cuando llegue la primavera los cascos de nuestros caballos se dirijan al norte.

A pesar de la derrota de Miro a manos de los cántabros el pasado verano, el reino suevo parece estar recobrando cierta vitalidad. Nuestros cuatro años de guerras en el sur de Hispania han supuesto un período de consolidación en aquel reino que, tan solo una década atrás, apestaba a cadáver putrefacto. Una lenta ofensiva religiosa está teniendo lugar en las zonas limítrofes del reino suevo. Los cantos de sirena del obispo niceno de Asturica Augusta atraen a los católicos y eso hace temer por la estabilidad de los límites noroccidentales de los dominios del rey. No es momento, dice Leovigildo, de enfrentarse directamente a los suevos, pero sí de

demostrar nuestro poder en la zona y estrechar el cerco para ulteriores campañas pues, tarde o temprano, la Gallaecia también deberá sentir nuestra espada. Aunque esa fruta, en opinión de muchos, aún no está madura. Un pueblo, los sappos, en la región de Sabaria, niega desde hace tiempo los tributos a Toledo. Se cree que aquellas gentes conspiran con los suevos y, por tanto, es allí donde debe sentirse la mano firme e inmisericorde de Leovigildo.

Decenas de mensajeros abandonan Toledo para convocar a los godos, de nuevo, a la guerra.

8

Las nieves se fueron retirando hacia las montañas como un ejército derrotado; lentamente al principio, veloces a medida que fueron pasando los días, hasta que nada quedó de ellas salvo en las remotas cumbres. Brotaron las primeras flores. El sol lucía intenso, avivando los colores de unos pastos verdes que alfombraban la tierra y que comenzaban en esa época a crecer con brío para alimento de vacas y ovejas. El polen flotaba en el aire, los insectos siseaban y el río, que comenzaba a fluir con fuerza, pronto se vería repleto de deliciosas truchas que alegrarían las tripas de los habitantes de la Kaórnika. La tierra volvía a la vida tras un letargo que, a ratos, se antojó eterno.

Nacía el día. Primero eran los pájaros quienes lo saludaban, luego los gallos, aquí y allá, antes de que sol emergiese por detrás de las montañas. Más tarde los hombres salían de sus moradas para atender al ganado. Se saludaban y se extendían en charlas banales sobre el tiempo que se avecinaba en los próximos meses tomando como guía los primeros días de la primavera. El herrero, en la distancia, batía el metal incandescente sobre el yugo. Las mujeres preparaban el pan en pequeños molinos de piedra, tejían o fabricaban utensilios de madera. Los niños corrían a ayudar a sus padres o jugaban a ser guerreros. Cuando el mundo renacía, todo volvía a parecer posible.

Qué agradable le resultaba a Necón cabalgar hasta el río de mañana, solo, para sumergirse desnudo en las aguas gélidas y observar el cielo azul, y después cerrar ojos y escuchar los sonidos amortiguados por el agua, pisar las piedras resbaladizas; hacer acopio, en definitiva, de una paz que sabía le sería negada tarde o temprano por el simple hecho de ser quien era.

—¡Necón! —la voz de Cassio sonó distante—. ¡Necón!

El joven señor de la Kaórnika emergió del agua resoplando, buscando con la mirada a su compañero y amigo. Cassio, a caballo, ahuecó las manos delante de la boca para hacerse oír en la distancia.

—¡Tu cuñado ha llegado de Amaya, trae noticias!

Necón asintió y se acercó nadando a la orilla. Emergió despacio, meditabundo, como si no quisiese abandonar las cristalinas aguas que fluían incansables y eternas hacia el mar. Cassio lo aguardaba junto a la piedra donde había dejado la ropa amontonada y donde *Taxus* pastaba paciente a la espera, como todas las mañanas, de que su amo se bañase.

—¿Te ha dicho algo? —Necón se vestía. La ropa oscureció rápidamente al entrar en contacto con el cuerpo húmedo.

—No. Dice que no hay excesiva urgencia. —Necón montó de un salto—. Pretende quedarse aquí un par de días.

—Excelente. Me alegrará verle. —El joven señor espoleó su caballo.

La Kaórnika siempre se alborotaba ante la llegada de gentes de otros valles, más aún cuando quienes llegaban venían de Amaya. Cancilo y su docena de hombres esperaban a las puertas de la casa larga, mientras charlaban animadamente con Boddo, riendo las ocurrencias de este último. Allí se alojarían, como tantas veces.

—Tal como te lo cuento, Cancilo —decía Boddo entre carcajadas—, a Urbico ya solo le falta ir dando saltitos por ahí y hablar con las flores.

Necón llegó al galope, frenó en seco, desmontó de un salto y abrazó a su cuñado con fuerza a modo de saludo.

—Cancilo… Bienvenido. Ven, acompáñame, bebamos, comamos. —Necón tomó a su cuñado del brazo para guiarle a la casa larga. Allí estarían solos, más tranquilos, más cómodos. Una vez dentro le invitó a liberarse de la pesada cota de malla que le cubría y le acercó un cuenco de madera con cerveza—. ¿Qué tal el invierno?

—No nos podemos quejar del todo. La cosecha no fue abundante el verano pasado, pero hemos sobrevivido; la caza se ha dado bien. Hay mucho jabalí este año. ¿Qué tal por aquí?

—Ni bien ni mal. Tuvimos que hacer un par de batidas para acabar con una manada de lobos que acabaron merodeando por el pueblo como si fuera suyo.

—¿Algún oso?

—No, este año no.

—Ya me han contado lo de tu hermano. ¿Es verdad?

—Sí. Ha enloquecido.

—Es una lástima, era bueno con la espada y el mejor trazando planes. No estaría mal saber cómo hacen esos locos para atraer gente a su demencial causa.

—Por lo que he hablado con él, parece muy sencillo; prometen una vida eterna después de la muerte. Pero, he aquí lo curioso, para ganarte esa vida eterna debes ser un desgraciado en esta. Cuanto más desgraciado seas en esta vida, mejor será la siguiente. Y si no eres un desgraciado, arderás en un extraño Tártaro durante toda la eternidad, sometido a horribles suplicios. Extraña creencia, ¿verdad?

—Asombroso.

—Dímelo a mí, que llevo oyéndole todo el invierno. Es imposible hablar con él de otra cosa, se te mete en la cabeza y acabas dando vueltas a sus memeces.

—Quién lo hubiera dicho de Urbico…

—Y tanto.

—Aquí tenéis suerte. Las montañas dificultan el tránsito de esa gente. La Vadiniense está infestada de cristianos, especialmente en las aldeas que quedan más al sur. Pero, qué se le va a hacer —farfulló Cancilo con resignación.

—El problema con este dios es que para ser cristiano debes dejar de adorar a todos los demás dioses. —Necón bebió un buen trago de cerveza, Cancilo imitó su

gesto y luego acercó el cuenco para que su anfitrión volviera a llenarlo—. Cambiemos de tema. ¿Qué noticias traes de Amaya?

—Se ha convocado al Senado. Se espera que todos los senadores asistáis dentro de dos semanas para tratar una serie de asuntos.

—¿Es uno de esos asuntos, por casualidad, la visita a Amaya del brujo ese…?

—¿Emiliano?

—Sí, Emiliano. El bastardo que me ha quitado a mi hermano.

—Así es.

—A propuesta de Nepociano, imagino.

—Sí. Estás mejor informado que yo.

—Que no te extrañe. Tengo al mensajero del demente durmiendo en mi casa.

—Pero ese no es el único asunto. Los de la Libana y los de Soua se quejan de las cosechas y proponen descender a la meseta para el saqueo este verano.

—¿Qué dicen los del Megrada?

—A ellos les da igual. Nepociano está en contra.

—Nepociano siempre está en contra.

—Faltan por pronunciarse los del Namnasa. También faltáis mi tío y tú.

—¿Y qué piensa tu tío de llevar a cabo una incursión en la meseta?

—Dice que eso sería como atizar una colmena con un palo para conseguir la miel. Que la idea es buena o mala dependiendo del hambre que se tenga y de cómo se vaya vestido. No se muestra contrario, pero dice que debemos estar preparados para las consecuencias. Hay gentes que lo están pasando muy mal.

—Entiendo.

—¿Qué opinas tú?

—Tendré que pensarlo. A ver qué les parece a Boddo y Cassio. Imagino que Boddo estará encantado de partir, Cassio suele pensar algo más las cosas. También hablaré con tu tío, tiene más experiencia, mi padre siempre confió en él.

—¿De cuántos hombres crees que podrías disponer?

—No lo sé. ¿Cien? ¿Ciento veinte? La mayoría bien armados, la mitad con caballos. Suficientes en todo caso para una acción rápida. Aunque lo peor en estos casos no es ir, ya lo sabes, sino volver. Se tarda más del doble.

—Valóralo. Tienes tiempo. Por cierto, ¿qué tal mi hermana?

—Está bien. A madre parece no disgustarla en exceso. El único problema es que pasa mucho tiempo con mi hermano. Pero, claro, se alojan bajo el mismo techo, Vadinia no conoce a nadie más y el invierno ha sido largo.

Toledo, primavera A. D. 573

Dios está con nosotros. El ejército aguarda a las afueras de la ciudad la bendición del obispo de Toledo. ¿Quién puede alcanzar la victoria sin el favor divino?

*Siempre impresiona ver las despedidas del rey. Las calles huelen a flores y a comida. El populacho se amontona y aclama emocionado. Las muchachas coquetean con los soldados y las damas se despiden con semblante serio. Toledo se engalana con coloridos pendones, la gente aplaude y, de pronto, se queda embobada viendo como Leovigildo, ataviado para la guerra, reluciendo como el mar bajo el sol, cabalga ante el pueblo seguido de sus gardingos: los jóvenes godos más esforzados del reino. Es embriagador ver cómo, cuando el rey atraviesa las puertas, los gritos de las mujeres a nuestras espaldas se ahogan ante el rugido del ejército: «*Ad ultionem!*».*

Cientos de jinetes se agolpan en la llanura. Hasta hoy esta ha servido para levantar un campamento que ha ido creciendo a nuestros pies cada día a medida que iban llegando hombres, caballos y rebaños de todas las provincias del sur, el este y el oeste. No es raro ver entre ellos efusivos abrazos; antiguas amistades celebrando estar unidos en una nueva campaña. También es habitual ver a otros que se guardan rencillas de campañas anteriores; desde cuestiones mínimas del juego hasta amenazas de muerte por cuestiones de botín o mujeres. Enemigos que un día fueron amigos, amigos que un día fueron enemigos, padres e hijos, hermanos… Hombres, la mayoría de ellos, que han comido, bebido, luchado y amado juntos.

Atender a la llamada del rey es la obligación de los godos. Portar armas y hacer la guerra es su derecho como hombres libres, pues la guerra es la única forma honrosa de conseguir prestigio y riquezas.

A medida que avancemos al encuentro de los sappos, en las llanuras del noroeste, se irán uniendo a nosotros los señores, condes y duques de las tierras que atravesemos y que el rey ha convocado. El campamento se irá haciendo más grande cada día hasta contar, según las estimaciones del monarca, con un total de cuatro mil hombres de armas. Esa cantidad ha dispuesto Leovigildo como la necesaria para la empresa que acometemos. Tampoco tardarán en unirse a nosotros la peste que persigue a todo ejército: buhoneros, putas y judíos.

9

Partieron hacia Amaya tres días después de la visita de Cancilo, que prosiguió su camino hacia el mar para informar a otros señores. Madre se despidió de Necón con su habitual máscara de indiferencia. «Cumple con tu deber y recuerda siempre de quién eres hijo». Luego le besó en la mejilla con los ojos cerrados. También se despidió de Vadinia. «Cuida de él. Un hombre no es nada sin dos senos donde refugiarse o un hijo al que defender. Y, por lo que más quieras, quédate embarazada de una vez». Madre ni siquiera le dedicó a Tomás una mirada de desprecio.

Dejaron atrás la Kaórnika envuelta en niebla, en los sonidos y olores de la mañana. Las gentes con las que se cruzaban les despedían con una reverencia. Atravesaron las nubes a medida que ascendían hacia los pasos de montaña. Por primera vez Necón cabalgaba hacia Amaya sin la presencia de su padre, aunque no sin percibir su alargada sombra. *Taxus* resoplaba inquieto ante el olor de las hembras y la llamada de la primavera. Su pelaje parduzco brillaba merced a las gotas del agua suspendida que se le pegaba al cuerpo.

Esta vez no eran dos centenares de hombres los que se dirigían al sur, sino una docena y una mujer. Tomás se había negado de nuevo a cabalgar, era el único que iba a pie y el único hombre que no portaba armadura, escudo y lanza. Cuando, en su ascenso, dejaron atrás las nubes, el cielo se abrió ante ellos azul y limpio. El sol bañaba con intensidad una planicie repleta de pastos frescos y verdes que pronto serviría de alimento a las reses de la Kaórnika. Hasta allí subirían los hombres con el ganado en los próximos días y allí pasarían meses. La partida se detuvo a descansar. Vadinia observó con asombro el mar de nubes que se extendía a sus pies, del que sobresalían aquí y allá, como islas suspendidas en el cielo, otras cumbres hasta donde abarcaba la vista.

Tardaron tres días más en llegar a Peña Amaya. Atardecía. Nada más atravesar las puertas, Tomás se despidió de sus compañeros de viaje como si se liberase de una pesada cruz. Solo Vadinia expresó su deseo de verle de nuevo ante la extrañada y burlona mirada de Necón. El monje se dirigió a casa del senador Nepociano; allí se alojaría para esperar a Emiliano y compartiría, por fin, comida y charla con una familia cristiana que acogería sus palabras con gratitud. Una pequeña cruz tallada en la madera de la puerta le hizo sentir en casa. Llamó suavemente, con tres golpes, símbolo de la trinidad. La puerta se abrió casi al instante. Proseria, esposa del senador, le dio la bienvenida efusivamente.

—Dios bendiga estos muros —dijo Tomás con suavidad.

La alegría colmó el alma del monje cuando se percató de que había interrumpido a la familia en sus oraciones. Allí estaban Nepociano, sus tres hijos y dos sirvientas, arrodillados ante una cruz de cuatro palmos con las manos entrelazadas.

—¡Tomás! —Nepociano se incorporó con agilidad y se acercó a él para abrazarlo. A sus sesenta años el hombre se mostraba pleno de vitalidad—. Bienvenido —dijo abriendo la mano hacia su casa, a modo de invitación.

—Espero no haber llegado en mal momento.

—Has llegado en el mejor de todos, querido amigo. Ven, guía nuestras oraciones.

La puerta se cerró tras ellos y Tomás se acercó a los hijos de Nepociano, que lo contemplaban complacidos. Los tres se levantaron. El mayor, de la edad de Tomás, heredero de las tierras de su padre, inclinó la cabeza ante él. Había aceptado el bautismo hacía apenas un año tomando el nombre de Mateo y en sus ojos brillaba la luz de la fe. Se veía por su atuendo polvoriento de guerrero que también acababa de llegar a Amaya esa misma tarde. El segundo hijo de Nepociano, algo más joven pero ya en edad de portar armas, también se inclinó ante él y Tomás le besó en las mejillas. La tercera, a quien ahora llamaban Sarah, de apenas trece años, se abrazó a la cintura del monje con fuerza. Aquella chiquilla ni siquiera recordaba no haber sido cristiana. Juntos se arrodillaron ante la cruz.

—Puse en el Señor toda mi esperanza —comenzó a recitar Tomás—. Él se inclinó hacia mí y me sacó del lodo, puso mis pies sobre una roca firme y puso en mis labios un cántico nuevo, un himno de alabanza a nuestro Dios. Dichoso el que pone su confianza en el Señor y no recurre a los idólatras ni a los que adoran dioses falsos.

Acabada la oración comenzaron a comer. Nepociano preguntó a Mateo por la situación en sus tierras, a dos días de camino hacia poniente.

—Hay hambre, padre. —Esa fue su respuesta.

Nepociano no pareció preocuparse en exceso.

—Sin duda es la voluntad de Dios —repuso—. ¿Qué hay de los tributos, Mateo?

—Preferí no pedirlos.

—Entiendo. ¿Y cómo recompensaremos la lealtad de los hombres de armas que nos sirven? ¿Has pensado en eso? Ellos también tienen familias, ¿no es así?

—Ellos han visto lo que yo.

—No, hijo mío, ellos no han visto lo que tú. Lo que han visto es un señor que dentro de poco no podrá alimentarles.

—Solo son una veintena de hombres y todos oriundos de nuestro valle. Allí están sus familias.

—Familias que no trabajan la tierra y cuyo sustento y estatus debemos garantizar.

—Son leales, padre.

—La lealtad hay que pagarla, hijo mío. Las armas que llevan también.

—Si no nos hubiésemos negado a acompañar a Vadón la pasada primavera contra los suevos… —Las palabras de Mateo sonaban a reproche. El joven enmudeció de pronto.

—Entonces muchos hubieran muerto.

—Los hombres hablan con envidia del botín, padre.

Nepociano se quedó pensativo.

—¿Acampan a las faldas, como siempre?

—Sí.

—Mañana hablaré con ellos. No vuelvas a desobedecerme.

La conversación le resultó muy incómoda a Tomás, que se mantuvo en silencio. Acabada la cena, Nepociano se incorporó e invitó al monje a pasear. La noche ya se había enseñoreado de la tierra y, salvo por unas risas lejanas, el sonido de una flauta y los ladridos de un par de perros que parecían retarse, Amaya dormía.

—¿Qué tal tu viaje a la Kaórnika? ¿Algún pagano se dignó a escuchar la palabra?

—Ninguno.

—Ya. —Nepociano suspiró—. ¿Cuánto tiempo ha de mantener Dios Todopoderoso a esta tierra en las tinieblas, Tomás? Tarde o temprano la ira del Señor caerá sobre los cántabros.

—Así lo ha soñado Emiliano.

—¿Y los justos? —Nepociano se detuvo bruscamente con gesto preocupado—. ¿Qué haremos los justos? ¿Reconocerá Dios a los suyos?

—Sin duda.

—Como buenos cristianos debemos estar unidos, Tomás. Tú y yo podemos ser los pilares de la verdadera fe en Amaya y si Amaya se rinde a Dios, Cantabria entera la seguirá. ¿Cuánto tiempo llevas aquí, Tomás?

—Desde el pasado verano.

—Y por lo que dices no has conseguido atraer a nadie a la fe.

—Así es.

—¿Y cuál es tu misión aquí?

—Cristianizar a estas gentes para evitar su ruina.

—Precisamente. Y el problema es que no te escuchan. Pero a mí sí, Tomás. A mí me escucharán. Solo que yo no conozco la Palabra como tú. ¿No lo ves? Juntos podemos salvar Amaya de la ira de Dios.

A la mañana siguiente Nepociano pidió a Tomás que le acompañase a hablar con sus hombres de armas. Estos acampaban a las faldas de Amaya, como solía ocurrir en tiempos de paz. Salieron por la puerta oeste, el acceso principal a la fortaleza, y descendieron por el serpenteante camino mezclándose con las gentes que, cargadas con sus aperos, abandonaban Amaya para ocuparse de los cultivos. Muchos saludaron a Nepociano con humildad y a Tomás con una forzada sonrisa. Acompañado del senador, el monje sintió que aquellos campesinos, endurecidos por la tierra y los cuidados del ganado, le miraban con menos desconfianza, algunos incluso con respeto. Se acercaron a la zona donde las comitivas armadas de varios senadores

habían ido acampando. Aquellos hombres no parecían tener prisa por despertar. Restos de comida y tinajas, que la noche anterior habían contenido vino y cerveza, se amontonaban alrededor del par de hogueras que habían dado calor a la veintena de hombres armados que constituían el pequeño ejército personal de Nepociano. A unos treinta pasos pastaba un puñado de magníficos caballos.

—¡Candamo! —gritó el senador—. ¡Candamo!

Un hombre emergió de una de las cuatro tiendas. Un simple taparrabos cubría sus abultadas vergüenzas. Tomás le conocía, había engordado en aquellos tres años. Era alto, peludo, robusto, con la melena larga y cobriza. La barba roja desaliñada hacía juego con el enramado del blanco de sus ojos. El sol de la mañana lo incomodó. Olía a vino y sudor. Suprimió con dificultad un intento de bostezo ante la presencia de Nepociano y se llevó la mano a la cabeza para restregarse la sien. No obstante, en su mirada no había ni un atisbo de sumisión sino, más bien, una altanera mirada de desafío.

—Despierta a los hombres —dijo Nepociano con tranquilidad—. Quiero hablar con ellos.

Monje y senador tuvieron que aguardar un rato mientras Candamo descorría una tras otra las lonas de entrada a las tiendas de campaña dando órdenes. Algunos, los más jóvenes, respondían de inmediato. Otros, los más veteranos, se permitían el lujo de mandar a la mierda a su capitán. Candamo tan solo tenía que decir que Nepociano esperaba para que aquellos se apresurasen a salir. Se amontonaron a dos pasos del senador.

—Parece que la vida os trata bien —dijo Nepociano con una sonrisa.

Candamo alzó la cabeza con orgullo. Parecía estar derrotando a la resaca por momentos.

—Podría tratarnos mejor —repuso.

Nepociano alzó una ceja.

—Sin duda, mi fiel Candamo. Y precisamente de eso quiero hablaros. —Los hombres se miraron entre sí satisfechos. Si algo podía decirse de Nepociano es que no necesitaba escuchar para entender—. Estáis descontentos. Lo sé y lo lamento profundamente. Tantos años de leal servicio para que vuestro señor os niegue el privilegio de participar en la lucrativa empresa contra los suevos.

—Señor… —La orgullosa mirada de Candamo se había vuelto más serena—. Nadie puede dudar de nuestra lealtad, pero hemos visto los tesoros, las armas, los caballos, la comida que los hombres de Abundancio y Vadón han llevado de vuelta a sus tierras…

—Lo sé. Y aunque me gustaría, no puedo ser más generoso de lo que soy. De hecho, cada vez podré serlo menos. —Candamo observó a Nepociano con un gesto de incomprensión—. Veréis, mis queridos amigos —dijo dirigiéndose a todos—, creo que será mejor si buscáis el patrocinio de otro señor. Abundancio es un hombre rico y generoso. Es probable que decida promover una expedición de saqueo a la meseta

para este verano y no es mi deseo tomar parte en ella. Con él podréis enriqueceros más que conmigo. —El desconcierto anegó la expresión de los hombres. Sabían que se convertirían en segundones si entraban al servicio de cualquier otro.

—Señor, queremos servirte; pero debes entender…

—Y lo entiendo, mi buen Candamo. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? No pretendo ser una carga para vosotros. Además, así no tendréis que servir a un cristiano.

—Señor… —protestó Candamo al ver que Nepociano daba media vuelta y emprendía el camino de retorno a Amaya.

Los hombres comenzaban a murmurar descontentos tras su capitán. ¿Qué harían ahora? Nepociano se volvió después de haber dado diez pasos seguido de Tomás.

—Dejad aquí las armas y las cotas de malla. ¡Ah! Y los caballos. Y las tiendas. Ya las recogerán mis sirvientes.

—¿Las armas? —dijo Candamo que ahora se veía atrapado entre un señor desdeñoso y una tropa descontenta.

—Sí, las armas. Son mías, ¿no es así, mi buen Candamo? Ya os dará vuestro próximo señor unas nuevas, y seguramente mejores.

Nepociano volvió a dar media vuelta y siguió caminando hacia la ciudad. Atrás quedaba un murmullo descontento que comenzaba a culpar a Candamo de su desgracia. Era como si de repente hubiesen vislumbrado un abismo; el abismo que suponía carecer del prestigio que daban las armas y los caballos, el precipicio de no estar al servicio de un poderoso. «¡Habla con él! ¡No dejes que se marche!», decía el incomprensible murmullo.

Candamo echó a correr tras Nepociano aullando su nombre. Resultó patético ver a aquella mole de pelo rojo y músculo arrodillándose ante el senador implorando perdón.

—Lo siento, Candamo, no puede ser. No puedo daros todo lo que merecéis —dijo Nepociano con cara afectada.

—Lo que nos das es suficiente, señor.

—No insistas, Candamo. Mi decisión está tomada. Y créeme, es la decisión más triste de mi vida. —Nepociano hizo una pausa y miró al cielo. Luego a Tomás—. Aunque, quizá… —Un rayo de esperanza iluminó la cara de Candamo. El guerrero se mostraba inquieto, expectante. Aguardaba una propuesta. Cualquier propuesta—. Si abrazaseis mi fe no tendría más remedio que manteneros a mi servicio, sería mi obligación como cristiano al fin y al cabo.

Candamo, desconcertado, arrodillado, observó al senador. Tragó saliva. Miró a los hombres que tenía detrás, quienes, testigos mudos, asintieron. ¿Qué más daba un dios que otro?, parecían decir sus caras. Candamo volvió la cabeza hacia Nepociano y asintió sumiso.

—Dame la cruz que llevas al cuello, Tomás —dijo Nepociano.

El monje se deshizo de la cruz y Nepociano la puso a un palmo de los labios de Candamo. El guerrero la besó. Acto seguido el senador le invitó a incorporarse y asintió, paternalista, apartándole a un lado con desdén para hacer hueco a los siguientes. Uno tras otro los hombres de armas fueron arrodillándose y besando el símbolo del Salvador.

—Tomás se quedará hoy con vosotros. De él escucharéis la palabra del Señor y, cuando termine, seréis bautizados.

El monje llamó la atención de Nepociano con un gesto para llevarle unos pasos más allá y hablarle. Parecía conmocionado ante lo que acababa de presenciar.

—Esta no es la manera del Señor —susurró Tomás indignado—. Deben aceptar a Jesucristo convencidos, no así.

—Estoy seguro de que Dios sabrá perdonar mi osadía —dijo Nepociano con una media sonrisa—. No querrás que sus almas se pierdan, ¿no? —Y señalando a los veinte hombres continuó—: Ahí tienes el principio de tu rebaño. Hasta el mejor de los pastores necesita la ayuda de un buen perro.

Camino del Norte, mayo A. D. 573

No sé quién dijo que el tedio invita al cálculo. Qué diferente siento esta segunda campaña a aquella que nos llevó a Corduba. Hace un año, mis ojos inexpertos observaban maravillados cuanto ocurría a mi alrededor: los magníficos caballos, los inmensos rebaños, el tren de suministros siguiendo los pasos del ejército; nuestros sacerdotes, los gardingos del rey, las canciones, el indefinible murmullo de cientos de voces; hombres fanfarroneando, el barullo en retaguardia, los herreros ofreciendo sus servicios, las putas recorriendo las líneas buscando clientes para la noche; las caras de asombro de hombres, mujeres y niños cuando atravesábamos una aldea o una ciudad. El espectáculo, en fin, de una inmensa serpiente que se adaptaba en su marcha a los accidentes del terreno siguiendo el camino que marcaban las antiguas calzadas.

Hoy el espectáculo es el mismo. Yo no. Ya lo he visto. Ya no me asombra. La única diferencia es que el sol sale por nuestra derecha y no por nuestra izquierda. No me siento especialmente cómodo escribiendo sobre una tabla a grupas de mi montura y, aunque al principio me ha costado acompasar el cálamo al movimiento del caballo, me he refugiado en mis garabatos, a veces ilegibles, para combatir el aburrimiento. Curiosamente, al escribir más lentamente, tengo más tiempo para pensar.

Deben de ser unas doscientas o doscientas veinte las millas que separan Toledo de la región de los sappos y, según mis cálculos, hemos debido de estar recorriendo unas diez al día durante esta primera semana. A medida que el ejército se va haciendo más grande, con la incorporación de hombres y suministros, nuestro paso

se torna más pesado. Al fin y al cabo un ejército ha de moverse al ritmo del más lento. No me extrañaría que cuando lleguemos a nuestro destino el ritmo de avance se haya reducido a la mitad. Siendo esto así, es probable que tardemos otros quince días en divisar las tierras de los sappos. Aún no es tiempo de cosecha en esta parte de Hispania, lo será cuando lleguemos a nuestro destino. Gran parte de lo que traemos proviene del sur o de los graneros que, en previsión de más campañas, guardan parte de lo cosechado el año anterior a intervalos regulares en nuestro camino. Los campos se muestran rebosantes de trigo y cebada aún verde.

10

Amaya era un hervidero de actividad. El Senado había decidido, a petición de algunos señores, descender a la rica meseta que se hallaba a sus pies para abastecerse de cara al invierno. No faltaron detractores como Nepociano que, aun siendo consciente de la necesidad que acuciaba a las gentes de Cantabria, se negaba a participar en una expedición que podía traer consecuencias desastrosas. Aquellas tierras eran tributarias de los godos, muchos de ellos se habían asentado allí una o dos generaciones atrás y, sin duda, una acción tan osada e irreflexiva revolvería al poderoso Leovigildo contra ellos. Los del Namnasa echaron en cara a Nepociano estar siempre en contra de todo y los de Soua le acusaron de mantener contacto con los godos.

La sesión, como siempre, se convirtió en una tormenta de gritos incomprensibles y acusaciones cruzadas. Solo Abundancio, también como siempre, consiguió calmar los ánimos. Era cierto lo que decía Nepociano, la empresa no era arriesgada en sí, el problema era lo que podía venir después. Pero ¿qué podían hacer si las gentes pasaban hambre? ¿Esperar? ¿Resignarse? ¿No era su deber garantizar el bienestar de los cántabros? ¿No se reunían para eso? ¿No era cierto que hacía cuatro años se había llevado a cabo una empresa igual y los godos no habían movido un dedo? ¿Y ocho años atrás? También entonces el hambre les había obligado a tomar la decisión y el ejército godo que se había enviado contra ellos había estado acampado ante Amaya cinco días para, acto seguido, y sin un solo combate, retirarse.

Aunque las palabras de Abundancio supusieron una especie de bálsamo para los ánimos, el golpe de gracia a la decisión del Senado lo dio Necón. Se incorporó del lugar que ocupaba en la bancada de madera, al lado de Abundancio; el lugar que, el año anterior, había ocupado su padre. Era la primera vez que hablaba en la casa larga de Amaya.

—La Kaórnika vive hoy de espaldas al hambre. Nuestro ganado nos da sustento suficiente, nuestro río nos ofrece peces, los bosques rebosan de caza y nuestra tierra es fértil. Hay años de abundancia y años de escasez, aunque nunca de hambre, como ocurre en otros lugares. La comida nunca falta, aunque rara vez sobre. Entonces, ¿qué debería decir? ¿Debo observar las penurias de mis hermanos con indiferencia porque mis necesidades están cubiertas? ¿O debo obrar con honor acudiendo en auxilio de aquellos que harían lo mismo por mí en caso de vivir la situación inversa? No —dijo haciendo una pausa—, yo no diré que las penurias de mis hermanos no son las mías. Porque si vosotros sufrís, yo sufro. Y si vosotros lucháis, yo lucho.

»A vuestro lado estoy, hermanos de la Libana, de Soua y del Namnasa. Y no me veréis flaquear ni en la prosperidad ni en la adversidad porque, si seguimos aquí, es gracias a los hombres que, al igual que mi padre, han sabido mantenernos unidos y han luchado porque seamos uno.

Murmullos de asentimiento llenaron la sala ante las palabras de Necón. Abundancio sonrió al joven senador con satisfacción, palmeándole en la espalda «Has hablado como lo hubiera hecho Vadón», le susurró al oído.

Veinticuatro senadores votaron a favor de la expedición. Solo tres, Nepociano entre ellos, en contra. Dos docenas de jinetes salieron en todas direcciones para convocar a los cántabros; para pedirles que abandonaran sus tierras de nuevo y acudiesen a la llamada de las armas.

Acabada la votación, Nepociano pidió la palabra e informó al Senado de que el anciano y santo Emiliano había llegado aquella mañana. Aguardaba en su residencia, dijo, a ser convocado para hablar ante todos ellos en la casa larga.

Un rumor recorrió la sala pues, aunque Nepociano fuese el único senador cristiano, la fama de Emiliano se había extendido por todo el sur de Cantabria. Había curado a enfermos y, según decían, había obrado cosas maravillosas. Nadie olvidaba a la paralítica Bárbara, una mujer de Amaya que, llevada por sus padres a ver a Emiliano, había sido curada de sus dolencias, según decían, con una simple oración. También se contaba que una mujer coja, de una de las aldeas a las faldas de la ciudad, había recuperado la salud tras besar su báculo y que Emiliano había restituido la vista de una criada del senador Sicorio tan solo tocándole los ojos.

Pero quizá el milagro del que más se hacía eco la población de Amaya era el de la curación de Nepociano y su esposa Proseria, ambos aquejados de locura o poseídos por demonios, y que aquel hombre logró sanar. A todos estos hechos se añadían otros que corrían de boca en boca entre las gentes de la zona y, aunque aquellos que habían sido sanados aceptaban al dios cristiano, los demás consideraban al eremita simplemente un brujo con poderes mágicos. También se decía de él que adivinaba el futuro.

Los senadores decidieron recibir a Emiliano aquella misma tarde. Cuanto antes dijese el viejo lo que tuviera que decir, antes se marcharía de Amaya, argumentó Abundancio con fastidio.

Tomás estaba exultante. Aguardaba en casa del senador Nepociano sentado junto a Emiliano y Simón, un joven de su edad oriundo de Calagurris. Los padres cristianos de Simón lo habían dejado al cuidado del santo hombre cuando cumplió los catorce, hacía ya doce años. Con él había compartido Tomás la quietud del bosque en el que vivían los discípulos del anciano, así como las labores del huerto y, sobre todo, charlas acerca de Dios, de la vida y de la muerte, de la resurrección, de la bondad de Cristo y de la necesidad de la lucha contra el maligno mediante la Palabra.

Las sirvientas de Nepociano les ofrecieron algo de comer. Charlaron. Tomás preguntó por algunos compañeros. «Como siempre», contestó Simón. Emiliano se interesó por su labor en Amaya; «Lenta», dijo Tomás con tristeza. «Decepcionante», matizó al momento. «Veinte guerreros».

Emiliano le pidió que no desesperase, pues la labor de un guerrero de Cristo era lenta como la de un labriego. A veces las semillas germinaban, otras no, pero había que esperar para recoger la cosecha y, solo entonces, se sabría si esta era buena o no. Y lo sería, con la ayuda de Dios.

Luego recordaron, entre risas, la actitud altiva con que Tomás había llegado al bosque exigiendo hablar con Emiliano. Hacía casi cuatro años de aquello. Había cabalgado durante catorce días buscando al eremita, preguntando aquí y allá por la morada del hombre centenario del que decían tenía todas las respuestas.

Simón recordó la sensación de que su hora había llegado al encontrarse de bruces con un salvaje surgido de la espesura: la cota de malla aún luciendo la sangre seca de sus semejantes; borracho, tambaleante; la espada al cinto, la mirada enloquecida, el alma en tinieblas. Simón, como había relatado una y otra vez, recordaba con todo lujo de detalles la sensación de impotencia al ser agarrado por el cuello con brutalidad, zarandeado, empujado contra un árbol y amenazado si aquel energúmeno no era llevado ante Emiliano enseguida.

Contó, como siempre, el encuentro de su cuello con el filo de una espada: la espada de Urbico, hijo de Vadón, señor de la Kaórnika. Tomás siempre agachaba la cabeza al revivir aquella historia; sentía tanta vergüenza… Recordó a la treintena de hombres que lo observaban horrorizados en medio del bosque, todos cubiertos de andrajos, todos con una cruz de madera hecha de ramas colgada al cuello, todos iguales entre sí salvo por la edad y la hechura. Y fue entonces cuando, alertado por el alboroto, surgió Emiliano de su cueva y se acercó a Urbico con la mano alzada en ademán de perdón, con confianza, sin miedo, sonriente.

Ante la presencia del anciano, Urbico soltó al joven monje bruscamente, y pleno de ira encaró la punta de la espada contra el eremita y le preguntó, «¿por qué?». Emiliano sencillamente siguió andando y se puso ante la espada, asintiendo comprensivo hacia el guerrero; hacia el alma atormentada, necesitada de verdades, de certezas, de luz y amor. Hasta los pájaros parecieron enmudecer. Urbico volvió a preguntar, «¿por qué?», esta vez más bajo, sin altivez, con tristeza. Y otra vez, «¿por qué?», en un susurro, mirando al suelo. «Ay de ti», se lamentó Emiliano. Fue en ese momento cuando Urbico soltó la espada, cayó de rodillas ante él y se abrazó a sus piernas sollozando como un niño.

—Es la hora. Los senadores os esperan. —Nepociano acababa de abrir la puerta.

Nada podría haber preparado a Tomás para lo que se encontraría al salir de casa del senador. Habían oído un murmullo creciente más allá de los muros de la casa, pero no habían relacionado el ruido con la presencia del santo. Decenas de personas se agolpaban para ver a Emiliano. La noticia de su presencia había corrido de boca en

boca por la ciudad y muchos, aquejados de dolencias, pretendían acercarse al anciano para tocarle; otros para insultarle.

Los hombres de Nepociano mantenían a raya a la muchedumbre a duras penas. Solo entonces Tomás percibió la sed que padecía Amaya: sed de esperanza ante unos tiempos difíciles. Y él llevaba consigo la fuente que podía calmar esa sed, como la había calmado Emiliano tanto tiempo atrás. No eran los grandes señores los que estaban necesitados de la Palabra, sino el pueblo llano. Al igual que Jesucristo, no era a los poderosos a quien debía dirigirse, sino al desvalido, al hombre sencillo, al hambriento, al enfermo. Al sediento. Tomás pudo ver a Vadinia entre la pequeña muchedumbre.

A pesar de sus cien años de edad, Emiliano subió con asombrosa agilidad por el empinado camino que llevaba a la casa larga del Senado. Las gentes le seguían. La construcción rectangular donde se reunían los notables tenía las puertas cerradas. Era el edificio más robusto de Amaya, el más grande, construido con piedra y teja. Nepociano abrió la puerta e invitó con un suave gesto de la mano a que el eremita y sus dos discípulos entrasen. Allí estaban todos los grandes señores de Cantabria sentados en los bancos de madera, ya desgastados, que cubrían tres de las cuatro paredes del edificio. Emiliano avanzó hasta el centro de la sala, dio un golpe seco en el suelo con su báculo y fue observando a todos y cada uno de los senadores con severidad. Los ojos de Necón y Tomás se encontraron. Los hermanos se sostuvieron la mirada hasta que Nepociano empezó a hablar.

—Queridos amigos —dijo dirigiéndose a los senadores—, el otoño pasado uno de los discípulos de Emiliano, un cántabro, trajo a nosotros la feliz noticia de que el santo hombre quería hablarnos y, a petición mía, habéis aceptado escucharle. Todos sabemos, aunque algunos lo neguéis, que Emiliano ha sido tocado por la divinidad. —Varios senadores protestaron entre murmullos—. Dios Todopoderoso ha concedido a Emiliano muchos dones, entre ellos ver el futuro, y él ha visto cosas en sus sueños que nos interesa conocer. Escuchemos lo que tiene que decir con el respeto que merece.

Se hizo el silencio. Nepociano buscó su sitio y se sentó. Abundancio y él se miraron durante un instante, recelosos el uno del otro. Los cuchicheos de la gente que se agolpaba al otro lado de los muros llegaban confusos a la sala. Emiliano golpeó el suelo tres veces, como si quisiese invocar a la Santísima Trinidad. Las voces de la calle fueron muriendo. La voz del eremita se alzó alta y clara; pura, firme, ante los expectantes senadores. Era una voz contundente, más propia de un joven bardo que de un anciano eremita.

—Escuchad, impíos habitantes de Amaya —comenzó a decir Emiliano con afectación—. La ira de Dios se cierne sobre Cantabria. A pesar de mis esfuerzos, los cántabros persistís en vuestros pecados y negáis al Todopoderoso. He tenido un sueño… —Necón resopló audiblemente con cara de fastidio, Abundancio le puso la mano en la pierna para que se calmase y le susurró algo al oído—. En mi sueño, un

ángel del Señor me llevaba al Cielo. Él, sentado en su áureo trono, extendió hacia mí la mano y me dijo que observase. Miré hacia la tierra desde el Cielo, a través de las nubes, y vi la Peña de Amaya. Dios padre me ofreció un libro, diciéndome que lo comiese. El libro se deshizo en mi boca dulce y suave como la miel.

»Contemplé la inexpugnable ciudad consumida en llanto, llamas y sangre. Fue entonces cuando el que es, el que era y el que viene, se acercó a mí para hablarme y dijo: "Enviaré a los cántabros una espada vengadora. Retiraré a Amaya los víveres, comerán el pan a peso y con ansiedad y beberán el agua a medida y con angustia para que, al faltar el pan y el agua, desfallezca cada uno junto a su hermano y su hijo, consumidos en su pecado. Los padres devorarán a sus hijos y los hijos a sus padres. Un tercio de sus habitantes morirá de peste y de hambre, otro tercio caerá a cuchillo y el otro lo esparciré yo al viento desenvainando tras ellos la espada. Y entonces sabrán que yo soy el Señor". —Algún senador, conmocionado, observaba a Abundancio. Emiliano bien podía ser un brujo, o un loco, pero si algo decían de él es que predecía el futuro—. Entonces, en mi sueño, descendí a Peña Amaya y se presentó ante mí una hueste inabarcable a la vista que rodeaba la impía ciudad, así como hombres fuertes que dentro de sus murallas se tambaleaban y caían al suelo consumidos por el hambre, la sed y las heridas.

Emiliano señaló a Necón y clavó su mirada en él. El cántabro sintió un escalofrío.

—A mujeres llorando la muerte de sus bebés esqueléticos, blancos como la nieve por culpa de unos senos secos incapaces de amamantar —continuó relatando el anciano—. Las paredes de las casas chorreaban sangre y…

Emiliano se detuvo y se apoyó en su báculo. De repente el eremita se mostró exhausto. Tomás se acercó para sostenerlo. Las voces a las puertas de la casa larga reemprendieron su zumbido. Luego volvieron a callar.

—Impíos habitantes de Amaya —siguió hablando Emiliano—, pecadores, aún estáis a tiempo de abrazar la fe. Aún estáis a tiempo de negar a vuestros falsos dioses, de arrepentiros de vuestros pecados, de salvar vuestras vidas y vuestras almas.

Se hizo el silencio de nuevo. Durante unos instantes en la casa larga solo hubo cruces de miradas. Nepociano, con semblante satisfecho, le sonreía a Abundancio desde el otro lado de la sala como quien acaba de ganar una batalla. Este, no obstante, se mostraba tranquilo. Necón, impaciente, molesto, hizo amago de levantarse para hablar, pero Abundancio le detuvo agarrándole del brazo y negando con la cabeza, como si la inminente explosión de ira del kaórniko no fuese a servir de nada.

—¿Y dragones? —preguntó Abundancio con desdén desde su asiento—. ¿No había dragones escupiendo fuego en tu sueño, anciano?

—Impío —dijo Emiliano apuntándole con el dedo esquelético.

—Casas que sangran —Abundancio se incorporó y empezó a andar por la sala—, hombres que se tambalean, hambre, peste, guerra. ¿Y no hay dragones? Lo siento, anciano, solo me creo las profecías en las que hay dragones. —La casa larga pareció

volver a respirar con cierto sosiego—. Eso sí, los libros que saben a miel, eso no lo había oído antes. Tiene mérito.

—Impío —repitió Emiliano.

—Así que ese dios misericordioso enviará contra nosotros toda suerte de males. No sé a vosotros, pero a mí no me parece un acto de misericordia. —Varios senadores rieron entre dientes, liberando algo de la tensión que había suscitado el relato del eremita—. El dios de la paz promueve la guerra; el dios del perdón, promueve la venganza; el dios del amor nos odia. No parece un dios en el que merezca la pena creer, ¿no crees, anciano? Más aún, ¿no será ese dios tuyo algún tipo de espíritu maligno?

—¿Dudas de mis visiones, pagano?

—No. No dudo de tus visiones. Puede que hayas visto lo que dices, pero verás, anciano, a ciertas edades la cabeza de un hombre empieza a no ser la que era. He conocido a hombres de muy avanzada edad que decían haber visto cosas inverosímiles y, a medida que se hacían más mayores, decían cosas más raras aún. No sabían quiénes eran sus hijos, no sabían quiénes eran ellos mismos, ni siquiera sabían dónde estaban. Pero tenían visiones. Extrañísimas visiones.

—¿Qué insinúas? —dijo Nepociano, alzándose en defensa del anciano.

—No insinúo nada, mi querido amigo. Afirmo, categóricamente, que este hombre, a sus cien años, chochea. Eso es todo.

Muchos senadores estallaron en carcajadas. Abundancio volvió a su sitio satisfecho. Antes de sentarse, Emiliano le increpó.

—Tú que te mofas del poder de Dios, sentirás en tus propias carnes la espada de su venganza —vaticinó el eremita con serenidad.

—¿Eso también lo has soñado, viejo? ¿O te lo acabas de inventar? —preguntó Abundancio con una sonrisa.

—He cumplido con el Todopoderoso y con los hombres. Que Él se apiade de vuestras almas.

Emiliano dio media vuelta y, seguido de Tomás y Simón, abandonó la casa larga. Muchos senadores aún reían. El tumulto que se había apiñado ante la humilde Curia siguió a los tres cristianos hasta la puerta oeste. Tomás se despidió de su mentor y de su amigo con sendos abrazos, avergonzado, pidiendo disculpas por la actitud de los cántabros.

—No es culpa tuya, Tomás. Tu labor no ha hecho más que empezar. Recuerda que un hombre, con paciencia y tesón puede mover una montaña, simplemente se trata de desplazarla piedra a piedra. No desesperes, hijo mío, y confía en el Señor, tu Dios. Solo de ti depende que estas gentes sobrevivan a la ira del Todopoderoso —dijo a modo de bendición, posando sus manos sobre la cabeza del joven monje.

Tomás les siguió con la mirada a medida que iban descendiendo por el serpenteante camino. Luego subió a la muralla para ver cómo, poco a poco, se iban haciendo más pequeños, lentamente, hacia el este. Dejó de verles cuando oscureció.

Sintió que el fantasma de la soledad se ensañaba con su corazón. Oró para pedir fuerzas.

«Adiós», musitó para sí.

El monje volvió caminando a casa de Nepociano. Ya había anochecido. Llamó a la puerta con tres golpes y, como siempre, Proseria le abrió. Sentados al fuego, compartiendo la comida, se encontraban Nepociano y otros dos senadores. Estos se alzaron nada más entrar Tomás.

—Deseamos recibir el bautismo y abrazar la fe —dijeron.

Ocellum Durii, Noroeste de Hispania, junio A. D. 573

Hace cinco días que dejamos atrás Salmántica. El rey concedió allí unas jornadas de descanso antes de proseguir, para permitir que los hombres accediesen al mercado y para esperar a todos aquellos que han sido convocados contra los sappos. Desde nuestra actual posición observamos el último escollo en el camino que atravesaremos en paz: un puente de piedra sobre el río Durius. Llevamos acampados aquí tres días, a la espera de recibir noticias de los mensajeros enviados a exigir la sumisión de ese pueblo rebelde. La respuesta de los sappos ha sido clara: no pagarán tributo al rey de los godos, pues ya lo pagan al rey de los suevos. Toledo está lejos y Asturica cerca; los suevos son nicenos y los godos arrianos.

El antiguo puente de piedra parece viejo y cansado, sus desconchones han sido reparados en parte por el duque de la zona pues, en lo que a caminos se refiere, también mantenerlos transitables es parte de su cometido. Aun así parece sólido, como todo lo antiguo en Hispania. Esta es la puerta hacia unas tierras ahora declaradas hostiles. Allí aguardan los enemigos del rey, entre cerros y bosques. Habrán de aceptar por la fuerza lo que no aceptan de grado.

Anoche se dio la orden de levantar el campamento poco a poco, se estima que tardemos unos dos o tres días en cruzar, siempre y cuando no haya contratiempos. De madrugada los primeros hombres atravesaron el río y ya se encuentran al otro lado. Poco a poco irán pasando tropas y caballos, rebaños enteros de ovejas, civiles y carretas en un incesante trajín. Las caballerías pasarán de dos en dos, los hombres de a pie de tres en tres. No hay espacio para más.

Se espera que la campaña sea rápida. Según dicen, es probable que los sappos se escondan en sus madrigueras, donde aguardarán a que el otoño obligue al rey a retirarse. No se tiene noticia en esta zona de grandes ciudades, salvo algún cerro fortificado. Si algo debe llevarnos a estar en guardia es la posible intervención de los suevos aunque, en este sentido, el rey se muestra tranquilo: «No se atreverán», asegura.

Por alguna razón, los depósitos de alimentos con que contaba el rey están vacíos. Se ha condenado a los corruptos responsables a ser decalvados y cegados y se ha procedido a confiscar sus bienes. Un ejército marcha al ritmo que le marca su estómago. El rey se ha visto obligado a ordenar la requisa de alimentos a lo largo de todo el norte del reino.

11

A medida que pasaron los días, las faldas de Peña Amaya se fueron poblando de hombres venidos de toda Cantabria. Tan solo aquellos que disponían de caballos y armas fueron convocados, pues la expedición a la meseta debía ser rápida, en pleno verano, a mitad de la cosecha. No era, en esta ocasión, una acción defensiva para evitar la invasión, era una expedición de saqueo que, con suerte, garantizaría el sustento de los hijos que aquellos hombres habían dejado atrás. Algunos contingentes eran mayores que otros. Los kaórnikos de Necón sumaban ochenta y siete.

No partirían todos los cántabros juntos, pues cerca de mil hombres y otros tantos caballos avanzando por el mismo sendero y en la misma dirección consumirían rápidamente todo lo que encontrasen a su paso. Al igual que en otras incursiones, saldrían de Amaya en dirección al sur, dispersándose como las tablas de un abanico. Cabalgarían fuertemente armados, pero sin un tren de suministros que entorpeciera la marcha. Comerían lo que encontrasen por el camino pues, generalmente, ninguno llevaba suficiente sustento para más de tres o cuatro días.

Los hombres cantaban llenos de esperanza la noche antes de partir, especialmente los de los valles donde la hambruna se había mostrado más severa. Cuando al fin marchasen, los habitantes de Amaya podrían ver las nubes de polvo alejarse durante días cubriendo todo el territorio que se extendía a sus pies. También verían a lo lejos columnas de humo, allá donde los cántabros hubieran encontrado resistencia, allá donde los cántabros entregasen aldeas a las llamas.

Después de un día de marcha, Necón aún podía adivinar a lo lejos la silueta de Amaya. Tras ella, la sombra de las montañas que llevaban a la Kaórnika y, suspendidas sobre las cumbres, nubes inmóviles que al topar con las montañas eran incapaces de volar hasta la amplia meseta. ¿Cuánto tiempo habría estado observando Vadinia la nube de polvo que levantaron aquel primer día? ¿Estaría ella observando el mismo atardecer rojizo que él desde lo alto de la fortaleza? ¿Estaría ya encinta?

Acamparon al lado de un arroyo donde hombres y caballos saciaron su sed. Dormirían al raso. A medida que el día iba muriendo se iban encendiendo las hogueras. Los kaórnikos sacaban quesos y trozos de carne de sus zurrones, compartían entre ellos, alababan el sabor o la textura de un trozo de pan y lo comparaban con otros, con el de sus madres o esposas principalmente. Luego entonaban algún cántico que les devolvía a su tierra, al verde valle, a sus hijos nadando en el río, a sus mujeres hilando, a su ganado pastando en la mies o en la

braña. Se establecieron las guardias nocturnas aunque, en aquel territorio limítrofe, podían dormir tranquilos, ya eran pocos los que osaban asentarse allí.

Caía la noche. Comenzaba a refrescar. Una luna llena, hermosa y plateada, iluminaba la tierra. Necón miró alrededor, el lugar le resultaba familiar. Al otro lado del arroyo un pequeño montículo de ruinas calcinadas se alzaba en el lugar donde, cuatro años atrás, había habido una pequeña aldea de campesinos. La maleza y el tiempo habían ido sepultado la mayor parte del poblado, pero ahí, sobre las ruinas, flotó vívido un recuerdo. Un fugaz pensamiento tomó al asalto la mente del cántabro y, pronto, se enquistó en ella y se hizo fuerte. ¿Había sido allí, entre las llamas, entre los gritos de hombres, mujeres y niños, tras aquella cruel incursión, donde había perdido a su hermano? Un primer «quizá» pronto se convirtió en un «sin duda», pues después de aquella expedición, y de vuelta a Amaya, Urbico se había mantenido en silencio, con la mirada perdida.

Al llegar a las faldas de la inexpugnable ciudad, el ahora monje se había negado a seguirles a lo alto. Allí se despidió, vestido para la guerra, diciendo que volvería en unos días. Los hermanos se habían abrazado, y ante la pregunta «¿a dónde vas?», Urbico, con el rostro sombrío, triste, tan solo había dicho «no lo sé». El hijo menor de Vadón partió al galope hacia el este, hacia donde nace el sol y la luz. Urbico nunca volvió, solo la carcasa de su cuerpo ocupada por otro hombre.

Necón no durmió mucho aquella noche. Antes del amanecer los hombres que habían hecho el último turno de guardia fueron despertando al resto de los integrantes de la partida. Siguieron avanzando hacia el sur, esta vez por en medio de un bosque para no dejar una estela de polvo a su paso que pudiera alertar a los habitantes de la zona. Cinco hombres cabalgaron en avanzada, con Boddo a la cabeza, para reconocer el terreno. Mediada la tarde volvían con información. Más allá del bosque, a dos mil o tres mil pasos, había un poblado de casas de adobe, madera y paja. Unos cincuenta o sesenta campesinos, aparentemente sin guarnición. Por suerte, dijo Boddo, parecía que habían recolectado toda la cosecha, pues los campos circundantes estaban limpios de espigas. Aquella era una excelente noticia. Por alguna razón, los habitantes de la zona se habían apresurado aquel año.

Cabalgaron hasta el límite del bosque y allí se detuvieron. Necón observó el horizonte. No se veía la pequeña población, oculta tras una colina. Lo que sí se veía eran las columnas de humo que surgían de las humildes viviendas. Cassio tomó diez hombres con la orden de bordear el poblado por la derecha, Boddo otros diez, con la idea de hacer la misma maniobra por la izquierda. Ningún habitante debía huir. Necón y el resto de los kaórnikos galoparían en línea recta. La nube de polvo que levantarían, alertaría a los habitantes, si no, lo haría más tarde el tronar de los caballos hiriendo el suelo. Pero, para cuando quisieran darse cuenta, los cántabros ya estarían sobre ellos.

El hijo de Vadón se puso en cabeza y dio la orden. Volaron sobre la pradera. Rebasaron la colina al galope.

Cuando se oyó el primer grito de alarma, los kaórnikos ya podían ver cómo se agrandaban las siluetas de gentes que corrían despavoridas en todas direcciones, cruzándose en su inútil huida. Los hombres se aprestaban a recoger aperos de madera que de nada servirían contra el frío acero y enviaban a las mujeres a la aparente seguridad de sus casas. Ellas se abrazaban a sus pequeños y corrían. Un niño, pasmado, se quedó mirando la inesperada carga surgida de ninguna parte. Un brazo lo apartó súbitamente, lo metió en una casa y cerró una miserable puerta que podía derribarse fácilmente de una patada.

La repentina sensación de verse rodeados por todas partes consiguió el efecto deseado: causar confusión, ahogar en un momento cualquier esperanza de resistencia o huida. Haciendo honor a su fama en la Kaórnika, *Taxus* había dejado atrás con su galope al resto de la partida. Necón tiró de las riendas para frenarlo en seco. Ante él, a treinta pasos, dos docenas de hombres de diferentes edades blandían desesperados horcas de madera, palos y hachas de leñador. Tan solo uno de ellos llevaba espada: un anciano. Necón no esperó a que sus compañeros lo alcanzasen. Desmontó de un salto, desenvainó la espada y avanzó hacia los aldeanos a grandes zancadas, como quien, enfadado, pretende reclamar lo que es suyo por derecho.

El cántabro resoplaba como un toro. El escudo, redondo, se movía como un péndulo a su costado, acompañando el brioso movimiento del brazo que lo aferraba. La cota de malla se adaptaba a sus movimientos. Bajo el yelmo de acero, decorado con extraños motivos, dos ojos inmisericordes miraban al frente. Todos los aldeanos flaquearon cuando lo tenían a diez pasos. Retrocedieron. Parecían buscar algún tipo de señal por parte del anciano, que se mantenía incólume ante el acecho de aquel demonio surgido de las montañas del norte. El anciano se puso en guardia. Necón apartó la roñosa espada del anciano con un golpe seco del escudo, para acto seguido golpearla con la suya. La mano del hombre no pudo aguantar el golpe y su vieja espada cayó al suelo partida en dos. El cántabro soltó el escudo, agarró la blanca cabellera de su adversario, tiró hasta que su nuez quedó expuesta y le acercó el filo al cuello.

El resto de los kaórnikos llegaban a la altura de *Taxus* en ese momento. Desmontaron. Los campesinos, aterrorizados, dejaron caer sus aperos al suelo.

—La cosecha, anciano. ¿Dónde está? —dijo Necón con voz furiosa.

—No nos queda nada. —El anciano habló en un susurro.

—¡Buscad! —ordenó Necón a sus hombres.

Los cántabros se desparramaron por el poblado. Abatían puertas, volcaban muebles, sacaban a las mujeres de sus casas, revolvían con brutalidad los humildes enseres… En cuestión de momentos el pequeño poblado se vio anegado de gritos y llantos.

—¿Y las ovejas? ¿Las bestias de carga? ¿Dónde están? —preguntó Necón.

—El conde Gunterico… —susurró el anciano con la cara desencajada.

—¿Qué?

—Lo han requisado todo para el ejército.

Los cántabros sacaron de una casa dos docenas de tinajas con trigo que llevaron ante Necón. Los campesinos estaban inmóviles, más de uno empezó a llorar.

—¿Y eso? ¿Dónde está el resto?

—Eso es para la siembra, señor. No tenemos nada más. El conde…

—Las bestias de carga. Las carretas. ¿Dónde están?

—No queda nada…

Necón soltó al anciano con brutalidad y se acercó a las tinajas para examinar su contenido. Un kaórniko se le acercó.

—Hay doce cerdos en un corral, una veintena de ovejas y un par de bueyes. Nada más.

—Es todo lo que nos han dejado, señor. Ni siquiera sabemos si podremos alimentarnos con eso. Y necesitamos los bueyes para arar. —El viejo estaba de rodillas, suplicante.

—Puede que no tengas que preocuparte del día de mañana, anciano. ¿Hace cuánto tiempo que vinieron?

—Tres días, señor. Por favor…

—¿Cuántos eran?

—Es lo único que tenemos…

—¡Responde!

—No lo sé, doscientos, trescientos, no lo sé.

—¿Hacia dónde partieron?

—Al oeste. El rey reclama comida y hombres para su ejército. Se llevaron a los más jóvenes para guiar a los rebaños.

Un grito desgarrador surgió de entre las mujeres apelotonadas, y luego el llanto de un niño. Necón miró en aquella dirección. Uno de sus hombres le había arrebatado su bebé a una madre. Aquel kaórniko estaba apartando a la mujer de una patada, parecía satisfecho con su pequeño botín de carne y hueso.

—¿Qué haces, imbécil? —le increpó Necón.

—Me llevo este niño —dijo el hombre—. Parece sano y fuerte.

—¿Y a dónde te lo llevas, si puede saberse?

—A la Kaórnika. Mi mujer no puede tener hijos. Le hará ilusión.

—¿Y quién lo va a amamantar hasta que llegues allí? ¿Tú?

El hombre no parecía haber pensado en eso. La madre gritaba. Suplicaba.

—Devuélvelo.

—No. Es mío. Me lo llevo.

Necón se acercó a él de dos zancadas, hasta que las narices de ambos se tocaron.

—Devuélvelo —dijo con los dientes apretados.

El hombre, molesto pero acatador, dejó su pequeño y fugaz sueño en brazos de la madre sin la menor delicadeza. Boddo se acercó a su jefe.

—¿Qué hacemos?

—Nos vamos —ordenó Necón—. Si partieron hace tres días cargados de trigo y animales, les daremos caza en uno. No será difícil seguirles la pista. Además, ya han hecho todo el trabajo por nosotros.

—No será fácil si son un centenar de soldados.

—Es que no es un centenar, sino el doble o el triple.

—¿Entonces? —dijo Boddo extrañado.

—Hemos venido a por comida, Boddo, y la tienen ellos. Cuántos sean o cómo vayan armados es lo de menos.

—¿Y estos? —cuestionó Boddo, señalando a los campesinos.

—¿Qué pasa con ellos?

—Pues lo de siempre. Si les dejamos con vida avisarán a los suyos. Ya sabes.

Boddo tenía razón. Necón observó a los hombres, a las mujeres, a los niños. Se quedó mirando al anciano, debió de haber sido un guerrero años atrás, antes de que la edad domase sus miembros y su altivez. Era el único que no había retrocedido ante él. Probablemente fuese el padre, el abuelo y el bisabuelo de muchos de los allí presentes, sin duda era el hombre al que todos acudían por su sabiduría y sentido de la justicia.

Se habría asentado allí, décadas atrás, con una mujer, en los años oscuros, abandonando las armas en un arcón y soñando con un futuro, en paz, de cosechas abundantes. Fantaseando con ver crecer a su prole alrededor, una prole que, hoy en día, más parecían esclavos que hombres libres descendientes de fieros guerreros godos. Necón enfundó la espada.

—Dejadlos en paz. Nos vamos.

Necón comenzó a andar hacia *Taxus*. Los kaórnikos, extrañados, dieron media vuelta y se dirigieron también a sus caballos. El poblado respiró, como hubiera respirado un hombre al que se le hubiera quitado del cuello una mano de acero.

—Que Dios te bendiga —oyó Necón decir al anciano, tras él.

Necón se detuvo en seco. Aferró la empuñadura de la espada e, instintivamente, desnudó un tercio del acero. Por un momento se visualizó cercenando de un tajo la cabeza del anciano. Luego aflojó la mano y dejó caer la hoja de nuevo en su vaina, para, acto seguido, montar de un salto, arrear a *Taxus* y emprender un repentino galope que acompañó con un grito de furia. Sus hombres le siguieron.

Quiso alejarse cuanto antes del poblado pues, de haber permanecido allí, los hubiera matado a todos. Hasta ese momento tan solo había sentido desprecio por los cristianos. Ahora, consciente de que le habían arrebatado a su hermano, empezaba a sentir que les odiaba. Mintió a Boddo y a Cassio cuando le preguntaron la razón de su actitud, mintiéndose a sí mismo también al afirmar que no tenían tiempo que perder, que debían alcanzar el destacamento godo que se dirigía hacia el oeste y que suponía, por sí solo, la garantía para muchos cántabros de sobrevivir al invierno.

Sabaria, julio A. D. 573

Cualquier intento de resistencia es inútil. El ejército del rey recorre Sabaria como un trillo, asolándolo todo a su paso. Las aldeas de los sappos arden por doquier. Los hombres caen bajo nuestro acero y bajo los cascos de nuestros caballos. Las mujeres gritan al ser violadas, compradas y vendidas, hechas cautivas y separadas de sus hijos que son, a su vez, intercambiados por unas monedas.

Muchas mujeres, particularmente las hermosas y las más jóvenes, alcanzan altos precios cuando, al caer la noche, el ejército acampa para descansar. Es interesante constatar cómo su precio se va desplomando a medida que pasan los días y cambian de manos. No es de extrañar, muchas mueren agotadas en cuestión de días; las que no, se convierten en ancianas con asombrosa velocidad. Cuando los hombres ya no las quieren, las venden por cuatro cobres a los comerciantes que viajan con el ejército para posterior negocio de estos.

El obispo ha advertido al rey sobre lo impío del adulterio, pues muchos de los hombres tienen esposas legítimas y eso le preocupa, pero este es un país pobre; no hay botín, no hay oro, no hay plata y el rey no puede negar a sus hombres lo que es suyo por derecho de conquista. Ya rendirán los hombres cuentas ante el Altísimo en el día del Juicio, y ya tendrán, dice el rey, tiempo de arrepentirse de sus pecados.

No puedo evitar pensar qué es lo que nos ha traído aquí. Por qué ha elegido el rey esta región apartada y pobre para hacer la guerra. Después de unos días he comprendido tres cosas. La primera, que gracias a lo obtenido en las anteriores campañas por la opulenta Bética, el rey podrá recompensar generosamente a quienes le sirven sin necesidad de conseguir riquezas aquí.

La segunda, que al mostrar nuestro poder en el norte de Hispania, el rey esculpe en piedra el claro mensaje de que puede guerrear en cualquier punto de la península y que nadie puede permanecer tranquilo o desafiarle.

La tercera, que mientras las mentes de los nobles piensan en la guerra, no piensan en la rebelión, de modo que no perciben cómo el rey va ganando prestigio y autoridad sobre ellos.

Recompensar con generosidad, castigar con severidad, he ahí la base de todo buen gobierno.

12

Amaya tardó dos semanas en ver a lo lejos, al sur, lo que parecía ser una columna de polvo que, día a día, se veía más y más cerca. A la mañana siguiente de ver la primera, alguien apuntó hacia el suroeste señalando una segunda. Y a los dos días, otras tres columnas más se alzaban en el horizonte a diferentes alturas, acercándose. Los cántabros volvían a casa. La velocidad a la que habían desaparecido cuando partieron, contrastaba con la lentitud de la vuelta y con las espesas nubes que levantaban a su paso, señal inequívoca de que arrastraban con ellos carretas y rebaños.

Sin nada que hacer, Vadinia se dedicaba por las mañanas a tejer y a ayudar a Anna en sus innumerables tareas. Esta, envejecida, no podía ya subir al punto más alto de Amaya, un promontorio que coronaba la ciudad y al que sus habitantes llamaban «la Torre». Allí estaba la fuente de la que se abastecían sus gentes y desde allí, mientras aguardaba su turno, Vadinia observaba impaciente el lento progreso de las partidas por la meseta, intentando adivinar cuál de ellas era la de Necón y sus kaórnikos.

No hubiera podido decir qué la sobrecogía más, si la interminable meseta castigada por el sol que se divisaba al sur, o las oscuras montañas cubiertas de nubes negras que se divisaban al norte. Nubes que solo de vez en cuando parecían tener la fuerza suficiente para sobreponerse a las cumbres y llegar más allá. La muchacha pudo ver a su tío Abundancio un par de veces, fugazmente, como siempre. Pero por las tardes, Vadinia disfrutaba de la compañía de Tomás y le escuchaba hablar sobre el amor y la paz ante un puñado de personas; a veces dos, a veces cuatro, otras una docena.

Nepociano, al poco de que partiese Emiliano de Amaya, había hecho llevar hasta la puerta de su casa un abrevadero de madera donde cabía un hombre. Lo había llenado de agua y allí, ante la mirada de una treintena de personas, Tomás había sumergido a dos senadores, bautizándolos en el nombre de Dios. Días más tarde, el monje bautizaba a Cancilo y a los diecinueve hombres de Nepociano. Los guerreros del senador no tardaron en tallar en sus yelmos el sencillo símbolo de la cruz. Durante días no se habló de otra cosa en Amaya.

Pero cuando el alboroto suscitado por las conversiones fue muriendo y las conversaciones volvían a centrarse en las escasas cosechas y en la esperanza depositada en la incursión a la meseta, nació otro rumor. De algún lugar, de alguna boca, había surgido la noticia de que Tomás había curado a un niño moribundo con solo tocarle. Y luego, que había devuelto la vista a un ciego besándole los ojos.

Cuando le preguntaron por tales prodigios el monje los negó, diciendo que eran meras habladurías, que él no tenía tal poder, que no obraba milagros. Tales respuestas solo llevaron a las gentes a decir que, dado que Tomás invitaba a la humildad continuamente, las curaciones debían de ser ciertas pues, ¿quién negaría tales hechos, salvo aquellos que de verdad tenían poder para obrarlos?

Una tarde más, después de llevar el agua a casa, Vadinia se acercó dando un paseo hasta la casa de Nepociano para oír las balsámicas palabras del monje. Antes de llegar se encaramó a las murallas para ver, de nuevo, el polvo que levantaban las partidas en su regreso. Tomás estaba sentado en el suelo, con la espalda contra el abrevadero. En corro, con las piernas cruzadas, ocho o nueve personas le escuchaban. Entre ellos se encontraban los hijos del senador, dos mujeres jóvenes recién paridas, un anciano y dos guerreros del recientemente bautizado senador Sicorio. Nepociano observaba la escena desde la puerta de su casa con satisfacción.

—¿Por qué un Dios? ¿Y las fuentes? ¿Y los ríos? ¿Y los truenos? —oyó Vadinia decir al anciano cuando se acercaba. Este parecía algo enfadado, o quizá simplemente fuese su forma habitual de hablar—. Dices que lo sabes. ¿Cómo puedes saberlo? ¿Te ha hablado?

—Podría decirte que sí, amigo mío, que me ha hablado —respondió Tomás con dulzura—. Y a la vez decirte que no, y en ninguno de los dos casos estaría mintiendo. Dios no se ha presentado ante mí y me ha dicho, «cree, pues aquí estoy». —Ahora Tomás se dirigía a todos los congregados, con una sonrisa que transmitía paz. Fijaba su mirada serena en cada uno de los presentes durante unos instantes mientras hablaba—. No es ese el camino de la fe. Todos buscan la luz, todos buscan a Dios, aunque no lo sepan. Y buscan en el cielo, bajo las piedras o en las fuentes, o en las riquezas. Pero la luz no está ahí fuera, está aquí dentro. —Se apuntó al pecho—. Y la Palabra de Dios, encarnada en su hijo, Jesús, nos ayuda a encontrar esa luz.

»¿Por qué un dios y no varios?, me preguntas. Podría decir que simplemente lo sé, pero eso no te valdría de respuesta ni a ti ni a nadie. ¿Cómo lo sé? Intentaré explicarlo con la razón. —Tomás hizo una pausa para beber un poco de agua—. Los dioses a los que veneraba tenían cada uno una parcela en el mundo. El dios de la guerra, la diosa del amor, la diosa de tal o cual fuente, el dios de los truenos… Ninguno de nosotros puede negar la existencia de fuerzas que escapan a nuestro entendimiento y, por tanto, no se puede negar que haya una o varias divinidades. ¿Podemos partir de ahí? —Las gentes asintieron.

»Pero ¿puede haber dioses mutilados? ¿Dioses que tengan poder para unas cosas y no para otras? Si es así, queridos amigos, no son dioses, sino espíritus que habitan aquí y allá. Un dios, por su naturaleza, debe ser omnipotente, no debe estar mutilado o no sería un dios. Y si es omnipotente, solo puede haber uno. —El anciano asintió con convencimiento.

—¿Y cómo sabes que ese dios único que está ahí arriba es en el que tú crees? ¿Podría ser otro? —dijo uno de los guerreros de Sicorio.

—Bueno, si solo hay un dios al que venerar, no se puede estar muy errado —contestó Tomás, y las mujeres rieron. Una de ellas comenzó a amantar a su bebé.

—Sí —prosiguió el guerrero—, pero solo hablas de amor. Dices que tu dios es el dios del amor.

—Así es.

—Entonces es un dios que tiene una parcela, como decías antes; un dios mutilado.

—¿Cuál es la fuerza que rige el mundo?, amigo mío —repuso, dirigiéndose al guerrero.

—El hambre —respondió este.

Tomás no pudo evitar soltar una carcajada.

—He de reconocer que el hambre es una fuerza poderosa. Pero ¿pasarías hambre por dar de comer a tus hijos?

—¿Y quién no? —contestó el guerrero, molesto.

—Entonces, ¿qué fuerza rige el mundo? ¿Qué fuerza es más poderosa aún que el hambre?

—El amor —exclamó la madre que amamantaba a su hijo.

—Efectivamente —dijo Tomás acariciando al pequeño—. Así que solo hay un dios y solo hay una fuerza. De Dios nace el amor y del amor todo lo que nos rodea.

—Entonces —preguntó la hija del senador—, ¿por qué existe la guerra, Tomás?

—Porque el mayor don que puede dar quien ama al ser amado es la libertad. No puede existir el amor obligado. Quien ama, libera. Dios creó al hombre en libertad, amigos míos, y, bajo el cielo, la tierra produce todo lo que el hombre necesita. Son los hombres los que obran mal, los que utilizan su libertad para esclavizarse con la avaricia. Los que acumulan riquezas o comen hasta vomitar cuando otros pasan hambre. No falta comida en la tierra, ese es el don de Dios. No sobran bocas, sobra la avaricia; sobra la vanidad. Jesús dijo, «amaos los unos a los otros como yo os he amado».

Tomás reparó en la presencia de Vadinia. Se sonrieron. Ella siempre aparecía por allí, tarde o temprano, aunque nunca se sentaba en el corro a charlar. Nunca preguntaba. Tan solo escuchaba, apoyada en la pared de una casa.

—Yo solo creo en lo que veo —refutó el anciano, como si quisiera mostrarse insumiso a las palabras que amenazaban con convencerlo. Como si quisiese sacudirse un polvo que parecía estar calándole el alma.

—Aunque no lo sepas, tú ya crees en lo que no ves. ¿Acaso nunca sembraste un campo?

—Eso es diferente.

—¿Cómo puede ser diferente? Sembrar un campo es un acto de fe, cuidar del ganado es un acto de fe. Sabes que el campo dará fruto aunque no lo veas en el momento de la siembra.

—Pero es diferente —protestó el anciano. Se adivinaba en él cierta molestia al sentirse convencido por alguien tan joven a quien, seguramente, había ido a rebatir—.

Desde que soy niño he visto sembrar y recoger.

—Y, ¿quién te enseño a sembrar y recoger?

—Mi padre.

—¿Y creíste todo lo que te dijo acerca de la siembra? ¿Lo que había que hacer? ¿Cómo había que arar?

—Por supuesto.

—Entonces, amigo mío, creíste algo que no podías ver. Algo que, cuando se te explicó, quizá ni siquiera comprendieras. Pero era tu padre quien te guiaba y, como de tu padre tan solo podías esperar verdad y amor, tuviste fe. Creíste en lo que no viste. Podrías no haber hecho caso a tu padre, podrías haber arado de forma diferente o haber sembrado donde él te dijo que no debías hacerlo; pero sabías que, de hacerlo así, no habría cosecha. Y nadie ha tenido que probarlo ante tus ojos, te ha bastado la fe. —Se dirigió a todos de nuevo—. Somos niños ante Dios. Tal vez no podamos entenderlo todo, pero sabemos que si seguimos su camino, si escuchamos, nuestra cosecha será fecunda.

Mientras Tomás hablaba, el sol, convertido en una gran bola naranja, comenzaba a hundirse lentamente en el horizonte buscando reposo. Las dos sirvientas de Nepociano salieron de la casa; una llevaba una hogaza de pan, la otra un cuenco con vino. Candamo y sus hombres, como todas las tardes a esa hora, llegaron a casa de Nepociano. Poco después aparecieron Sicorio y el otro senador recientemente bautizado. El anciano, los dos guerreros y una de las madres sabían que, a continuación, los cristianos realizaban su extraño ritual, así que decidieron levantarse e irse.

Los cristianos se fueron sentando. Las sirvientas buscaron acomodo al lado de los hijos de Nepociano, se sentaron también los hombres de Candamo, los dos senadores y, por último, Nepociano y Proseria. Pero aquella tarde ocurrió algo fabuloso que llenó el alma de Tomás de esperanza. El corro era una persona más grande que la noche anterior. Una de las jóvenes madres había decidido quedarse. Tomás se dirigió a ella.

—¿Deseas unirte a nuestro ritual, amiga mía? —La mujer asintió, segura de sí misma—. En ese caso, debes ser bautizada.

—Lo sé.

—¿Y tu criatura? ¿Deseas que pase a formar parte de Cristo y de su promesa de salvación? —De nuevo la mujer asintió.

Tomás se alzó y, con un gesto de la mano, invitó a la joven madre a levantarse. La felicidad iluminó el alma del monje. Después de un año, aquella mujer era la primera en entregarse a Cristo por su palabra. No por las amenazas terrenas, como los guerreros; no por miedo, como los senadores, sino por convicción. Porque sabía que hacía lo correcto.

Tomás cogió al niño del regazo de su madre y lo besó como hubiera hecho un padre. El niño, de apenas seis meses, no hizo amago de queja, sino que jugueteó con

el crucifijo que colgaba del cuello de Tomás. La madre sonreía con ternura, con confianza; con la certeza de que ahora su hijo estaría protegido por algo más grande y fuerte que ella, por el Dios verdadero. El Dios del amor y la bondad. El único que podría haber.

Sus ojos se humedecieron, emocionados, al observar cómo Tomás sumergía a su bebé en el agua purificadora una, dos y tres veces, recitando oraciones que convocaban al Espíritu Santo y concediéndole un nuevo nombre: Juan, como El Bautista. Ni un llanto surgió del pequeño, sino risas al sentir el cosquilleo de las aguas, al sentirse sumergido y elevado como en un juego.

Tomás dio media vuelta, entregó al bebé a la hija de Nepociano e invitó a la joven madre a acercarse, a entrar en el abrevadero y dejarse caer. La mujer no dudó en seguir las instrucciones del monje. Nada más abandonarse de espaldas a la caída, las robustas manos de Tomás la sostuvieron y, delicadamente, la sumergieron en el agua una, dos, tres veces.

Sabaria, agosto A. D. 573

Sabaria se desmorona. Pocas han sido las escaramuzas libradas y ningún combate ha merecido, por el momento, el apelativo de batalla. Hemos establecido un campamento permanente en medio de este pequeño territorio; una improvisada ciudad de lona cercana al río de la que, cada día, salen partidas en todas direcciones. Es como si el campamento fuese el eje de una rueda y las partidas sus radios. La rueda gira y los radios son guadañas que barren toda la Sabaria.

Si tuviese que describir con una palabra la vida en el campamento, esa palabra sería aburrimiento. Paseo todo el día de aquí para allá, sin rumbo fijo. Aguardo con impaciencia el momento en el que el rey llama a Consejo. Desde que acampamos aquí las noticias son también monótonas y aburridas. Tal poblado no ha ofrecido resistencia; tal otro, en un cerro, necesita más atención y algunas tropas; tal partida ha sido emboscada, pero los atacantes han sido puestos en fuga. Se diría que los sappos mantienen la esperanza de ver en algún momento un ejército suevo que les libre de nosotros, pero nuestros exploradores y espías no tienen noticia de ningún movimiento por parte de estos. Todos los días llegan cautivos al campamento, aunque cada vez en menor número. Ninguno de rango.

Noticias que puedan suscitar ahora cierto interés provienen de Toledo. La peste inguinal vuelve a brotar en la ciudad regia y los servicios religiosos se multiplican. Masona, obispo niceno de Emérita, revuelve a los suyos desde su sede y nos culpa a los arrianos de atraer la furia divina con nuestra herejía. Pero, que yo sepa, la peste no parece hacer distinción entre nicenos y arrianos. El rey se muestra molesto con aquel obispo al que muchos en el Consejo instan a juzgar por sedicioso, pero Leovigildo prefiere optar por la concordia, pues la fama de Masona se extiende por

toda Hispania como la plaga misma. No hay que olvidar que la práctica totalidad de la población de Hispania, los romanos, abraza la fe nicena y que enfrentarse a su más insigne obispo puede encender la llama de la rebelión en cualquier punto del reino.

Hay otras noticias, en este caso positivas. Según se dice, el emperador Justino ha enloquecido. Algunos aseguran que ha sido poseído por un demonio. Tanto da. Poseído o loco, el Imperio está descabezado y, por lo tanto, nuestras posiciones en la Bética no correrán peligro ante los imperiales el año que viene.

El rey ha mentado a los cántabros. «Esta es la ocasión —dice—, de llevar por fin el fuego y la espada a esas tierras». En los últimos días se han sucedido las llamadas de socorro desde la meseta septentrional que muere en las montañas. Tales llamadas no se han podido atender, enfrascadas nuestras energías como están en este inmundo rincón del orbe. Al igual que hace cuatro años, los cántabros han surgido de sus madrigueras para entregar nuestras tierras al saqueo. Y lo peor, han asaltado destacamentos con víveres y hombres que estaban destinados a la campaña contra los sappos. Por fortuna, la falta de esos alimentos no se ha hecho sentir en demasía, pero si algo ocupa la mente del rey ahora, si algo ha repetido tres veces en el último Consejo, es que Cantabria ha de ser destruida.

13

Vadinia no fue aquella tarde a ver a Tomás. Las gentes se agolpaban en lo alto de las murallas vitoreando a los primeros en llegar. Observaban cómo acampaban a las faldas de Amaya y cómo descargaban algunas carretas repletas de trigo. Hasta La Torre llegaban los balidos de las ovejas y el mugir de las bestias de carga. Las gentes gritaban y saludaban para ser vistas. Primero llegaron los del Namnasa. A media tarde, los de la Libana. A lo lejos, cuando el sol se ocultó, las nubes de polvo desaparecieron. Al día siguiente llegaron los de Soua y así, a lo largo de siete días, todas las partidas se fueron dando cita en medio de cánticos y alboroto. Un constante fluir de gentes subía y bajaba por el camino que llevaba a la puerta oeste; guerreros y señores yendo a Amaya, habitantes curiosos bajando a ver todo lo saqueado, mujeres jóvenes buscando algo más con que saciar su curiosidad.

Vadinia reconoció a su hermano entre los jinetes que accedían a la fortaleza. Corrió a la entrada y gritó su nombre. Cancilo buscó a su hermana con la mirada. La vio al tiempo que desmontaba. Sonrió. Ella corrió a su encuentro, y ambos se fundieron en un fraternal abrazo.

—¡Cuánto me alegro de verte, hermano! ¿Sabes algo de Necón?

—Tranquila, sabe cuidarse. Si se retrasa es porque habrá conseguido más que nosotros.

—¿Cómo os ha ido?

—Bien, poca resistencia, también poca comida; pero encontramos una caravana repleta de vino recorriendo la calzada que lleva a Caesaraugusta. Solo por eso ha merecido la pena. Tengo que dejarte, hermana, nuestro tío estará impaciente por saber de nosotros. Nos veremos a la noche.

Se despidieron. Vadinia volvió a lo alto. La meseta se extendía ante ella vacía, privada de vida. Era ya tarde y, por mucho que afinase la vista, por mucho que escrutara el horizonte, no pudo ver una sola señal de movimiento. Sintió temor en medio de la algarabía que envolvía a la ciudad. Temor de no volver a ver a Necón, de ser ya, y sin saberlo, una joven viuda. No supo adónde ir cuando cayó la noche, así que, como por instinto, se dirigió a casa de Nepociano. Oía las conversaciones alrededor. Un grupo de ancianos hablaban sobre lo saqueado. «Es escaso», decía uno. «Pero parece suficiente», se conformaba otro. «Esta juventud…», añadía con desprecio un tercero, «en mis tiempos…».

Vadinia siguió caminando. Media docena de guerreros de diferentes valles bebían cerveza y celebraban volver a verse. La cántabra decidió andar más despacio y aguzar el oído.

—¿Os dijeron lo mismo?

—Sí.

—En ese caso debe de ser verdad.

—Los godos lo están requisando todo.

—Dicen que combaten en el oeste.

—Sí, contra los suevos.

—A mí me dijeron que contra los sappos.

—¡Bah! La misma mierda con distinto nombre.

Justo cuando se alejaba del pequeño grupo surgió la pregunta que quería oír.

—¿Y los kaórnikos? ¿Sabéis algo de ellos?

—Nada.

Vadinia apretó el paso, a duras penas lograba contener las lágrimas de la incertidumbre. Llegó a casa de Nepociano y golpeó la puerta. Un instante después abría una de las sirvientas. Proseria se sorprendió al verla.

—Vadinia, chiquilla, ¿qué haces aquí?

—¿Está Tomás?

No hizo falta que la mujer respondiera. Tomás apareció tras ella con esa sonrisa que tanta paz transmitía.

—¿Qué ocurre, hermana?

—Han vuelto todos, menos Necón y los suyos.

Tomás cerró la puerta tras él con delicadeza, la tomó del brazo y dieron unos pasos adentrándose en la noche.

—No sufras. Volverá.

—¿Y si no vuelve?

—Es inteligente, prudente, hábil con la espada, ama a sus hombres y ellos a él. He luchado con mi hermano, he estado bajo su mando. Nadie puede tener mejor líder en el campo de batalla. Duerme tranquila, Vadinia. No desesperes. Ten fe. —Tomás besó a su cuñada en la frente y le sonrió. Ella le miró a punto de llorar.

—Pide a tu dios, Tomás. Pídele que vuelva sin un rasguño. Que vuelva a mí. Que vuelva feliz.

—Así lo haré. Pero hazme un favor…

—Lo que sea.

—Reza tú también. Pide por su feliz retorno.

—A mí no me escuchará —dijo Vadinia al borde del llanto—. A ti sí, Tomás.

—Dios escucha a todos sus hijos, hermana. A todos aquellos que se dirigen a él de todo corazón. Yo no soy más que nadie ante Él, pues a todos nos hizo iguales. Hazme caso. Ten fe. Pídele aquello que deseas. Te aseguro que te será concedido.

—¿Cómo he de hacerlo? ¿Hay algo que le complazca? ¿Debo hacer algún sacrificio?

—No, Vadinia. —Tomás rio con levedad y negó con la cabeza—. No. Dios no pide nada a cambio. No hay que recitar extraños cánticos ni hay que dar cuatro

vueltas a una fuente. Busca un lugar apartado y habla con Él sin despegar los labios, habla desde el corazón, habla con el alma. Eso es todo.

—Gracias, Tomás.

—Que Dios te guarde.

Vadinia se puso de puntillas y le besó la mejilla. Sin saber por qué se sintió algo más tranquila. Pasó por casa, saludó a Anna y cogió un manto. Había decidido subir al punto más alto de Amaya y allí, más cerca del cielo y más lejanos los ruidos de la fiesta que envolvía la ciudad, le rezaría al dios de Tomás.

Siempre había un par de guardias en lo alto, escrutando el horizonte de día y de noche. Vadinia saludó y buscó un lugar apartado en La Torre para acurrucarse.

La noche era clara y limpia, la luna no era más que una línea curva en el firmamento; miles de estrellas decoraban el cielo y algunas desaparecían cuando fijaba su vista en ellas. El mundo se volvía oscuro y misterioso ahí arriba. Soplaba el viento. Los leves sonidos de la noche, el sordo caminar de los guardias, las risas lejanas y las flautas acompañaron su primer rezo al dios de los cristianos. Al principio le fue difícil dirigirse a Él, pero pronto aquel diálogo interno cobró vida y, de alguna manera, sintió que sus plegarias eran escuchadas. En su mente, Dios tenía la apariencia de Tomás, solo que más viejo. Vadinia pidió con todas sus fuerzas que Necón volviera a ella victorioso, que volviera sin un rasguño. Y así, rogando, fue quedándose dormida.

Un frío repentino la despertó. Al principio no supo muy bien dónde se encontraba. Empezaba a clarear y Amaya parecía muerta a sus pies. Uno de los guardias roncaba sentado sobre una piedra, apoyado en su lanza. El otro parecía estar desperezándose en aquel momento. Fue entonces cuando miró hacia el sur y vio una gran nube de polvo a lo lejos. El guardia pareció reparar en la nube a la vez que ella y, sobresaltado, fue a despertar a su compañero.

—¡Despierta! ¡Mira! ¡Mira allí! —dijo alarmado.

—¡Dioses! —dijo el otro—. ¡Avisa a los notables!

El guardia salió apresurado a dar la voz de alarma. Aquello no era una partida de vuelta. Por las dimensiones de la nube y la distancia, más parecía un ejército de miles de hombres aproximándose.

—¿Qué haces aquí, muchacha? —le increpó el guardia a Vadinia—. ¡Ve con tu familia! ¡Rápido!

Vadinia descendió apresurada. En cuestión de momentos Amaya entera se despertaba inquieta. La gente corría hacia las murallas abarrotándolas. «Nos atacan», decían. «Son los godos» gritaban unos, «los suevos» decían otros. Vadinia corrió a casa de su tío. La puerta estaba abierta. Cancilo, ataviado para la guerra asentía a Abundancio.

—Coge a treinta hombres y cabalga a su encuentro. Hay que saber quiénes son y qué quieren. Sé prudente, sobrino. Mientras tanto ordena que metan en la ciudad todo el ganado y el trigo. Todo. Armas, comida, todo. Que salgan mensajeros a las aldeas, que vengan todos y que traigan comida. Nos encerraremos.

Cancilo asintió acatador y dio media vuelta. Se detuvo unos instantes ante Vadinia sorprendido por su presencia, y salió corriendo a cumplir su cometido. Un senador apareció en ese momento, luego otro, luego otros dos.

—¿Qué ocurre? —demandó saber uno de ellos.

—Están a dos días de camino, quizá tres si son muchos —explicaba Abundancio.

—Pero ¿cómo podemos estar seguros de que es un ejército?

—¿Lo habéis visto?

—Sí, pero ¿quién emprendería una campaña a final del verano? Es una locura.

Los senadores salieron con premura de casa de Abundancio en dirección a la casa larga. Vadinia no pudo ser testigo de más y ahora dependería de los rumores. Subió a la muralla, vio a su hermano alejándose mientras los demás hombres guiaban el ganado por el empinado camino hacia la puerta oeste. A media tarde Amaya era un mar de especulaciones, un confuso ir y venir de gentes y animales. Los habitantes de algunas aldeas circundantes llegaban con sus escasas pertenencias a buscar refugio en la fortaleza. Por la noche las puertas se cerraron. Amaya durmió inquieta.

Nada más amanecer, la ciudad se volcó sobre las murallas para observar el lento e inexorable avance de aquella tormenta de tierra. Vadinia se culpó por haber atraído sobre Cantabria la ira de alguna divinidad; por haberle rezado al dios de los cristianos.

Antes del anochecer, la nube se detuvo. Más cerca. Acechante. A la mañana siguiente se abrieron las puertas para dejar paso a Cancilo y a sus hombres, que atravesaron el poblado para informar de lo que habían visto. No tardó en correrse la voz: Necón, hijo de Vadón, señor de la Kaórnika, regresaba. Ni uno solo de sus hombres tenía un rasguño y traía botín y rebaños incontables de vuelta a la ciudad: vino, aceite, trigo, caballos, ovejas, oro…

Sabaria, agosto A. D. 573

Se acabó. Sabaria está en nuestras manos. Los suevos nos envían embajadas de concordia, le ofrecen regalos al rey, se muestran sumisos y abandonan a su suerte a aquellos que en su día les habían jurado obediencia. El rey exige rehenes a los sappos.

Los primogénitos de los hombres más principales de estas tierras serán llevados a Toledo, alimentados y educados en la corte para así garantizar la lealtad de sus padres; para que, cuando vuelvan a sus tierras dentro de unos años, hayan establecido vínculos de amistad con aquellos que servimos al rey. Andando el tiempo,

como siempre ha sido, más parecerán godos que sappos, y sus lealtades, así como sus temores, residirán en Toledo. Habrán de pagar tributo, deberán responder a la llamada de las armas con hombres y pertrechos cuando el rey así lo exija, deberán cumplir y hacer cumplir nuestras leyes, jurarán lealtad. Vae Victis.

El campamento va desapareciendo ante mis ojos. Ya casi no quedan rebaños, las carretas se muestran vacías de trigo, el lugar que hemos estado ocupando durante tantos días está lleno de basuras y desperdicios, de objetos desechados, de huesos y de hogueras extinguidas. Hasta que las lluvias limpien esta explanada los sappos podrán recordar dónde se asentó su castigo.

Una columna de hombres y mujeres, harapientos y cubiertos de suciedad, marchan al cautiverio como parte del botín. Yo siento mi cuerpo temblar de orgullo ante la grandeza del rey y del reino; mi corazón se agranda al saberme parte de un pueblo poderoso, invencible.

¿Quién de entre los godos puede hacer sombra a los logros del rey? ¿Qué noble se atrevería ahora a desafiarle? ¿A hablar en su contra? Qué lejanas quedan las guerras civiles que nos debilitaron. Qué sólidos son ahora los cimientos de este glorioso edificio. Qué sumisos se muestran los embajadores de nuestros enemigos. Dios sea loado por la gracia de concedernos tan gran monarca. El reino es hoy más fuerte de lo que jamás lo ha sido.

14

La llegada de Necón asombró a todos. Jamás una partida había obtenido tanto, decían los viejos. Y jamás sin perder un solo hombre. Durante días, las gentes de Amaya descendieron por el camino para admirar la abundancia que aquel año se presentaba ante ellos. El balar de las ovejas era ensordecedor, el olor que desprendían lo inundaba todo. El nombre de Necón corría de boca en boca; «digno hijo de su padre». Los kaórnikos se mostraban exultantes, contaban su historia a quien les preguntara y no eran pocos los que querían conocer los detalles.

De la noche a la mañana, Necón y sus hombres se habían convertido casi en leyenda. Los senadores, en la casa larga, fueron los primeros en escuchar al joven señor dar cumplida cuenta de su hazaña. La escasez de botín del resto de partidas se debía, en esencia, a que el rey de los godos demandaba alimentos para su campaña contra los sappos. Un destacamento que había partido de Virovesca en dirección a la Gallaecia, requisándolo todo a su paso, era el que los kaórnikos habían asaltado.

Vadinia conoció toda la historia de primera mano la noche de su retorno, pero el encuentro con Necón estuvo lejos de ser como ella había imaginado. Él le preguntó qué tal había estado. La besó, sí, pero eso fue todo. Demasiada gente lo saludaba, eran demasiados los que se acercaban a él para felicitarlo y muchas las ganas del cántabro, henchido de orgullo, de aceptar los parabienes. Se sintió tan desplazada… Una mera sombra del gran hombre.

Ya en casa, ante el fuego, junto con la siempre servicial Anna y su hermano Cancilo, la cántabra escuchaba a su esposo, a Boddo y a Cassio hablar. Reían, borrachos de vino y ebrios de victoria. La sencilla y audaz estratagema ideada por Necón parecía increíble. Los kaórnikos se atropellaban los unos a los otros contando lo sucedido, hacían aspavientos y dibujaban en el suelo. Tan solo se dirigían a Cancilo, como si fuese la única persona digna de entender el relato.

El contingente godo debía de contar con unos trescientos hombres, rebaños y suministros; por tanto la velocidad de su avance sería lenta a pesar de atravesar una llanura. Lo que ellos recorrieran en tres días, los kaórnikos lo podían recorrer en uno. Avanzaron hasta divisarles a lo lejos. Luego cabalgaron un día hacia el sur, después tres hacia el oeste, luego uno hacia el norte y así pudieron divisar a la tropa del tal conde Gunterico de nuevo, en la lejanía, viniendo hacia ellos, rumbo oeste.

Por la mañana, los cántabros trotaron a su encuentro. El campamento godo se desperezaba cuando sonó la voz de alarma. Hombres a pie, azuzados por las órdenes de sus superiores, formaron a toda velocidad una barrera impenetrable de escudos en la vanguardia del campamento. A pesar de la confusión, los hombres parecían estar

bien entrenados. La caballería goda tomó posiciones delante de la muralla de escudos.

Necón ordenó el alto a unos mil pasos y, seguido de Boddo y Cassio, fue al encuentro del conde. Era fácil saber quién era, pues montaba el mejor caballo, vestía ricas ropas y se mostraba altanero. Era muy joven. Estaba flanqueado por diez hombres robustos, uno de los cuales, a su derecha, portaba un estandarte que marcaba la dirección del viento. Viendo cómo tan solo tres jinetes se acercaban a ellos, los godos se confiaron y aguardaron su llegada.

—Tendrías que haberlo visto, Cancilo —rugió Boddo—. Tu cuñado, plantado a diez pasos del ejército godo, con cara de enfado y gritando, «¡Conde Gunterico, maldito traidor! ¿A qué se debe este retraso?». —Los kaórnikos reían al imitar la cara de sorpresa que puso el conde. Boddo agravó la voz y le dio un toque de afectación —. «El rey os espera desde hace semanas, maldito imbécil». —Más risas—. Ahí estaba el tal Gunterico, con cara de «¿qué está pasando?». Por un momento creímos que no se lo tragaría y, de repente, va el muy idiota y se disculpa; «lleva tiempo recoger todo lo que se me ha pedido». —Los hombres estallaron en risas.

—Pero lo mejor vino después —continuó Cassio—. Va Necón, se planta ante él y le dice: «¡Excusas! ¡Os retrasáis a sabiendas! ¿Quién os paga? ¿Los francos? Ya sabéis cuál es el castigo por traicionar al rey». Y el muy inocente le contesta… —Cassio palmeó a Boddo—. Dilo tú, le imitas mejor.

Boddo se aclaró la garganta y puso cara afectada.

—«Soy un hombre leal», y Necón le contesta: «A la velocidad que vais llegaréis cuando la campaña haya concluido». Luego el conde vuelve a protestar. «Sigo órdenes». «¡Mentiroso!», dice Necón. «No miento», responde el otro. —Boddo casi se ahoga de la risa. Comenzó a toser como un viejo, incapaz de respirar, y se palmeaba los muslos con las manos mientras Cassio se agarraba las tripas, sin poder seguir con el relato—. «El rey…» —intentó seguir Boddo, imitando a Necón con voz seria, aunque dos lágrimas le caían de los ojos—. «El rey reclama vuestra presencia cuanto antes. Se prepara para el último asalto contra los sappos, así que más os vale estar presentes allí dentro de una semana y demostrar vuestro valor y lealtad. Sois la vergüenza de la nación goda». «¿Y los suministros?». «Nosotros nos encargaremos de eso, partid ahora, maldito imbécil, si no queréis que vuestra cabeza luzca en lo alto de una estaca en Toledo». —Los cántabros se ahogaban de la risa.

Cómo se tragó el conde Gunterico aquella patraña escapaba a todo lo razonable, pero lo cierto es que en cuestión de momentos, el conde, atemorizado, dio la orden, y los cien jinetes y los doscientos hombres de a pie que componían el destacamento, partieron a marchas forzadas desapareciendo en el horizonte. A partir de ahí, solo hubo que cambiar el rumbo de la caravana de vuelta al este y luego al norte.

Vadinia se sintió feliz viendo a su esposo disfrutar con el relato, reír con sus compañeros. Luego Necón se levantó tambaleante, borracho y altivo. Sin despedirse siquiera, abandonó la casa seguido de Cancilo, Boddo y Cassio, buscando un baño de

popularidad en las calles que no tardó en encontrar. Ella hubiera deseado sentirle aquella noche. No pudo ser. Volvió de madrugada, la despertó al desplomarse en el lecho a su lado y roncó hasta bien pasado el mediodía.

Durante los días que siguieron, el Senado hizo inventario de lo obtenido por las partidas, dividiéndolo a partes iguales entre todos los señores, que pronto volverían a sus tierras con su parte del botín, como había ocurrido siempre. Necón volvió a recibir los agasajos de un Senado agradecido y de una población que, ahora, le veía como un gran hombre por derecho propio. Acabada la sesión, Abundancio le tomó del brazo para hablar con él a solas.

—Enhorabuena, Necón, has hecho honor a tu estirpe.

—Gracias.

—Ven a mi casa. Me gustaría tratar unos asuntos contigo.

Allí, entre cuatro paredes, Abundancio ordenó que todo el mundo abandonase la vivienda.

—Acomódate. ¿Quieres vino? ¿Cerveza?

—Vino, por favor.

Abundancio se acercó a una jarra de cerámica, vertió el contenido en dos cuencos y le entregó uno al joven senador.

—Tu audaz acción ha supuesto suficiente para que todos los cántabros puedan dormir tranquilos durante el invierno.

—Gracias, señor.

—No tienes que llamarme señor, Necón. Ahora somos iguales en rango. —Abundancio dio un sorbo al cuenco—. Excelente, ¿no te parece? De la Bética, nada menos. —Necón asintió—. Sabes que tu padre y yo fuimos grandes amigos; como lo sois mi sobrino Cancilo y tú, así que quiero que recibas mis palabras como las recibiría un hijo.

—Por supuesto, siempre ha sido así —aceptó Necón.

—¿Como senadores, cuál es nuestra labor, Necón?

—Defender nuestra tierra y a nuestras gentes.

—Exacto. Y nuestra tierra está en peligro.

—¿Y cuándo no lo ha estado?

—En eso tienes razón. —El viejo senador sonrió—. Deja que te enseñe algo. Sígueme.

Abundancio se incorporó. Necón siguió sus pasos hasta el fondo de la vivienda. Allí estaba la despensa. Tinajas repletas de alimentos, cerveza y vino se mezclaban con todo tipo de utensilios en una especie de caos organizado. De entre toda aquella maraña, Abundancio sacó un arcón a rastras, lo abrió y mostró su contenido. Solo había documentos, rollos y más rollos, algunos más deteriorados que otros.

—Aquí está lo que parece ser nuestra razón de ser. Básicamente en todos dice lo mismo: «Resistir hasta que llegue ayuda». Los hay también que conceden algún tipo de agradecimiento por parte de un emperador y, al fondo, un montón de rollos en una

lengua extraña; griego probablemente. ¿Cuánto lleva esto aquí? ¿Cien años? ¿Más? No lo sé. Hasta hay un estandarte.

Abundancio buscó entre los documentos y extendió ante Necón una tela desgastada que lucía lo que parecía ser una P superpuesta a una X, ambas doradas, sobre un fondo rojo.

—¿Sabes lo que es esto? —Necón negó con la cabeza—. Un *cantabrum*, mi querido Necón, o *labarum*; un estandarte con el símbolo del emperador Constantino. —El kaórniko no sabía quién era ese Constantino—. Hay una carta que hace referencia a ello, un mensaje de agradecimiento a un cántabro, un tal Areno, por su leal servicio, arrojo y valor. En él se le entregan tierras en Amaya y el estandarte, besado por el emperador, como recuerdo de su gesta. ¿Quién era ese hombre? ¿Qué hizo? Nadie lo sabe, ni lo sabrá nunca. Su historia murió con él, o con su nieto. Pero eso es lo de menos. Es a ese hombre, y a muchos como él, a quienes debemos nuestra presencia aquí. Ellos no sabían quiénes seríamos nosotros, al igual que nosotros no sabemos quiénes fueron ellos. Y sin embargo, se dejaron la piel por nosotros en los años oscuros. A ellos debemos nuestra libertad. ¿Qué crees que pudo mantenerles firmes?

—El amor a los suyos, el amor a su tierra.

—La unidad, Necón, la unidad. Sin unidad no hay supervivencia. —Abundancio cerró el arcón e invitó a Necón a salir de la despensa para sentarse de nuevo—. Cantabria está dividida, hijo mío.

—Eso es imposible. El Senado está unido y las gentes también.

—Necón… —llamó su atención Abundancio, mirándole a los ojos—. ¿Sabes lo que pasa cuando hay una manzana podrida en una cesta?

—Que todas se acaban pudriendo.

—Exacto. Sabes tan bien como yo que Nepociano es un intrigante.

—Por supuesto que lo sé, pero nunca ha pasado de ser como un grano en el culo. Basta con rascarse.

—Sí, pero me temo que ha encontrado un aliado y una nueva fuerza: tu hermano Urbico y el dios cristiano.

—Los dos creen las mismas sandeces, es normal que se junten.

—Ese no es el problema, Necón. El problema es que ya no son los únicos. —El kaórniko frunció el ceño extrañado—. El senador Sicorio ha sido bautizado, los hombres de Nepociano también, así como un par de personas más. Una mujer y un anciano.

—Tarde o temprano tenía que convencer a alguien. Los hombres de Nepociano lo habrán hecho para no perder su favor, y el anciano ese y la mujer, seguro que andan mal de la cabeza. Yo no me preocuparía.

—Pero me preocupa. Me preocupa porque cada vez son más los que van a escucharle. Se ha corrido el rumor de que puede curar enfermos y, no sé por qué, pero creo que quien ha hecho correr ese rumor es, precisamente, Nepociano. Tu hermano

lo niega, por supuesto, pero eso solo empeora las cosas. ¿No sé si ves a dónde quiero llegar? —Necón negó con la cabeza sin entender muy bien lo que quería decir—. Lo diré de forma más directa… Si por alguna razón tu hermano resultase muy convincente, y parece que no lo hace mal, poco a poco muchos le seguirían. Aquellos estarían dominados por tu hermano, y Nepociano domina a tu hermano. —Necón pareció comprender al fin.

—Nadie les escuchará.

—Eso —dijo el senador—, pregúntaselo a tu esposa.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que ha estado yendo a verle todas las tardes. A escucharle.

—Llevan así todo el invierno. Yo creo que Vadinia le escucha por pena, y por tener alguien con quién hablar.

—Sabes que quiero a mi sobrina, Necón. Más incluso que a mi propia vida, pero por lo que me dicen, sus charlas con Urbico no son tan inofensivas como piensas.

—¿Por qué?

—Me duele en lo más profundo tener que decir esto, hijo mío, pero debo hacerlo. La lealtad que debía a tu padre ahora te la debo a ti.

—Acaba de una vez, Abundancio.

—La noche antes de que llegaseis, tu esposa se entregó al rito cristiano que llaman bautismo. —El kaórniko, confundido, observó al senador—. Vadinia es ya una de ellos. Ahora adora al dios cristiano y todo el mundo lo sabe.

Necón tardó en reaccionar. Se incorporó súbitamente, enfurecido. Estrelló el cuenco de madera en el suelo y salió de casa del senador resoplando como un toro.

Hizo caso omiso a quienes lo saludaban, apartó violentamente a más de uno de su camino y se dirigió a casa. Cuando llegó, Anna y Vadinia se daban la vuelta. A Vadinia se le iluminó la cara de alegría al verle, pero Necón se acercó a ella con brutalidad y la aferró por los hombros, con la mirada rabiosa.

—¿Has estado viendo a ese baboso de Urbico? —gritó.

—Yo…

—¿Te ha embaucado? —Necón la zarandeó—. ¿Qué te ha dicho?

—Nada. Solo iba a verle por las tardes. Mi familia está lejos. No tengo a nadie aquí.

—¿Te has dejado convencer por sus mentiras? ¡Ese no es mi hermano, Vadinia! ¡Es un demonio que ha usurpado su cuerpo! —Vadinia asentía llorosa—. ¡No vuelvas a verle! ¡No vuelvas a buscarle! ¡No vuelvas a hablar con él! ¿Me has entendido?

—Sí. Sí —sollozaba Vadinia.

—¡Maldita sea, seré el hazmerreír de todos!

—Perdóname, Necón.

—¡Y reniega de ese maldito mendigo que tienen por dios!

Necón hizo amago de golpear a su esposa. Se detuvo. La soltó y salió de casa como un huracán. Vadinia se echó a los brazos de Anna con el corazón y el alma rota,

llorando desde lo más profundo. Se sentía sucia, una traidora.

Dos golpes secos sonaron en casa de Nepociano, seguidos de los gritos de Necón llamando a su hermano.

—¡Sal de ahí, Urbico, maldito cerdo! ¡Sal de tu asquerosa madriguera! —Y volvió a golpear la puerta.

Un grupo de personas de detuvieron a contemplar el escándalo.

—¡Sal! —La puerta se abrió y Tomás, con sus andrajos, apareció ante él—. No vuelvas a hablarle a mi mujer. Quedas advertido —dijo, apuntándole con el dedo hasta casi rozarle la nariz. Más gente se iba congregando alrededor.

—Tu mujer viene aquí libremente. Yo no le hablo a ella, le hablo a quien quiera escuchar la Palabra de Dios.

—¡Deshaz el embrujo!

—¿Qué embrujo?

—¡Ese que llamas bautismo!

—Eso, querido hermano, no puede deshacerse. No está en mi mano. —Tomás hablaba con calma. Una calma que parecía exasperar más aún al kaórniko.

—¡Maldito cerdo!

Necón pareció darse la vuelta, pero solo fue un gesto para que su brazo cogiese impulso e impactase en la mandíbula de su hermano. Tomás sintió el dolor, el crujir de huesos, el sabor a sangre en la boca. Sintió que se tambaleaba. No cayó. Un murmullo surgió de la multitud a la que se iba uniendo más y más gente. Necón dio media vuelta, dispuesto a irse.

—Que Dios se apiade de tu alma, hermano. Rezaré por ti.

El joven senador se detuvo, se volvió pleno de ira, agarró a Tomás de sus andrajos y tiró de él para sacarlo a la calle como si fuera un perro. Tomás no se resistía. Le propinó un puñetazo en el vientre. Otro en la cara, que acabó por precipitarlo al suelo. Una patada. Otra.

De repente, los hombres de Nepociano aparecieron en escena alertados por el alboroto, dispuestos a sujetar al enloquecido kaórniko. Tomás levantó la mano para detenerlos, al tiempo que recibía otra patada más. Con su hermano tendido en el suelo, Necón apoyó una rodilla al lado de él, le aferró las telas que tenía más cerca del cuello y lo atrajo hacia sí.

—Mantente alejado de ella. ¿Me has entendido, Urbico?

—No sabes cómo te compadezco, hermano —repuso Tomás en un susurro.

Necón le soltó, le arrancó el crucifijo y lo partió con las manos. Tiró ambos trozos a un lado y escupió a su hermano en la cara. Luego se fue, abriéndose paso a empujones.

Toledo, octubre A. D. 573

Las calles de Toledo se engalanan para nuestro regreso. Las gentes nos vitorean y gritan enloquecidas el nombre del rey. Desde el más humilde al más poderoso alaba su grandeza; nicenos y arrianos celebran juntos la victoria. Hombres, mujeres y niños dan gracias a Dios por habernos concedido tan excelso guía en la tierra. La ciudad se sumerge en la fiesta.

Cinco gloriosas campañas han servido no solo para aumentar los territorios del reino, sus tesoros y sus siervos, sino también para apuntalar el poder del más grande de los godos desde Alarico. Leovigildo hoy es tenido por invencible, sus hazañas están en boca de todos; surcan los mares rumbo a Constantinopla y cruzan las montañas hacia los reinos francos de Neustria, Austrasia y Borgoña.

Por primera vez un rey godo puede sentirse heredero de los más gloriosos emperadores y, como tal, Leovigildo ha tomado las insignias del poder de los césares, adoptando el sobrenombre de Flavio. Nada lo diferencia ya del emperador en Constantinopla, salvo que aquel ha sido derrotado por sus enemigos. Por tanto el rey se muestra hoy ante nosotros no como hicieron sus predecesores, ataviado como un godo más, un primus inter pares, *sino investido con los símbolos del poder divino, y ha hecho construir un trono. Viste escarpines de cuero teñidos de púrpura, corona con ínfulas, clámide dorada cuajada de pedrería y, en el hombro derecho, una gran fíbula de oro que representa un águila*.

Nos postramos ante él con amor y devoción. El reino está a salvo bajo su égida. Quienes le servimos sabemos de su generosidad para con aquellos que le sirven bien y su implacable severidad para con aquellos que le desafían. El fantasma de la guerra civil huye a otros reinos. Hasta la peste parece haber inclinado la cerviz ante su grandeza. Lloro de dicha. Dios guarde a Leovigildo y sea largo su reinado.

15

Una vez más, los kaórnikos regresaban a casa. Dejaban atrás la achicharrada meseta para adentrarse en sus montañas siguiendo los antiguos caminos. Cantaban. Las nubes blancas y los frondosos bosques, aún verdes y llenos de vida, ofrecían un bienvenido cobijo del sol. El otoño se retrasaba esta vez. El futuro se mostraba más luminoso, más prometedor que nunca.

Tan solo la actividad, hablar con los hombres, recorrer arriba y abajo la columna, alejaba a Necón, de vez en cuando, de la triste sensación de haber sido traicionado por su hermano y por su esposa. Hubiera soportado mejor el adulterio que aquel maldito embrujo cristiano del bautismo. Vadinia se mantenía callada sobre su montura, acobardada, apenada. Sentía que el hombre al que amaba se había alejado de ella. Hoy más que nunca se veía necesitada de las caricias de aquellas manos ásperas y callosas. Cómo deseó la cántabra tener cerca a Tomás. Él habría tenido unas palabras de consuelo. Palabras sencillas, dulces, esperanzadoras… Pero, sobre todo, habría tenido una sonrisa para ella; una mirada cálida y diferente, sosegada, amable.

De alguna manera sabía que, si pretendía acercarse de nuevo a aquella quien se debía, tenía que dejar marchar al monje, por mucho que le doliera. Tenía que olvidar al dios de los cristianos a pesar de sentir, en su interior, una llamada irrefrenable hacia Él. Tuvo que luchar consigo misma para no pedirle a ese dios que Necón volviera a mirarla con cariño, que volviera a amarla… Pero ahora parecía que los dioses que hasta entonces había venerado eran dioses vacíos, muertos. El dios de Tomás se había enquistado en algún lugar de su alma y parecía crecer un poco cada día.

Sin embargo, debía aplastarlo, apartarlo, hacer oídos sordos a la bella palabra que hablaba de amor y paz. Muertos los dioses de sus padres y sin poder acercarse al dios que ahora sabía verdadero, Vadinia se sintió desamparada, sola. Una minúscula lágrima en medio de un desierto que se consumiría en sí misma con el primer rayo de sol.

La Kaórnika les recibió jubilosa como nunca. Madre les dio la bienvenida impasible, como siempre. Vadinia soportó a duras penas la afilada mirada de aquella mujer de granito. Agachó la cabeza al verla, al sentir que, si le sostenía la mirada, Madre le arrancaría todos sus pensamientos, como decían de las brujas.

—¿Dónde está Urbico?

—No ha venido —respondió Necón con desprecio.

—Mejor —repuso secamente.

Madre observó a ambos. Un leve gesto de la cara dio a entender que había percibido la invisible pared que se interponía entre la joven pareja y el papel que Urbico había tenido en todo aquello. Se acercó a la muchacha, que se ruborizó cuando madre le palpó los pechos y el vientre.

—¿Aún no estás encinta? —Vadinia negó con la cabeza, avergonzada. Madre miró a Necón—. ¿Hace cuánto que no te acercas a ella?

—No estoy de humor.

—No estás de humor —repitió Madre como para sí—. Hombres —exclamó, negando con la cabeza—. Solo tienen que hacer una cosa para traer hijos al mundo, e incluso esa la hacen mal.

»Te aseguro que cuando te parí yo no estaba de humor. Tampoco cuando te concebí, pero las mujeres no tenemos elección, así que haz el favor de reponerte de tus tonterías, Necón. —Madre hizo una severa pausa—. Tendrás gente a la que ver y cosas que hacer. Déjanos solas. Ya vendrás luego.

Necón, confundido, dio media vuelta y se encaminó a la casa larga. Con dos palabras de Madre, y sin saber muy bien cómo, el guerrero se había convertido de ultrajado en ultrajante. La mujer tomó a Vadinia del brazo para entrar con ella en casa. Se acomodaron frente al hogar.

—Verás, muchacha, no es que te tenga especial aprecio. Eres joven, inexperta, maleable y débil, pero con suerte eres tú la que ha de traerme un nieto legítimo; la que ha de hacer que la sangre de Vadón siga poblando esta tierra y gobernando sobre ella. Y eso me obliga a hablarte con sinceridad. Te has sentido sola y te has refugiado en las sandeces de Urbico, ¿no es así? —Vadinia asintió—. Y es probable que hasta hayas llegado a rezarle a su dios. No contestes, eso quédatelo para ti. Una mujer debe tener secretos; cuantos más mejor, especialmente a tu edad. Cuanto antes aceptes que estás sola en este mundo, antes dejarás de sufrir. Un hombre siempre amará más a su caballo o a su espada que a su esposa, acéptalo. Ellos tienen su camaradería, sus ritos de comida y bebida, sus sueños de mundos mejores… Ideas como el honor y la justicia, que solo llevan a deshonores e injusticias mayores. Ellos viven a dos palmos de la tierra, rara vez palpan la realidad. Pero nosotras somos la tierra misma y la tierra calla y soporta; calla y da fruto; se deja trabajar por el hombre. Y así debe ser. Tu vida debe ser su vida, tu opinión debe ser su opinión, sus enemigos tus enemigos. —Vadinia asentía—. Y si no es así, calla. Un hombre nunca debe sentirse traicionado.

—Pero yo no le he traicionado. Solo he pedido por él, por su feliz regreso. No le he hecho ningún daño. Yo le amo. Y él me amaba a mí.

—El amor en los hombres no existe, chiquilla. Ellos no saben lo que es amar porque no saben lo que es parir. Eso también deberías aceptarlo cuanto antes. Para ellos existe el deber, existe la necesidad de sentirse amados o respetados, existe el deseo natural que ejerce la diosa entre hombres y mujeres, pero no el amor. Podrá llegar a apreciarte y podrás llegar a ser imprescindible para él si le sirves bien, imprescindible como lo puede ser un buen esclavo, pero eso es todo. Como mujer

debes obrar y callar, no aferrarte a nada, no esperar nada. Tejer para que las ropas sean desgarradas, parir para que tus hijos sean devorados por la guerra.

»La mujer acepta porque el mundo de los hombres no tiene sentido para nosotras. Cuando la mujer acepta, puede encontrar un camino e incluso ganar a los hombres en su propio terreno, pero para eso deben pasar años y todos deben verte como un miembro más del cuerpo de tu esposo; una parte inseparable de él.

—Pero tú eres una mujer respetable.

—Porque mi marido fue un hombre respetable y en mí lo ven a él. Cuando conoces a un hombre a fondo y le sirves como debes, acaba él sirviéndote a ti sin saberlo. Y con él todos aquellos que le siguen. Acepta lo que eres, muchacha. Dale hijos, haz de tu seno su lugar de refugio, complácele y, cuando pasen los años, acabarás siéndole necesaria. Solo entonces ejercerás cierto dominio silencioso sobre él y los suyos. Así merecerás respeto. —Vadinia simplemente asintió—. ¿Hace cuánto sangraste por última vez?

—Hace seis días.

—Bien. Iré a hablar con él para que venga a ti, estás en días propicios. Pídele perdón, arrástrate si es necesario, y muéstrate placentera en el lecho. Hay miel en la despensa.

Aquella noche Necón llegó borracho y altanero. Vadinia, envuelta en llanto, se postró ante su esposo y le abrazó las rodillas suplicando su perdón, jurando que jamás tendría que sentir vergüenza de ella. Que le sería fiel como no podría serlo un perro; que se odiaba por su estupidez; que jamás volvería a escuchar las sandeces de Urbico, y que dedicaría su vida a él. A servirle, a amarle, a ser y a estar donde le correspondía como mujer. Luego se alzó y le tomó de la mano para llevarle al lecho. Le besó los labios con delicadeza, lo miró a los ojos y entonces supo que, entre Madre y ella, habían doblegado al indómito guerrero. Se amaron, gimieron y, cuando sintió que él se derramaba en sus entrañas, cerró los ojos y suplicó al dios de Tomás quedar encinta.

Toledo, diciembre A. D. 573

Asistimos al nacimiento de una dinastía que, como todo nacimiento, nos llena de dicha. Leovigildo, como hicieran antes que él los grandes emperadores, ha asociado al trono a sus hijos, Hermenegildo y Recaredo. Ambos participan ahora, a pesar de su corta edad, de la dignidad regia. Los nobles han aceptado de buen grado la decisión del rey, aunque esto suponga alejar del trono a algunos que podrían considerarse dignos de guiar nuestros destinos cuando él falte. De este modo, Leovigildo cimenta el futuro para evitarnos a los godos el mal de la guerra civil; un fantasma que ensombrece nuestra grandeza cuando un rey muere.

Los jóvenes príncipes tendrán así ocasión de aprender las bases del buen gobierno y de acostumbrarse a la dignidad regia mientras todos vamos aceptando que, algún día, uno de ellos, el que pruebe su valía en los años por venir, heredará el trono.

El Consejo se reúne. La invasión de Cantabria ya no puede esperar. La primavera nos verá de nuevo marchar hacia el norte para someter, esta vez, a los cántabros. Son muchos los preparativos necesarios para la campaña. Al igual que el año anterior, condes y duques deberán reunir a sus hombres y aportar vituallas para la expedición. En esta ocasión el rey plantea la leva de un inmenso ejército: ocho mil hombres, el doble que los empleados el año anterior contra los sappos. Se habla de un enclave; Amaya. Fortaleza inexpugnable, dicen algunos de los consejeros, que se alza ante la meseta protegida por escarpados acantilados. Allí se reúnen los hombres principales de los cántabros y, según el rey, si cae Amaya, caerá el resto del país. Someter un territorio tan abrupto resulta imposible si no se descabeza antes.

La conquista de Cantabria supondrá no solo hacerse con una tierra rica en metales, también abrirá una ventana, hasta ahora cegada, al océano que los romanos, en sus tiempos, llamaran Cantábrico. Además se eliminará un molesto enemigo y se dará un paso más hacia la unificación de Hispania. El reino de los suevos quedará finalmente encajonado, completamente rodeado por los godos y prácticamente a nuestra entera merced. El rey ha dispuesto ya que, en cuanto el tiempo lo permita, se envíen mensajeros para exigir a los cántabros sumisión y obediencia. Si se negasen habrá de caer sobre ellos toda la ira de Dios.

16

Qué lentos pasan los días y qué fugaces son los años. Aquel invierno la nieve cayó pronto. Como siempre, al llegar esas fechas, la Kaórnika se encerraba en sí misma y las reses, que habían engordado a lo largo del verano en los pastos altos, se mostraban escuálidas cuando al fin llegaba la luz de la primavera. Algunas incluso morían de hambre si sus dueños no habían sido previsores. Varias manadas de lobos hambrientos habían asediado la Kaórnika durante los meses oscuros, haciendo estragos en más de un rebaño, encontrando siempre una forma de burlar las defensas de los hombres.

Necón guio tres partidas a lo largo del invierno para acabar con estos implacables depredadores que, no contentos con los rebaños, habían devorado también a un joven pastor y a una muchacha de trece años que cometió el error de salir una noche de su casa. Los kaórnikos tuvieron que abatir a una veintena de lobos y desplegarlos sobre la nieve teñida de rojo, delante de la casa larga, antes de que las gentes se sintieran seguras.

Siempre llegaba un momento durante los inviernos en que cualquiera podía pensar que el sol nunca volvería a brillar, que la tierra se había sumergido en las tinieblas eternamente. Sin embargo, la primavera siempre llegaba, y cuando un buen día, sin avisar, irrumpía en el valle, las gentes sentían que los antiguos pactos entre los hombres y los dioses seguían en pie. Vida y muerte. Renacimiento. Lo viejo tornándose joven; la oscuridad en luz; el frío en calor. Una y otra vez, como siempre fue, como siempre sería.

Los primeros días de la primavera marcaban el momento en el que los pastores se despedían de sus familias y guiaban al ganado a los pastos altos. El valle se llenaba de alegría, se había sobrevivido, era un nuevo comienzo. Los animales, arreados por varas recias, abandonaban el poblado en grandes grupos siendo poco más que huesos y pellejo. El ambiente se colmaba de mugidos, voces y ladridos. Los embarrados caminos se cubrían de excrementos.

Una veintena de hombres ascenderían con todo el ganado hacia las cumbres e irían persiguiendo a una nieve en franca retirada, que dejaba tras de sí el mejor de los pastos. A lo largo de los días los hombres se irían turnando en las labores de pastoreo, ascendiendo unos y descendiendo otros, estando más días los que más reses tenían y menos aquellos que contaban con menos animales. Así estaba establecido desde tiempo inmemorial, para aunar los esfuerzos de todos en pos de un bien común.

Esto no evitaba enfrentamientos de vez en cuando entre unos y otros habitantes pero, en el fondo, todos sabían que la supervivencia y el sustento de sus hijos

dependían de su capacidad para colaborar en un entorno hostil. Así como los animales salvajes se adaptaban al medio, el hombre, para subsistir, debía adaptar el medio a sí. Tal era el regalo y el castigo de los dioses.

Días después de la subida a las brañas, dos pastores se presentaban en la casa larga y solicitaban ser escuchados. Aseguraban, indignados, que los del Namnasa habían llevado a sus reses más allá del lugar establecido años atrás como límite de los pastos entre unos y otros. El joven señor de la Kaórnika prometió que se ocuparía del asunto y que hablaría con los del Namnasa en persona. Después Necón, junto con Boddo y Cassio, escucharon al herrero del poblado; un hombre fuerte, aunque prematuramente envejecido, que hablaba con humildad. Traía a su hijo de doce años con él.

—Es buen muchacho, mi señor, y tiene el estómago hecho a comer poco. Es fuerte, ágil y espabilado. Además no habla mucho. Su madre murió este invierno de fiebres y yo ya estoy viejo. Tomadle a vuestro servicio, señor, no os arrepentiréis.

—¿Quién se ocupará de la herrería?

—Mis dos hijos mayores, señor. A él ya no puedo alimentarlo.

—Siendo así…

—Gracias, señor, gracias.

El herrero palmeó la espalda de su hijo, le dijo que se portara bien y abandonó la casa larga.

—Muy bien, mocoso —dijo Necón dirigiéndose al muchacho—. Ahí detrás están mis armas. Siendo hijo de herrero, sabrás algo de cómo mantenerlas en buen estado. Límpialas. Y luego ve a mi casa a ocuparte de mi caballo. Se llama *Taxus*. Si quieres comer antes de empezar, puedes coger algo de pan y queso de la despensa. Puedes beber cerveza si quieres, pero ni se te ocurra probar el vino. ¿Ha quedado claro? —El muchacho simplemente asintió—. Así me gusta. Bien, a partir de ahora te llamaremos Mocoso, y será así hasta que seas digno de portar armas. Recuerda, servir bien no tiene nada que ver con seguir órdenes, sino con hacer lo que se espera de ti aun cuando no se te dirija la palabra.

En los días siguientes, Necón y sus kaórnikos subieron a las brañas donde pastaba el ganado, allí donde se decía que las reses de los del Namnasa habían superado los límites establecidos. Necón ordenó prender a todos los animales que se encontraran más allá del límite y luego descendió al Namnasa para entrevistarse con su señor, el senador Sicorio. La visita fue cordial, se ratificaron los límites de los pastos y se estableció entre ambos un pago en forraje y animales al que habrían de hacer frente los infractores antes de ver devuelto su ganado.

Cuatro días después volvían a la Kaórnika. Allí esperaba Cancilo, su cuñado, recién llegado de Amaya. Se abrazaron efusivamente y pasaron a la casa larga para tratar temas de suma importancia. Los senadores eran convocados una vez más a la ciudad. Necón ordenó a Mocoso que sacara algo de vino y queso para su invitado.

—El mundo podría detenerse aunque solo fuera un año… Ya no recuerdo cuál fue el último verano que pasé en la Kaórnika —masculló Necón en un suspiró—. ¿Qué nuevas traes esta vez?

—Una embajada goda espera a las faldas de Amaya para dirigirse al Senado.

—Pero si la primavera no ha hecho más que empezar.

—Lo sé. Debieron de salir de Toledo cuando los caminos empezaron a ser transitables. Tan solo eso ya debería preocuparnos.

—¿Y qué quieren?

—No lo han dicho, únicamente han solicitado audiencia, así que se os convoca para dentro de dos semanas.

—¡Bah! Traerán amenazas vacías, como siempre. Tendrá que ver con las incursiones del verano pasado. Protestarán, exigirán ser compensados por sus pérdidas y se irán.

—Esta vez parece algo más serio, cuñado. Mi tío teme que, esta vez, Leovigildo haya puesto sus ojos en Cantabria y que nos ataque este año o el que viene.

—Que lo haga. Amaya es inexpugnable y nosotros no somos unos pordioseros como los sappos. Creo que las palabras de Emiliano han hecho que se vuelvan todos un poco locos. —Necón hizo una pausa—. Hablando de Emiliano, ¿qué hay de Urbico? ¿Le han sacado ya a patadas de allí?

—Muy al contrario. Nepociano ha hecho tallar una cruz tan alta como un hombre a la entrada de su casa y, a su sombra, tu hermano habla con todo el que se acerca. Corre de boca en boca que hace milagros, aunque él lo niega. Muchos son ya los que se han bautizado y le acompañan por la tarde en un ritual en el que reparte pan y vino.

—¿Cuántos son muchos, Cancilo?

—No sé, unas cuarenta o cincuenta personas. —Necón se mostró sorprendido—. Deberías oírle.

—Ya tuve suficiente el año pasado, créeme.

—La gente le escucha embobada.

—En todas partes hay cuarenta o cincuenta tontos que escuchan embobados.

Cancilo partió al norte a la mañana siguiente. Necón se preparó para viajar a Amaya. Nada podría haber dispuesto al joven señor para la feliz noticia que le aguardaba al llegar a casa.

Toledo, marzo A. D. 574

Hace dos semanas, aún languideciendo el invierno, salieron hacia Amaya los emisarios del rey. Las demandas son precisas: los cántabros deberán someterse a la voluntad de Leovigildo, deberán entregar rehenes, pagar tributo y atender, en caso de necesidad, su llamada a las armas como unos súbditos más. No hace falta, dice el rey, diplomáticos muy versados en el arte de la dialéctica, pues ninguna de las

condiciones es negociable. Sí añade, no obstante, que los enviados deben tener una cierta presencia.

Es el duque Sigerico, noble de gótica esencia, quien encabeza la comitiva. Sigerico es un hombre leal y orgulloso de su linaje, de carácter pendenciero y malhumorado, carente de la más mínima idea de lo que significa la palabra diplomacia. El rey también ha elegido con cuidado a quienes han de acompañar al duque; los ha seleccionado de entre sus gardingos. No los ha elegido por sus habilidades o porque puedan tener el don de la palabra y la mesura, sino que se ha inclinado por los más altos y robustos y, de entre ellos, por los que muestren algún vestigio guerrero en forma de cicatriz.

Ya se han cursado órdenes para que medio centenar de mensajeros recorran el reino convocando a los godos, una vez más, a la guerra. Durante días el Consejo ha estado calculando las necesidades que tendrá el ejército para la campaña. De dónde han de venir los suministros, qué rutas deben seguir y en qué días, para no colapsar las arterias del reino, así como cuáles son los tiempos estimados de marcha o cuánto será el coste de la empresa para el tesoro. Qué cantidad de hombres debe aportar cada duque y cada conde para cumplir las expectativas del rey; cómo deberán ir armados; cuántos a caballo; cuántos a pie. Qué caminos tendrán que estar transitables en la ruta hacia el norte; qué zonas deberán reservar dos terceras partes de sus pastos para nuestros caballos; en qué ciudades ha de acumularse trigo; en qué cantidad; quién ha de ocuparse de qué tareas…

Y es que, si algo he aprendido en los Consejos, es que de nada sirve la estrategia si no se cuenta con la logística.

17

Existía un lugar cerca de Amaya donde se decía que moraban los dioses. Había que desviarse, aunque pasar por allí solo suponía media jornada de camino. Ya llegarían a Amaya y, seguramente, no serían los últimos. Los emisarios godos podían esperar, los antiguos dioses no. Necón quería dejar allí una ofrenda; una vasija de barro en la que Madre había mezclado tierra de la Kaórnika, hierro en bruto, agua del río, semillas de tejo, sangre de caballo y sangre de lobo.

Los diez kaórnikos, junto con Vadinia y Mocoso, ascendieron lentamente el pedregoso y empinado sendero que llevaba a la cima del sagrado monte. Era prácticamente plano en la cumbre, salvo por las altísimas rocas desnudas que sobresalían del suelo y que estaban dispuestas de tal manera que formaban un auténtico laberinto. Desmontaron y dejaron a Mocoso a cargo de los caballos. Necón no recordaba muy bien el camino, pero sí recordaba el lugar que estaba buscando. De hecho, la pequeña partida tuvo que detenerse un par de veces para discutir si era por aquí o por allá.

Ante la duda, Necón decidió desenvainar y abrirse paso en línea recta entre la vegetación. Vadinia le seguía, su cuerpo aún no mostraba los signos del embarazo. Necón, de vez en cuando, miraba hacia atrás, como para comprobar que ella continuaba ahí; le advertía de cualquier hueco en el camino, le preguntaba cada poco si estaba bien, si quería descansar, si necesitaba agua. El centro del universo parecía haberse vuelto hacia ella desde el momento en que el cántabro supo que iba a ser padre. Ahora, a las labores de Mocoso, se añadía una nueva que tenía prioridad sobre todas las demás; que Vadinia estuviese atendida en todo momento.

Un impetuoso tajo de la espada de Necón sobre la maleza y el cántabro se detuvo. Ante él se extendía una pequeña explanada rocosa, tintada de brotecillos verdes allí donde la vida encontraba un lugar donde aferrarse. En medio de un montículo pedregoso se alzaba una roca que parecía una gigantesca seta de piedra, estrecha en la base y el tronco, amplia en la cumbre, ancha y plana como una mesa. Cuatro hombres, uno sobre los hombros del otro, no hubieran llegado a la cima.

—¡Ahí está! —dijo Necón.

El cántabro tomó la vasija para depositarla en la base del pétreo coloso, al lado de muchas otras, algunas muy viejas, y varias de ellas rotas por efecto de las aguas, las heladas y el granizo. Eran ofrendas de gentes de todas las épocas pasadas que pedían algún favor a los dioses ancestrales; dioses, en muchos casos, cuyos nombres mismos habían sido ya olvidados. Necón se incorporó para mirar a los cielos, tomó su espada

y, lentamente, se hizo un corte en la palma de la mano. El hombre cerró el puño con fuerza para que su sangre cayese gota a gota sobre la vasija.

—Dioses ancestrales, espíritus de los bosques y de los ríos… Antepasados, escuchad. Yo, Necón, hijo de Vadón, señor de la Kaórnika, vengo ante vosotros para ofreceros a mi primogénito, para que hagáis de él un gran guerrero y un hombre justo, orgulloso de su linaje, merecedor de vuestros dones. Que ante él se inclinen los hombres, que huyan sus enemigos y que sea mejor que su padre. Yo lo pido así, pues ahora, mientras él se convierte en futuro, yo comienzo a ser pasado.

El pequeño grupo de kaórnikos llegó a Amaya cuando caía la tarde del día siguiente. A las faldas aguardaba la comitiva goda. Pasaron por allí al trote de camino a la cima, fijándose en los hombres recios, jóvenes y musculosos que componían la embajada. Varios de ellos practicaban con la espada, desnudos de torso, las melenas pobladas, hábiles en el manejo de las armas.

El más bajo debía de sacar a Necón una cabeza. Se empujaban con furia, chocaban los metales. Sus caballos, magníficos, recios como sus dueños, pastaban tranquilos en un pequeño recinto. Gigantescos equinos de guerra, cruzados durante siglos para dar a luz una raza portentosa. *Taxus* se puso nervioso al oler a otros machos que no conocía y Necón tuvo que tranquilizarlo palmeándole el cuello y susurrándole.

Los godos se detuvieron en sus ejercicios para observar, desafiantes, a los kaórnikos. Uno de ellos, el más robusto y peludo, lanzó un beso a Vadinia al tiempo que hacía un gesto provocador y obsceno. Sus acompañantes rieron. La cántabra, ruborizada, agradeció que Necón no se diese cuenta de aquello. Un puñado de sirvientes comenzaba a encender hogueras, otros sostenían un cordero entre las piernas mientras un tercero se acercaba a él con un cuchillo para degollarlo y preparar la cena.

Los kaórnikos siguieron en su trote hacia lo alto.

Atravesaron las puertas de Amaya. Las gentes parecían inquietas, aunque algo aliviadas al ver a Necón y los suyos pasar por las calles. Un pequeño tumulto se agolpaba en torno a la casa del senador Nepociano. Allí, sobre una piedra, hablaba Urbico. Tras él se alzaba una cruz grande como un hombre y un abrevadero lleno de agua. Los ojos de los hermanos se cruzaron. Se sostuvieron la mirada durante unos instantes. Las gentes murmuraron. El monje llevaba al cuello, arreglado con una cuerda, el mismo crucifijo que su hermano había roto el otoño anterior. No dejó de hablar mientras veía pasar a Necón, alzando la voz aún más para decir aquello de: «Amad a vuestros enemigos. Ofreced la otra mejilla. Compadeceos de ellos, pues el maligno les tiene confundidos y serán reclamados a las llamas eternas, allá donde rechinan los dientes y el sufrimiento es constante y eterno. Rezad por ellos, amigos

míos, y vuestro será el Reino de los Cielos. No temáis, pues ningún daño pueden haceros».

Tuvieron que pasar dos días más para que la curia se encontrara al completo. La apariencia de los embajadores godos y sus intenciones corrían de boca en boca. No habían dejado de mostrarse desafiantes ante cualquiera que pasase cerca de ellos, las gentes que descendían a labrar los campos por el único camino accesible apretaban el paso cuando pasaban cerca del pequeño campamento, agachaban la cabeza y soportaban algún que otro insulto. Las muchachas se sentían inseguras ante la mirada de aquellos hombres y pronto se prohibió que ninguna de ellas abandonara la seguridad del castro.

No hubo que lamentar ningún incidente, aunque Cancilo, a su vuelta, a punto estuvo de enfrentarse a uno de ellos.

Los godos fueron entonces convocados a la casa larga. Los veinte emisarios atravesaron Amaya vistiendo armadura completa. Caminaban lentamente, observando a las gentes que tenían alrededor, con el paso firme y altanero, acompañado del tintineo de las armas, como quien camina por una tierra sometida y no ve más que súbditos sumisos.

A la cabeza iba un hombre cercano al otoño de su vida, pero fuerte y activo, de espaldas anchas, vestido con una magnífica cota de malla, cabello entre cano y amarillo, el bigote poblado, la barba trenzada, el casco cubierto de rica pedrería, brazaletes de oro y una espada larga del mejor acero colgada del tahalí, con la empuñadura de plata incrustada de piedras preciosas. Su cara resultaba incómoda de mirar. Parecía perennemente enfadado y la boca, medio oculta por un bosque de pelo, parecía haber adoptado para siempre la forma de una sonrisa invertida.

Tan solo ese hombre y dos más entraron en la casa larga. Tras ellos se cerraron las puertas. El resto aguardó fuera, como conquistadores, como si los senadores fueran ya sus prisioneros. Una maraña de gente se fue acercando. Observaba a los emisarios, cuchicheaba. Entre ellos, cántabros armados intercambiaban miradas de advertencia y desafío con los godos.

No les dio tiempo a los senadores a sentarse siquiera en sus bancadas.

—Los cántabros juraréis lealtad al rey, aquí y ahora —exclamó el godo bruscamente, sin preámbulos ni presentaciones—. Se requiere de vosotros veinte rehenes, vuestros primogénitos, para viajar a Toledo como garantía de esa lealtad. Deberéis pagar tributo y acudir a la llamada del rey en caso de guerra. Tal es el deseo de Leovigildo y de Dios nuestro señor.

El godo calló. Ni siquiera parecía esperar una respuesta.

—¿A quién nos dirigimos? —preguntó Abundancio mientras se ponía en pie.

—Soy el duque Sigerico, pero eso no os importa. —Con las mismas escupió al suelo.

La casa larga se sumió en el murmullo. Necón se mantenía en silencio, sosteniendo la mirada a uno de los jóvenes godos, que lo observaba con una media

sonrisa de desafío.

—¿Eso es todo, duque Sigerico? —dijo Abundancio.

—¿Acaso puede haber más?

—No sé, una negociación, una razón para vuestras demandas. Algo a cambio de nuestra lealtad.

—Vuestras vidas. Eso es lo que se ofrece a cambio.

—Nuestras vidas —repitió Abundancio pensativo—. En ningún mercado vi a nadie ofrecer algo de lo que no disponía. —Sigerico pareció extrañado ante la respuesta.

—Veinte rehenes, vuestros primogénitos. Lealtad al rey, tributo y atender a la llamada de las armas. Sí o no. Eso es todo.

—Así que lo que ofrecéis es la esclavitud o la guerra.

—Llamadlo como queráis.

—¿Qué hay de las razones? ¿De la justicia? ¿De la diplomacia?

—La diplomacia es cosa de mujeres. La justicia solo prevalece entre los iguales, pero los poderosos hacen lo que les permiten sus fuerzas y los débiles ceden. Así son las cosas. No debería recordarlo. Lo que se os ofrece nos beneficia a ambos por igual.

—¿Cómo? ¿Cómo puede ser igual de provechoso para nosotros convertirnos en esclavos que para vosotros someternos?

—Porque de esa manera vosotros os ahorráis el aniquilamiento y nosotros el trabajo de aniquilaros.

—¿Y no aceptaríais, sencillamente, que fuéramos vuestros amigos en vez de declararnos vuestros enemigos?

—No. Vuestra enemistad no nos perjudica. En cambio la amistad solo puede darse entre iguales. Vuestra amistad podría tenerse como signo de debilidad mientras que vuestra destrucción sería una muestra más de nuestro poder. Hay quienes podrían pensar que no se os ataca porque sois fuertes. El solo hecho de conquistaros ya nos procura más seguridad que vuestra existencia.

—Bien. Dejemos a un lado lo justo y hablemos sobre lo conveniente. Habéis arrebatado tierra al Imperio, les habéis derrotado repetidas veces, habéis sometido Corduba y habéis derrotado a los sappos. Ahora pretendéis someternos a nosotros. ¿No convertiréis en enemigos a aquellos que puedan sentirse amenazados al creerse los siguientes? ¿No estáis corriendo un peligro?

—Dejad que de eso nos ocupemos nosotros.

—¿Y no creéis que sería por nuestra parte una bajeza y una cobardía no recurrir, como siempre hicimos, a cualquier cosa para defendernos, ahora que somos libres?

—No hay vileza alguna en salvarse, ni en agachar la cabeza para no hacer frente al fuerte.

—Sois guerreros, sabéis tan bien como yo que en la guerra influyen más cosas que la desproporción de las fuerzas. La fortuna es caprichosa. Ceder a vuestras

demandas no nos reserva ninguna esperanza, en cambio aceptar la guerra, sí. Vosotros también tenéis mucho que perder si fracasáis.

—Al poderoso la esperanza no lo derriba. Al débil sí. Porque las esperanzas del fuerte son fundadas, no así las del débil. El débil, si es sensato, se somete al fuerte. No somos nosotros quienes hemos creado esta ley, sino Dios. Pensad bien qué es lo que os conviene.

—Puede, querido amigo, que la conveniencia esté estrechamente ligada a la seguridad, pero lo justo y lo honroso siempre se realiza con peligro.

—¡Os obstináis en elegir lo peor! —rugió Sigerico, ya harto de la extraña discusión en la que se había visto envuelto sin quererlo.

—El mundo dejaría de girar si solo existieran hombres razonables.

—Ya es suficiente. —El godo se mostraba molesto con tanta palabrería—. Llevo dos semanas aquí y no pienso demorarme un día más. Decidid.

—Al menos tendremos que deliberar. Somos muchos.

—Deliberad, pues.

—No podemos deliberar teniéndoos delante.

—Sí podéis. Y debéis.

—Rogamos de vuestra magnanimidad, y como posibles súbditos del rey, que aguardéis fuera tan solo unas horas. Dadnos hasta la caída del sol, no sufriréis demora alguna en vuestro viaje de retorno por concedernos algo de tiempo.

Sigerico se mostró condescendiente ante tal muestra de humildad. Asintió, gruñó y abandonó la sala seguido de sus hombres. Tan pronto como se cerraron las puertas, la casa larga estalló en gritos. Todos querían hacerse oír, los que lamentaban su suerte, los que pedían enviar al godo de vuelta a Leovigildo con una respuesta desafiante, los que lamentaban las incursiones del verano anterior, los que increpaban a Abundancio por su forma de hablar con el duque, los que defendían su forma de actuar, los que recordaban las proféticas palabras de Emiliano sobre el fin de Cantabria…

Nadie escuchaba. Todos hablaban. Nepociano alzaba la voz y señalaba acusador. Un senador pedía silencio a gritos, otro voceaba la necesidad de negociar directamente con el rey de los godos. Necón se levantó, caminó lentamente hacia el centro de la sala y se llevó una mano al oído, como si pretendiese percibir un sonido leve o lejano. Con la otra mano y con gesto tranquilo, pidió silencio.

—Shhh… —chistó Necón—. Callad —prosiguió, centrando su oído en un ruido que solo él parecía oír. Los gritos fueron muriendo, se convirtieron en murmullos. Los senadores intentaban oír lo que Necón—. Callad. ¿Qué es ese ruido? —Se hizo el silencio. No se oía nada diferente a lo habitual—. ¿No sentís ese tintineo? —Muchos negaron con la cabeza, otros intentaban aguzar los sentidos—. Es como un martillo golpeando el metal. ¿No lo oís, cántabros? ¿Soy el único que lo oye, senadores?

»¡Son vuestras cadenas que se forjan en Toledo! ¡Parecéis mujeres en un día de mercado! —gritó. Acto seguido escupió al suelo—. ¿Quiénes somos nosotros para

decidir si nos convertimos en esclavos? ¿Quiénes somos para condenar a nuestros hijos sin levantar la espada? ¿Con qué cara miraréis a vuestros nietos cuando tengáis que decirles que ellos ya no son hombres libres y que su vida se decide en Toledo? ¿Qué haréis cuando recibáis órdenes de un duque godo? ¿Qué haréis cuando nos envíen a un obispo y a una legión de monjes para convertir a vuestros hijos a una religión de mendigos, de ovejas que hasta para respirar han de pedir permiso a ese dios suyo? ¿Qué diréis entonces?

»Yo lo sé. Diréis, ¿por qué no tomamos la espada cuando tuvimos la oportunidad? ¿Por qué? Pero para entonces ya será demasiado tarde y veréis cómo se desvanece no solo lo que somos y lo que fuimos, sino lo que podemos ser. Y pasará el tiempo y moriréis. Moriréis viendo que de vuestras hijas nacen hombres serviles. —Necón negó con la cabeza—. Haced lo que debáis. Yo también haré lo que debo. Mi padre no se dejó la piel y la sangre para que yo me postrase ante un godo, un franco o un suevo. Ni mi abuelo. Ni los que aquí estuvieron antes que ellos en tiempos más oscuros.

»Discutir sobre esto es ya suficiente vergüenza. Ahí os dejo, senadores. Hacedme saber cuál es vuestra decisión. Yo lucharé, ya sea solo o con un puñado de hombres que aún pueda llamar cántabros y no esclavos. Al menos moriré sabiendo que no me he traicionado. Me niego a presenciar una sesión en la que se olvide lo que somos y en la que existan dudas sobre lo que debemos hacer ante una amenaza. ¡Que vengan los godos! ¡Que se atrevan! ¡Yo les enseñaré la clase de hombres que pare esta tierra!

Camino del Norte, abril A. D. 574

Los cántabros han dicho «no». Así lo esperaba y lo deseaba el rey, pues es su intención conquistar aquella tierra a sangre y fuego. El duque Sigerico llegó a Toledo días antes de partir el ejército, cuando la ciudad regia aún recibía hombres de armas llegados del sur, el este y el oeste del reino. El duque dice sentirse agraviado ante la respuesta de los cántabros. No tanto por la negativa, sino por la forma en que un joven senador le ha hecho partícipe de la respuesta, escupiéndole a los pies y asegurándole que allí, a las faldas de Amaya, habría de caer hasta el último de los godos si nos atrevíamos a atacar. Esa, precisamente, es la respuesta que el rey quería.

El duque pide sangre, muerte y destrucción. Le ha hecho prometer al rey que será él quien lleve a cabo el primer asalto. El rey ha aceptado y el duque se ha mostrado agradecido, satisfecho y deseoso de llegar a lo que ahora llama «la pestífera roca».

Es pronto para empezar la campaña, la cosecha aún está verde y las lluvias primaverales pueden retrasar la marcha, pero poco importa. Hay suficiente comida en los graneros, suficientes rebaños en el reino, suficientes pastos para nuestros miles de caballos en la interminable meseta que nos separa de las montañas. Desde

que comenzaron a caer las nieves, el rey expresó su intención de avanzar con premura, en cuanto fuese posible, pues aunque los hombres a los que hemos de enfrentarnos no sean más aguerridos que otros, Amaya parece ser, por lo que dicen, una fortaleza inexpugnable.

Hoy parece que jamás he desmontado del caballo, que nunca he hecho algo que no sea marchar en campaña. La columna se pierde a lo lejos en la calzada y, de igual modo, se pierde a mi espalda. Del primero al último debe de haber una distancia de unas diez o doce millas, cuando la calzada se estrecha o se atraviesa un puente, incluso más. Casi un día de marcha desde la cabeza hasta la cola de este extraño animal del que formo parte.

Avanzamos, como siempre, en thiufas; *cada una al mando de un noble de alto rango, el* thiufadus, *cada una de ellas compuesta de unas mil almas, entre jinetes y hombres de a pie reclutados en las tierras de estos nobles que atienden la llamada del rey. La* thiufa *vertebra el ejército y marcha como unidad independiente, con sus pertrechos, tiendas y armas. Cada una se divide en dos unidades de unos quinientos hombres, la* quinquegentania, *y estas en cinco grupos de cien, las centurias. Cada centuria, a su vez, está compuesta por diez grupos de diez hombres, los* decanii *están al mando de estas pequeñas unidades, y son ellos los que responden ante los* centenarii. *Estos lo hacen ante los* quinquegentanii, *que a su vez se reportan ante los* thiufadii *y, estos, ante el rey. Y es así como llegan las órdenes hasta el último de nosotros. Así es como cada uno de los ocho mil hombres que componen el ejército llega a conocer lo que se espera de ellos y todos nos convertimos en uno.*

*Toledo nos ha despedido una vez más. Atrás queda la ciudad regia, difuminada a lo lejos, haciéndose más pequeña a medida que Leovigildo cabalga paso a paso hacia su grandeza, a medida que los cascos de nuestros caballos van escribiendo la Historia. Marchamos bajo nuestros invictos pendones, bendecidos por el obispo, bajo la protección de Dios. Y en mi corazón ruge insistente la consigna de los godos; «*Ad Ultionem!*», hacia la venganza.*

18

Tomás rezó a Dios al conocer la decisión de los senadores. Cantabria se precipitaba de nuevo hacia la guerra, una guerra que Emiliano había predicho sería la última y que acabaría con todos ellos bañados en sangre si no abrazaban la fe. ¿Cómo podían estar tan ciegos? ¿Por qué persistían en su error aquellos hombres orgullosos e impíos? Si solo abriesen los ojos a la verdad, si todos los que negaban al Todopoderoso lo abrazasen con el corazón, Dios encontraría la forma de hacer desaparecer la amenaza; no harían falta espadas ni murallas. Una plaga asolaría a los godos, los ángeles del Cielo descenderían para aplastar a los herejes arrianos y a su rey y Cantabria sería más libre de lo que nunca había sido.

Qué impotente se encontraba ahora que el fin de los tiempos parecía cernirse sobre Amaya como una nube invisible. Y él, solo él, tenía la llave para la salvación de la ciudad y sus moradores. De Cantabria entera. Tomás paseaba meditabundo por la peña, observando a las gentes que, ahora, se le antojaban cadáveres andantes; muertos vivientes que se afanaban en sus tareas, ignorantes de que su fin estaba tan cerca como su salvación. Solo tenían que ver el camino, alargar la mano y abrir el alma. Solo eso; escuchar la Palabra, dejarla fluir por sus venas; amar a Dios y dejarse amar por Él.

La tensión que vivía Amaya casi podía tocarse, olerse. Todos hacían acopio de víveres en sus casas, suplicaban a los antiguos dioses con palabras y sacrificios inútiles, recibían a los familiares que vivían en los poblados circundantes y escondían todo aquello que pudiese ser de valor. Una y otra vez Tomás preguntaba a Dios por qué lo había elegido a él para tan difícil misión.

De vez en cuando se perdía entre las casas y caminaba hasta el otro extremo de Amaya, allí donde no había viviendas, acompañado tan solo por el silbar del viento. Se sentaba, cerraba los ojos y volvía durante unos instantes a la tranquilidad del lejano bosque donde había encontrado la paz, donde labraba la tierra con sus compañeros de fe y escuchaba las dulces palabras de Emiliano. Allá donde solo había sonrisas y se daba gracias a Dios por todo cuanto les rodeaba. Recordaba también sus charlas con Simón, tumbados en el bosque, mientras observaban las estrellas que se escondían tras las copas de los árboles. Belleza, paz y amor. En esos recuerdos se refugiaba el monje cuando se veía falto de fuerzas para seguir adelante, cuando la carga le resultaba demasiado pesada.

Vadinia no había vuelto a hablar con él y tan solo la había visto a lo lejos paseando con un chiquillo que había venido con ella desde la Kaórnika. Pensar en la

cántabra lo llevó a pensar en Necón. Debía hablar con su hermano. Si él le siguiese. Si Dios abriese en él una pequeña ventana hacia la luz.

Necón, a instancias de Abundancio, había sido elegido para preparar la defensa de la ciudad. Según el viejo senador, el kaórniko tenía todas las virtudes de las que los demás carecían. Era joven y enérgico, tenía el rango suficiente para hacerse obedecer y tenía prestigio, pues todos conocían su habilidad con las armas y recordaban la hazaña del verano anterior. Además, había demostrado ser astuto y valiente en más de una ocasión. Era conocido, amado y respetado.

Nepociano se opuso, por supuesto, así como los cuatro senadores que ya se habían unido a él en la fe. A pesar de eso, a Necón le fue entregada la placa que, a partir de ahora y hasta que desapareciese la amenaza goda, colgaría de su cuello; aquella que en tantas ocasiones llevara su padre como máximo responsable en tiempos de peligro, la cual tenía grabadas las enigmáticas letras «TRIB COH CELT», cuyo significado nadie conocía.

Nada más aceptar su mandato, el joven señor de la Kaórnika empezó a trabajar. Era imposible plantearse una batalla a campo abierto contra los godos por una mera cuestión de número. También era imposible planificar la lucha como una serie de emboscadas en un terreno llano como el de la meseta, tal y como la planteara Vadón dos años antes contra los suevos en las boscosas montañas a orillas del Salia. Abandonar la ciudad simplemente hubiera supuesto dejar en manos de los godos la puerta que llevaba a las montañas y, por supuesto, la posibilidad de recuperarla. Solo había una opción; defender Amaya. Prepararse para el asedio, resistir en lo alto hasta que el otoño, con sus lluvias y rigores, obligase a los godos a retirarse.

No había que ser un experto para saber que el éxito para los defensores residía en calcular con cuidado la cantidad de hombres y víveres necesarios. Por ello Necón pretendía afinar esta proporción como el mercante de oro ante su báscula. Atestar Amaya de guerreros era un absurdo, pues pronto surgiría el hambre, probablemente también la enfermedad, y la ciudad se hundiría desde dentro. Pero no disponer de suficientes resultaría en la incapacidad de defender todo el perímetro y cada baja sería catastrófica.

Necón calculó aquella fina línea entre lo excesivo y lo insuficiente en mil doscientos hombres. Estos deberían ser únicamente los más esforzados de los valles, aquellos que dispusiesen de buenas armas y tuviesen experiencia en el combate; no había lugar para bocas inútiles. Tan pronto como se decidió, salieron mensajeros en todas direcciones.

A lo largo de los días fueron llegando hombres armados desde todos los confines de Cantabria, atendiendo a la llamada del Senado. Necón iba de acá para allá dando órdenes, se ensuciaba las manos reparando empalizadas y muros, recorría Amaya a caballo, valoraba los puntos débiles, hacía recuento de los rebaños que eran

conducidos a los pastos seguros, protegidos por acantilados, en la parte este de Amaya; un lugar que todos llamaban La Muela y que, según los pastores, podía dar de comer a seiscientas ovejas durante tres meses.

Se hizo acopio de madera para las hogueras, de forraje para los caballos, de cerdos, de gallinas, de armas. Todo lo que se pudiese almacenar para los meses inciertos que se avecinaban. Resistir. Resistir. Resistir hasta que llegasen las lluvias que obligaran a los godos a retirarse.

Pasadas dos semanas no había ni rastro del temido enemigo. Los centinelas apostados en lo alto del promontorio que dominaba Amaya, La Torre, no dejaban por un instante de escrutar el horizonte, atentos a cualquier indicio que permitiese adivinar que el enemigo se acercaba. La actividad en Amaya era frenética.

Una vez satisfecho con los preparativos para la defensa, Necón ordenó que todos aquellos animales que no pudiesen ser alimentados fuesen sacrificados para negar su carne a los invasores y que, además, fuesen echados a los riachuelos circundantes para que, al descomponerse, emponzoñasen el agua del que necesariamente tendrían que servirse los godos. Una vez hecho esto, el kaórniko guio diez partidas que se distribuyeron por la meseta con el propósito de incendiar los pastos y las casas, de destruir todo aquello que pudiese ser de utilidad al enemigo. Cosechas aún verdes ardían por doquier, bosques enteros eran devorados por las llamas.

A la vuelta de las partidas por la meseta, Amaya se había convertido en un hervidero de gente apiñada y asustada. Necón planteó ante el Senado la imposibilidad de mantener a todas esas bocas y el peligro que suponía el hacinamiento de tal cantidad de personas. Familias enteras habían ido llegando como por goteo hasta hacer rebosar la ciudad. Se ordenó por tanto que no se permitiese la entrada a la fortaleza a quienes no llevasen consigo víveres suficientes para, al menos, tres meses y que, aún así, los que buscaban la seguridad de la peña fuesen conocidos e identificados por algún habitante respetable.

Asimismo se procedió a expulsar a todos aquellos que no cumplieran cualquiera de estas dos condiciones. ¿Quién podía garantizar que los godos no hubiesen enviado espías, gentes que se infiltrasen entre la población para sabotear la defensa? Las puertas de Amaya se convirtieron en un continuo ir y venir, en un lugar donde, a los que se concedía el paso, suspiraban aliviados y los que eran expulsados o rechazados lloraban amargamente por su incierto destino, suplicando una clemencia que no podía ser atendida.

Necón se encontraba en el extremo este de la peña cuando llegó Cassio al galope. El joven senador supervisaba la construcción de una empalizada en un punto que se le antojaba comprometido; subir por aquella pendiente, aunque costoso, resultaba posible. Cassio habló desde lo alto de su montura.

—Un puñado de cristianos se niega a abandonar la ciudad.

—Obligadles a punta de lanza.

—Imposible, mi señor. Se han refugiado en torno a la casa de Nepociano y sus hombres se niegan a entregarlos.

—¡Maldita sea! —Necón montó sobre *Taxus* de un brinco—. Boddo, ocúpate de la empalizada. —Y con las mismas hundió los talones en los flancos del caballo. Cassio siguió a su señor al galope.

La casa de Nepociano estaba rodeada por los cien hombres de armas que había hecho llamar de sus tierras para la defensa de Amaya. Todos ellos formaban un muro con sus escudos redondos y sus lanzas. Algo menos de la mitad llevaban cota de malla y tan solo una veintena, los hombres de Candamo, portaban espada. Tras ellos las cuatro familias recientemente convertidas que buscaban el amparo del senador cristiano y una más cuyos miembros, padre, madre y tres chiquillos estaban siendo bautizados por Tomás en ese preciso instante. Una familia de oportunistas, pensó Necón, que incapaces de acumular suficientes víveres para no ser expulsados de la fortaleza, pretendían con su conversión aferrarse a la roca como una mala hierba. Nepociano discutía con uno de los hombres de Abundancio, que exigía la entrega de aquellas familias para que fuesen expulsadas tal y como había sido ordenado.

—¡Qué ocurre aquí! —rugió Necón desde lo alto de *Taxus*.

—Estas familias son cristianas y están bajo mi protección —dijo Nepociano alzando la voz, crispado por la tensión del momento—. No abandonarán Amaya.

—Si no tienen lo suficiente para permanecer aquí deben abandonar la plaza. Así se ha decidido. No podemos permitirnos ni un puñado de bocas más.

—¡No! Ahí fuera no sobrevivirán y no permitiré que se entregue al hambre a unos hermanos de fe.

—Otros han sido expulsados. Esto nada tiene que ver con la fe, sino con la realidad. No podemos hacer excepciones, senador.

—¡No!

Después de bautizar al más pequeño de la nueva familia cristiana, concluyó la letanía de Tomás y, acto seguido, el monje comenzó a guiar el rezo de aquellos que debían ser expulsados. Dos mujeres lloraban al tiempo que repetían, palabra a palabra, la extraña plegaria: «*Pater Noster, qui es in caelis…*».

—Las leyes son para todos. No me obligues a desenvainar la espada para obligarte a cumplirla, Nepociano.

—Haz lo que debas, Necón.

El kaórniko desenvainó. «*Sanctificetur nomen Tuum, adveniat Reg-num Tuum…*». Los hombres de uno y otro lado proyectaron sus lanzas al frente y se pusieron en guardia preparados para luchar entre ellos. «*Fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra…*».

—No lo repetiré, Nepociano. Entrégalos.

—No.

«*Panem nostrum cotidianum da nobis hodie*». De un lado llegaron los guerreros del senador Sicorio, ahora también cristiano, y de otro un grupo de kaórnikos

alertados por Cassio. «*Et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris*».

—¡Alto! —La voz de Abundancio se dejó oír, autoritaria y grave—. ¿Se puede saber qué despropósito es este?

—El senador Nepociano se niega a expulsar a esas familias —explicó Necón.

—No lo permitiré —repuso firme el aludido.

—¿Con qué pretexto?

—Son cristianos.

—¿Y quién ha de alimentarlos? ¿Tu dios? Se convertirán en una carga para todos. Sé razonable, Nepociano. —La voz de Abundancio se tornó conciliadora.

Nepociano observó alrededor. La tensión del momento le había llevado mucho más allá de lo que hubiera querido llegar. «*Et ne nos inducas in tentationem*».

—Yo mismo me encargaré de sus alimentos cuando les falten.

—Muy bien. Todo arreglado entonces —dijo Abundancio con firmeza—. ¡Volved todos a vuestros quehaceres!

«*Sed libera nos a malo. Amen*». El tumulto se desvaneció en cuestión de momentos. No así la tensión, que quedó suspendida en el ambiente, en las miradas entre unos y otros mientras se dispersaban.

Necón observó cómo, aquel puñado de nuevos cristianos, daba gracias a su dios y se postraban agradecidos ante Urbico. Una mujer se abrazó a la pierna del monje sumida en llanto y gratitud. Tomás levantó la mirada para enfrentarla a la de su hermano y entonces, desde lo alto de La Torre se oyó la voz de alarma que alertaba de que, a lo lejos, comenzaba a materializarse una espesa nube de polvo.

Camino del Norte, mayo A. D. 574

La gran meseta sigue y sigue, inmensa e inabarcable. Aunque ya desde ayer el horizonte se muestra distinto, quebrado de montañas de las que solo se consigue adivinar una silueta lejana, difuminada y gris. Dos días de intensa lluvia primaveral han retrasado algo la marcha, pero no han mellado ni un ápice el espíritu de júbilo que envuelve al ejército. La guerra aviva el apetito, despierta los miembros, azuza el canto y hace que los hombres se sientan poderosos.

El rey ha concedido un par de días de descanso antes de proseguir. Según informan los exploradores, dentro de día y medio divisaremos la peña que llaman Amaya. No se habla de otra cosa en el campamento. Dicen que es una roca portentosa, enorme, y que estaremos divisándola durante días mientras avanzamos. Se dice que al principio parece una nube negra suspendida en el horizonte y que da la sensación de no poderse alcanzar jamás, que va surgiendo poco a poco del suelo, haciéndose cada vez más grande. Que se alza como una corona sobre la tierra llana que domina.

Es probable que ya sepan que estamos aquí. El Consejo se ha reunido y Leovigildo ha repetido su intención de no adentrarse en el territorio de los cántabros, abrupto, montañoso y plagado de bosques. No es necesario, dice, pues, al igual que al cercenar una cabeza el cuerpo se desploma, rendir Amaya supondrá rendir a los cántabros, pues es allí donde se reúnen y refugian sus hombres principales. Se recurrirá al asedio para rendir la plaza por hambre; a los asaltos continuos para agotar a sus defensores y a la traición. Alguien, tras las murallas, en la cima, ya se ha ofrecido a Leovigildo, por medio del duque Sigerico, para sembrar la confusión desde dentro. A cambio pide gobernar la provincia que ha de nacer tras la conquista y que ha erigirse sobre las cenizas y los huesos de aquellos que osan desafiar al rey de los godos y a Dios Todopoderoso.

19

—Ahí están —susurró Necón.

La noche era clara. Una luna llena, blanca y pura, coronaba el cielo acompañada de un millón de estrellas. Agachados sobre una ligera elevación del terreno y ocultos entre la maleza, observaban los cántabros a la vanguardia del ejército godo. Cientos de hogueras moteaban el lugar que estos habían elegido para pasar la noche. El informe barullo del campamento les llegaba amortiguado por la distancia.

—¿Cuánto le calculas, Boddo?

—Unos mil o mil doscientos pasos.

—Esperaremos algo más. Hasta que las hogueras vayan muriendo.

Durante dos días los cántabros habían estado divisando desde Amaya la columna de polvo que el ejército enemigo levantaba a su paso. Cuando se dio la voz de alarma desde La Torre no era más que un hilillo en la distancia que emergía hacia los cielos, como una hoguera lejana, inocua y en apariencia inmóvil. Pero, a lo largo del día, la nube se fue ensanchando y agrandando hasta que cayó la tarde, momento en el que dejó de verse, solo para volver a emerger en el horizonte a la mañana siguiente, más briosa y amenazante, más grande, más cercana. Las gentes de Amaya, temerosas de descender a los campos y con las despensas llenas, observaban ociosas el lento e inexorable avance de la tormenta de carne y acero que se cernía sobre ellos día a día, hora a hora.

—Debe ser una acción rápida —susurró Necón—. Un aguijonazo.

El joven señor de la Kaórnika, incapaz de convertirse en testigo mudo e inmóvil del peligro, había seleccionado a doscientos hombres de los diferentes valles, los más fuertes, los mejor armados, para ir al encuentro del godo. No era cuestión de plantar cara, tan solo se trataba de incomodar el avance, de hacerles sentir inseguros, de golpear al menos una vez. Tiempo habría de parapetarse en Amaya.

Cabalgaron despacio. Avanzaban al caer la noche, se detenían cuando a punto estaba de llegar el día. No había otra forma de ocultar la marcha en la extensa llanura. La fortuna había querido que, precisamente entonces, las noches fueran claras, de otro modo la acción hubiera resultado imposible. Llevaban dos monturas cada uno, tenían que golpear y huir. Los godos no se quedarían inmóviles, enviarían jinetes tras ellos, así que necesitarían caballos de refresco para la huida. Cuatrocientos caballos, todos los disponibles en Amaya.

Pasaron las horas. La luna fue moviéndose lentamente por el firmamento. El campamento godo se fue sumiendo en el silencio y la oscuridad a medida que las hogueras agonizaban.

—Bonita noche —dijo Boddo con la espada desenvainada, observando el reflejo de la luna sobre el acero.

—Bien, vamos allá. Cassio, avisa a los demás. Que vengan despacio.

Un puñado de hombres quedó a cargo de los caballos de refresco trescientos pasos atrás, el resto se fue uniendo a Necón y sus kaórnikos. *Taxus* se mostraba inquieto, como siempre que olía la inminencia del combate. El joven senador se caló el yelmo, se ajustó la cota de malla y tomó el escudo. Acercó la cara al hocico del equino, cerró los ojos y le palmeó el cuello. *Taxus* se tranquilizó de inmediato. Una vez sobre el caballo, Necón desenvainó.

—Recordad —dijo el kaórniko a media voz—, no estamos aquí para ganar nada. Estamos aquí para demostrarles que no pueden dormir tranquilos. Que no les tenemos miedo. Eso es todo.

»Lo dicho; al paso hasta que oigáis la primera voz de alarma. Luego al galope. Golpeamos, gritamos como locos y nos vamos. —Varios susurros de asentimiento rodearon a Necón. Los de la media docena de hombres que estaba lo suficientemente cerca como para oírle. Desenvainó—. Que Epona os proteja.

—Que ella te guarde —respondieron casi al unísono los que le habían oído.

Ascendieron lentamente el pequeño montículo que les ocultaba. Al paso. *Taxus* resopló. El sonido de ochocientas pezuñas horadando el terreno y el tintineo de las armas se antojaba ensordecedor en la quietud de la noche. El blanco de la luna rebotaba en armaduras y espadas. Justo cuando parecía que la voz de alarma en el campamento godo nunca llegaría a quebrar el silencio, se oyó el grito de un centinela. Necón espoleó a *Taxus* con fuerza y emitió un ensordecedor alarido guerrero, que fue coreado por el resto de los cántabros.

Se precipitaron como un huracán, al galope, en pos del temido enemigo. El campamento cobró vida de repente. Las voces de alarma se extendieron como el fuego. Cientos de siluetas emergían de las tiendas de campaña cuando Necón descargaba un primer tajo, directo al cuello del godo que le salía al encuentro, a pie, armado con lanza y escudo. Un chorro de sangre le salpicó la cara. *Taxus*, aún al galope, derribó a otro con el pecho antes de adentrarse en el confuso laberinto de lonas, hombres, caballos y hogueras. Los cántabros se desparramaron por el campamento como el río que se desborda. Aquellos que iban a su encuentro a duras penas habían logrado armarse, pero no dudaban en hacer frente a los atacantes.

La confusión y los gritos se adueñaron de la noche. Otro enemigo derribado. *Taxus* soltó una coz, aplastando con ella las costillas de un godo y lanzándole con fuerza contra una de las tiendas, que se desplomó sobre el desgraciado. Las llamas de una hoguera se avivaron al contacto con la tela y, de repente, comenzaron a surgir fuegos aquí y allá, donde los cántabros desmontaban de un salto para coger un trozo de leña, esparcir el fuego y volver a montar.

No tardó Necón en verse enfrentado a dos godos más, luego tres, cada vez mejor armados a medida que surgían de las tinieblas. Comenzaron a volar flechas sobre los

atacantes. Una a una al principio, dos a dos, cuatro a cuatro…

Necón vio caer a uno de sus hombres mientras descargaba un poderoso golpe con la espada que abría la cabeza de un godo. Cayó un kaórniko, derribado de su montura y atravesado por una lanza en el suelo. Ya llegaban hombres montados. Era el momento de salir de allí al galope.

El joven senador aulló la orden de retirada instintivamente, aunque no serían más que los pocos hombres que tenía al lado los que podrían oírle. Aún así, las órdenes habían sido precisas y en cuanto la resistencia empezó a endurecerse, los cántabros emprendieron la huida.

Dejaban tras de sí una minúscula porción del campamento godo el llamas, algunos muertos y varios heridos. Pero sobre todo, enviaban un mensaje: los cántabros estaban dispuestos a luchar.

Taxus sudaba, resoplaba agotado; pero mantenía su veloz galope. Necón volvió la vista atrás. Iluminados por las llamas pudo ver un puñado de jinetes godos fuertemente armados que detenían de súbito sus monturas, temiendo, quizá, no ser suficientes aún para perseguir a los cántabros, o dudando sobre si adentrarse en la oscuridad supondría verse de repente emboscados.

El kaórniko llegó al lugar donde aguardaban las monturas de refresco. Algunos de los hombres ya montaban sobre caballos descansados mientras otros iban llegando. Necón aguzó la vista en la noche y respiró tranquilo cuando identificó a Boddo y a Cassio que llegaban juntos. Rieron y se abrazaron, el corazón desbocado, la sangre de los enemigos tiñéndoles la ropa, los gritos lejanos y confusos del campamento que acababan de asaltar. La abeja había aguijoneado al toro y este tendría al menos que rascarse.

No faltaba mucho para que clarease. Pronto los godos saldrían en su busca. Volvían a Amaya. No había tiempo que perder.

Camino del Norte, mayo A. D. 574

¿Qué pretendieron los cántabros con su asalto? Solo Dios lo sabe. Los daños causados a la vanguardia han sido mínimos: menos de cuarenta hombres muertos, un centenar de heridos de diferente consideración y algún que otro daño material. Nada al fin y al cabo. Aunque también es cierto que solo se han llegado a contar media docena de enemigos abatidos y un séptimo que, muy a nuestro pesar, ha muerto de sus heridas. Lo que sí pueden haber conseguido es que la tropa duerma algo más intranquila, pues nadie se esperaba que esos hombres actuasen tan lejos de su base y, sobre todo, que se acercasen a nosotros sin ser vistos. ¿De dónde salieron? ¿Cuánto tiempo llevaban acechándonos entre las sombras? ¿Cuántos eran? Se han extremado las precauciones, se han triplicado las guardias nocturnas y se ha llevado el perímetro de las mismas doscientos pasos más allá de lo habitual. Aún así, en los

últimos dos días, a medida que nos acercamos a nuestro objetivo, no ha habido ni rastro de ellos.

Para mi sorpresa, el rey no valora negativamente la escaramuza. Más bien al contrario. Considera que, sea quién sea el que lidera a los cántabros, a pesar de que haya demostrado ser astuto y valiente, ha hecho alarde del peor de los pecados que puede cometerse en la guerra: la impaciencia.

Amaya ha ido creciendo ante nosotros lentamente, paso a paso. No es de extrañar que la peña tenga fama de inexpugnable, pues ya desde aquí, a algo más de un día de marcha, su visión es sobrecogedora. Algunos exploradores han cabalgado ya prácticamente hasta las faldas de la roca sin encontrar resistencia digna de mención, salvo por algunas escaramuzas de poca entidad, pues los cántabros parecen estar ahorrando fuerzas en previsión de un largo asedio. Las partidas han tomado ya buena nota del lugar donde se emplazará el campamento principal e informan de que la tierra que lo rodea yace calcinada por la acción del enemigo.

El sol luce con fuerza en la meseta y muestra los vivos colores de la primavera. Sin embargo, más allá, a lo lejos, una inmensa cordillera gris emerge coronada por espesísimas nubes cargadas de lluvia, que no tienen la fuerza necesaria para superarla y volar hacia el sur.

20

Caía la tarde cuando Tomás, como siempre a esa hora, recibía de la hija de Nepociano una hogaza de pan y una jarra con vino. Hablaba ante las tres o cuatro docenas de personas que lo escuchaban y que habían recibido el bautismo a lo largo de los meses que llevaba allí.

—Por eso os digo, amigos míos, que nadie carece de tentaciones y, de hecho, no podríamos vivir sin ellas, porque son útiles aunque pueda no parecerlo. Pues aún siendo graves y pesadas, aunque nos atormenten, es a través de ellas que uno es humillado, purgado, enseñado. Nadie está libre de la tentación, pues nacimos con pecado, y no se pueden vencer con solo huirlas porque ellas nos persiguen y siempre son más veloces que nosotros. Hay que hacerles frente, con entereza y fe, con paciencia y humildad. No sucumbir. No rendirse, sabiendo que Dios nos acompaña en nuestras tribulaciones y nos pone a prueba.

»El cristiano libra la más dura de las luchas que puede librarse: aquella contra sí mismo. Elige el camino más difícil, pero el más recto. ¿Acaso no es mejor la paciencia y la esperanza que la violencia y la fatiga? ¿Y acaso no es más difícil ser paciente que no serlo? ¿No es más difícil el camino de la paz cuando aquellos que te rodean buscan la guerra? Pero Dios ayuda al manso y al paciente, al que se entrega a Él, a lo espiritual y no a lo mundano. Así como el fuego prueba al hierro, la tentación prueba al hombre. Es la tentación la que descubre lo que somos en realidad. Siempre es lo más difícil lo que conlleva mayores recompensas. ¿No es mejor, y más difícil, ser humilde que orgulloso? ¿La paz que la guerra? ¿El amor que el odio? ¿Compartir que acumular?

»Tal es el camino del Señor. El que nosotros debemos seguir con fe, sabiendo que nuestra recompensa no es de este mundo perecedero, de esta vida fugaz e incierta. Nadie, queridos amigos, puede negar estas cosas, y quien las niegue, de palabra o de obra, está sin saberlo en manos del maligno. Rezad por aquellos que están confundidos, para que el Señor abra su corazón y les muestre el camino. Y, sobre todo, no sucumbáis a la tentación del odio. El juicio de Dios se cierne sobre nosotros, todos lo sabemos, ya está ahí fuera; ya le vemos la cara. Sabemos que solo aquel que crea se salvará.

Tomás calló y sonrió cálidamente a la congregación de guerreros, hombres, mujeres y niños que lo escuchaban embobados. Cogió la hogaza, arrancó un trozo de pan del tamaño de una uña y lo comió. Luego dio un pequeño sorbo a la jarra de vino y pasó ambas cosas a Nepociano, que se encontraba sentado a su derecha. Este hizo

lo mismo, comió el pan y bebió el vino que fueron pasando de mano en mano al tiempo que se decía, «el Señor sea contigo».

Las murallas de Amaya estaban abarrotadas de gente que daba la espalda a la pequeña congregación cristiana y gritaba enloquecida. Animaban a Necón y a los suyos, que luchaban a las faldas de la peña en una breve escaramuza. Tras un efímero combate, los cántabros ponían en fuga a una pequeña partida de godos a caballo enviados, seguramente, a reconocer la zona. La gigantesca nube de polvo que levantaba el ejército godo a su paso, y que había ido creciendo ante sus ojos durante diez días, se detuvo una vez más. La última. El enemigo se preparaba para la noche. Era fácil ver que, al día siguiente, los cántabros los tendrían ahí abajo. Pronto Amaya estaría sitiada y pronto la única opción sería resistir.

Los vítores desde la muralla acompañaron al kaórniko y a la pequeña partida en su ascenso por el empinado camino que serpenteaba primero hacia el norte, luego hacia el oeste y después de una curva cerrada, hacia el este hasta llegar a la puerta principal de la ciudadela. La puerta, de madera robusta, se cerró tras ellos. Dos grandes vigas descendieron sobre los soportes de hierro asegurando el cierre y Necón, acompañado por el sonido de cientos de gargantas que gritaban su nombre, observó ensimismado el principio de lo que podría ser el fin. El eco de la madera encajando en el metal lo hipnotizó. Todo estaba preparado; los hombres, las armas, las murallas, los víveres. Tocaba esperar.

Si algo le costó a Necón fue despedirse de Cassio para poner en su sitio la última pieza de la defensa. Su amigo de niñez y compañero de armas había abandonado Amaya el día anterior con la orden de buscar ayuda. Debía recorrer valles y montañas en busca de hombres valientes que pudiesen hostigar a los godos desde fuera de los escarpados acantilados. Se habían abrazado con fuerza, se habían besado en las mejillas y se desearon suerte.

—Nos veremos cuando todo esto acabe, querido amigo —le había dicho el joven señor a Cassio con fingida firmeza.

—No lo dudes —había respondido este.

Tomás se presentó en casa de Necón cuando caía la noche y sintió cómo una tormenta de recuerdos, que no parecían suyos, se agolpaban en su mente.

—Me has hecho llamar, hermano.

—Sí. Pasa, Urbico. Siéntate.

El monje obedeció. Era evidente que la cordialidad de su hermano era una mera pose. Podría haber engañado a cualquiera, pero no a él. Al fin y al cabo, cuatro años atrás, los dos habían sido uno. A la lumbre bullía uno de esos deliciosos caldos de la vieja Anna. La anciana se acercó a saludarlo y a darle la bienvenida. Parecía haber envejecido aún más de repente, andaba con más lentitud, estaba algo más encorvada y su mirada alegre no lograba esconder una profunda tristeza originada, posiblemente,

por sentirse cerca del final de sus días. Vadinia, en cambio, sentada al lado de Necón estaba radiante. Su pelo había cobrado fuerza, su cutis se mostraba reluciente, aunque moteado de pequeños granitos, sus pechos eran más grandes y la túnica no lograba ya esconder un vientre abultado que anunciaba la llegada de una vida.

Tomás, como cada día desde que se enteró del feliz estado de Vadinia, pidió a Dios que guardase el fruto de aquel vientre, promesa de un mundo nuevo y mejor. La muchacha le sonrió con mirada sincera, a modo de bienvenida, alegre por verle allí de nuevo compartiendo espacio con ella. Acto seguido la joven llevó la mirada al suelo como si estuviese avergonzada. Anna comenzó a servir la comida.

—Es probable que mañana los godos acampen ahí abajo, Urbico.

—Lo sé. Es la voluntad de Dios.

Necón suspiró y prosiguió como si no le hubiese oído decir esa última frase.

—Debemos estar unidos, Urbico. Hoy más que nunca.

—Estoy de acuerdo.

—Nuestro enemigo es poderoso —dijo Necón animado por la respuesta del monje—. Pero juntos podemos vencerlos. Tú y yo. Como antes.

—Sin duda. Unidos seríamos más fuertes.

—Te pido que me perdones por los puñetazos que te di el otoño pasado.

—Ya te perdoné, Necón. Estabas confundido, eso es todo. No es culpa tuya.

—Estoy dispuesto a aceptar que eres cristiano. No te lo recriminaré, al fin y al cabo somos hombres libres. Tan solo te pido que vistas de nuevo las armas junto a mí.

—Yo no puedo matar. Mi fe me lo impide.

—En ese caso no luches. Tan solo viste las armas, sé mi mano derecha, cabalga junto a mí para que todos vean que nos unimos ante el peligro, dame consejo. Únete a mí.

—No se puede servir a dos causas, Necón. Ni a dos señores. ¿Quieres consejo? Solo puedo darte uno, únete tú a mí. Alaba a Dios Todopoderoso, abraza la verdadera fe y yo te seguiré hasta la muerte.

—Amaya, y con ella Cantabria, está en peligro, Urbico. En peligro de muerte. Nuestras tierras, nuestras mujeres y niños, nuestro futuro…

—Así es, hermano. Y a través de Emiliano sabemos cuál es la única forma de salvar todo esto. Mi misión no se diferencia en nada de la tuya, ni mi amor por esta tierra es menor al tuyo. Pero tú crees que la salvación depende de la espada y yo sé que depende de Dios y de su misericordia, y que esa misericordia solo nos será concedida el día que todos los habitantes de Amaya alaben al Señor. Ni antes, ni después.

—Luchemos juntos, Urbico. Juntos, como quiso padre. Como siempre hicimos.

—No me hables de lo que quiso Vadón. Lo único que pedía de mí era que te sirviese como un esclavo. Que te siguiese como un perro. Que ocupase tu lugar ante el peligro. Tú eras el mayor, el destinado a heredar lo suyo, a dar órdenes, a ser

amado, a ser él. Yo a estar a tu sombra, a servirte, a obedecer, a ser juzgado. El día llegará en que estés dispuesto a someterte a Dios. Hasta entonces tú lucha con tus armas, que yo lucharé con las mías.

La avanzadilla goda, compuesta por un centenar de jinetes, llegó al día siguiente, cuando el sol se encontraba en su cénit. Se desplegaron a lo largo de la colina que se veía al sur, pasado el valle, a partir de la cual la tierra se aplanaba hasta el infinito. Los cántabros se agolpaban en lo alto, observando hipnotizados, inmóviles e impotentes, una inmensa serpiente que desprendía destellos plateados y que se arrastraba por la meseta emergiendo poco a poco de la nube, amarilla como el azufre, que levantaba a su paso.

Cabezas y más cabezas, caballos, rebaños, carretas, pendones de vivos colores plegándose a los caprichos del viento iban materializándose ante sus ojos. Avanzó el día. A Amaya llegaba un murmullo informe y lejano. Cientos de tiendas de campaña, algunas blancas, otras pardas, se iban alzando a lo lejos a medida que los godos iban llegando y pasaba el día. Fueron viniendo los buitres. De uno en uno al principio, luego de dos en dos, hasta resultar incontables, atraídos por el olor a muerte, describiendo círculos en un cielo inalcanzable. El suelo, calcinado días antes por acción de los defensores, se vio cubierto como por embrujo de lonas y cuerpos que parecían haber nacido de la tierra misma. Al esconderse el sol, con las últimas luces del día, brotaron las primeras hogueras en el campamento godo. La noche trajo una extraña calma. Amaya estaba sitiada.

Amaya, junio A. D. 574

Ahí está la peña que ha de rendirse a nosotros. Si no supiese que todo cuanto nos rodea es obra de Dios, pensaría que esta, precisamente, es obra del maligno. Ayer, al atardecer, cuando llegué con la retaguardia, no pude contemplarla en todo su desafiante y monolítico esplendor. Su visión resultó sobrecogedora, sí; pero en este primer amanecer, bañada por los rayos de un sol sereno y apacible, Amaya parece haber crecido de repente ante nosotros, como si se hubiese alzado aún más del suelo. No sabría decir si los pelados acantilados y farallones que sirven de refugio a nuestro enemigo son blancos o grises, y estaría tentado a dejarme convencer de que la cumbre es inaccesible hasta para las cabras si no fuese porque ahí arriba, a lo lejos, se adivinan las cabezas que nos observan.

El rey, a plena luz del sol y con los ojos fijos en los acantilados, habla con sus duques. Señala aquí o allá y, a veces, da la sensación de que la peña vaya a venirse abajo por el mero efecto de sus dedos rascando el aire. Es imposible rodear todo el perímetro con las tropas, por eso el rey ha ordenado establecer pequeños

campamentos en diferentes puntos alrededor de la peña. Destacamentos de entre cincuenta y cien hombres, suficientes para mantener vigilados los accesos secundarios al enclave y encerrado al enemigo.

Pocos son los que en el campamento pueden dedicarse, como yo, a la contemplación de este prodigio. Aquí todo es un incesante ir y venir de gentes, de voces y relinchos, de soldados; de partidas que recorren la tierra calcinada en busca de madera para las hogueras y de grandes árboles que talar que permitan construir los arietes que serán nuestra llave a la insolente ciudad. El Real ha sido levantado en lo alto de una colina. Esta domina el valle que lleva al acceso principal; un sendero que asciende, serpentea y se pierde al otro lado. Es una vista privilegiada la que se tiene desde aquí, pues tenemos toda la ladera sur al alcance de nuestra vista.

Una distancia de dos o tres millas es la recomendada, según dicen quienes dominan el arte de la guerra, para levantar el campamento de un ejército que pretende someter un enclave por asedio. Los ataques deben ser constantes, diarios, para así agotar al enemigo. No se debe, según dicen, enviar a la totalidad del ejército al ataque, sino en grupos de unos mil hombres para que, por un lado, no se estorben entre ellos y, por otro, puedan estar descansados. Una posible excepción a esta regla son el primero y el que haya de ser el último asalto. Pues en el primero ha de probarse la capacidad de resistencia del enemigo, que bien podría caer de forma inesperada, y en el último se pretende quebrar por fin toda resistencia.

La distancia con el enclave a tomar es importante. Supone que aquellos que no combaten se encuentren lejos del ruido de la batalla y de sus horrores, mientras que los defensores están continuamente sometidos a ellos.

Un asedio no es tanto una acción en la que se pretenda derrotar al enemigo con una batalla decisiva. Se trata más bien de hundir su deseo de resistencia. Se trata de quebrar sus nervios, de horadar la roca como la gota de agua, de colocar una rama de paja tras otra a lomos de un camello, hasta que su espalda acabe quebrada por el peso de la última.

21

Pasó un día. Luego otro. Y otro. La actividad en el campamento godo era continua. En ocasiones un destacamento se aproximaba lo suficiente a las faldas como para dejarse ver, pero no lo bastante como para resultar un blanco fácil. Parecían acercarse como si tan solo pretendieran dejar apreciar a los cántabros las magníficas monturas, las brillantes armaduras que resplandecían al sol, los cascos tallados y plagados de pedrería, la riqueza de sus sillas de montar, la fuerza de sus miembros. Otros rodeaban la peña, se detenían ante los accesos secundarios, observándolos durante un tiempo, para luego proseguir al trote en sus labores de reconocimiento.

Llegado el cuarto día cualquiera hubiera podido pensar que, en cualquier momento, los godos darían media vuelta convencidos de que Amaya era inexpugnable. Al quinto se hubiera dicho que los cántabros ya consideraban el extraño paisaje como algo natural y al sexto, muchos de los pobladores ya ni siquiera se encaramaban a las murallas y acantilados para observar el campamento enemigo. Como si aquella amenaza hubiera perdido fuerza, como si tan solo fuese una tormenta que hay que dejar pasar, refugiado en casa al calor de una hoguera.

Fue entonces, antes del amanecer del séptimo día, cuando empezaron a oírse cuernos y tambores lejanos en el valle, hiriendo la tranquilidad de la noche, machacando el aire con sones repetitivos. Durante un instante Necón sintió aquel ruido como parte de sus sueños, pero notó movimiento en el lecho y despertó. Vadinia, sentada, parecía hipnotizada por el ruido que, poco a poco, se sentía más cercano. El kaórniko, desnudo, se alzó de un salto. Cantó un gallo. No debía de faltar mucho para el amanecer. Sonó el cuerno de alarma desde La Torre.

—Ya vienen —dijo Necón.

El joven señor se puso la túnica a toda prisa, las botas, la cota de malla; se ciñó el cinturón, el tahalí con la espada y se colgó del cuello la placa con la inscripción «TRIB COH CELT». Vadinia miró a su esposo aterrada, llevándose las manos al abultado vientre. Cinco meses llevaba aquella vida nueva creciendo en su interior, podía sentirla, se movía. Los cuernos y tambores sonaban lejanos aún, pero cada vez más cerca. Dos lágrimas surcaron las mejillas de la muchacha. Necón se arrodilló a su lado, acompañado del sonido metálico de las armas. Secó con las manos las lágrimas de su esposa y esta apretó la cara contra la palma callosa de su marido.

—¿Qué ocurrirá si…?

—No temas. Amaya no caerá.

Aquellas palabras firmes de un hombre fuerte tranquilizaron el alma de la cántabra, que sonrió con confianza. Necón se puso de pie y se caló el yelmo, asintió

seguro de sí y salió por la puerta. Allí estaba Boddo, que llegaba a la carrera seguido de una docena de kaórnikos.

—Por el valle. Van de camino al acceso principal —informó Boddo.

—¿Cuántos?

—No lo sé. Son muchos, pero no son todos.

—¿Atacan por algún otro punto?

—No.

—Bien, en marcha.

Necón montó sobre *Taxus* para hacerse visible. Él era, al fin y al cabo, el referente de todos. Aunque no hubiese lugar en la defensa para la caballería, estar un poco más alto le permitía valorar mejor cualquier situación y dirigirse al galope, en caso de necesidad, allí donde fuese preciso.

Se dirigieron a la muralla sur. Amaya se convirtió de repente en un mundo de confusión. De todas partes salían hombres armados dispuestos para la lucha. A cada grupo le había sido encomendado un punto del perímetro para su defensa y, aunque en un primer momento la ciudad pareciera sumida en el caos, pronto los hombres ocuparon las posiciones que les habían sido asignadas.

Ya clareaba por oriente. Seguido de sus kaórnikos, Necón llegó al borde de Amaya. Detuvo a *Taxus*, se encaramó a una empalizada y observó el lento avance de los godos. Salvo por un puñado que iban a caballo, los demás venían a pie. Un grupo de unos mil hombres ya se encontraba en medio del valle, otro contingente más o menos de igual número, descendía la colina en la que estaba asentado el campamento. Otro aguardaba para seguir al segundo. Aún tardarían en llegar, pero no había tiempo que perder.

—Boddo, asegúrate de que no atacan por ningún otro sitio. Si su intención es atacar por el acceso principal, tenemos que llenar todo esto de hombres y hacer que caiga sobre ellos una auténtica tormenta de piedras. Si algo sobra en Amaya son piedras.

—Y cristianos —añadió Boddo con aire socarrón.

A medida que el primer grupo comenzaba su ascenso, el segundo avanzaba por el valle, el tercero descendía la colina y un cuarto se preparaba para seguir el camino abierto por los otros tres. El primer grupo ya prácticamente se hallaba a tiro de piedra. Solo tenían que subir un poco más.

Ya se veían las armaduras plateadas, algunas de malla y otras laminadas, las puntas de las lanzas y tres estandartes que se mecían con la brisa en manos de tres jinetes jóvenes que seguían al que, de pronto, Necón identificó: el duque Sigerico; aquel que había exigido la rendición de los cántabros al principio de la primavera.

Una veintena de hombres no portaba armas en las manos, pero cargaban entre ellos con un gran tronco reforzado en la punta por un carnero de bronce. La subida resultaba difícil para cualquier atacante, no solo por lo escarpado del camino, sino porque debían ofrecer en su ascenso el costado derecho de sus cuerpos, aquel que no

contaba con la protección del escudo. Fueron llegando hombres desde otros puntos de la ciudad hasta que la empalizada se vio repleta. Mujeres y niños acercaban piedras y agua a los defensores. Algunos hombres, nerviosos, empezaron a lanzar piedras que no llegaban a su objetivo. Necón dio el alto con un grito.

—Un poco más —dijo el kaórniko para sí—. Un poco más.

Y de repente, un sonoro «ahora» hizo que cayese una nube de piedras sobre los asaltantes. Piedras grandes como cabezas que los cántabros asían con las dos manos, elevaban y lanzaban con fuerza. Se oyeron los primeros gritos en las filas godas, pero no eran gritos de pánico, sino órdenes. No debieron de ser más de cuatro los cráneos que estallaron al ser impactados por las rocas, salpicando de sangre a sus compañeros. Pero el avance se detuvo. En un instante los godos alzaban los redondos escudos sobre sus cabezas, en ellos se advertían vivos colores que perfilaban extrañas formas, animales mitológicos o simples cruces.

Tras la muralla de escudos surgieron los primeros arqueros. Se erguían, disparaban y volvían a ocultarse para surgir de nuevo un instante después. Las piedras seguían cayendo, impactaban contra los escudos de madera, quebrando uno aquí y otro allá, caían contra los yelmos del enemigo. Caía un godo y otro ocupaba su lugar. Los arqueros no se detenían en apuntar. Simplemente disparaban. Algunas flechas impactaban contra el acantilado, otras contra la empalizada, otras sobrevolaban las cabezas de los cántabros, cada vez más precisas. Uno de los defensores, tres cabezas más allá de Necón, recibió una flecha en el hombro, soltó un alarido y cayó de espaldas. Otro, alcanzado en el momento que impulsaba su pétreo proyectil, y merced al impulso que llevaba, caía desde la empalizada sobre los godos.

Más flechas hacia los cielos. Más piedras hacia el suelo. Gritos de esfuerzo, peticiones de ayuda, de agua. El grupo asaltante, a una orden del duque, se desgajó en dos. Mientras unos mantenían la posición, cubriendo con sus escudos a los arqueros, el resto iniciaba una carrera para seguir el sendero hacia la cumbre, cubriendo con sus cuerpos a los que llevaban el pesado ariete. Allí, cerca ya de la curva que bordeaba la peña y que llevaba a sus puertas, había apostado Necón a la treintena de hombres que sabían manejar el arco. Una lluvia de flechas cayó sobre los asaltantes, más precisas y dañinas que las piedras. De nuevo, una pared de escudos. El segundo grupo de godos ya comenzaba su ascenso, el tercero avanzaba por el valle, el cuarto entraba en él y un quinto se disponía a seguir los pasos de los anteriores.

Por un momento el joven senador sintió que el desaliento se apoderaba de él. Eran demasiados, muy bien armados en su mayoría, hábiles en el manejo de las armas, disciplinados, curtidos en otras batallas y asaltos. Necón montó a grupas de *Taxus* dejando atrás el caos de la empalizada. Allí estaba Boddo con su centenar de kaórnikos, aguardando órdenes.

—¡No debemos dejar que lleguen a las puertas! ¿Dónde están los hombres de Nepociano? ¿Y los de Sicorio?

—Recibiendo las bendiciones de tu hermano —respondió Boddo.

—¡Maldita sea! Ve y diles que vayan hacia la puerta, los mejor armados, lanzas y escudos.

Boddo salió a la carrera. Necón hundió los talones en los flancos de *Taxus*. Los kaórnikos le siguieron. Atravesaron las callejuelas de Amaya rumbo al acceso principal, cruzándose con mujeres y niños que iban y venían de la empalizada. Necón pudo ver a lo lejos, junto a la casa de Nepociano, a dos centenares de hombres armados que se iban arrodillando, uno a uno, ante Urbico. Este les posaba las manos en la cabeza durante unos instantes, luego el guerrero se alzaba y otro ocupaba su lugar. Boddo hablaba airadamente con Nepociano y Sicorio. De fondo llegaba el tormentoso ruido de la batalla.

Llegó a las puertas. Ordenó que se abrieran. Los centinelas se mostraron reacios, escudándose en las órdenes que él mismo había dado de no abrirlas bajo ningún concepto.

—¡Abrid os digo! —Ante él, cuatro caras presas del pánico, parecían negarse a escuchar—. Así como dije que se mantuvieran cerradas, ahora ordeno que las abráis. Y os aseguro que debéis temerme a mí más que a ellos.

Por fin se descorrieron las vigas y las puertas se abrieron lentamente. Los godos doblaban la esquina trescientos pasos más allá. La pendiente se hacía aún más pronunciada a partir de ese punto y el acceso se estrechaba de tal modo que tan solo cuatro hombres, hombro con hombro, podían avanzar con cierta comodidad, aunque sin espacio para un quinto. El acceso, flanqueado por paredes naturales de piedra de la altura de un hombre y reforzado en sus lados por una muralla y una empalizada, era suficiente para negar a los atacantes la ventaja de su número y hostigarles desde lo alto. Aquel era el punto crítico. El lugar donde, si se detenía a los godos, los hombres apostados en lo alto, descansados e impacientes, podrían acribillarlos a pedradas.

Sigerico organizó a sus hombres en la amplia explanada de la curva. Aun siendo sometidos a una incesante lluvia de proyectiles, los godos no parecían flaquear. Avanzaron los kaórnikos a pie, animados por Necón, de cuatro en cuatro, asiendo los escudos, apretando los dientes, alzando las lanzas. Poco a poco. Paso a paso. Sigerico gritó una orden y sus hombres cargaron enloquecidos cuesta arriba. Más godos doblaban la esquina, el segundo grupo debía de estar ya uniéndose a ellos. Chocaron los escudos y crujieron los huesos. Aullaron las gargantas en el estrecho camino empinado. Volaban las flechas de uno y otro bando. Caían las piedras y, con ellas, los hombres. Los metales chocaban, chispeaban, crujían los escudos y los cráneos.

Instantes después se oyó la ronca llamada de un cuerno y el grupo de asaltantes se retiró dejando atrás a sus muertos y heridos, solo para ser reemplazados por otra carga en cuanto el camino estuvo libre. Correr colina arriba después de haber marchado dos o tres millas bajo el sol, sometidos al peso de la armadura y al continuo hostigamiento desde las murallas, estaba haciendo mella en los hombres de Sigerico. Pero el empuje no se detuvo.

Una tercera carga, más numerosa e impetuosa, impactó contra los kaórnikos que, ya cansados de tanto golpear y recibir golpes, ya mermadas sus líneas, comenzaron a retroceder. Necón descabalgó, y se abrió paso entre los suyos para infundirles ánimos y colocarse a la cabeza, en primera línea. Aferró el escudo con fuerza para aguardar la siguiente embestida. Los godos caían por decenas en el estrecho desfiladero y pronto los cuerpos de muertos y heridos, cada vez más amontonados, comenzaron a entorpecer su avance.

La siguiente carga fue más violenta, llevada a cabo por los hombres del segundo grupo que ya habían llegado a la curva. En la ladera sur continuaba el intercambio de proyectiles. Los hombres de Nepociano y Sicorio aún no habían aparecido y Necón, enfrentado a los ojos azules y enloquecidos de un adversario, maldijo a los cristianos con toda su alma.

Detuvo un golpe. Saltaron las astillas. Se tambaleó. La espada enemiga quedó incrustada en la madera que ahora se volvió pesada e incontrolable. Una piedra derribó a su adversario cuando este, utilizando su defensa como arma de ataque para derribarlo, se lanzaba sobre el kaórniko. Necón se vio salpicado por la masa viscosa de unos sesos. Se deshizo de su inservible escudo y cogió otro del suelo. Su mente reconoció al instante la tosca decoración de su nueva defensa: Areno, hijo de Manilio, cazador, pastor y guerrero, padre de dos niñas, cuyo cuerpo quedaba atrás, tendido, muerto, pisoteado a medida que los kaórnikos entregaban, palmo a palmo, y sin quererlo, tierra a sus enemigos.

Conscientes de lo que les estorbaba, los godos, hostigados, apedreados, pero incombustibles, empezaron a retirar cuerpos del camino. No flaqueaban. No retrocedían. Los kaórnikos, en cambio, sí. Cada vez más.

Un puñado de hombres empujando con sus escudos las espaldas de los defensores, podían detener el paulatino retroceso hacia las puertas. Solo un puñado. Y doscientos frescos y descansados, empujando colina abajo, apoyados desde lo alto con proyectiles, podían empezar a ganar terreno. Viendo las puertas a su alcance, Sigerico envió otra oleada de hombres, más numerosa que la anterior, mientras los que se retiraban tiraban de los cuerpos de sus compañeros para dejar expedito el camino. Los kaórnikos, exhaustos, flaquearon ante el siguiente choque, incapaces ya de golpear, ofreciendo sus escudos, astillados y deshechos, a las lanzas y espadas de los godos, que buscaban enloquecidamente hacer sangre.

Necón sintió vibrar su yelmo con un golpe que no pudo detener. Acto seguido sintió un vahído, un mareo, ganas de vomitar. La sangre comenzó a brotarle rabiosa de la sien, a nublarle la vista, pero seguía en pie. Consciente. Escudo y espada aún asidos con fuerza, aún retadores. Una nueva retirada de los asaltantes. Otra oleada ya se disponía a cargar desde la explanada en cuanto el camino estuviese libre.

—¡Atrás! —gritó Necón, incapaz de soportar por más tiempo sufrir y ver sufrir a los suyos; verles caer desplomados al suelo—. ¡Atrás! —La posición ya era insostenible.

Retrocedieron lentamente, sin dar la espalda al enemigo.

—¡Por Jesucristo! ¡Por Dios misericordioso! —aulló tras Necón la voz de Nepociano—. ¡Muerte a los arrianos! ¡Dios nos guía!

Los kaórnikos, en su retirada, ensangrentados, agotados y polvorientos, se cruzaron con los hombres de Sicorio y Nepociano que acudían a reemplazarles. El camino que ascendía hacia las puertas era un amasijo de cuerpos, rocas y armas; de hombres agonizantes y ensangrentados. Un río negro y pegajoso fluía ya hacia la explanada, uniendo en la muerte a godos y a cántabros.

—¡Por la cruz!

No hubo una siguiente carga. De pronto, los cuernos de los godos sonaron con fuerza, emitiendo una sucesión de notas diferente a las anteriores. Mostraron sus escudos y empezaron a desandar el camino andado, paulatinamente aunque sin dejar de ser hostigados. Aún cayeron algunos en su lenta y ordenada retirada. Amaya entera estalló de júbilo cuando vieron a los últimos abandonar el sendero y volver al campamento.

Amaya, junio A. D. 574

«Algo más de una hora para aproximarse desde el campamento. Cerca de una hora para ascender. Desde un punto concreto del ascenso, donde se es más vulnerable a los proyectiles, hasta la curva que hace el camino, hay unos cuatrocientos pasos. Luego ese camino vira al este, hacia las puertas. Justo ahí hay una explanada. En ella se pueden agrupar, en buen orden, unos doscientos cincuenta hombres para avanzar por el estrecho sendero que lleva a la puerta principal.

Mientras tanto, otro grupo puede organizarse en ese mismo punto para relevarles. Aun así, los relevos resultan complicados bajo piedras y flechas. Debe cubrirse la subida con grupos de escudos y arqueros, que mantengan alejados lo más posible de la empalizada a los defensores. De este modo no interrumpirán demasiado el flujo de hombres hacia la cima y causarán menos bajas. Atacar por otros puntos al tiempo que se hace el asalto sería recomendable.

No podemos precisar su fuerza, pero según parece no deben de superar los mil quinientos hombres. El asalto es difícil, pero no imposible. Pueden aguantar tres semanas, cuatro a lo sumo».

Así ha concluido el duque sus impresiones sobre este primer asalto de tanteo. Impresiones que confirman las estimaciones que hizo en Toledo a la vuelta de su embajada. Han sido varias horas de combate. Los buitres no han dudado en descender tan pronto como han callado las armas.

Preguntado por el rey acerca de los hombres a los que nos enfrentamos, el duque tan solo ha dicho que han luchado bien. Que tienen valor.

Avanzada la tarde hemos visto a los cántabros, a lo lejos, abandonar la seguridad de su enclave para lanzarse al camino a despojar a los nuestros de todo lo que les pueda ser útil: yelmos, escudos, flechas, espadas, lanzas, ropas, adornos; dejándolos tendidos en el suelo, desnudos, insepultos, a merced de los buitres y las moscas. A los suyos los incineran. No sé si esa es la costumbre de su pueblo pagano o si, sencillamente, temen enterrar a sus muertos por miedo a las pestes. Desde aquí se ven las llamas que nos han de acompañar toda la noche. Parecen suspendidas en la oscuridad, en el cielo. Es como si flotaran.

Aún no hay noticias de nuestro hombre en Amaya.

22

Necón había subido a La Torre de madrugada. El agua de la fuente fluía plácida e inmutable. Los centinelas, somnolientos, aguardaban impacientes el relevo que no tardaría en llegar. Había sido una noche inusualmente fría y ventosa, incómoda, silenciosa salvo por el incesante batir del aire.

Un nuevo amanecer. Una aurora rosada y limpia empezaba a decorar el horizonte, arrastrando tras ella al sol. La tierra revivía. El campamento godo, a lo lejos, se mostraba inmóvil, pero pronto empezó a cobrar vida aquel inmenso hormiguero. ¿Atacarían de nuevo?, se preguntaba el joven señor mientras escrutaba el horizonte, buscando alguna señal que le diera a entender que Cassio traía ayuda. Nada. Sabía que era demasiado pronto. Su amigo y compañero de armas no habría tenido tiempo aún de llevar a cabo su mandato. Subieron las primeras mujeres a por agua y, a estas, les siguió el relevo de los centinelas. Amaya despertaba. Necón debía dirigirse a la casa larga. La Curia ya estaría reunida.

—¡Todos lo visteis! —decía Nepociano—. ¡Los godos huyeron ante nosotros! ¡Ni siquiera tuvimos que blandir la espada! ¿Qué dudas podéis tener ahora de la existencia de Dios? ¿De que Él protege a sus hijos e infunde el miedo en sus enemigos?

La sala enmudeció cuando el kaórniko hizo su entrada. Ojeroso, cansado, con una venda teñida de sangre en la cabeza, Necón se sentó al lado de Abundancio y este le palmeó la espalda, saludándolo con una sonrisa.

—Lo sabéis. Solo hay un camino hacia la salvación. No seáis necios. Uníos a mí en la fe verdadera o estaremos condenados —prosiguió Nepociano.

—Amigo mío —interrumpió Abundancio—. ¿No eres capaz de ver la casualidad? ¿No será más lógico pensar que la retirada se debió más a cómo luchó este hombre y a cómo nos defendimos, que a la mano de tu dios? Un dios que, por cierto, compartís con los godos. ¿Por qué debería él escucharos a vosotros y no a ellos, siendo ambos cristianos?

—Ellos son herejes. Arrianos.

—¿Y qué te hace pensar que son ellos los que están equivocados y no tú? ¿Y por qué no podéis estar todos errados? ¿Qué sublime verdad conoces que te guardas para ti?

—No es culpa mía que tus ojos y tus oídos estén cerrados a la verdad, Abundancio.

—¿Qué verdad, querido amigo? ¿Una verdad que pregonas pero que ni tú mismo crees? —Abundancio negó con la cabeza—. Verás, Nepociano, te conozco desde que éramos dos chavales. Tú no te crees esas sandeces, pero te convienen. ¿Y sabes por qué? Porque eres ambicioso. Porque si dominas a ese imbécil de Urbico y él, con sus palabras, acaba dominando a la población, todos tendremos que rendirnos a él. Y tú, solo tú, gobernarás esta Curia. Y lo harás tras convencernos de que todo lo que dices es voluntad de ese dios.

—Nada quiero para mí, Abundancio. Solo la salvación de esta tierra. Emiliano lo dijo bien claro, y a las faldas de Amaya tenemos la prueba de su visión. Está ahí. ¿Acaso estáis ciegos? ¿No lo describió aquel hombre santo como lo describiría ahora cualquiera de nosotros? ¿Qué más pruebas necesitáis? Abracemos la fe. Todos. Alabemos a Dios. Arrepintámonos de nuestros pecados y Él se apiadará de nosotros y nos ayudará. Emiliano nos dio su palabra.

—Los dioses, sean quienes sean, estén donde estén, solo ayudan a aquellos que se ayudan a sí mismos —dijo Necón, alzándose—. Y nada de lo que he visto, desde que mi padre me dijo estas palabras, ha probado lo contrario. Es necesario hacer sacrificios, contentarles, apaciguarles, buscar su favor pero, al final, el destino de un hombre descansa en el filo de su espada.

»Es el valor lo que los dioses admiran en un mortal, no la pasividad que vosotros pregonáis. No seré yo quien defienda a los míos arrodillado, mirando al cielo. Tampoco seré yo el que abrace una fe de mendigos para negar lo que soy, lo que somos, lo que debemos luchar por seguir siendo. No es eso lo que me enseñó mi padre. Ayer perdí veinte hombres a las puertas de la ciudad, para defenderte a ti y a todos los que aquí viven. Eran mis amigos, mis compañeros, mi sangre. Y lo mismo me da en lo que creas. Derramaré mi sangre por ti, Nepociano, porque así debe ser, pero tú has de hacer lo mismo por mí y ayer no lo hiciste. Puedo perdonar una ofensa. También te aseguro que no perdonaré dos.

—¿Por qué os demorasteis tanto ayer, Nepociano? —interrumpió esta vez Abundancio—. ¿Por qué insistes en dividirnos? ¿Qué sucio juego te traes entre manos?

—Yo no pretendo dividir a nadie. Ni juego a nada. Quiero lo que queremos todos, pero los cristianos no podemos entrar en combate si no es bajo la bendición de Dios y el perdón de nuestros pecados. Solo así podemos esperar que nuestras almas alcancen el Reino de los Cielos si caemos en combate.

—En ese caso —intervino Necón—, aseguraos de que el imbécil de mi hermano os da esa bendición antes del amanecer todos los días, en previsión de lo que pueda pasar. De lo contrario yo mismo separaré con mis manos vuestros cuerpos de vuestras almas y así podréis encontraros antes con Dios.

Se oyó la alarma desde La Torre. Los senadores se miraron entre sí, sobresaltados. Nepociano fue el primero en abandonar el edificio y otros le fueron siguiendo para aprestar a sus hombres a la lucha. De nuevo Amaya se sumía en la

confusión de gentes yendo y viniendo, de hombres corriendo a ocupar sus puestos. Antes de abandonar la casa larga, Abundancio se acercó a Necón y le tomó del brazo para susurrarle al oído.

—Debemos mantenerle vigilado. No me fío de él.

El kaórniko asintió.

—Un paso en falso y yo mismo le arrancaré la cabeza.

—No te precipites. No sería inteligente luchar entre nosotros ahora mismo.

—Procuraré que los godos nos ahorren ese trabajo.

—Que los dioses ancestrales te acompañen, Necón.

—Que ellos te guarden.

El joven senador abandonó la casa larga y montó a *Taxus* rumbo a las murallas, seguido de sus kaórnikos. Desde lo alto pudo observar el lento avance de los godos. Eran menos que el día anterior, llegaban en dos grupos. Uno ya enfilaba el valle, el otro descendía la colina. Miró a su derecha. Una fila interminable de cabezas, algunas con yelmo, otras sin él, abarrotaba la empalizada en el punto crítico, allí donde los proyectiles resultaban más dañinos al enemigo. Se oían murmullos nerviosos, llamadas a la calma, voces de mujeres animando a sus esposos a beber agua y a comer algo ahora que había tiempo, niños llevando piedras y más piedras que iban amontonando detrás de los defensores. Todo parecía en orden. Poco más se podía hacer en aquel punto, salvo esperar.

Necón cabalgó después hasta el lugar que dominaba la curva en el camino, otro punto crítico. Allí estaba el puñado de arqueros, reforzados esta vez por una treintena de hombres que utilizaría las lanzas arrebatadas a los godos la jornada anterior para lanzarlas sobre sus cabezas desde lo alto. Luego se dirigió a las puertas. Los muros que cubrían el estrecho camino de acceso también se mostraban abarrotados. Todo estaba listo para recibir el segundo asalto de los godos, pero con una diferencia: ahora los cántabros ya sabían a lo que se enfrentaban. No obstante, aún quedaba una cosa por hacer. Hoy no serían los kaórnikos los que se enfrentarían al enemigo en el acceso principal, sino los hombres de Nepociano y Sicorio. Necón se dirigió a casa del primero para hacerle saber cuál sería su posición durante la jornada de lucha que se avecinaba.

Llegó a lomos de *Taxus*. De pie, sobre una mesa, Urbico se dirigía en voz alta a un tumulto de guerreros, mujeres, ancianos y niños que parecía mayor que el que había podido contemplar días antes. A sus flancos, Nepociano y Sicorio, completamente armados, le escuchaban mirando al suelo. Tras ellos, los hombres de confianza de ambos, también prestos para la lucha.

—¿Qué teméis, amigos míos? ¿Qué debemos temer nosotros que hemos sido llamados a servir al Señor? Ayer lo visteis. Son ellos los que nos temen, porque Jesucristo no abandona a quien le sigue. Porque Él sostiene al débil y abate al poderoso. Humildad, fe, esperanza, amor; eso es lo único que se quiere de nosotros. Y el premio, lo sabéis bien, es la salvación en esta vida y en la siguiente. No temáis a

los godos, pues su herejía les condena a ojos de Dios. Ni a los paganos que viven en las sombras. Vosotros habéis sido elegidos, señalados desde los Cielos para hacer cumplir la voluntad divina. Dichosos los que son llamados a la mesa del Señor.

Tomás dejó de hablar. Se hizo el silencio. Su hermano, vestido para la batalla se abría paso a caballo lentamente entre la muchedumbre, con los ojos, tras el yelmo, fijos en él. Necón detuvo a *Taxus* a un paso del monje.

—¿Has acabado ya, cristiano? ¿O pretendes estar hablando hasta que los godos irrumpan en Amaya y ya no haya nada que decir? —Entonces Necón tiró de las riendas y volvió su mirada a los congregados. Observó, una a una, la cara de muchos de ellos; todos conocidos. Algunos le rehuían la mirada como si estuvieran avergonzados. Entre ellos pudo ver a tres senadores más y a varios de los hombres de estos—. Tú, Magilo —dijo apuntando a uno de ellos—. Derramaste tu sangre conmigo a orillas del Salia y allí derrotamos a los suevos. Y tú, Viroto —reclamó, apuntando a otro algo más anciano—. Luchaste junto a mi padre contra los vascones. ¿Cuándo os traicionaron los antiguos dioses? ¿Acaso os fallaron alguna vez? ¿Por qué les traicionáis vosotros ahora y os abrazáis suplicantes al dios de los corderos? ¿Es eso lo que sois? ¿Corderos?

El silencio era absoluto, tan solo perturbado por el lejano sonar de cuernos y tambores en el valle, cada vez más cercanos.

—¡Yo no soy ningún cordero! —rugió un hombre corpulento y completamente armado que se abrió paso a codazos entre la multitud hasta ponerse delante de *Taxus* —. Y he luchado tanto o más que tú. Y lo seguiré haciendo para defender a los míos, pero tengo ojos en la cara. La profecía de Emiliano es cierta. También conocemos sus prodigios por boca de Tomás y de Nepociano. Sabemos que Tomás ha curado a gente aunque él lo niegue, todos lo sabemos. Esta roca está maldita, Necón. Como lo estáis todos los que os empeñáis en negar lo evidente. Y si seguís negándolo, acabaréis por condenarnos. Escucha a tu hermano, Necón. Él es la prueba viva de la existencia de Dios.

—De acuerdo. Creed lo que os venga en gana. Escuchad a quien queráis, pero luchad. —El señor de la Kaórnika alzó la voz para que todos le oyeran—. Los hombres de Nepociano ocuparán hoy la explanada en el camino de subida. Los de Sicorio se mantendrán atrás, en el acceso a las puertas, para relevarles en caso de necesidad. Los demás acudid a los puestos que os han sido asignados. —Nadie se movió. Los tambores y los cuernos de los godos sonaban más y más cerca. Debían estar comenzando su ascenso.

—No obedecerán, hermano —dijo Tomás tras él.

—La tarea de organizar la defensa me ha sido encomendada por el Senado, y estas son mis órdenes. Obedeced —rugió Necón, dándole la espalda al monje como si no le hubiera oído.

—No escucharán a un pagano por miedo a perder el favor de Dios.

Necón dio la vuelta para encararse a su hermano.

—Entonces, ordénaselo tú.

—¿Quién soy yo para ordenar nada a nadie?

—¡Maldita sea, Urbico! —Necón volvió su vista a los senadores—. ¡Nepociano! ¡Ordena a tus hombres que ocupen la posición que hoy les corresponde!

El senador cristiano dudó un momento.

—¡Dios está con nosotros! —gritó la voz de Nepociano al fin—. ¡A la explanada!

Amaya, junio A. D. 574

Por fin hay noticias desde Amaya. Tal y como está convenido, una flecha solitaria ha surcado la noche desde el extremo este de la peña perdiéndose entre los arbustos y portando un mensaje y un trozo de tela. El trozo de tela está impregnado del olor del hombre que ha jurado lealtad al rey a cambio de gobernar el ducado que se ha de alzar sobre las cenizas de los cántabros. Un trozo similar le fue entregado al duque Sigerico tras su embajada y el sistema de mensajes fue establecido entonces. Un perro, familiarizado con el olor de la tela busca el mensaje y, en su día, cuando capturemos Amaya, revelará al que ha de ser recompensado.

El mensaje asegura que los cántabros se mantienen firmes y desafiantes, aunque hay disensiones entre ellos. Así como la mayoría respalda al líder que ha sido elegido, un joven pagano de nombre Necón, una minoría cada vez mayor abraza la fe nicena temerosa de una extraña profecía. Esta minoría, que a estas alturas debe de suponer una quinta parte de los defensores, según nuestro informante, se muestra reticente a seguir las órdenes de un pagano. Esa falla es, precisamente, la que nuestro hombre en Amaya promete explotar en beneficio del rey.

Los asaltos continúan. Según el Consejo, es pronto aún para ver resultados. Especialmente ahora, que los ataques se plantean más como una tarea de hostigamiento y desmoralización que como un asalto completo. Mil hombres atacan cada día; una thiufa. *Luego esa* thiufa *tiene ocasión de descansar durante siete días, hasta que les toca de nuevo avanzar. En cambio, los defensores deben emplear a todos sus hombres todos los días y eso, tarde o temprano, ha de acabar con su deseo de resistir. Si los cálculos del duque Sigerico son correctos, la moral del enemigo debería de estar quebrada dentro de dos semanas, y será entonces cuando estemos en posición de lanzar un ataque a gran escala desde todos los puntos, que lleve a los cántabros a hincar las rodillas en el suelo.*

Hay dos formas de saber cuándo los defensores empiezan a flaquear. La primera es ver que los asaltos llegan cada vez más lejos. La segunda, cuando comienzan las deserciones. Tras catorce días de asedio, siete de ellos de combates, ninguno de estos dos casos se ha dado aún.

23

Vadinia posó la mano sobre el hombro de Anna. La pobre mujer, arrodillada, parecía incapaz de seguir arrastrando la piedra ovalada que molía el trigo sobre otra más grande.

—Ya sigo yo, Anna. Descansa un poco.

La anciana la miró agradecida. De fondo llegaba el rumor de la batalla. Otro asalto. El noveno, ya. Cualquiera hubiera dicho que se habían acostumbrado a aquel ruido informe, confuso y lejano. Al barullo que, generalmente, comenzaba de mañana para morir por la tarde. Mientras, ellas se ocupaban en lo de siempre; Anna en la comida y la casa, Vadinia en el reposo.

—No debes hacer esfuerzos, ya lo ha dicho Necón.

—¿Acaso tú sí, anciana? —replicó Vadinia con una tierna sonrisa—. Me vendrá bien hacer algo que no sea dar vueltas entre estas cuatro paredes. Ya ni siquiera me deja subir a por agua. No estoy enferma, estoy encinta.

—No. Es mejor que siga yo. Además, ya no queda mucho.

Vadinia aceptó la explicación de Anna. Hubiera insistido, pero sabía que la anciana no quería arriesgarse a que Necón volviera y la viese ocupando su lugar. El kaórniko hubiera montado en cólera con la pobre mujer, así que la muchacha, resignada, se acercó al puchero para olerlo una vez más, removió la leña y luego volvió al lecho para tumbarse. Había cogido peso, sus delicados senos se le empezaban a antojar ubres. Posó las manos sobre su vientre y, como para alejar de la nueva vida los ruidos que llegaban amortiguados desde la muralla, comenzó a entonar canciones de su niñez que creía olvidadas.

Como todos los días, entre canción y canción, rogaba quedamente al dios de Tomás para que Necón volviese a ella sano y salvo y para que toda aquella locura acabase pronto. Imaginaba a su hijo creciendo fuerte y feliz en la Kaórnika, en los verdes valles, amado y respetado por todos. ¿Qué cara tendría? ¿A quién de los dos se parecería más? ¿Cómo serían sus primeros pasos? ¿Cuáles sus primeras palabras?

Un ruido ensordecedor llegó desde lo lejos, como una explosión. Gritos de enloquecida desesperación, de intensa lucha, un chocar acelerado de metales. Vadinia se sobresaltó. Volvió a incorporarse. Anna había dejado de moler de repente. El ruido llegó más intenso aún. La muchacha y la anciana se abrazaron. Vadinia notó que la vida que llevaba dentro se revolvía también. Se llevó las manos al vientre y lo acarició con suavidad para tranquilizarlo. De pronto un rugido de júbilo desde las murallas y, acto seguido, el nombre de Necón coreado por cientos de gargantas. Luego una algarabía de risas, retos e insultos a los godos.

La puerta de la casa se abrió de un golpe. Vadinia no pudo sofocar un grito. El joven señor de la Kaórnika, incapaz casi de dar un paso, cubierto de sangre y con una flecha clavada en el hombro izquierdo, cargaba todo su peso en Boddo. Pero reía.

—Eso no se lo esperaban —dijo Necón. Y soltó otra carcajada que pronto se convirtió en tos. Una mueca de dolor afeó la cara del cántabro.

Boddo se apresuró a dejarlo en el suelo con la delicadeza de una madre; su cara denotaba preocupación. Vadinia y Anna se apresuraron a atender al herido, que sudaba por todos sus poros.

—No hables —dijo Boddo.

—Si quieres resultados diferentes no hagas siempre lo mismo. ¿No eso, Boddo?

—Sí, sí. Pero no hables. Traed vino —pidió a las mujeres.

—Eso es, vino —susurró Necón—. Esto hay que celebrarlo.

—¡Cállate! —ordenó Boddo.

—*Taxus. Taxus*. ¿Dónde está?

Enseguida irrumpieron en la vivienda tres kaórnikos más, cubiertos de suciedad, que se arrodillaron preocupados junto a su señor. Boddo dio instrucciones para que incorporasen un poco al herido hasta que este se encontró prácticamente sentado. Roció la herida con vino. Necón aulló de dolor.

—¡Maldita sea, Boddo, lo estás echando a perder!

Ya no escuchaba el guerrero a su señor. La flecha había atravesado la cota de malla, pero no había tenido fuerza suficiente para atravesar toda la carne y se había quedado alojada dentro. Desabrocharon la armadura para que quedase holgada y Boddo apretó con fuerza para incrustar la flecha aún más. Debía salir limpiamente por el otro lado. Necón se revolvía de dolor.

La sangre empezó a manar como la fuente de La Torre, empapando el suelo. El guerrero notó cómo la punta de la flecha rasgaba los miembros de su señor hasta que la carne dejó de oponer resistencia y la cabeza del proyectil emergió por la espalda. Otro grito de dolor y Necón se desmayó. Los brazos de sus kaórnikos evitaron que cayera al suelo de espaldas. Entonces Boddo, con las manos rojas y viscosas de sangre, partió la madera con sumo cuidado, así pudieron extraer el dañino metal.

Desnudaron a Necón, limpiaron la herida y vendaron el hombro del cántabro, empapando la tela con la infusión de arzolla que Anna siempre tenía preparada. Lo acostaron. Vadinia se sentó a su lado sollozando, acariciándole la cara mientras observaba cómo la mancha de sangre teñía la tela hasta detenerse. Le puso la mano en el pecho para sentir el latido de su corazón.

—La herida parece limpia. Cicatrizará. Pero debe descansar —comentó Boddo, satisfecho.

Una vez que los kaórnikos respiraron aliviados con el estado de su líder, rieron.

—¡Por Necón! —gritaron al unísono.

—¿Pero qué ha pasado? —preguntó Vadinia, incapaz de callar la pregunta por más tiempo.

—Que les hemos dado una buena paliza, eso es lo que ha pasado —comenzó a relatar Boddo—. Todos los días suben por el camino y forman una barrera de escudos para protegerse de las piedras. Detrás se esconden sus arqueros, que cargan sus flechas, salen de detrás de los escudos, disparan y vuelven a esconderse. A estos les sigue otro grupo, que es al que cubren, y ese grupo intenta abrirse paso hasta la explanada. Allí entran en combate cuerpo a cuerpo. Son duros, pero entre el ascenso y las pedradas, llegan cansados.

»Hoy no hemos esperado al cuerpo a cuerpo. Necón ordenó dejar la explanada libre, cargar dos carretas con paja, dejarlas a la vuelta del camino para que no las vieran y, en cuanto subiesen, prenderlas fuego y soltarlas contra el grupo que ascendía a la carrera. No les ha dado tiempo a reaccionar. Las carretas han estallado contra ellos. ¡Qué golpe! —Los kaórnikos rieron—. Están tan acostumbrados a presentar sus escudos contra cualquier amenaza, que han esperado al impacto. *¡Pam!* —Boddo hizo estallar su puño derecho contra la palma de la mano izquierda—. La paja ha saltado por todas partes, abrasando a los primeros. En cuanto el fuego se ha convertido en humo, hemos cargado a caballo. Necón el primero. El grupo que subía ha huido despavorido, chocando con el grupo que cubría su ascenso, y todo se ha convertido en un caos.

»Y ahí hemos llegado nosotros; aullando como lobos, descargando golpes, derribando a uno detrás de otro. ¡Ah! ¡Qué momento, Vadinia! ¡Qué momento! Ahí ha sido cuando han alcanzado a Necón. Se han reagrupado doscientos pasos más abajo y han vuelto al campamento sin dar la espalda.

—*¿Taxus?*

—Ni un rasguño. Ese animal parece tocado por los dioses.

Caía la noche y Necón seguía durmiendo. Parecía sumido en un placentero sueño, como si nada en el mundo pudiese perturbarle. Algunos hombres aún celebraban a lo lejos la jornada de lucha. Cenaban Mocoso y las mujeres cuando sonó la puerta.

—Qué magnífico olor —dijo Abundancio al entrar.

—¡Tío! —Vadinia se levantó de un salto y se abrazó a él.

—Cada día estás más guapa, sobrina —exclamó el senador, enmarcando la cara de la muchacha con sus manos—. ¿Puedo unirme a vosotras?

—Por supuesto —afirmó Anna—. Siempre eres bienvenido en esta casa.

Anna sirvió al senador un plato de comida y Abundancio se sentó frente al fuego. Cerró los ojos y olió el caldo.

—Jamás ha habido mejor cocinera. Vadón supo elegir bien. Aprende de ella, Vadinia y no habrá hombre que se te resista. —Ambas mujeres ocultaron una ruborizada sonrisa.

—¿Qué te trae por aquí, tío?

—Quería saber qué tal estaba Necón.

—Bien. Duerme y no tiene fiebres.

—Excelente. —Abundancio dio un sorbo a la sopa y gruñó de satisfacción—. Debes hablar con él, Vadinia.

—¿Sobre qué?

—Se arriesga demasiado. La acción de hoy ha sido una locura.

—Pero ha salido bien, ¿no, tío?

—Sin duda. Han dado un buen escarmiento a los godos. Pero piénsalo; los hombres están cansados. Luchan día tras día en la muralla y en la explanada, y lo último que necesitamos son pérdidas innecesarias. Es mejor aguardar aquí; en la seguridad de Amaya, tras los muros y las empalizadas, que arriesgarse en acciones temerarias.

—No sé. Al menos hoy he escuchado a las gentes, contentas, gritar su nombre; cantar a la victoria. Ayer todo el mundo parecía desesperado y triste. Hoy tienen esperanza, fuerzas renovadas. Y él está bien.

—Ha tenido suerte, Vadinia, eso es todo. Mucha suerte. Lo mismo que te lo han traído herido, ahora podrías estar llorando su muerte. —Abundancio dio otro trago a la sopa y mordió un trozo de pan.

—Pero no ha muerto.

—Escucha, Vadinia, tú no sabes de estas cosas. Si no quieres dar a luz a un huérfano de padre, habla con él. Las mujeres sabéis llegar donde los hombres no pueden. —Abundancio acarició la mejilla de su sobrina—. Habla con él —repitió con una sonrisa—. ¿Me prometes que lo harás?

Vadinia asintió sin saber muy bien a quién se debía.

Amaya, junio A. D. 574

El ataque de los cántabros fue inesperado y, lo peor de todo, es que ha elevado la moral de los defensores. Hasta aquí llegaron sus gritos de victoria, sus insultos y sus burlas y, no contentos con eso, llegaron a ultrajar a nuestras tropas orinando sobre ellos desde las murallas en su retirada. Las bajas han sido mínimas, pero un asedio no es una cuestión de bajas, sino de moral. Por primera vez han visto a los godos correr, aunque solo sea unos pasos. Y por primera vez el rey se muestra impaciente. Quiere un asalto total cuanto antes, pero todos sabemos que no es el momento.

La enfermedad campa a sus anchas por el ejército. Empezó poco a poco, sin que nadie le diese importancia, hasta que uno de los médicos reparó en la razón del mal que cada vez hacía presa de más y más estómagos. El agua de la que nos nutríamos hasta ahora está emponzoñada. Los cadáveres de cientos de animales, escondidos por los cántabros en las fuentes de las que brotan los arroyos, se mantuvieron incorruptos durante un tiempo debido a las gélidas corrientes. Pero ahora, una vez descompuestos, nos envenenan. Los estómagos no soportan alimentos, las tripas se

sueltan inmisericordes y muchos hombres pasan más tiempo entre los arbustos que en sus puestos. Un centenar de caballos han muerto de cólicos. Se teme por los demás. Se ha prohibido el acceso a los arroyos y se ha establecido una inmensa caravana que recorrerá la meseta hasta el río más cercano para abastecer al ejército de agua fresca. Dicen los médicos que el mal que pesa sobre las aguas cercanas no desaparecerá hasta pasadas dos o tres semanas.

Ahora, más que nunca, los ataques deben continuar. Así lo ha hecho saber el rey. No debemos darles descanso y, sobre todo, no debemos hacerles creer que su acción ha mermado ni un ápice nuestro deseo de someterles.

24

El asalto del día siguiente fue el más duro hasta la fecha. Era como si los cántabros hubieran herido a un oso que, hasta entonces, tan solo había estado jugando con ellos. Ascendieron rabiosos, sin detenerse cuando empezaron a caer rocas desde la muralla. Cargaron desquiciados y, en la explanada, se libró el más cruento de los combates. Los cántabros cedieron palmo a palmo. Solo lograron detener el empuje a tres pasos de las puertas. Mediada la tarde, los asaltantes se retiraron en buen orden, cargando con sus heridos.

Cuando llegó la noche, Amaya se vio sometida a la tortura de escuchar los lamentos y los gritos del centenar de hombres que, malheridos, cercenados sus miembros, quebradas sus almas por el dolor y la angustia, recibían los cuidados de las mujeres.

Sonó la puerta. Tres golpes.

—Ve a abrir, Sarah —pidió Nepociano a su hija.

El senador Pentovio cruzó el umbral y pidió disculpas por la tardanza.

—El último en abrazar la fe y el último en llegar —dijo Nepociano con amabilidad—. Siéntate, Pentovio, gracias por venir.

El recién llegado buscó acomodo cerca del fuego. Allí estaban los otros siete senadores que, ahora, se hacían llamar cristianos. A la derecha de Nepociano se sentaba Tomás, pensativo, con la mirada perdida en las llamas.

—¿Dónde está tu hijo? —preguntó Pentovio.

—Mateo está en La Torre, con Candamo y los otros. Hoy la guardia nocturna les tocaba a los míos. Pero tampoco es esencial que esté aquí hoy.

—¿De qué querías hablarnos? —preguntó otro de los senadores.

—Todos sabéis que no discuto las órdenes de Necón, al fin y al cabo estuvimos de acuerdo en concederle el mando. Y sabéis también que ahora, si mis hombres siguen sus órdenes, es solo porque yo se las doy; porque saben que está maldito. Pero esto no es una cuestión de fe, no se trata solo de que nos condene por el mero hecho de empecinarse en negar al Altísimo, en negar la evidencia de todo cuanto ha visto y oído acerca de la suerte que nos espera, esto es también una cuestión militar. Necón es temerario… —«Valiente» hubiera matizado su hijo Mateo—, precipitado… —«Aprovecha las ocasiones»—, e inconsciente. —«Decidido»—. En definitiva, habría que estar ciego para no ver que nos lleva a la ruina.

—Lo sabemos —dijo el senador Acario—. ¿Pero qué quieres que hagamos? ¿Someternos a los bárbaros? Yo eso no pienso hacerlo.

—Ni yo —coreó Pentovio.

—¡No! —repuso Nepociano con aire ultrajado—. Jamás se me ocurriría tal aberración. Lo único que quiero es inculcar un poco de sentido en todo esto. No creo que podamos resistir así mucho tiempo. ¿Dos semanas? ¿Tres? ¿Cuatro a lo sumo? Decididamente, no hasta que lleguen las lluvias y tengan que retirarse.

—¿Qué propones?

—Ahora somos débiles. Entre los hombres de Sicorio y los míos no llegan a los dos centenares. Y ellos nos escucharán a nosotros antes que a él.

—¿Hablas de traición? —cuestionó Acario, extrañado.

—De ninguna de las maneras. Lo que sí quiero es lo siguiente; poder llegar a estar en posición de tomar nosotros nuestras propias decisiones si las cosas se ponen feas.

—Mis hombres le veneran.

—Y los míos también. Y los de Sicorio. Pero ahora son temerosos de Dios y temen al Altísimo más de lo que respetan al kaórniko. Debéis buscar alguna manera para que los hombres que dependen de vosotros abracen la fe.

—Es inútil. Si no se han convencido ya, es inútil.

—¿Tomás?

Nepociano invitó a Tomás a participar y el monje se alzó lentamente. Aún pensativo, mirando a las llamas, habló con dulzura.

—¿Os imagináis un tesoro del que cada vez que cogieseis una moneda apareciesen dos? —Los senadores murmuraron una negativa—. ¿No seríais más ricos cuanto más dierais? ¿No seriáis también más dichosos? Y aquellos que os rodean, ¿no serían más felices? Pues así, precisamente, es la Palabra del Señor. La Palabra de Dios no es para guardársela uno; debe hacerse participe a los demás de la buena nueva. La luz que invade al cristiano debe compartirse, pues solo así se hace cada vez más y más grande, tanto dentro como fuera de él. Recibir la Palabra implica el deber, para con Dios, de divulgarla.

»Creer, amigos míos, es compartir. —Tomás hizo una pausa para mirar a los ojos a todos los presentes uno a uno—. Todos sabéis la suerte que el Todopoderoso nos depara si Amaya persiste en sus pecados. Y no hay mayor pecado que negar a Dios. Conozco a mi hermano. Es un buen hombre, no hace falta que lo diga aquí, pero debe ceder o arderá en el Infierno.

—Pero nosotros nos salvaremos, ¿no es eso lo que dijiste?

—No se trata de eso, Pentovio. Se trata de que nos salvemos todos, hasta la última familia, tanto aquí en la Tierra como allá en el Cielo y, en este caso, a ambas salvaciones se va por el mismo camino. Los godos son un castigo divino, así lo vio Emiliano en su sueño, y ese castigo solo desaparecerá por merced de la voluntad de Jesucristo. Yo no tengo ninguna duda de que prevaleceremos, pero si muchos son nuestros pecados, y os habla el mayor de los pecadores, muchos han de ser los trabajos que soportemos para complacer a Dios misericordioso.

—Pero no conocemos la Palabra como tú. ¿Cómo vamos a convencerles?

—¿Acaso no despreciabas tú a los cristianos hace tan solo unos meses, Acario? —intervino Nepociano—. ¿No me llamaste imbécil cuando te hablé por primera vez de mi nueva fe? ¿Qué te hace pensar que no les puede pasar lo mismo a los tuyos? Hay pruebas suficientes como para que se convenzan. Solo falta que abran un poco el alma y el oído.

—Yo hablaré con ellos, para eso estoy aquí —añadió Tomás—. Tan solo debéis pedir que me escuchen. Eso es todo.

—Se deben a vosotros, recordad eso —intervino de nuevo Nepociano. Tomás le miró desaprobatorio—. Y por eso, como cristianos, vosotros os debéis a ellos, claro. No querréis que sus almas y las de sus familias acaben perdidas en los infiernos…

El viento sopló intenso del norte y, por la mañana, Amaya se vio envuelta en una densa bruma proveniente de la cordillera. Era una niebla espesa que el sol a duras penas lograba atravesar y que, por alguna razón, parecía amplificar los sonidos. Desde el camino de acceso llegaba el olor a carne humana en descomposición. Aquel hedor parecía suspendido en el aire, en esas motitas casi invisibles de lluvia que flotaban sin llegar a caer, y se fue confundiendo poco a poco con el olor a pan que desprendían los hornos. No se veía nada a más de dos pasos, pero el trajín matinal se percibía como siempre por doquier. Los ruidos prorrumpidos por mil personas que se afanan en los quehaceres de un nuevo día, el correr de los niños, el balar de las ovejas, el relinchar de caballos, el martillo sobre el metal.

Por primera vez en doce días, los godos no atacaban.

Amaya, junio A. D. 574

La peña, como por designio divino, ha desaparecido ante nuestros ojos sepultada en densas nubes que, por fin, viajan hacia el sur. El sol se esconde tras ellas y Amaya hoy se antoja inalcanzable. El caminejo de acceso, claro en la base y difuminado a media altura, se desvanece un poco más allá aparentando conducir al mismísimo Cielo. Sin duda muchos de los nuestros han encontrado un lugar a la derecha del Padre en ese mismo sendero.

El Consejo se muestra agradecido. Cualquier asalto hoy, en la niebla, es imposible. Si ayer se ordenó atacar con furia y se ofrecieron elevadas recompensas, no fue más que por el deseo del rey de mostrarse fuerte a pesar de la enfermedad que nos sacude. Debemos recuperar fuerzas. Debemos esperar. Y esta bendita niebla nos da la oportunidad de no perder prestigio ante nuestros enemigos. No obstante, el rey ha ordenado que grupos de hombres con cuernos y tambores avancen hasta las faldas de la peña y hagan sonar sus instrumentos de manera que parezca que los nuestros se aprestan para el ataque. Debemos mantener a los cántabros alerta,

debemos recordarles que seguimos aquí, aunque no nos vean. Hacerles creer que, en cualquier momento, de entre la bruma aparecerán hombres dispuestos a arrebatarles todo lo que tienen. Y lo que no.

Se acerca el momento de un asalto total. La enfermedad acabará por disiparse y la bruma tendrá que desaparecer tarde o temprano. El rey ya estudia los diferentes puntos débiles de la fortaleza para lanzar a nuestras tropas por todas partes como un torrente. Se ofrecerán altas recompensas en oro, tierras y botín a quienes se muestren dignos de la generosidad de Leovigildo. Así podremos volver a Toledo de nuevo triunfantes, tras haber sometido a esta raza pestilente y orgullosa.

25

No era tan extraño que, durante días, Amaya se viese envuelta en una densa niebla. Lo que quizá sí fuese algo extraño era que durase tanto. No tardó en correrse la voz de que tal prodigio no podía ser sino obra del dios cristiano y que, si era así, la niebla bien podía durar hasta que llegasen las lluvias de otoño que obligarían a los godos a retirarse. Se oían, no obstante, los tambores y los cuernos a las faldas y se temía un ataque en cualquier momento.

A lo largo de los días sonaron falsas alarmas, gritadas por hombres nerviosos que creían, continuamente, ver al enemigo emerger de la niebla. Pero el único ejército que poblaba el acceso a la peña eran los cientos de buitres que luchaban por un trozo de carne humana. Los godos nunca llegaban. Luego las nubes descendieron hasta el valle, dejando Amaya como suspendida en el cielo y bañada por un sol radiante que sus habitantes agradecieron. Dejaron de oírse los tambores de los godos y empezaron a verse los cientos de huesos, ya blancos y sin carne, que ensuciaban el camino. Por un momento los cántabros pudieron soñar con que, una vez disipadas las nubes, la colina que tenían enfrente también se viera libre del campamento enemigo como por embrujo.

Necón, diez días después de haber sido herido, aún se encontraba débil. Eso no evitó que, al día siguiente de recibir la herida, al oír el rumor de la cruenta batalla que se libraba y se iba acercando a las puertas, intentase vestir la armadura y salir espada en mano al encuentro del godo. Vadinia se lo impidió. Interponiéndose entre él y la puerta, rogando, llorando, suplicando que no saliera, blanco y tambaleante como estaba por la pérdida de sangre.

A duras penas logró asir el escudo, que se balanceaba impotente colgado de un brazo privado de fuerza y, a duras penas también, logró apartar a su esposa de su camino. Solo supo que no tendría resuello para combatir cuando ella se le abrazó a la pierna envuelta en llanto. El esfuerzo de apartarla lo sumió en el mareo y el desconcierto. Para entonces los godos se retiraban y, desde entonces, no habían vuelto. Tampoco tuvo fuerzas para recriminar a Vadinia su actitud, pero sí le advirtió a la mañana siguiente, irritado, aferrándola fuertemente del brazo, que no volviera a desobedecerle jamás.

La muchacha se disculpó sumisa pero, en su interior, agradeció a Dios Todopoderoso que le hubiese dado valor para detener al hombre al que amaba en su locura. De pronto, con Necón aún mirándola fijamente, Vadinia alzó la cabeza y sintió que madre hablaba por su boca.

—Yo ocuparé el lugar que me corresponde como mujer y te serviré como debo —dijo con los ojos acuosos—, pero recuerda también, Necón, esposo, amado mío, tu lugar como hombre y lo que tu vida o tu muerte pueden significar para quien llevo dentro.

Boddo aparecía tres o cuatro veces al día, en ocasiones solo y a veces con uno o dos kaórnikos. Hablaban sobre la situación de la ciudad; los godos hacían ruido pero no avanzaban, los graneros estaban casi llenos, los rebaños en lo alto de La Muela tenían aún pasto suficiente. El joven señor preguntaba a diario si había señales de Cassio. Boddo respondía, con una carcajada, que cómo esperaba que lo supiera si no veía a dos pasos de él cuando salía afuera. Necón preguntaba por el estado de tal o cual empalizada, sobre todo por aquellas que protegían los accesos menos viables pero no por ello inatacables, y Boddo respondía que todo estaba en orden, que aquello que le había pedido la mañana anterior, o la otra, ya estaba hecho.

Lo que no contaba Boddo, por no saber muy bien cómo decirlo, era que, día a día y uno a uno, los hombres de Pentovio y Acario se habían bautizado, embaucados por Urbico. Que el monje hablaba con dulzura de paz, amor, perdón y misericordia. Que se lamentaba cuando les recordaba el terrible destino que le aguardaba a Amaya si sus moradores no veneraban a su Dios; al único y verdadero Dios. Y que preguntaba sin cesar qué más pruebas necesitaban los cántabros. Cada vez más hombres tallaban el símbolo de la cruz en el casco.

Boddo se preciaba de no tener muchas luces, incluso alardeaba de ello, pero si algo aprendió del dios de los cristianos en aquellos días fue que tras cada promesa pendía una cruel amenaza. En su opinión, aquel no era un dios al que mereciera la pena tener muy cerca. Y Urbico se empeñaba en atraerlo hasta allí.

En cuanto su brazo izquierdo pudo asir el escudo con fuerza, Necón vistió la armadura, montó sobre *Taxus* y, seguido de diez de sus kaórnikos, se dejó ver por todos los rincones de Amaya pleno de energía, cargado de buen humor, animando a los hombres, preguntando sobre los días que habían pasado, interesándose por sus familias. Se alegraban de verle de nuevo entre ellos, le vitoreaban, coreaban su nombre. Solo aquellos que se habían tallado la cruz en el casco se mostraban distantes ante el joven senador. Visitó a los heridos uno a uno, recorrió todos los puestos y comprobó desde La Torre que el ejército godo yacía sepultado bajo espesas nubes a sus pies.

Amaya, julio A. D. 574

Por fin el cielo luce un azul intenso. No hay ni una nube. Sopla un sofocante viento del sur. La peña se ve con más claridad que nunca, como si alargando la mano se

pudiese tocar. La niebla comenzó a disiparse por la mañana y Amaya fue materializándose ante nuestros ojos como un fantasma, como si quisiese abalanzarse sobre el campamento, para luego quedar desnuda y nítida.

Ya media el día. Una thiufa *marcha de nuevo camino arriba para medirse con el enemigo y comprobar hasta qué punto se mantienen firmes. Avanzan descansados, conscientes de que su labor no ha de ir más allá del hostigamiento. Mientras ellos combaten en lo alto, el campamento continuará con su rutina diaria. Los sirvientes y las mujeres irán a los arroyos cercanos a por agua para preparar las comidas, los sacerdotes proseguirán con sus ministerios, los buhoneros pasearán por todas partes gritando a los cuatro vientos los precios de sus mercancías, las putas recorrerán el campamento ofreciendo sus impíos pero necesarios servicios; habrá alguna trifulca por el juego, los judíos harán negocio prestando dinero a cuenta del futuro botín y, poco a poco, el recinto que ocupamos se irá agrandando a medida que llegan gentes de todas partes con cosas que comprar y vender. Mientras tanto, algunos hombres buscarán un lugar para observar el combate a lo lejos a la vez que comen, beben y charlan. Otros se distraerán con los bufones, enanos y equilibristas que, por unas monedas, harán reír a la tropa.*

El Consejo ha decidido, ahora que da comienzo un segundo mes y el ejército parece estar recuperado, desencadenar el ataque que debería de suponer la caída de esa roca que se empecinan en llamar ciudad. Los cántabros han soportado varios asaltos de tanteo, pero aún está por ver si lograrán resistir una acometida en toda regla.

En total se han identificado seis posibles accesos: el principal que es el más practicable, aunque el mejor defendido; uno secundario que es escarpado y arduo merced a su pendiente, pero que parte del primero en línea recta, rumbo sur-norte, y traza una escarpada cuesta ascendente. Este último está protegido por una pequeña muralla y una empalizada. El tercero se encuentra más al este y, a pesar de que desde aquí se antoja imposible que un hombre pueda treparlo, los exploradores consideran que puede ascenderse sin encorvar demasiado la espalda; llevará tiempo, los hombres llegarán cansados, pero puede hacerse. El cuarto punto posible se encuentra en la vertiente este de la peña, precisamente es el que más inaccesible parece. Por allí, dicen, solo podría trepar una cabra, pero el rey recuerda a los presentes que, allí donde llega una cabra, puede llegar un hombre.

Al norte hay otras dos posibles vías que ascienden en pendiente, practicables hasta media ladera, a partir de la cual los hombres tendrán que hacer uso de todo su resuello y, probablemente, de las cuatro extremidades para llegar a lo alto. Todos estos puntos cuentan, por parte de los cántabros, con básicas pero eficaces defensas a modo de empalizadas. La cuestión ahora es si los defensores serán capaces de hacer frente a un ataque desde todos esos puntos. El Consejo se muestra optimista al respecto.

Una semana más de pequeños asaltos y la fruta estará madura.

26

—Traman algo —aseguró Necón.

A medianoche el campamento godo se sumió en la oscuridad; la mayoría de las hogueras se fueron apagando hasta quedar encendidas tan solo unas cuantas en la periferia. La otra media docena de pequeños campamentos dispersos, que cubrían los accesos más accidentados y difíciles, también aparentaron desaparecer en las sombras.

—Puede que se retiren —comentó Boddo—. En el asalto de ayer cayeron muchos.

—No creo.

Necón y Boddo, junto con Cancilo y Mateo, escrutaban la noche desde lo alto de La Torre viendo cómo, poco a poco, iban desapareciendo las llamas a lo lejos. La fuente corría tranquila tras ellos y los centinelas caminaban de un lado a otro. Desde La Muela llegaba el continuo balar de las ovejas.

—Podrían estar preparándose para un asalto —sugirió Mateo—. Mi padre dice que hasta ahora tan solo han estado haciendo tientos para probarnos y desgastarnos.

—¿Cuántos creéis que son? —preguntó Cancilo.

—Según tu tío, deben de rondar los ocho o nueve millares —respondió Mateo.

—¿Tantos? —dijo Cancilo, sorprendido.

—Podrían ser más —añadió Necón—. Y ahora mismo nosotros, en disposición de luchar, contamos con una décima parte.

—¿Y si decidiesen atacar con toda la fuerza de la que son capaces? —preguntó Mateo preocupado.

—En ese caso tendríamos que defendernos con toda la fuerza de la que fuésemos capaces. Hablad con los vuestros, que estén alerta —ordenó Necón—. Boddo, que los nuestros descansen y que tengan preparados los caballos por la mañana. Yo aún me quedaré aquí un rato.

Los jóvenes guerreros descendieron de La Torre dispuestos a cumplir su cometido. El kaórniko aún dio algún paso de un lado a otro, afinando la vista, procurando ver alguna señal que le indicase que Cassio pudiera encontrarse cerca. Nada. Había pasado ya más de un mes desde que se despidieron, tiempo suficiente para que hubiese reunido algunos hombres que pudiesen hostigar o, al menos, incomodar a los godos desde fuera de las murallas. Nada. Cansado de observar un horizonte privado de color, el senador instó a los centinelas a que diesen la alarma en cuanto viesen cualquier movimiento, por mínimo que fuese, y les deseó una buena noche de guardia. El viento soplaba furioso en lo alto.

Cuando llegó a casa las ascuas del hogar aún estaban calientes. Anna roncaba en una esquina. Necón se acercó al lecho, estaba cansado, muy cansado. Y nervioso. Aún así, no se creyó capaz de poder conciliar el sueño. Vadinia dormía plácidamente, sonreía. Tenía la mano posada en el vientre. Habría estado cantando nanas hasta caer rendida.

El kaórniko se arrodilló a su lado y la observó. Quiso tocar el abultado vientre de su esposa, pero se detuvo. No quería despertarla. Allí se quedó, observándola. Agotado. Ojeroso. Inquieto. Sin ganas siquiera de quitarse la cota de malla, apoyó la cabeza contra la pared. Asalto tras asalto habían resistido, una y otra vez, día tras día. Todos estaban cansados. Muy cansados. Todos.

Despertó de súbito. Sonaba insistente el cuerno desde La Torre. La monótona nota ascendente que duraba unos instantes, paraba y luego volvía a sonar. ¿Cuánto tiempo había dormido ahí sentado? Se incorporó y miró a su esposa. Vadinia había cambiado de postura, pero su sueño no parecía perturbado por el sonar de la alarma. El kaórniko fue a la entrada, se caló el yelmo y tomó el escudo. Amaya despertaba alborotada como en días anteriores. Su mano se acercaba a la puerta cuando sintió una mirada posada en su nuca. Se volvió.

Allí estaba Vadinia, hermosa como nunca. La muchacha sonrió y, con un movimiento de cabeza, lo animó a salir. Entonces Necón sintió fuerzas renovadas. Supo que el día sería largo.

Cuando salió de casa, Boddo llegaba al galope seguido de los kaórnikos, esquivando hombres que se apresuraban a sus puestos acompañados del confuso tintineo de las armas. No había amanecido aún, pero el este ya comenzaba a mostrarse rosado.

—¿Cuántos? —preguntó Necón, lacónico.

—Todos —respondió Boddo desde lo alto de su montura.

El joven senador montó a *Taxus* de un salto y lo espoleo para llegar a las murallas. Se encaramó a ellas haciéndose sitio entre los defensores para observar la llanura que tenían enfrente y que, poco a poco, empezaba a iluminarse con la luz de un nuevo día.

Boddo no había exagerado, eran todos. O al menos eso parecía. Los murmullos colmaron la muralla. La formación de los godos era aterradoramente perfecta. Grupos y grupos de hombres iban formando una inmensa línea de cabezas y lanzas. Entre ellos bailaban cientos de pendones de innumerables colores. A su lado, hombres a caballo cuyas ricas armaduras empezaban a hacer suya la luz del sol naciente. Un guerrero surgió de las filas y pareció gritar algo hacia los defensores y, de pronto, miles de gargantas corearon una consigna, incomprensible a esa distancia, que retumbó en los escarpados acantilados de Amaya. Tres veces lo repitieron y, por fin,

el grito llegó claro y audible «*¡Ad Ultionem!*», decían, para luego acompañar su alarido con el atronador sonido del chocar de espadas y escudos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Boddo.

—Esperar.

Paso a paso un mar de plata con reflejos de oro avanzó sobre Amaya. Lentamente descendieron la colina y, tras los primeros, más y más hombres iban emergiendo. Cientos. Miles. Por un momento Necón se sintió sobrecogido. Pensó que no habría piedras suficientes en Amaya para detenerlos a todos.

—¡El Señor está con vosotros! —dijo, a su espalda, la voz de su hermano a un grupo de hombres que se arrodillaba ante él—. ¡Un cristiano no tiene miedo! ¿Qué mal pueden hacerle sus enemigos? —Y volvía a repetir—: ¡El Señor está con vosotros! ¡No es esta la vida que queremos! ¡En nuestros labios está el nombre del Señor y adorándole hemos de defender la fe! ¡A nosotros nos ha sido prometido su reino! ¡No temáis, pues sois dichosos al haber escuchado su palabra!

Una vez en la llanura los godos se detuvieron para, acto seguido, empezar a dispersarse. Cuatro grandes grupos, divididos en otros más pequeños, torcían al este, mientras dos más seguían el camino que les llevaría al acceso principal. Rodeado de murmullos, hastiado de la voz de su hermano que se alejaba recorriendo la base de la muralla repitiendo sus consignas a los necios que le prestaban oídos, Necón distinguió a lo lejos, en la colina, un grupo de jinetes inmóviles. Debían de ser unos cien. Sus armaduras relucían más que el resto, portaban gigantescos pendones y rodeaban a un hombre. El kaórniko pudo adivinar de quién se trataba; Leovigildo, rey de los godos que, sin duda, vestía sus mejores galas para asistir al fin de los cántabros.

Necón se juró a sí mismo que, si aquel era su último día entre los vivos, no cruzaría las Puertas solo, lo haría llevándose consigo a más de un enemigo. Y soñó fugazmente acabar con aquello enfrentándose él mismo al rey en singular combate.

Los hombres pedían agua, las mujeres y los niños la traían. El miedo siempre reseca la garganta. Cassio… Ahora era el momento de que apareciese. Ahora.

—¿Necón? —dijo Boddo, impaciente, esperando una orden.

Los dos grupos que se dirigían al acceso principal se detuvieron antes de iniciar el ascenso. Luego uno de los cuatro grupos que marchaban hacia el este se detuvo ante el difícil camino situado en medio de la peña. Los otros tres proseguían su marcha hacia el sol.

—¿Necón?

Seis grupos. Seis posibles accesos. El joven senador supo entonces lo que los godos se proponían.

Amaya, julio A. D. 574

El despliegue del ejército ha llevado buena parte de la mañana. Un jinete, llegado al galope, se ha presentado para informar al rey de que, en la parte de la peña que se nos oculta, al norte, los hombres están preparados. El sol brilla con furia sobre nuestras cabezas y el calor empieza a resultar sofocante en la colina. El valle debe de ser una caldera. Una brisa caliente llega del sur y el agua que traen los sirvientes está demasiado tibia como para resultar refrescante. Si no fuese por la presencia del rey, de los nobles y del obispo, me arrancaría las ropas a tiras. Y es que, bajo el peso de la armadura, el calor puede llegar a enloquecer a un hombre.

El rey aguarda a que el obispo ruegue a Dios Todopoderoso por el éxito del combate. Se muestra impasible, pero sabemos que está impaciente. Sabemos que las letanías en nombre del Señor le aburren. Según él, Dios ya sabe cuál es el devenir del día y ya debe de haber tomado su decisión sobre cuanto ha de suceder. En su opinión es inútil rezar, pero a la tropa le tranquiliza saber que un hombre de Dios pide por un feliz final de la jornada y ruega por sus almas tras ellos. Uno a uno han recibido la absolución de sus pecados y el perdón, y marchan tranquilos, sabedores de que tanto el rey como Dios vela por ellos.

Cerca de seis mil hombres, todos aquellos en condiciones de combatir, esperan la orden y sueñan con ser los primeros en coronar la cumbre. Leovigildo ha ofrecido suculentas recompensas en oro, plata y tierras al noble cuyo pendón sea el primero en ondear en lo alto de Amaya. También ha prometido un puesto entre sus gardingos al hombre que lo coloque allá arriba.

Por fin el obispo ha callado y el rey ha dado la orden de atacar. Seis jinetes, seis pequeñas nubes de polvo, cabalgan para decir «adelante». Todos estamos impacientes.

Las thiufas *ya se mueven. El asalto final ha comenzado.*

27

Los godos ascendían lentamente. Necón decidió no mezclar en la defensa a cristianos y no cristianos. Y así, aunque a regañadientes, Nepociano y su hijo Mateo, junto con Sicorio, Acario y Pentovio aceptaron defender con los suyos los dos accesos de la vertiente norte; eran centenar y medio de hombres. A Abundancio y a su sobrino Cancilo, a instancias del primero, se les asignó la vertiente este, con doscientos hombres. El senador Durato, con tres centenares, aguardaría en la explanada, en orden cerrado, para evitar que los godos llegaran hasta las puertas, aunque con la recomendación de retirarse si las cosas se ponían feas. Pedaciano defendería el acceso a La Muela, con un centenar.

Otros doscientos cuarenta hombres ocuparían la muralla que dominaba el acceso principal, mientras que los sesenta kaórnikos restantes, a caballo, aguardarían cerca de la casa larga para reforzar cualquier punto que flaquease. Un total de unos novecientos hombres de armas en condiciones de combatir se aprestaban a la lucha, algunos con las heridas recibidas en los últimos días aún frescas.

Nunca había sentido Necón latir tan fuerte dentro de sí la sensación de que, aquel, sería su último día entre los vivos. Y lo celebró y temió a partes iguales con un leve asentimiento. Cabalgó hasta sus kaórnikos y allí vio a los hombres que, durante tanto tiempo, le habían servido. Podía confiar en ellos después de años de convivencia, caza y lucha y, en su corazón, al mirar a sus compañeros, sintió un vacío; aquel dejado por su hermano, quien debiera haber estado ahí, a caballo vistiendo la armadura, dispuesto con una sonrisa a luchar a su lado. A defender todo lo que merecía la pena, todo cuanto estaba en juego.

Debían vencer. Debían detener a los godos, cuyos cuernos ya se oían cada vez más cerca. Con el yelmo calado, el escudo aferrado con fuerza, la cota de malla algo holgada, una lanza y la espada en la vaina, el joven señor de la Kaórnika miró al cielo para pedir a los antiguos dioses que guiasen su corazón en la batalla. Juró no avergonzar a su padre.

—¡Aún estáis a tiempo! —gritaba Urbico enloquecido a los defensores de la muralla—. ¡No os resistáis a la verdad! ¡Salvaos! ¡Salvad la ciudad! ¡Abrazad la fe y Dios nuestro Señor se apiadará de nosotros y acabará con los godos! —Urbico comenzó a llorar—. ¿No habéis tenido ya suficientes pruebas? ¿Estáis sordos? ¿Estáis ciegos? —Y luego, suplicante, arrodillado, siguió gritando—. ¡Por favor! ¡Por favor! No seáis necios.

—Boddo —ordenó Necón—. Haced que se calle.

—No se callará y lo sabes.

—En ese caso, encerradle. Y que no salga.

Diez kaórnikos partieron al galope y apresaron al monje, que gritó y pataleó al ser llevado a la casa larga para ser arrojado dentro. Las suplicas y alaridos de Urbico fueron amortiguados por los muros. Necón encomendó su custodia a cuatro kaórnikos completamente armados. Era mejor no disponer de cuatro hombres que tener a aquel demente dando vueltas por ahí hablando del Cielo y del Infierno.

Primero se oyeron los gritos de esfuerzo desde la muralla. Como en otras ocasiones, una constante lluvia de piedras caía sobre los godos, pero esta vez con menos intensidad. Los cántabros habían tenido que dividirse al límite para cubrir todos los puntos amenazados. Luego llegó un alarido de carga surgido de la bifurcación que tomaba el acceso principal. Chocaron los metales. A lo lejos comenzó el combate en la difícil subida hacia La Muela y, pronto, toda Amaya se vio envuelta en la lucha.

Los godos ascendían trabajosamente por todos los accesos secundarios, teniendo que utilizar, en ocasiones, sus cuatro extremidades para avanzar, intentando sortear los proyectiles o protegerse de ellos con los escudos que a veces se quebraban por el impacto. Pero avanzaban. Esquivaban las dificultades del terreno, rodeaban a sus compañeros abatidos, se ayudaban los unos a los otros en su penoso ascenso. Los godos eran muchos. Los cántabros pocos, pero la posición para la defensa resultaba idónea.

El enemigo llegaba sudoroso, con la garganta reseca, pero ni el cansancio ni el sol lograban aplacar la sed de sangre que parecía consumirles por dentro como el fuego. Atacaban por todas partes. Blandían sus lanzas y espadas con rabia, empujaban con sus escudos. No dudaban en utilizar a sus primeros compañeros abatidos como parapeto para caer sobre los defensores.

Los kaórnikos aguardaban en su posición junto a la casa larga sometidos a los alaridos amortiguados de Urbico, cuya voz empezaba a enronquecerse de tanto suplicar que se rindiesen a su dios y de tanto amenazar con las inenarrables desgracias que acaecerían en Amaya si la ciudad no se postraba ante Él.

Pasaba el tiempo. Necón se mantenía alerta, intentando averiguar en qué punto cedería antes la defensa para acudir en su auxilio. Más allá de las voces de su hermano llegó el inconfundible sonido del repentino quebrar de huesos y escudos en la explanada del acceso principal. El joven señor, impaciente, envió jinetes a los puntos amenazados. La espera se le hizo interminable.

Urbico golpeaba la puerta, cada vez con menos fuerza, afónico, sumido en el agotamiento y la desesperación. Fueron llegando los kaórnikos uno a uno, informando sobre la situación: Abundancio y su sobrino Cancilo resistían, aunque habían perdido muchos hombres. Los cristianos, liderados por Nepociano y Sicorio aguantaban la embestida. El acceso a La Muela, con Pedaciano a la cabeza, había conseguido repeler el primer ataque y ahora resistía el segundo, mientras que Durato, en la explanada, tan solo había retrocedido unos pasos. Las pérdidas era cuantiosas,

pero la inestimable ventaja de luchar descansados defendiendo un terreno difícilmente accesible estaba resultando decisivo a la hora de contener al ejército del rey. «Solo tenemos que resistir hasta la noche», decía Necón para sí. «Solo hasta la noche».

Amaya, julio A. D. 574

La lucha continúa en lo alto. Aún es pronto para ver resultados, al menos así lo dicen los consejeros del rey, conscientes de su impaciencia. El combate dura ya dos horas y ninguno de los puntos asaltados parece ceder. Los nuestros atacan con rabia, los pendones se mueven de acá para allá en medio del tumulto de cabezas y gritos, los hombres luchan y caen.

A pesar de la distancia llega hasta aquí un confuso y lejano murmullo que lo envuelve todo. El nervio de los cántabros debería de quebrarse en cualquier momento, y ese es el momento que esperamos. Ese punto de la batalla en el que, de repente, todo deseo de resistencia se viene abajo. Solo es necesario doblegar uno de los flancos, seguir causando bajas, seguir acometiendo colina arriba al enquistado enemigo que se bate para postergar lo inevitable.

El día avanza. Debe de ser ya la hora nona. Seis o siete horas de luz quedan por delante. Tiempo bastante si esa maldita roca no absorbe para sí el resuello de los nuestros, tal como hace el maligno con las almas que se le someten. Pequeños ríos de sangre, cada vez más caudalosos, fluyen hacia el valle, y brillan al sol. Cientos de buitres dibujan, pacientes, círculos en el cielo.

Sí. Algo está empezando a cambiar allá arriba. Poco a poco, pero empieza a cambiar.

28

Heridos aullando de dolor siendo arrastrados por las mujeres hacia el centro de la ciudad; niños llevando y trayendo agua de un lado a otro; hombres cayendo desde la muralla atravesados por las flechas de los godos. Y la casa larga, con Urbico dentro, por fin en silencio.

—¡Qué es esto! —gritó Nepociano desde la distancia. Llegaba al galope. Solo, sudoroso y magullado. El ruido del asalto lo envolvía todo.

—¿Qué es el qué? —repuso Necón altivo.

—¿Por qué habéis encerrado a Tomás? —le increpó Nepociano cuando llegó a la altura del kaórniko.

—No es el momento, senador. Vuelve a tu puesto.

—Maldito mocoso.

—Como máximo responsable de la defensa te ordeno, senador Nepociano, que vuelvas a tu puesto.

—Liberadle.

—No. Ese loco está minando la moral de los hombres. No hace más que recorrer la muralla amenazando con fuegos eternos y terribles venganzas. No necesitamos eso ahora mismo.

—Maldito necio, atraerás sobre nosotros la cólera divina. Dejadle marchar.

—No.

Ambos senadores se sostuvieron la mirada iracundos. Los kaórnikos observaban en silencio dispuestos a intervenir a una orden.

—Muy bien —dijo Nepociano. Se llevó la mano a la empuñadura de la espada. Necón desenvainó, dispuesto a defenderse. Pero el veterano senador no pretendía batirse. Sencillamente sacó la espada lentamente de su vaina y la arrojó al suelo. Luego se retiró el yelmo, que cayó pesadamente al lado de la espalda. Detrás fue el escudo. Necón estaba atónito. No entendía lo que estaba ocurriendo. Nepociano continuó, llevándose la mano al hombro para desabrocharse la cota de malla.

—¿Qué estás haciendo? Vuelve a tu puesto.

—No lucharé por alguien que se atreve a insultar a Dios de esta manera. Nos estás condenando a todos.

—No luchas por mí…

—Y los míos tampoco están dispuestos. Has encerrado a un hombre santo. Que sea Dios quien reconozca a los suyos. Yo ya estoy harto.

Boddo llegó al galope. Tiró de las riendas con fuerza para detener su montura encabritada.

—¡Abundancio se retira! ¡El acceso este es un coladero! ¡Cancilo ha caído! —decía Boddo desencajado.

Por un momento Necón pudo ver, en su mente, Amaya arrasada. El punto que parecía de más fácil defensa, encomendado a Abundancio, se desmoronaba. Nepociano amenazaba con abandonar la lucha y dejar la ladera norte expuesta. El acceso a La Muela resistía a duras penas y, en la explanada de acceso, se libraba un cruento combate.

—Dejadle salir —dijo Necón por fin a los guardianes de Urbico—. Y tú, Nepociano, por lo que más quieras, vuelve a tu puesto y resiste. Hazlo por tu dios o por tu familia, tanto da, pero hazlo.

El señor de la Kaórnika se sintió derrotado al ver salir a su hermano de la casa larga, con la cabeza alta y la mirada altiva. El joven senador espoleó a *Taxus* con los talones y aulló un grito de furia. No tuvo que dar la orden. Sus hombres le siguieron al galope hacia el acceso de la ladera este que amenazaba con desmoronarse.

Cabalgaron como el viento. Dejaron a su derecha el acceso a La Muela que, aunque a duras penas, resistía. Los cascos de los caballos tronaban y hendían tierra arrancando y despidiendo en su galope la fina capa de hierba y piedras que cubría la peña. Pronto vieron correr hacia ellos a los hombres de Abundancio y a este, a caballo, abandonado la refriega. Se deshacían de sus escudos y espadas en su carrera, aterrorizados, a toda prisa. Huían, pero ¿hacia dónde? No había un lugar al que ir y eso significaba, sencillamente, que el pánico se había apoderado de ellos; que sus mentes y sus sentidos ya no regían aquellos cuerpos desbocados. Que toda razón se encontraba ausente.

No contento con huir, Abundancio incitaba a la huida gritando que todo estaba perdido, que se salvase quien pudiera, que corriesen. No había tiempo de acercarse al viejo senador que, de repente, se había vuelto un cobarde. Ni siquiera había tiempo para pensar. Los kaórnikos, en su galope, esquivaron a los que pudieron, derribaron a más de uno, les llamaron cobardes y les incitaron desde lo alto a volver a la lucha. Cincuenta pasos más allá venían los godos persiguiéndoles en pequeños grupos; desorganizados en su victoria, agotados de escalar y luchar, pero animados al ver las espaldas descubiertas de sus enemigos. Deseosos de acabar el trabajo, de saquear la ciudad.

Taxus ya no podía galopar más rápido, por mucho que Necón se esforzase en golpear sus flancos, en gritar como un demente. El cántabro se inclinó hacia delante para ofrecer menor resistencia al aire en los últimos pasos, apretó las piernas con fuerza y se incorporó solo cuando el impacto fue inminente. Levantó la espada por encima de la cabeza para descargar un golpe letal sobre el yelmo del primer godo que estaba en su camino. Los kaórnikos chocaron con fuerza. Rechinaron los dientes. Crujieron los huesos.

Amaya, julio A. D. 574

Por un momento ha parecido que la jornada era nuestra. Hemos podido ver los pendones en lo alto surgir desde el este de la roca. Detenerse en la lucha. Poner al enemigo en fuga. Avanzar. Volver a detenerse. Caer. Y retroceder de nuevo. Si me preguntaran, no dudaría en afirmar que no he respirado durante la mitad de una hora, que a punto ha estado mi mandíbula de quebrarse y a un latido mi corazón de estallar.

Ha sido una carga de caballería sobre hombres cansados y dispersos. Un grupo pequeño, no más de cien jinetes, a juicio de los consejeros. Pequeño, sí, pero suficiente para desbaratar la línea y las expectativas del rey en ese flanco en concreto. Ha sido como un espejismo. Un momento en el que hemos podido saborear la cercanía de la victoria.

Condes y duques no dejan de opinar sobre el combate. Lo hacen continuamente. Habla uno. Hablan dos. Susurran. Llaman la atención sobre tal o cual punto. Es como estar al lado de una colmena, el murmullo es constante. Desquiciante a veces. Solo el rey se mantiene en silencio, atento. Yo también callo, pues nada tengo que decir porque nada sé, salvo, quizá, que los que más están hablando ni siquiera saben que no saben nada.

Los combates no cesan, pero los cántabros no ceden. Empiezo a preguntarme, y estoy convencido de no ser el único, si de verdad Dios Todopoderoso nos tiene reservada la victoria hoy. Si de verdad la fruta está madura.

29

Los kaórnikos habían desmontado para luchar a pie. La carga había servido para desbaratar a los godos, pero seguir montados tan solo pondría en peligro la vida de los agotados caballos. Necón arreó a *Taxus* para que abandonase la refriega y se lanzó, seguido de sus hombres, contra el feroz enemigo. Habían logrado hacerles retroceder hasta la empalizada que cubría el acceso este, donde la superioridad numérica de los godos resultaba más un inconveniente que una ventaja merced al apelotonamiento incontrolado de cabezas, armas y estandartes.

A los hombres que retrocedían, se unían los que llegaban a la cumbre buscando entre sus compañeros un hueco hacia la gloria, y haciendo, en su brutal empeño, que la formación goda se compactase más y más, no dejando lugar para blandir las armas. Necón oyó gritos tras de sí. Después de derribar a un godo, tuvo ocasión de volver la mirada un instante y comprobar que los hombres de Abundancio, no así su señor, volvían a la lucha. Había faltado poco.

Los kaórnikos retrocedieron agradecidos, dejando el camino expedito al relevo, que chocó con fuerza contra el enemigo. Llegaban con vigor renovado. El vigor de quien pretende reparar un error. Necón jadeaba. No lucía ni un corte a pesar de haber estado en el centro mismo del combate. Se dirigió a Boddo.

—Quedaos aquí —ordenó el joven senador—. Y aguantad. No deis un paso atrás.

—¿Alguna vez me has visto retroceder?

—Sí. Ante tu madre. —Boddo esbozó una media sonrisa y Necón continuó. Posó la mano en el hombro de su compañero de armas—. Suerte, amigo mío.

Buscó a *Taxus* con la mirada, solo para darse cuenta de que su fiel montura también parecía buscarlo a él. Subió de un salto, para volver al galope hacia el centro de la ciudad. Poco podría hacer él solo si alguno de los puntos se había venido abajo, pero debía estar allí. Pudo ver a su izquierda, en su veloz carrera, que el acceso a La Muela, con Pedaciano al frente, aún resistía, aunque con dificultad. Llegó al privilegiado promontorio que ocupaba la casa larga y frenó a *Taxus* en seco. Los heridos se amontonaban en las callejuelas, los niños procuraban atender las suplicas de todos ellos, pero observó, atónito y no sin orgullo, que varios grupos de mujeres se habían encaramado a las murallas y lanzaban piedras sobre los asaltantes que intentaban abrirse paso por el acceso principal. Las flechas godas no hacían distinción entre varón y hembra y muchas mujeres caían abatidas. Pero ahí estaban ellas, conscientes de lo que había en juego, desafiantes, ocupando el lugar de los hombres abatidos. De repente los defensores de Amaya se habían duplicado.

Amaya, julio A. D. 574

El día refresca. La tarde se acaba. La lucha sigue. Al igual que el lento camino del sol hacia occidente, los hombres caen. Ya no avanzan. Y la maldita roca resiste. El combate pierde intensidad por momentos y, a cada instante que pasa, parece más claro que hoy no será el día de la victoria. ¿Hemos subestimado a nuestro enemigo? ¿Hemos sobreestimado nuestras fuerzas? ¿Se han tomado las decisiones acertadas? Si algo decían los consejeros al comienzo de la jornada es que Amaya no es Corduba. Y el día de hoy les da la razón, solo que en sentido opuesto al que pregonaban. A veces uno se pregunta hasta qué punto estos hombres dan su opinión verdadera o, simplemente, dicen lo que creen que el rey quiere escuchar.

La orden de retirada la ha dado el rey de repente, antes de girar su caballo de vuelta al real. Suenan los cuernos y el sol, anaranjado, alarga las sombras sobre el valle. No podemos decir que ha sido una derrota, aunque nadie, en su sano juicio, se atrevería a llamarlo victoria.

Los hombres van llegando lentamente. No guardan su formación. Llegan sucios de barro y sangre, cansados, desalentados. Algunos cargan con sus debilitados compañeros. Piden agua y comida. Y se lamentan. ¡Qué triste espectáculo! ¡Qué desesperanzadora visión!

No suenan las flautas ni los tambores, no se oyen las risas de hombres seguros de su fuerza y poder. La noche será triste, se intuye. Pero no seremos nosotros, los godos, llamados a gobernar esta tierra, quienes despertemos mañana bajo el palio del fracaso pues, si algo ha demostrado nuestra historia es que, cada golpe, hace a esta raza más fuerte.

Las laderas que sostienen Amaya están moteadas de cuerpos. Los buitres, que hasta ahora se habían contentado con sobrevolar el cielo, descienden impacientes a su diario festín.

Ha quedado claro: la fruta no está madura. Quizá debamos dejar que se pudra.

30

Las piras iluminaron Amaya. Los cántabros habían estado recogiendo a sus muertos. Eran decenas. Todo el mundo tenía las manos y las ropas manchadas de sangre, mientras muchos de los heridos veían cómo, lentamente, el latir del corazón, el soplo de la vida, les iba abandonando. Desde más allá de las murallas, a lo largo de todo el camino de acceso, llegaban los gemidos y peticiones de ayuda de godos moribundos que, incapaces de moverse, habían sido abandonados por los suyos. Sus voces irían callando a lo largo de la noche, a medida que la sangre y las fuerzas fueran dejándoles.

La ciudad estaba atrapada en un halo de hipnótica irrealidad; las llamas, la quietud tensa de la noche, los llantos y los lamentos. Los rezos, apartados y monótonos, que guiaba Tomás en la lejanía coreado por doscientas voces que parecían una. A la dicha de haber rechazado el ataque se unía la tristeza por aquellos que ya iban camino de las Puertas. A la esperanza de que al día siguiente los godos abandonasen las faldas de la peña, se unía la extraña certeza de que no se darían por vencidos.

Los kaórnikos, apiñados, observaban las llamas en silencio deseando a sus compañeros un feliz viaje al Otro Lado. Mientras, un poco más allá, Vadinia se abrazaba llorosa a su tío Abundancio, que acababa de encender la llama que consumiría el cuerpo de Cancilo. El sobrino del senador, y hermano de Vadinia, fue encontrado en el lugar que había sido su puesto, acribillado a estocadas en el pecho y en la espalda, junto a un godo robusto de rubios y enmarañados cabellos. Se habían dado muerte al tiempo, hundiendo sus espadas a la vez en el costado del contrario. Fue difícil separar los dos cuerpos, unidos como estaban en un tétrico abrazo, como amantes. Parecía claro que el joven no había oído, o no había querido oír, la orden de retirada de su tío. Necón se acercó a Abundancio.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué abandonaste el puesto? —susurró el cántabro a modo de reproche, negando con la cabeza, confundido.

—No lo sé.

—Nos pusiste a todos en peligro.

—La vejez. Esa es la única explicación que puedo darte.

—A partir de mañana será Boddo quien lidere a los tuyos.

—Haz como desees. Ahora te ruego que me dejes llorar en silencio la muerte de mi sobrino y heredero. Bastante tormento es sentir la culpa.

Necón asintió. Miró a Vadinia y le acarició el vientre antes de despedirse con un gesto quedo y triste. Volvió a casa, esta se le antojó lúgubre y sombría. Anna no

estaba allí. Estaría con los demás, consolando a madres y esposas, recordando para sí todo lo que, en tiempos pasados, ella también había perdido; esposo, padres, hijos, amigos.

El joven señor dejó las armas a la entrada y se deshizo de la cota de malla. La lumbre estaba encendida y la comida preparada. No probó bocado. No era comida lo que su cuerpo necesitaba. Fue a la despensa y buscó vino. Vació el contenido de la tinaja en un pequeño cuenco de madera, cuatro gotas; insuficiente hasta para mojarse los labios. Abrió dos tinajas más; vacías. Sí, encontró cerveza. Cogió el pesado recipiente.

No se molestó en verter su contenido en el cuenco, bebió directamente, con ansia, con impaciencia, como si pretendiese saciar la sed de toda una vida en el desierto. El caldo, tibio, recorrió su garganta y comenzó a dibujar ríos en las comisuras de los labios, a gotear más y más sobre el suelo a medida que alzaba la tinaja. Se empapaban las ropas al tiempo que se hinchaba el vientre. No respiraba. Bebía. Solo bebía. Era la tensión, la pesada carga, la pena, la rabia, la incomprensión, la incertidumbre. La responsabilidad, que a cada momento se hacía más pesada, más insoportable. Con la tripa llena de líquido y el alma vacía, Necón apoyó la cabeza en la pared. Y lloró impotente.

El sonido de alarma que llegaba desde La Torre se mezcló en sus sueños inquietos, cada vez más plagados de pesadillas. Una mano lo meció con dulzura para despertarlo. Era Vadinia. Necón abrió los ojos con dificultad. Le dolía la cabeza, tenía la lengua pastosa. De nuevo sonó la alarma. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no soñaba. Tenía los brazos entumecidos, doloridos del esfuerzo del día anterior. Las piernas resentidas y los párpados cubiertos de legañas rasposas. Se incorporó todo lo rápido que pudo para vestirse y salir.

—Hueles que apestas —dijo Vadinia con una triste sonrisa.

—No salgas de casa —ordenó Necón por toda respuesta mientras se vestía.

Taxus esperaba fuera. Amaya entera despertaba atendiendo la llamada. El joven senador llegó a las murallas a toda prisa, se encaramó a lo alto y saludó a dos de los centinelas que hacían guardia. Era como si hubiera interrumpido algo. Los dos hombres, al verle, callaron de súbito y devolvieron el saludo con desgana, distantes. Allí venían los godos de nuevo, descendían la colina, se internaban en el valle al compás de cuernos y tambores. El kaórniko sintió un escalofrío.

Se detuvieron a medio camino entre el campamento y Amaya, en perfecta formación, con las armaduras relucientes al sol, los pendones ondeando desafiantes, como si la dura lucha del día anterior no hubiese sido más que un sueño.

—¿Qué hacemos? —preguntó Boddo, ya a su lado.

—Esperar.

Y esperaron. Pero los godos no se movían, ni avanzaban ni retrocedían. En la ciudad, ocupando las calles, los grupos de defensa se iban organizando. Impacientes, cansados, temerosos y diezmados.

—Hay rumores —dijo Boddo sin quitar la mirada del valle.

—Siempre hay rumores. ¿Qué tipo de rumores son esos?

—La gente habla del dios cristiano. Temen estar contrariándole. Dicen que cuando ordenaste encerrar a Tomás… —Boddo calló ante la afilada mirada de su señor—. Perdón, a Urbico, la situación se volvió desesperada y que solo cuando lo liberaste las cosas empezaron a cambiar.

Necón suspiró. Ahí abajo, en el valle, una hilera de mulas iba y venía del campamento godo como hormigas, llevando avituallamiento y agua a los hombres inmóviles que aguardaban a las faldas.

—¿Qué crees tú? —preguntó Necón.

—Que nos estamos volviendo locos. También aseguran que la niebla que nos cubrió durante días fue enviada por ese dios suyo.

—¿Acaso nunca habían visto la niebla cubrir Amaya?

—Sí, pero estabas herido, ¿recuerdas? Y justo cuando te recuperaste, las nubes desaparecieron y comenzaron de nuevo los asaltos.

—¡Pero no fue así!

—Sabes mejor que yo que eso poco importa. Anoche Urbico estuvo diciendo que los paganos habían retrocedido, ya sabes, haciendo referencia a lo de Abundancio y que, sin embargo, los cristianos habían resistido bajo el símbolo de la cruz.

—Pero su acceso era el más sencillo de defender. ¿No han reparado en eso?

—¿Y? Ya sabes lo difícil que es cambiar de opinión cuando se te mete una idea en la cabeza. Además, dicen que fue una cristiana la primera en subir a la muralla para unirse a la defensa y se rumorea que fue ese dios quien la inspiró a hacerlo.

—¿Quién fue esa mujer?

—No lo sé, parece ser que cayó, atravesada por una flecha.

—Entonces el dios cristiano no le tenía mucho aprecio, ¿no crees?

—Bueno, no es tan sencillo. Nepociano lo explica así; «la apreciaba tanto que la ha llamado a su lado».

»Ya ves. Parece que, pase lo que pase, el dios cristiano siempre gana. Urbico afirma que se nos está dando a los cántabros otra oportunidad y muchos empiezan a creerlo. Ven Amaya perdida y se refugian en esa esperanza. Anoche, diez hombres y seis mujeres más pidieron ser bautizados.

—Maldita sea —masculló Necón entre dientes.

—Si Urbico no estuviera, las cosas serían mucho más sencillas —sugirió Boddo.

Pasaron las horas. Los godos no se movían. Boddo y Necón comieron algo en la muralla y el día siguió avanzando hasta que, al caer la tarde, el enemigo volvió a su campamento que, al oscurecer, pareció sumirse en el baile y la fiesta. La noche amplió los sonidos. Una música alegre llegaba, lejana pero audible, desde la colina.

El enemigo se entregaba al vino y a los festejos; los cántabros, con los nervios quebrados, sentían que, a pesar de seguir enquistados en su roca, nada había servido para nada.

Ahí seguían las lonas blancas, inmóviles, impasibles. Parecían bailar también en medio de la oscuridad, mecidas por las llamas de cientos de hogueras, engullidas por las risas.

Amaya, julio A. D. 574

Dos semanas han pasado desde el gran asalto y, por fin, han venido hasta nosotros los primeros desertores. Llegaron de noche, desarmados y sucios, aunque no hambrientos. Solo eran dos, pero el Consejo se muestra optimista. Esta es la prueba palpable, dicen, de que algo empieza a cambiar. El rey, por el contrario, apela a la prudencia y prefiere no dejarse llevar demasiado por este aparente signo de debilidad. Gunterico aboga por reanudar los asaltos, pero el rey ha preferido tomar otras medidas, por mucho que los cautivos afirmen que los defensores están divididos.

En primer lugar, seguiremos avanzando hasta el valle sin llegar al asalto, tal y como venimos haciendo los últimos días. Se trata de que no olviden la amenaza. A veces las tropas avanzan más, otras veces menos; en ocasiones lo suficiente para intercambiar proyectiles, a veces lo bastante como para entrar en combate, pero los cántabros no pueden estar tranquilos. Deben permanecer alerta. También seguiremos festejando por las noches, aunque no haya nada que festejar por el momento. Además, se han enviado embajadores a las tierras de los vascones; gentes, estas últimas, barbarizadas y siempre dispuestas a luchar por un puñado de monedas.

El rey ha ordenado que se preparen partidas. Estas tendrán el cometido de adentrarse en las tierras de los cántabros, más allá de las montañas, para buscar botín y esclavos; para arrasar todo aquello que puedan encontrar a su paso. Tales acciones, sostiene el rey, contribuirán a aumentar la moral de la tropa. Por un lado es una forma de dinamizar esta estática campaña, ya que a nadie le gusta pasar demasiado tiempo en un mismo lugar sin obtener resultados; por otro, ¿quién le hace ascos al botín y a las mujeres? Por último, se ha de enviar una embajada a Amaya que proponga de nuevo la sumisión, aunque el objetivo real no es tanto ese como el de valorar qué está ocurriendo ahí dentro y enlazar con nuestro hombre en el Senado de quien, por el momento, no hay más noticias.

Aquí seguimos y seguiremos hasta que la roca caiga.

31

Días de un sol intenso habían acelerado la descomposición de los cientos de cadáveres esparcidos por todo el perímetro de la peña. Buitres y cuervos estaban ahítos y el hedor llegaba hasta las murallas, junto con el zumbido de millones de moscas verdes. Amaya estaba sumida en un ardiente silencio. Muchos ya ni siquiera sentían curiosidad por observar las maniobras de los godos allá abajo en el valle. Y, abandonados a sus pensamientos, buscaban en su puesto alguna sombra que les librase del insoportable calor; se quitaban el yelmo, la armadura y se distraían matando moscas.

Era un tedio tenso el que se había apoderado de todos, anegando las cabezas y las conciencias con recuerdos, deseos y, sobre todo, dudas. Una en particular; ¿y si Tomás tuviera razón? Ahora, cuando el monje aparecía y hablaba, algunos de los que antes habían hecho oídos sordos a sus palabras le escuchaban. Hablaba dulcemente, contaba bellas historias y, sobre todo, transmitía paz, serenidad y esperanza en medio de la guerra, la inquietud y el temor. Hablaba de un mundo mejor, tanto en la Tierra como en el Cielo, del amor y la misericordia de Dios Todopoderoso, que nunca abandonaba a los que le seguían y que, una vez abrazado, perdonaba todo cuanto pudiese atormentar a un hombre. Ese dios, al contrario de las antiguas deidades, nunca pedía nada a cambio, salvo amarle por encima de todas las cosas.

Escuchar a Tomás ahuyentaba los fantasmas, reconfortaba el alma, llenaba con certezas aquel hueco plagado de dudas. Nunca rehuía una pregunta. Nunca la sombra de la duda envolvía sus respuestas. Y los que se unían a él, no solo sentían en su interior cómo crecían fuerzas renovadas donde antes había habido desesperación, sino que, además, pasaban a formar parte de una comunidad cohesionada que no parecía temerle a nada. Una comunidad en la que todos parecían sentirse unidos en un único propósito, compartiendo juntos sencillos ritos, penas, comida y alegrías. Aunque, si en algo insistía Tomás, era en que mientras hubiese uno solo entre ellos que negase al Altísimo, Amaya y con ella Cantabria, estarían condenadas a sufrir inenarrables desgracias.

¿Y el odio? ¿Cómo conjurar el odio que día a día iba creciendo entre los cántabros? ¿Cómo amar a aquellos que pretendían someterles y esclavizarles? Tomás también tenía respuesta para aquello; los godos eran herejes y, como tal, estaban confundidos por el maligno. Había que amarles, pues eran sus semejantes. Había que perdonarles, pues eran inconscientes de su error como lo puede ser un niño. Según Tomás, los godos eran la plaga que Dios había hecho caer sobre los cántabros y, de

esa plaga, era lícito defenderse con las armas y no ceder, siempre y cuando se hiciese por amor a Dios y en defensa de la fe.

Alguien le preguntó por qué, si era lícito defender la fe con las armas, Tomás no portaba ninguna siendo como había sido un excelso guerrero, a lo que el monje contestó que, «aquel al que le ha sido entregada una lanza deberá luchar con la lanza, a quien le haya sido entregada una espada, deberá luchar con la espada. Pero, a mí, me ha sido encomendada la Palabra y por tanto, esa, y no otra, ha de ser mi arma».

Mediaba el día cuando del campamento enemigo aparecieron diez jinetes que, al trote, rebasaron la posición que ocupaban las tropas godas en el centro del valle. Y siguieron trotando hacia el acceso principal. Vestían magníficas armaduras y montaban fabulosos corceles. Tres de ellos portaban enormes pendones. La aparición de aquellos hombres suscitó el revuelo en las murallas. Venían a parlamentar, se decía entre murmullos, de eso no cabía duda. Las almas de los cántabros se llenaron de esperanza; dos semanas sin combates dignos de mención y, ahora, una embajada. Aquellos malditos godos debían de haber tenido ya suficiente, pensaban muchos.

Necón recorrió las calles ordenando a gritos que las gentes se aseasen a toda prisa, que se escondiese a los heridos, que los hombres vistiesen armaduras y se armasen al completo, que las mujeres sacasen la comida de sus casas como si estuviesen preparando un auténtico festín, que quienes supiesen tocar algún instrumento entonasen melodías alegres.

Él mismo volvió a casa para lavarse a toda prisa y para vestir cómodamente, sin armadura, sin espada, sin miedo. Había que dar la impresión de que la moral de los cántabros estaba alta. Se hizo llamar a los senadores a la casa larga y se hizo esperar a los embajadores como si no hubiese prisa por recibirles. Fue Mocoso el encargado de ordenar que se abriesen las puertas y quien guio, lentamente y a pie, a los godos en su camino.

Estos miraban en todas direcciones intentando, como era de esperar, hacerse una idea de la situación que vivía la ciudad. Tras los yelmos cuajados de oro y piedras preciosas, veinte ojos azules escrutaban las calles repletas de niños riendo, mujeres cocinando y tejiendo y hombres tranquilos armados hasta las orejas. Boddo y una docena de kaórnikos, atendiendo órdenes de Necón, comían y reían diez pasos más allá de la entrada a la casa larga. Las puertas de la Curia se abrieron para que entrasen los embajadores.

—Sed bienvenidos, nobilísimos enemigos —dijo Necón con afabilidad.

Los godos observaron a los senadores uno a uno, en silencio, como si buscasen algo. Cuando parecieron darse por satisfechos, el embajador que vestía las ropas más ricas habló con una media sonrisa.

—No sé a quién pretendéis engañar con tanto teatro. Vosotros mismos no parecéis muy descansados.

—Es difícil conciliar el sueño con la tripa llena —repuso Necón.

—Entiendo —dijo burlón el embajador godo—. Es lógico, cada vez sois menos, a más tocaréis, sin duda. Pero no estamos aquí para hablar de comida, sino para traeros de nuevo la propuesta del rey.

—Ya dijimos que no en su momento. ¿Qué puede haceros pensar que ahora diremos que sí?

—¿Y qué os hace pensar a vosotros que podréis seguir resistiendo?

—El simple hecho de haberlo conseguido hasta ahora.

—Ambos sabemos que eso no es suficiente, que cada día que pasa sois más débiles. Pero de acuerdo, aceptémoslo. Habéis resistido y habéis mostrado valor, por eso el rey os da otra oportunidad.

—Aceptaremos la paz, eso es todo.

—El orgullo no es buen consejero, cántabro.

—Tampoco el miedo. Libres o muertos, eso es lo que le podéis decir al rey.

Abundancio se alzó, agarró con fuerza a Necón del brazo y, con un susurro, le suplicó que se sentase. El kaórniko miró al senador con desprecio. Aún así, le hizo caso.

—Nobles embajadores, disculpad a este joven senador. Escucharemos con atención la nueva propuesta del rey —dijo Abundancio con tono sumiso, ante la incredulidad de todos los presentes.

—No hay ninguna nueva propuesta. Se os ofrece lo que ya se dijo en su día.

—Sin embargo, Amaya resiste. Acabar ahora la campaña sería beneficioso para vosotros, sin duda podéis modificar las condiciones en nuestro beneficio. En beneficio de todos.

—No insistas, cántabro. Las condiciones ya se establecieron.

—¿Qué garantías tenemos de que el rey cumplirá su palabra?

—El rey siempre cumple sus promesas. Contentaos con que las condiciones no os sean más adversas a medida que pasa el tiempo.

—Aún podemos resistir. Tenemos hombres suficientes y víveres. ¿Cómo pretendéis rendirnos?

—Los hombres irán cayendo y los víveres no siempre están seguros. —El godo hizo una severa pausa para enfrentar sus ojos a los de su interlocutor—. Los animales pueden enfermar y los graneros arder.

Abundancio sostuvo la mirada del embajador unos instantes y luego, con semblante cansado, volvió a sentarse muy lentamente.

Necón no pudo evitar sentir lástima por él. Había esperado escuchar un airado e inteligente discurso del hombre que, meses atrás, le había invitado a tratarle como si fuera su padre. Si los godos estaban allí ofreciendo de nuevo condiciones era porque ellos también estaban hartos. ¿Qué otra explicación podía haber? En cambio las palabras del viejo senador se le habían antojado patéticas, faltas de energía; sumisas como jamás las hubiera pronunciado Vadón. Era fácil ver que tanto el asedio como la

muerte de su sobrino Cancilo habían hecho mella en el ya ajado espíritu del senador. Necón volvió a alzarse.

—No seré yo quien traicione la memoria de mi padre rindiendo homenaje al rey de los godos —dijo el kaórniko con firmeza.

—Ni yo —dijeron uno a uno Pedaciano, Durato y el resto de los senadores paganos.

—¿Tú qué dices, Nepociano?

Los senadores cristianos cuchichearon un momento. Se miraron los unos a los otros, asintiendo, y luego Nepociano tomó la palabra.

—Estamos en manos de Dios, que se haga su voluntad. Entendemos que rendirnos a los arrianos sería una ofensa al Altísimo. Esta es la prueba a la que se nos somete y no renegaremos de ella. —El señor de la Kaórnika miró a Nepociano, extrañado y satisfecho. Hubiera esperado de él otra respuesta, algo que hubiera comprometido el encuentro de alguna manera, pero el cristiano abogaba por continuar la lucha.

—Tenéis vuestra respuesta, embajadores —sentenció Necón—. Marchad.

Los godos ni siquiera insistieron. Simplemente dieron media vuelta y salieron de la casa larga. Cualquiera hubiera dicho que partían satisfechos con la respuesta. La sala se mantuvo en silencio, los senadores se observaron entre ellos para, acto seguido, dispersarse.

Necón abordó a Nepociano a la salida. Le habló en susurros.

—Creía que te era indiferente resistir o no.

—¿Qué te hace pensar así? —preguntó Nepociano, afable.

—El otro día, durante el asalto, amenazaste con abandonar la lucha.

—¡Ah! Eso. Verás, Necón, que sea cristiano no quiere decir que no sea cántabro, que no ame a mi tierra y a mi gente tanto o más que tú, o que no esté dispuesto a luchar hasta el final. Pregúntate por qué, entre los desertores, no ha habido ningún cristiano. Y puede que halles alguna respuesta. Amaya solo tiene un problema, y ese problema eres tú. Sé razonable, Necón. Escucha a tu hermano, abraza la fe. Únete a mí.

»Con la ayuda de Dios podremos vencer a los godos y, cuando pase todo esto, Cantabria podrá renacer más fuerte. Ya no es tiempo de Senados, amigo mío, es tiempo de reyes. Y, del mismo modo, es tiempo de alabar a un solo dios. Al Dios de los poderosos francos y de los romanos. Solo así podremos seguir siendo libres. Al fin y al cabo, a los reyes les gusta tratar con reyes y a los nicenos les gusta tratar con nicenos. Y te aseguro que no dudarían en echar una mano a sus hermanos de fe en caso de dificultades, particularmente cuando estas dificultades las causan sus más cercanos, poderosos y herejes enemigos: los godos.

Amaya, julio A. D. 574

Otro mes se desvanece y, con este, ya son dos los que dejamos atrás a los pies de esta maldita roca. Y nos adentrarnos en un tercero. Ya se percibe en los riachuelos, convertidos en hilillos de agua perezosa y marrón, que el mes traerá consigo una terrible sequía. El rey ha ordenado cavar pozos, pero el agua empieza a resultar escasa y esquiva. Cada vez habrá que ir a buscarla más y más lejos para abastecer a hombres y caballos.

Para no dejar que la tensión se diluya ahí arriba, se han ordenado algunos asaltos de tanteo poco arriesgados. De esta manera, además de ir sumando bajas, los cántabros no pueden estar del todo tranquilos y, sin duda, cada hombre que puedan perder es irreemplazable. A veces se ataca nada más despuntar el día, otras a media tarde y otras, los hombres marchan hasta las faldas para luego volver al campamento sin siquiera haber combatido.

Lo que sí parece claro es que los cántabros se mantienen firmes, tal y como afirmaron los embajadores. El simple hecho de que en estos días tan solo hayan desertado cuatro de los defensores resulta elocuente.

Llegan las primeras partidas que se adentraron en las montañas. Son varios los poblados de los cántabros que han sido arrasados, según cuentan, aunque ninguno que pueda considerarse mayor que una aldea. Todos en el campamento hablan de ello, pasean de un lado a otro para ver lo saqueado, comprar, vender o simplemente curiosear. Es poco lo obtenido; algún objeto de oro, algo de plata, animales, pero sobre todo, y aunque no sean muchos, esclavos.

Son pocos los hombres capturados de entre dieciséis y treinta años, los más valiosos. Esos o han huido a las montañas, o han muerto, o están defendiendo Amaya. Hay, no obstante algún anciano, aquellos que han sobrevivido a la larga caminata hasta aquí. No sé ni por qué se han molestado en traerlos, como no sea para sacrificarlos y poder así dar de comer a los perros. Al menos las mujeres y los niños bien valdrán un puñado de monedas.

Los comerciantes de esclavos, que hasta ahora habían estado mano sobre mano, empiezan a tener algo de trabajo y regatean con hombres no acostumbrados al comercio. Aunque, también es cierto, que la tropa prefiere quedarse con las mujeres, al menos durante unos días, hambrientos como están de vulvas frescas y hartos de frecuentar a las putas de siempre. Ya, cuando se cansen, harán negocio y las nuevas monedas con la efigie del rey, acuñadas al modo de las de los antiguos emperadores, irán viajando de mano en mano.

32

Anochecía cuando Boddo acompañó a Necón hasta casa. El día había sido caluroso y triste; agotador. Los godos asaltaron por la mañana y luego otra vez por la tarde. No era la magnitud de los ataques lo que desquiciaba al joven señor de la Kaórnika, era su inconstancia. A veces eran muy fieros, otras mediocres; no seguían un patrón definido y claro, y eso suponía que los cántabros siempre debían estar alerta. Esa continua tensión, así como la claustrofóbica sensación de estar atrapados, había empezado a desembocar en trifulcas entre los defensores, entre los de este o aquel valle, entre cristianos y no cristianos.

La muerte del senador Durato aquella mañana, en uno de los asaltos, también había supuesto un duro golpe para Necón, pues él, de todos los senadores, veneraba sin pudor a los antiguos dioses y eso, unido a la conversión de dos senadores más, suponía que, ahora, en el Senado, los cristianos igualaban a los paganos. Pero es que, además, desde las murallas, los cántabros llevaban días observando con impotencia el lento paso de destacamentos godos que llevaban tras ellos hileras de cautivos a rastras hacia el campamento. El enemigo arrasaba el país de los cántabros y Necón no podía hacer nada para detenerlos.

—Descansa —dijo Boddo—. Y piensa en lo que te he dicho.

—No insistas, Boddo. Ni lo haré ni ordenaré que lo hagan. Y tú tampoco lo harás por tu cuenta.

—Lo que tú digas —repuso el kaórniko con desgana.

—Júralo —insistió Necón, aferrándole del hombro—. Jura por los dioses ancestrales y por todos tus antepasados que no lo harás.

—Sabes que es la única manera. Él ya no es tu hermano, tú mismo lo dijiste.

—¿Sabes lo que ocurriría si le matásemos, Boddo? ¿Lo sabes?

—Sí, que se acabarían nuestros problemas. Que podríamos organizar la defensa sin tener a esos imbéciles soplándonos en la nuca diciendo continuamente que es el fin de los tiempos.

—No, Boddo. Ocurriría que el puñado de personas que somos terminaríamos matándonos entre nosotros, y entonces sí que se acabó. Cuando esto pase, todos volverán a sus cabales. Confía en mí.

—No me puedo creer que no vayas a hacer nada. Si no fuese tu hermano ya habrías acabado con él.

—Nada tiene que ver que sea mi hermano. Bien sabes que le rompí la cara a puñetazos hace no tanto. Y si tuviera que acabar con él, lo haría.

—¿Recuerdas algún tiempo en el que tú y yo no nos conociéramos, Necón? —El joven señor negó con la cabeza—. Pues bien, podrás engañarte a ti mismo, podrás engañar a todos los demás, pero a mí, querido amigo, no. La sangre es demasiado fuerte en ti. Sabes bien que te seguiría hasta los mismísimos infiernos y, precisamente por eso, puedo hablarte con franqueza. Te estás equivocando, amigo mío. Ese hombre nos está poniendo en peligro a todos y si no actuamos acabará con nosotros uno a uno. Solo espero que no tengas que arrepentirte de no haber actuado a tiempo.

—Buenas noches, Boddo. —Necón despidió a su compañero de armas secamente y entró en casa.

Cerró la puerta tras de sí, se detuvo y suspiró. Entre aquellos muros, recibido por las cálidas sonrisas de Vadinia y Anna, y por el delicioso aroma de la comida que bullía en el hogar, el señor de la Kaórnika sintió algo de paz. Más allá de aquellas cansadas y viejas paredes, el mundo entero parecía estar desmoronándose, pero ahí dentro todo volvía a cobrar sentido de nuevo.

Necón, de pie ante la puerta, se quedó observando a Vadinia. La túnica de la muchacha ya era incapaz de disimular la redondez de su vientre, su melena se había vuelto más larga y espesa, como si hubiera cobrado fuerza, su cutis brillaba y sus pechos, antes pequeños, lucían abultados. En ella vio encarnada la belleza, la armonía, la dulzura.

—¿Qué tal estás? —preguntó Necón con delicadeza, en un murmullo, como si no quisiese perturbar la paz que acababa de encontrar.

—Bien —respondió Vadinia sorprendida, no tanto por la tan habitual y mecánica pregunta, sino por la forma sincera y cálida de formularla—. Ven, siéntate, come algo. Te sentará bien.

Necón no se sentó frente a Vadinia esta vez, sino a su lado. Y posó su mano sobre el vientre de la cántabra. Notó una patada.

—Es revoltoso —dijo ella.

—¿Y fuerte? ¿Es fuerte?

—Más que su padre.

El kaórniko sonrió, apoyó la cabeza sobre el vientre de su esposa y cerró los ojos para oír el latir de un nuevo corazón. Ella, como por instinto, comenzó a acariciarle el cabello y a cantar suavemente.

Así, entre las delicadas manos de Vadinia, su dulce y serena voz y el acompasado ritmo de dos corazones, Necón, exhausto, se quedó dormido, no sin antes sentir impaciencia por ver la cara de aquel que llevaba su sangre. La muchacha sonreía al cantar en la quietud de la noche, al calor del fuego. Dio gracias al dios de Tomás por haber escuchado sus ruegos, por haberle permitido ver de nuevo en el kaórniko una mirada de amor, una muestra de la ternura y cariño que ella tanto necesitaba. Anna, que observaba la escena con la cabeza de medio lado, esbozaba un gesto de maternal satisfacción y cariño.

—No ha cambiado tanto. —La anciana emitió un tierno suspiro que pareció revolver en ella tantos y tantos recuerdos—. Cuando eran niños y su padre tenía que partir, Urbico y él se solían quedar dormidos así en mi regazo. Muchas veces ni siquiera cenaban. Siempre llegaban agotados, magullados por todas partes. No hacían otra cosa que jugar a ser guerreros, ya sabes lo brutos que son los chiquillos. Y estos dos siempre andaban riñendo. Siempre peleando. Eso sí, todos los demás sabían que hacer daño a uno suponía enfrentarse a los dos. Eran uña y carne. —Anna suspiró de nuevo—. Necón era el más fuerte, el más respetado y querido, se parecía mucho a su padre. En cambio, Urbico siempre fue el más inteligente de los dos, el que trazaba los planes, el más callado, creo que en eso sale a su madre. Y cuando se ponían de acuerdo eran insuperables, no había chiquillada que pudiera hacerles frente.

—¿Por qué nunca venía ella a Amaya? —preguntó Vadinia con curiosidad.

—¿Quién?

—Su madre.

—Porque Vadón no era hombre de una sola mujer, muchacha. La amaba. La amaba con todo su corazón, que, dicho sea de paso, era gigante, pero ella no era la única. En cambio él, para ella, sí lo era. Imagino que prefirió sufrir imaginando que sufrir sabiendo. Y tenerle para ella sola cuando volvía a la Kaórnika, en vez de compartir su amor aquí. Era todo inocencia cuando se casó con él. Se fue endureciendo con el tiempo hasta el punto de ser incapaz de demostrar emociones, pero siempre le amó y siempre le demostró lealtad.

—¿Quién era la otra, Anna?

—Ya es tarde, chiquilla. Deberías acostarte y descansar.

—Pero, Anna, si no hago otra cosa que descansar. Ya ni siquiera voy a por agua.

La anciana se levantó trabajosamente, quejumbrosa por el dolor de sus articulaciones, aunque nunca decía una palabra al respecto. Cada vez le costaba más andar.

Vadinia se quedó junto al fuego, hipnotizada por las llamas, acariciando la cabeza de su esposo. Volvió a entonar una canción. Esta vez una que había oído a los kaórnikos. Era una canción un tanto extraña, pues la misma melodía, las mismas palabras, la misma entonación producía efectos diferentes según cuando se cantase. En ocasiones resultaba alegre, como cuando habían llegado por primera vez a la Kaórnika. Otras resultaba triste, como cuando se la había oído cantar a Boddo, absorto, ensimismado, hacía un par de días. Necón le había dicho que era su favorita y ella se la había aprendido.

Llévame de regreso a la Kaórnika,
Allá donde los bosques son frondosos
Y verdean los prados.
Volverás a la Kaórnika.

Y sentirás la lluvia nuevamente.
Y lavará tus penas.

Llévame de regreso a la Kaórnika,
Allá donde los bosques son frondosos
Y verdean los prados.
Cuando regreses volverá a llover.
Deja de lado el llanto y confía en la lluvia.
Ella alejará tus penas.

Volverás a la Kaórnika,
Allá donde los prados son tan verdes.
Te llevará la lluvia.

Vadinia se fue quedando dormida con el sonido de su propia voz. Dio una cabezada. Procuró espabilarse y seguir cantando; Necón necesitaba descansar y la muchacha no quería moverse ni un ápice para no molestarlo. Sintió las piernas entumecidas, los tobillos hinchados y doloridos, las ganas de orinar, pero no se movería. No hasta que él, profundamente dormido y tan necesitado de paz, despertase. El cántabro, en sueños, no dejaba de mencionar a Cassio.

Pasaron las horas lentamente. Avanzó la noche. Se consumió el fuego y, de repente, el silencio se convirtió en lejanos gritos. Vadinia dejó de cantar. Sonó la alarma desde La Torre y, de pronto, en medio de la oscuridad, Amaya entera pareció despertar. Necón abrió los ojos.

—¿Qué ocurre? —El kaórniko se incorporó de un salto.

—No lo sé —dijo Vadinia confusa.

Él corrió hacia la puerta. Cuando la abrió, los gritos se convirtieron en palabras comprensibles. «¡Fuego!», decían unos. «¡Traed Agua!», decían otros instando a la prisa. «¡Los graneros!».

Amaya, agosto A. D. 574

Teníamos nuestras dudas, pero, según parece, nuestro hombre en Amaya ha entendido como debía el mensaje del rey. La noche se vio iluminada por las llamas; aún ahora, amaneciendo, surgen de la inalcanzable cumbre negras columnas de humo que indican que los cántabros han derrotado al fuego. Lo que no habrán podido hacer es salvar sus suministros y habrá que ver, después de una noche de

lucha contra ese infernal enemigo, como responden al ataque que el rey ha ordenado.

Siguen llegando cautivos y botín, escasos ambos. A pesar de esa escasez, los comerciantes de esclavos ofrecen cantidades mínimas por ellos, y eso está enervando a la tropa, que cada vez ve con peores ojos la campaña. Empiezan a pensar que no les está reportando riqueza alguna y sí demasiados peligros. He de admitir que la respuesta del rey a esta situación me ha dejado atónito. Leovigildo ha ordenado que se compren todos los cautivos con cargo a su bolsa y que se paguen como buenos incluso aquellos que puedan ser malos.

Puedo imaginar la alegría que provocará esto entre la tropa cuando se enteren, y el magnífico efecto que tendrá tal decisión en lo que a la reputación del rey se refiere. Lo que no alcanzo a entender es qué pretende hacer con ellos. Nos guste o no, los esclavos comen y la comida cuesta dinero.

Las partidas no cesan, aunque cada vez deben adentrarse más en las montañas de los cántabros y, por tanto, tardan más en volver. Alguna ha sufrido emboscadas y eso induce a pensar al Consejo que no toda la aristocracia cántabra está encerrada en Amaya.

Se estima que hoy, a media tarde, empiecen a llegar los primeros grupos de vascones. Los embajadores calculan su número en unos dos mil; dejando claro que, dada la inconstancia de estas gentes primitivas, podrían ser mil más o mil menos. Lo que sí es cierto es que han decidido atender la llamada del rey o, mejor dicho, la llamada del oro del rey. He de decir que, tal y como los han descrito, siento una gran curiosidad por ese pueblo. El duque Sigerico, que hace unos años guerreó en aquellas tierras, ha sugerido, entre risas, que no nos acerquemos mucho a ellos o acabaremos cubiertos de babas, si llegan a hablarnos.

33

Crujió el escudo bajo el peso y la fuerza de una espada goda. Necón retrocedió un paso. No habían dormido, no habían comido y eso empezaba a hacer mella en los hombres. El asalto había empezado por la mañana y ya avanzaba la tarde. Los godos atacaban con furia esta vez, conscientes de la debilidad de los defensores tras una noche frenética de lucha contra el fuego. La explanada era ya indefendible.

—¡Atrás! —gritó el kaórniko desde primera línea—. ¡Atrás!

Los cántabros retrocedieron unos pasos sin dar la espalda al enemigo y luego, a una orden, corrieron hacia las puertas. Los godos no iniciaron la persecución, ocuparon la explanada y se detuvieron para organizarse y formar una pared de escudos. Necón se quedó a dos pasos de la entrada, sudoroso y jadeante. Dio media vuelta para observar al enemigo que cada día parecía cobrar más fuerza. Se deshizo del escudo, ya inservible, arrojándolo a un lado y, mientras los cántabros corrían a la seguridad de la ciudad rebasándole, el kaórniko supo que ya no serían capaces de defender Amaya desde la explanada. Boddo, ansioso por cerrar las puertas le gritó para que se apresurase, haciéndole salir de su ensimismamiento.

Los godos, doscientos pasos más allá, reorganizados, comenzaban a ascender el estrecho y empinado camino que llevaba a la entrada de la ciudad. El joven senador, sin quitar el ojo a sus enemigos, retrocedió lentamente, de espaldas, con la punta de la espada rascando el suelo. Las puertas se cerraron ante él bloqueando toda visión. Cayeron los grandes pasadores de madera y los hombres subieron a las empalizadas laterales para seguir hostigando a los asaltantes desde lo alto. Una tormenta de piedras cayó sobre los escudos godos, que estos utilizaban para cubrirse la cabeza y cubrir, a su vez, a los diez hombres que portaban un gran tronco de madera con la cabeza del carnero acabada en bronce.

Necón estaba observando la puerta cuando esta recibió el primer golpe. Del otro lado, difuminados en el ruido de la batalla, llegaban los gruñidos de esfuerzo de la dotación del ariete, junto con las roncas órdenes de algún superior. La puerta recibió otro golpe. Volaban las flechas godas hacia la empalizada. Otro golpe. La puerta era sólida, resistía. Saltaba el polvo acumulado, pero no crujía la madera. Las piedras seguían cayendo sobre los encajonados asaltantes, cada hombre abatido suponía un nuevo obstáculo en el camino, cada canto otro escollo.

Diez embestidas más contra las puertas y los godos parecieron darse por vencidos. Necón oyó con alivio cómo los cuernos tocaban a retirada y, de repente, como si todo el cansancio de la jornada le hubiese caído del cielo como una losa, el kaórniko se dejó caer al suelo sobre las nalgas. Al fin y al cabo, los godos eran

hombres, no demonios; llevaban todo el día combatiendo cuesta arriba, bajo el sol y ya comenzaba a caer la tarde. En su lento y organizado descenso, los godos, aún tuvieron que sufrir un débil acoso desde las murallas.

Hasta ese momento los cántabros ni siquiera se habían podido parar a pensar el desastre que suponía la pérdida de la comida almacenada. Justo en el momento en que había empezado a clarear y por fin las llamas habían sido sofocadas, comenzó el nuevo ataque, decidido y fiero, al que hubo que hacer frente de forma inmediata. El rey debió de ver enseguida la oportunidad que se le brindaba y había lanzado a cerca de dos mil hombres camino arriba. El simple hecho de haber llegado con un ariete hasta las mismísimas puertas, era en sí una victoria que dejaba patente la creciente debilidad de los defensores. Boddo ayudó a su señor a levantarse.

—Al menos se cansan y sangran como nosotros —dijo Boddo.

—No sé. A mí me da la sensación de haber matado al mismo en cuatro ocasiones desde que empezó todo esto. —Necón fracasó al intentar dar a su comentario cierto aire irónico.

Las puertas se abrieron y de Amaya salieron un puñado de mujeres y niños para recoger a los cántabros caídos y acarrear de vuelta a la ciudad todo aquello que pudiera ser de utilidad; espadas, yelmos, armaduras, pendientes de oro y plata, brazaletes y collares, bolsas con monedas, ropas. Todo. Los cuerpos de los godos quedaban desnudos, volteados en posturas imposibles y en ocasiones grotescas. Había que darse prisa antes de que los cuerpos se agarrotasen.

—¿Cuántos de los nuestros calculas que han caído hoy, Boddo?

—¿Kaórnikos, cristianos, paganos?

—Entre todos.

—¿Cincuenta? ¿Sesenta?

—Sí. Eso mismo creo yo.

—Algún día tú y yo estaremos entre ellos.

El lugar que habían ocupado los graneros se había convertido en un montón de cenizas aún humeantes. Hasta ese momento, las gentes habían consumido los alimentos con mucha mesura. A partir de ahora la comida tendría que ser escrupulosamente racionada. La amenaza del hambre había pasado de ser un potencial problema a convertirse en una palpable realidad; en una dolorosa certeza. Sin duda aún quedaría algo de comida en las casas, que se consumiría rápidamente. También quedaban ovejas arriba en La Muela, pero los pastos, prácticamente agotados y cada vez más secos, no podrían alimentarlas durante mucho tiempo.

Sumido en un halo de irrealidad merced al sueño, al hambre, a la tensión y al cansancio, Necón observaba la pesadilla que suponía un duro golpe para todos. Ante él yacían las cenizas aún calientes que ocupaban el lugar donde, horas antes, habían

estado los graneros. El hambre, un mal sobradamente conocido por los cántabros, amenazaba con hacer que todo se desmoronase.

Mientras tanto, a lo lejos, Tomás invitaba a los que le escuchaban a no desesperar, a tener fe, a aceptar que aquello era, sin duda alguna, una bendición disfrazada de calamidad; una prueba más de la voluntad divina que debía llevar a la reflexión de las verdades que pregonaba. La existencia de Dios y la muerte eran las únicas verdades. Todos morirían tarde o temprano. Lo mismo daba cómo y cuándo se abandonaba este mundo efímero, lo mismo daba si era antes o después, siendo un niño o un anciano; pues nada quedaba al final en esta tierra.

—La vida —decía Tomás—, es poco más que la lucha continua por postergar lo inevitable, se sea rey o esclavo. Es nuestro cuerpo mortal y sus continuas necesidades las que nos encadenan e incitaban al mal, y tan solo el amor de Dios el que libera. Cuanto más cercana es la lucha por la supervivencia, más tiende el hombre a asemejarse a las bestias, pero más oportunidad y necesidad tiene de acercarse a Dios. El sufrimiento es la estrecha calzada que lleva al Todopoderoso y soportarlo es fácil si se escucha la Palabra. La vida es conflicto, con uno mismo, con los demás, con el entorno. La lucha y el sufrimiento forjan el espíritu, unen a los hombres en un propósito. Es por eso que el Altísimo, creador de todo cuanto nos rodea, hacedor de lo que vemos y de lo que no, dio forma al maligno; un ser semejante a él en poder. Dios, al igual que el hombre, hecho a su imagen, necesita un enemigo, necesita el constante conflicto para reafirmarse y crecer. Y es por eso que, aún pudiendo acabar con él, Dios no lo hace. El maligno no es más que otro medio que Dios puso en la tierra para empujar a las almas hacia Él a través del dolor, la miseria y las calamidades. Cuando un padre golpea a su hijo, no es el daño lo que busca, sino el aprendizaje. Y el hijo debe aceptar su castigo con agradecimiento y sumisión, pues ese castigo es una muestra de amor que evita que se caiga en errores mayores. Es un dolor pasajero que, al entenderlo, libera para toda una eternidad de dolores mayores.

—Ha sido intencionado —dijo Boddo.

A Necón, aquella posibilidad ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Le miró con extrañeza.

—¿Quién haría tal cosa?

—Sabes perfectamente quién. ¿A quién beneficia esto, Necón? ¿Quiénes de entre nosotros se hacen cada vez más fuertes cuando sufrimos un revés?

—No sigas.

—Ha sido Nepociano —afirmó Boddo.

—Nepociano está dispuesto a resistir hasta el final.

—Y Urbico —siguió insistiendo.

—No sigas, Boddo. —Necón resopló furioso, apretando la mandíbula.

—¿Todavía te crees todo lo que dice ese cerdo de Nepociano? —Boddo empezaba a enfadarse. Aferró a su señor y compañero con fuerza del brazo para obligarle a que le mirase fijamente—. Maldita sea, Necón, ¿estás ciego?

—¡Suéltame, maldito necio! —El señor de la Kaórnika apartó a Boddo de un empujón.

—Esos dos nos están llevando a la ruina. ¿Por qué te niegas a verlo? Acabemos con él, ahora que estamos a tiempo.

Necón, iracundo, apuntó la espada al corazón de su amigo.

—Adelante —dijo Boddo alzando la cabeza y ofreciendo el pecho al frío acero—. Al menos así no tendré que ver cómo nos arrodillamos ante el dios cristiano antes de someternos a los godos.

El joven señor agachó la cabeza y bajó la espada lentamente. Se acercó a su amigo. Y le posó la mano derecha en el hombro.

—Estamos muy cansados, amigo mío —dijo en un murmullo mirando al suelo—. Ve a acostarte.

Boddo asintió.

Amaya, agosto A. D. 574

Es difícil no preguntarse cuándo veremos los pendones del rey ondear en lo alto de Amaya y, a veces, uno se plantea si realmente llegaremos a hacerlo. La tierra se acartona y resquebraja, muere de sed por el efecto del sol y la falta de lluvia. Bestias y hombres buscan cualquier resquicio de sombra para pasar las horas medias del día. El viento del sur arrastra consigo un polvo que quema la piel y en ocasiones apesta a azufre. Cualquiera diría que el mismísimo Diablo se acerca con sus feroces huestes y que fue él quien creó la tierra como morada y dio forma a la imagen de Dios para dar vanas esperanzas a los hombres.

Una thiufa *permanece hoy en el valle, sin orden de avanzar. Están ahí, a lo lejos, quietos como si formaran ya parte del paisaje después de haber clavado al suelo un centenar de postes de madera que tan solo Dios y el rey saben para qué han de servir.*

Según el último mensaje recibido desde Amaya, los nicenos empiezan a ser mayoría y eso está agravando el conflicto entre los que se aferran a los antiguos ritos y los que yerran en su interpretación de la Palabra de Dios. Ya han estallado, dice el mensaje, las primeras trifulcas entre los cántabros a cuenta de los víveres, el cansancio y la fe. Con suerte se acabarán matando entre ellos y nos ahorrarán el trabajo.

Siguen llegando a nosotros grupos dispersos de vascones, bandas armadas que el rey pretende enviar contra Amaya en cuanto sean suficientes. No he tenido ocasión de verlos de cerca. El rey prefiere mantenerlos alejados del campamento principal

para evitar trifulcas. Acampan a una milla de distancia, pero las ceremonias nocturnas a las que se entregan, sus gritos y peleas rituales, se hacen audibles de noche. Aúllan como lobos. Hielan la sangre.

El Consejo ha decidido suspender por el momento las incursiones a las montañas. Empiezan a ser arriesgadas al ser el blanco de emboscadas cada vez más fieras. Aún no sabemos a qué nos enfrentamos realmente, pero la captura de un grupo de cántabros tras una emboscada fallida, y su posterior tortura, ha dado un nombre: Cassio.

34

El campamento que había ido tomando forma a lo largo de los días algo más allá del emplazamiento godo carecía de tiendas. Era tan solo un tumulto de cabezas y hogueras que, cuando llegaba la noche, se sumía en cánticos y aullidos. No había pendones, ni cientos de armaduras que reluciesen al sol, no había caballos. Eran vascones; fieros e indómitos. El rumor había barrido la debilitada ciudad como un viento gélido, y la confirmación de ese rumor vino acompañada de un golpe aún mayor para sus habitantes.

Al principio muchos eran los que hacían cábalas acerca de los postes que los godos habían levantado en el valle. Parecía una labor inútil, era un centenar de troncos pelados, ubicados a unos cinco pasos los unos de los otros en una hilera regular, bien a la vista desde la muralla que daba al sur. Como todas las mañanas, parte del ejército godo avanzó hasta el valle, rebasando los postes y, para alivio de los defensores, se detuvieron ante ellos.

Una vez en posición, otro grupo surgió del campamento. Era un tumulto de gentes sin cohesión alguna; una maraña de cabezas alrededor de las cuales relucían algunas armaduras y espadas que les guiaban en su penosa marcha. A medida que aquel grupo fue avanzando, los cántabros, desde las abarrotadas murallas, pudieron apreciar mejor de lo que se trataba. Un grupo de soldados traían consigo hileras de hombres, mujeres y niños maniatados, a los que empujaban y golpeaban. Los niños lloraban al ser apartados de sus madres, los hombres intentaban zafarse y luchar, solo para recibir golpes que los dejarían aturdidos o inconscientes antes de ser atados a los postes uno a uno. Acabado el trabajo, los godos se retiraron para formar esta vez tras los postes. Ante los defensores, que observaban impotentes desde las murallas, se materializó la horrenda visión de un centenar de cántabros indefensos anclados a la tierra, llorando y suplicando.

—¡Padre! —gritó Mocoso desde la muralla.

Desde las alturas era difícil saber quiénes eran los que se encontraban ahí abajo, pero todo el mundo creyó reconocer a algún ser querido. Puede que Mocoso lo tuviera más fácil, dada la musculosa complexión y calvicie de su padre, pero nadie podía estar seguro. Un godo, vestido con una simple túnica y armado tan solo con una espada, fue matándolos uno a uno, incrustándoles el metal en el vientre o seccionándoles la garganta. Nadie hubiera podido decir cuánto tiempo duró aquel suplicio. Quizá una eternidad. Cien charcos de sangre cubrieron la tierra y, cuando los godos se retiraron, al caer la tarde, buitres y cuervos descendieron de los cielos para reclamar lo suyo.

Aquella resultó ser la más sombría y triste de las noches. Amaya se hundió en el absoluto silencio. Ya no era miedo, era tristeza; desesperanza. Las estrellas y la luna brillaban lejanas, seguían su inmutable curso, lentas e indiferentes. Mientras, desde el otro lado del valle, llegaban los aullidos de los vascones.

Solo había que resistir hasta que llegasen las lluvias de otoño. Solo eso. Veinte o treinta días, cuarenta a lo sumo. Ningún ejército podía sostener el esfuerzo que suponía una campaña a partir de ese momento, ni siquiera el ejército del rey. Se embarrarían los campos, caerían las temperaturas, sería imposible dar ningún suministro adecuado a las tropas. Hoy parecía imposible poder aguantar ni siquiera un día más.

La cena resultó escasa: un cuenco de agua caliente en el que se podía adivinar un cierto regusto a cordero. El estómago rugió pidiendo más. Necón hubiera matado por un poco de vino o cerveza. Observó a Vadinia.

—Estás bellísima —dijo el kaórniko de repente, no sin cierta tristeza. La muchacha se ruborizó.

—Y tú pareces recién llegado de entre los muertos —intervino Anna con severidad.

—Es que vuelvo de entre los muertos, anciana. —Luego el kaórniko se volvió a dirigir a su esposa—. Si pudiéramos despertar, tú y yo en la Kaórnika y criar a nuestro hijo…

—¿Quién habla? —dijo Anna—. ¿Eres tú, Necón? ¿Tú? ¿El fiero guerrero amado y respetado por todos? ¿El hijo de Vadón? ¿El señor de la Kaórnika? ¿El hombre elegido por el Senado de los cántabros para liderar la defensa de Amaya? —Necón miró a Anna sorprendido. Por un momento le pareció estar escuchando a Madre—. No te reconozco. Ni reconozco en ti la sangre que llevas. Mírate. Ya te han derrotado, y contigo a todos nosotros.

—Cierra la boca, anciana.

—Es duro escuchar palabras severas de quien te quiere. ¿No es así?

—No estoy de humor, anciana.

—¿Y qué me importa a mí que estés de humor o no? No callaré viendo cómo traicionas la memoria de tu padre y cómo te hundes. ¿Acaso crees que los hombres siguen sombras? Los hombres siguen a aquellos que se muestran seguros de sí. Mira a tu hermano. A él le siguen.

—¡Maldita vieja! —dijo Necón, alzándose.

—Le siguen porque no flaquea. Porque es capaz de sufrir, porque no tiene miedo y ofrece esperanza. Por eso le siguen a él. Por eso seguían a tu padre. Al menos él cree en algo, tú ya no crees en nada.

—¡Calla!

Necón abandonó la casa para adentrarse en la noche oscura y silenciosa, acosado por sus fantasmas. Fue a buscar a *Taxus*. Allí estaba el fiel animal, flaco como nunca le había visto. Acarició y palmeó el cuello del caballo que resopló agradecido,

restregando el reseco hocico contra su cara. El kaórniko montó y espoleó al animal para alejarse de allí. Atrás quedó la casa de Nepociano, con el gran crucifijo a la puerta y el bebedero lleno de agua. Dejó la casa de Abundancio a la derecha. Pasó por delante de la casa larga, frente al acceso hacia La Torre y cabalgó hacia el este, más allá de las casas.

¿Le habían abandonado los dioses? ¿De dónde sacaba su fuerza y firmeza Urbico? A la izquierda quedaba La Muela. Siguió cabalgando hasta el punto más alejado al que podía llegar, a la empalizada del extremo este, donde habían rechazado a los godos hacía ya una eternidad. Allí se detuvo. Veinte hombres guardaban la empalizada; hombres de Sicorio, cristianos. Se sorprendieron al verle llegar. Le saludaron con desgana.

Necón les deseó una buena guardia, como hubiera hecho cualquier hombre al mando, y se alejó de allí al paso fingiendo serenidad, siguiendo el borde del acantilado como si estuviese inspeccionando todo el perímetro, como si no necesitase descansar, como si los hombres siempre debieran estar alerta por que él, Necón, podía aparecer en cualquier lugar y en cualquier momento.

Si algo había intentado enseñarle su padre era que todo dependía únicamente de aguantar un instante más que tu adversario, que todo el mundo tenía miedo y que todo en la vida era una pose. ¿Estaría Vadón velando por él más allá de las puertas? ¿O estaría llorando y lamentándose, viendo a Amaya sumergirse en el abismo, a Cantabria al borde de la derrota, a su hijo derrotado y su labor hecha cenizas? ¿Qué hubiera hecho Vadón?

No podía derrumbarse ahora. Ahora no. Todo cuanto amaba estaba en juego. El fin de Amaya suponía el fin de Cantabria, el fin de un mundo pequeño que era, no obstante, su mundo. Más aún, su universo; todo lo que había conocido. Y si la solución era aparentar fuerza ante la debilidad, al menos debía intentarlo, por cercano que estuviese a la desesperación. No podía permitirse morir, ya fuese en ese momento o dentro de treinta años, cargando con la culpa de no haber sabido defender todo cuanto le había sido entregado.

Una sombra se movió a diez pasos. Fue algo fugaz y, de no ser por el ruido de las piedras, Necón ni siquiera hubiera reparado en ella. Arreó a *Taxus* hacia la sombra, gritando en la oscuridad, instando a que se detuviese.

—Necón —dijo la voz de Abundancio.

—¿Qué haces aquí? —inquirió el kaórniko.

—Por lo que veo, lo mismo que tú. Me asfixio en casa. ¿Y tú?

—He salido a recorrer el perímetro.

—¿Y todo en orden?

—Sí. Todo en orden.

—Salvo por el hambre, el cansancio, las muertes, el asedio, ¿verdad, Necón? Todo en orden. Claro que sí. ¿Me quieres decir cuánto tiempo va a durar esto? ¿Cuánto podremos aguantar hasta que todo se derrumbe? ¿Dos días? ¿Cinco? ¿Diez?

—Durará lo que tenga que durar. Hasta que se rompan ellos o nos rompamos nosotros.

—¿Te has parado a pensar, Necón, en lo que ocurriría si nos rindiésemos ahora? ¿En cuántas vidas salvaríamos? ¿Has pensado en lo generoso que sería el rey de los godos contigo y conmigo?

—¿Qué hacías aquí, Abundancio? —A pesar de la desaprobatoria mueca de Necón, Abundancio continuó hablando. Su voz se antojaba triste, cansada.

—Nuestro mundo lleva tiempo desvaneciéndose. En primavera, cuando llegaron los mensajeros de los godos pidiendo nuestra sumisión, supe que estábamos condenados. Es hora de aceptar las nuevas realidades. De ajustar las velas a la nueva dirección del viento, como dicen los de la costa.

—Déjate de charlas. ¿Qué hacías aquí, Abundancio?

—Pasear. Pensar. Como tú.

De pronto una luz acaparó toda la atención del kaórniko. Estaba muy lejos, en lo alto del otro gran cerro que quedaba al este de Amaya. Era un puntito de luz en medio del espesor de la noche. Se movía de derecha a izquierda, se detenía y volvía a hacer el mismo movimiento. Parecía flotar. Una antorcha.

—¡Cassio! —gritó Necón apuntando en aquella dirección y olvidándose de su charla con Abundancio—. ¡Es Cassio! —Y partió al galope rumbo a la ciudad.

Amaya, agosto A. D. 574

Por fin los he visto de cerca y, sinceramente, no me gustaría enfrentarme a los vascones. No es solo su aspecto de otro tiempo, montaraz, arcaico y hosco; es la falta de miedo que desprenden; casi hasta rozar la insensatez. Puede que todo sea una mera fachada, un superficial retoque, como cuando los orfebres, al fabricar joyas, recubren el plomo con oro. El día de mañana lo dirá.

Las intenciones del rey han quedado claras. Se trata, como en otras ocasiones, de debilitar a un enemigo actual utilizando para ello un enemigo futuro. También se dice que los vascones guardan rencillas contra los cántabros; «cuestiones de vecindad», ha comentado Winterico en tono jocoso. Preguntado por un plan de acción, el rey ha dicho que no lo hay y que, de todos modos, sería inútil plantearlo.

El pacto con los vascones ha sido sencillo; la cantidad de oro a pagar se ha pactado con cada caudillo por separado en función de la cantidad de hombres aportada. El objetivo también es claro; tomar Amaya. Además, los caudillos han pedido, y el rey ha prometido, que se respetará aquello que los vascones saqueen en la cumbre.

Por segunda vez ha irrumpido en el Consejo el nombre de Cassio. Se encuentra cerca. Eso dice el último mensaje de nuestro hombre en Amaya, y lo corrobora el ataque sufrido ayer por la caravana de suministros que el rey, consciente de que la

campaña se está alargando más de lo estimado, ha hecho traer desde Caesaraugusta. La comida llega cada vez desde más lejos, las raciones se han reducido a la mitad y los alimentos que compran los hombres a los comerciantes con sus propios recursos alcanzan ahora precios elevadísimos.

35

El calor de la estación había ido secando la fuente de La Torre. El amplio caudal que había fluido días antes fue menguando poco a poco hasta convertirse en un mero hilillo de agua que resultaba insuficiente para todos. Los defensores aún tuvieron que soportar la ejecución, a las faldas de Amaya, de otros doscientos cautivos, pero ahora una calamidad mayor e inmediata se cernía sobre ellos; los vascones comenzaban a congregarse en el valle, dispuestos a atacar. El Senado, menguado por las muertes, se reunía de nuevo. La mayoría callaba y la opinión de aquella mayoría solo tenía una voz; la de Nepociano.

—Aceptadlo —decía el cristiano, dirigiéndose a la media docena de paganos que se sentaban junto a Necón—. Aceptad a Dios. Uníos a nosotros. Luchemos juntos en defensa de la fe y Dios mostrará misericordia. No os resistáis más, nos estáis condenando a todos.

—No es eso lo que deberíamos estar discutiendo ahora —dijo Necón—. Escuchad, podemos vencer a los vascones…

—¿Que no es eso lo que deberíamos estar discutiendo? —insistió Nepociano—. Por supuesto que lo es, es lo único que debe discutirse. Porque estamos perdidos, Necón. ¿Qué más hace falta para que os convenzáis de la verdad que nos trae Tomás? Es muy sencillo… Supongamos que Dios no existe, entonces estamos perdidos. Pero supongamos que existe, en ese caso aún tenemos una forma de salvarnos.

Pedaciano se incorporó, miró a Necón con tristeza, inclinó la cabeza a modo de disculpa y fue a sentarse junto a los cristianos.

—Bienvenido, Pedaciano. —El senador esbozó una mueca de satisfacción, victoria y orgullo—. Escucha a tu hermano, Necón. Escúchale. Solo te pido eso.

—Y si juro hacerlo, ¿me escucharás tú a mí ahora?

—Por supuesto —concedió Nepociano, de nuevo victorioso.

—En ese caso, atended. Necesitamos recoger todo cuanto sea de valor en Amaya…

La maraña de vascones comenzó su ascenso. Uno gritaba, y a este le respondían otras diez o veinte voces. Luego gritaba otro más a allá, y a ese también lo coreaban. Amaya, en cambio, estaba en silencio, no había nadie en las murallas. No había cabezas yendo de un lado para otro aprestándose a la defensa. No se oían gritos llamando a ocupar posiciones. No sonaban los cuernos de alarma. Tan solo se

escuchaba el viento. Tan solo se veían, surcando los cielos, a los cientos de buitres que ya empezaban a acudir a la llamada de la sangre.

Los aullidos de los vascones fueron muriendo poco a poco, como si la confusión se estuviese apoderando de ellos. No caían proyectiles de lo alto. La cumbre parecía desierta. A medida que ascendían se iban callando, envueltos por el sordo sonido de sus pasos sobre las piedras del camino y por los graznidos de cientos de buitres impacientes.

A partir de un punto empezaban a verse los cada vez más abundantes huesos blancos, limpios de carne; las calaveras sonrientes con dientes amarillentos de los hombres que les habían precedido; escudos rotos, astillados e inservibles; armas desechadas; flechas clavadas en el suelo.

Los vascones miraban a derecha e izquierda. Avanzaban entre huesos, calor, silencio e insectos. Llegaron a la curva que daba a la explanada, vacía salvo por los montones de huesos cada vez más abundantes. Torcieron hacia las puertas. El estrecho camino ascendente también se mostraba expedito y, al final del mismo, las puertas estaban abiertas de par en par. Los primeros vascones en llegar a la explanada se detuvieron confundidos. De pronto una voz, a la que siguieron otras, los empujó a seguir avanzando camino arriba. Miraban a las empalizadas que los flanqueaban. Ni un alma. Ni una cabeza. Ni un ruido. Tan solo el silbar del viento. Tan solo buitres, calor y huesos humanos.

Cuando se encontraban a diez pasos de la entrada a Amaya, los vascones cargaron hacia la nada, aullando como dementes, esperando encontrar allí a los defensores. Los primeros asaltantes atravesaron las puertas con las armas en alto, dispuestos a descargar su fuerza contra quienquiera que se les opusiese. Penetraron unos pasos en la ciudad desierta. Más venían detrás a la carrera. Se detuvieron en seco. La ciudad parecía muerta, abandonada y, un poco más allá, el suelo estaba cubierto de objetos brillantes esparcidos por todas partes. Monedas, brazaletes, anillos, pulseras, oro, plata…

Silencio. Quietud. Un momento de duda, y los vascones se lanzaron como lobos hambrientos a recoger el fácil botín que se les ofrecía. Se empujaban entre ellos para acceder a las mejores piezas. Muchos soltaban las armas para poder hacerse con más y, a estos, se les iban uniendo aquellos que llegaban y que no querían ser menos.

Fue entonces cuando el grito de cuatrocientas gargantas hizo que se detuviesen de repente en su codicia, helados. Las murallas que flanqueaban el camino se vieron repletas de mujeres en un instante. Estas, escondidas, habían estado esperando la inequívoca señal del grito de carga de sus hombres. Las piedras empezaron a caer sobre los asaltantes que abarrotaban el camino, al tiempo que los hombres chocaban estrepitosamente contra el sorprendido enemigo. Necón, surgido de ninguna parte y seguido por sus treinta kaórnikos a lomos de monturas esqueléticas, chocó de frente contra la maraña enemiga.

Los vascones cayeron por decenas antes de poder reaccionar. La tensión, el hambre, el cansancio, la desesperación y el miedo se unieron en los cántabros para dar forma a una extraña furia que se descargó íntegra sobre el feroz enemigo. Los hombres salían de las casas, de todas las esquinas, niños hambrientos se encaramaban a los tejados para lanzar sobre ellos todo tipo de objetos: vasijas, tejas, piedras. A pesar de su fiereza y valentía, la extraña sensación vivida durante el ascenso, semejante a estar penetrando en el mismísimo Infierno, y la repentina sorpresa de ser atacados por todas partes, debieron cobrar vida ante ellos.

El terror se apoderó de sus almas. Cuando los vascones recuperaron su ardor guerrero, era ya demasiado tarde. Intentaron organizarse en torno a sus caudillos, luchaban con saña, pero la falta generalizada de armadura hacía de ellos blancos fáciles y el apelotonamiento de cuerpos hacía imposible cualquier movimiento. Estaban siendo salvajemente atacados por un enemigo que los godos consideraban ya derrotado.

Necón desmontó de un salto y arreó a *Taxus* para que abandonase el lugar y poder así sumergirse a pie en la batalla seguido de Boddo y sus kaórnikos. Eran cientos los vascones que tenía delante, pero una vez ahí, no había hueco para pensar. Caían cántabros, caían vascones. Los hombres luchaban con el estómago vacío y la garganta reseca, pero luchaban, poseídos por un valor y un desprecio a la muerte desconocidos hasta aquel momento.

El kaórniko recibió un golpe en el yelmo que lo dejó aturdido. Y, justo entonces, incapaces de resistir la avalancha, los vascones, que hasta ese momento tan solo había retrocedido, comenzaron a darles la espalda; a huir camino abajo trepando entre los cuerpos abatidos de sus compañeros, desoyendo las súplicas de socorro de aquellos que quedaban atrás incapaces de moverse por causa de sus heridas. Necón alzó la espada y el escudo con los brazos bien abiertos, gritando a la victoria con todo el aire de sus pulmones. Cincuenta gargantas corearon su nombre. Pero pronto aquella efímera gloria quedó sepultada bajo el nombre de Tomás y de Jesucristo, gritado al unísono por el resto de los defensores.

Llevó casi todo el día retirar los cuerpos sin vida amontonados. Los moribundos eran atravesados por las frías hojas sin compasión. Necón ordenó trasladar los cuerpos a la muralla sur, la que daba al campamento godo, y que fuesen despeñados uno a uno desde lo alto como advertencia, como desafío, como mensaje: «Los cántabros resistían. Y seguirían haciéndolo».

El sol se escondía y a Necón ya solo le quedaba una cosa por hacer. Era algo que el kaórniko había estado postergando durante días. Ya no había ovejas en La Muela. Ya no había comida en las casas y Vadinia necesitaba alimento. De no haber sido por la necesidad de su esposa, él se habría resistido. Muchos habían sido los caballos

sacrificados hasta el momento, y de ellos se nutrían ahora las gentes. Debía despedirse de *Taxus*. Su carne alimentaría a muchos.

Allí estaba el animal, junto a la casa, sin nada que llevarse a la boca. Necón se acercó a él espada en mano. Le palmeó el cuello. *Taxus* movía la cabeza pidiendo comida. Un centenar de mujeres, con cestos, había seguido a Necón. Anna estaba entre ellas. Trocearían al animal en poco tiempo.

El kaórniko acercó su nariz al hocico del fiel animal, cerró los ojos y lo besó. Se le encogió el corazón y el alma. De repente sintió que aquel ser era el único en el que siempre había podido confiar. Siempre había estado a su lado, desde el momento en el que Vadón se lo había regalado, cuando no era más que un potro de unos días lleno de vida que corría por los verdes valles de la Kaórnika. Hoy Necón traicionaba al que, tan solo ahora, comprendió era su otra mitad.

El animal recibió confiado las palmadas en el cuello de su dueño, señor y amigo. Resopló satisfecho y, de pronto, el frío acero se hundió en la carne. El animal abrió los ojos al máximo al sentir el dolor y un último relincho desesperado surgió de sus entrañas antes de caer desplomado al suelo. Necón se arrodilló. Los miembros de *Taxus* se movían espasmódicos. Las patas traseras dieron tres potentes coces y luego una cuarta, ya sin fuerza. Las mujeres gritaron impacientes para que el senador acabase con su absurdo ritual de despedida.

—Perdóname, amigo mío —susurró el hombre al oído del animal mientras lo acariciaba—. Nos veremos muy pronto. Volveremos a galopar juntos más allá de las Puertas.

Acercó la boca al hueco que había abierto la espada y, como hicieran sus abuelos y su padre rememorando antiguos ritos, bebió. Luego empapó la mano en sangre, y se la restregó por la cara. Miró al cielo.

—Yo, Necón, hijo de Vadón, señor de la Kaórnika, juro ante los dioses ancestrales y ante ti, Epona, que antes abandonará la vida este cuerpo que el valor. Acepta este sacrificio en mi nombre, en el de mi hijo y en el de mi pueblo. Y vela por ellos.

—¡Venga! —dijo una de las mujeres—. ¡Tenemos hambre!

—¡Sí! —corearon otras tras él.

Necón se levantó lentamente, teñido de sangre, y se alejó de allí. Al menos Vadinia comería durante los próximos dos días con la porción que les tocaba. Cuatro si él no probaba bocado.

Amaya, agosto A. D. 574

El mes acaba. El asalto vascón resultó ser un fracaso, pero al menos las arcas del fisco no se han visto menguadas pues, estos últimos, a pesar de pedir con insistencia

lo que se les adeudaba, han sido recordados cuáles eran las bases del acuerdo; tomar la roca. Sin roca, ha dicho el rey, no hay dinero.

Todos somos conscientes de que el descontento se extiende entre los hombres. No es solo que se les empiece a antojar imposible entrar en Amaya o que el racionamiento de alimentos afecte los ánimos, tampoco que se extienda la creencia de que algún espíritu habita ahí arriba, protege a sus moradores y les da fuerzas. Es que se sienten observados.

Son varios los que, al alejarse del campamento para buscar leña o comida, han sido encontrados al día siguiente colgando de los árboles o descuartizados en el suelo. Y varios también los que han vuelto al campamento a la mañana siguiente a tientas, con las orejas cortadas, los ojos arrancados de sus cuencas o la lengua y la nariz cercenadas. Corre el incómodo rumor de que el maligno habita en los bosques.

Pero tanto el Consejo como el rey saben que los sucesos de los últimos días nada tienen que ver con el anticristo, sino con aquel al que llaman Cassio. Por tanto, el Consejo ha decidido que no se reanudarán los ataques hasta acabar con la amenaza que supone ese individuo y se ha decidido ofrecer una suculenta recompensa por su captura.

Continúa el lento goteo de desertores cántabros. Aún hay tiempo antes de que el otoño nos obligue a levantar el asedio.

36

Vadinia había echado en falta a Anna la noche anterior, incluso le había guardado aparte algo de comida, pero la anciana no había vuelto. La encontraron en lo alto de La Muela, en el lugar más apartado, junto con otros treinta ancianos. Sus cuerpos estaban tendidos en torno a los restos de una pequeña hoguera. Se habían cubierto la cara de ceniza, habían comido polvo, y todos se habían dado muerte, uno a uno, con el mismo cuchillo. Era la forma que tenían los más sabios de hacer su parte por la defensa de la ciudad. El último y el mayor de los sacrificios. El antiguo rito mediante el cual los ancianos abandonaban este mundo para no resultar una carga.

Era un triste mensaje de amor a los que dejaban atrás; de ánimo, de confianza en que, con su muerte, la defensa aún era posible. Y de certeza en que, al otro lado de las Puertas, desde el más allá, podrían ser más útiles que aquí entre los vivos. Aquel suceso supuso para los paganos una inyección de orgullo que les llevaba a recordar lo que eran y lo que estaban haciendo allí.

Las palabras de Urbico, aunque dichas con dulzura, no tardaron en envenenar el suceso. El suicidio era un insulto a Dios, el mayor de los pecados, y suponía la condena en los fuegos eternos del Infierno. Él nos había dado la vida, por tanto, solo Él podía quitárnosla. El hombre debía soportar todas las cargas que cayesen sobre sus espaldas si esperaba alcanzar un lugar a la derecha del Padre. Máxime, cuando tales cargas eran el castigo por haberle negado. El suicidio era pisotear el mayor regalo de Dios: la vida. Y no era una muestra de valor, sino de cobardía. Si habían resistido hasta ahora, con todo en contra, era por obra y gracia del Altísimo. Pronto, cuando no quedasen adoradores del diablo en Amaya, Él se mostraría en todo su luminoso esplendor y aplastaría a los godos. El momento, sostenía, estaba cerca.

—¡Acabemos con ellos entonces! —gritó un guerrero que había recibido el bautismo hacía tan solo unos días.

—¡Sí! ¡Acabemos con ellos de una vez! —coreó otro.

—Amigos. Hermanos… —repuso Tomás con calma—. ¿No se os dio a vosotros la oportunidad y el tiempo que necesitabais? ¿Os acosó alguien para que recibierais la Palabra? No. Vinisteis a ella libremente. Algunos tardasteis más, otros menos. Esa es la forma y no otra. Tarde o temprano vendrán a nosotros. Rezad por ellos.

—¡Mis hijos se mueren de hambre y ellos son los culpables!

—No son más culpables que tú —respondió Tomás—. Todos tenemos de qué arrepentirnos. Todos somos culpables, yo el primero. Aceptad lo que se os da, agradecedlo, arrepentíos y tened fe.

Las palabras de Tomás no evitaron que, a la mañana siguiente, uno de los hombres de Abundancio, un pagano, apareciese degollado a las puertas de la casa del senador. Este, desde hacía días, no abandonaba su hogar más que por las noches, para pasear hasta el extremo este de Amaya. Nepociano, seguido de Tomás, condenó vehementemente el asesinato ante la menguada y escuálida muchedumbre que se arremolinaba para escuchar las palabras del monje, y aseguró que él mismo encontraría al culpable. Acto seguido fue a visitar a Abundancio. Le acompañaban Candamo y los pocos hombres que quedaban a su servicio, quienes rodearon la casa del senador como si fuese un prisionero.

—No sabes cuánto lamento lo sucedido, querido amigo —dijo Nepociano con aparente amargura.

—Ya me lo imagino —respondió Abundancio con tristeza y no sin cierta ironía. Sabía perfectamente que aquel asesinato había sido obra de los hombres de Nepociano y, muy probablemente, orden suya—. Aunque puede que si buscas con detenimiento puedas encontrar al asesino más cerca de lo que piensas. Quizá incluso entre los tuyos.

—Nadie vio nada.

—Las gentes solo ven lo que les conviene ver, deberías saberlo.

—No es fácil controlar los sentimientos en situaciones extremas. Y la gente te culpa a ti y a Necón de sus males.

—Tú eres el que ha hecho todo lo posible para que eso sea así.

—Mi fe me obliga.

—Y tu ambición también. ¿No es así?

—De verdad que lo lamento. Encontraré al culpable, te lo aseguro.

—Puede que Candamo sepa algo de todo esto y, por supuesto, tú —insistió Abundancio.

—¿Yo?

—No me tomes por tonto, Nepociano. No me apetece mantener una farsa en la que tú pretendes compadecerte de mis males y en la que yo finjo que no has sido tú el que ha ordenado a sus hombres acabar con uno de los míos. Dime lo que quieres de mí y vete. Ya estoy bastante cansado.

—Si algo admiro en ti, Abundancio, es tu capacidad para entender las cosas. —Nepociano ya no tenía nada que esconder—. Es muy sencillo, todo lo que tienes que hacer es arrodillarte ante Tomás y abrazar la fe.

—Y, sinceramente, ¿crees que eso va a servir de algo a estas alturas?

—Por supuesto que servirá, amigo mío. Contigo a nuestro lado…

—Déjate de disfrazar las palabras, Nepociano. Querrás decir, «conmigo sometido».

—Dilo como quieras. El caso es que una vez que todos estemos unidos, podré negociar con los godos a mi antojo.

—¿Y ese era tu plan desde el principio? No me hagas reír, Nepociano. Sin duda estarán dispuestos a hablar con el líder indiscutible de un montón de cadáveres que, por algún extraño designio, aún se mantienen en pie.

—Eso déjamelo a mí.

—Los dos sabemos desde hace tiempo que esto acabaría ocurriendo, que cada vez éramos más débiles, que tarde o temprano habríamos de someternos a alguno de nuestros enemigos. Solo se trataba de saber a quién, cuándo y cómo. Ambos hemos tomado posiciones al respecto aunque, si me permites la observación, creo que has jugado mal la partida. Cuando el rey entre en Amaya, y te aseguro que lo hará, veremos quién de los dos recibe un trato más favorable.

—Lo veremos, amigo mío. Lo veremos.

—Acabemos con esto. ¿Qué hay que hacer?

—Es muy sencillo, ya lo has visto varias veces, aunque la falta de agua ha hecho que cambie un poco el rito en estos días. Tomás ya no sumerge a la gente en el bebedero de cerdos, ahora simplemente utiliza un cuenco de madera con un poco de agua. Todo lo que tienes que hacer es arrodillarte ante él, pedir perdón por tus innumerables pecados y dejar que derrame un poco de agua sobre tu cabeza. Eso es todo. Verás cómo, después de ser bautizado, te encuentras mucho mejor.

—En ese caso no esperemos más —dijo Abundancio, alzándose.

—Y recuerda, nada de suicidarse —dijo el cristiano con una media sonrisa.

—No te preocupes, Nepociano, no tengo ninguna intención de hacerlo.

Necón y sus kaórnikos presenciaron desde las murallas la triste escena; el viejo senador arrodillado ante Urbico pidiendo perdón por sus pecados y recibiendo el bautismo. El puñado de hombres que estaban a su servicio siguieron su ejemplo uno a uno.

No había habido asaltos en los últimos días, aunque sí un frenético movimiento en el campamento godo. Grandes grupos de hombres a caballo salían a diario de él en todas direcciones y se dispersaban batiendo todo el territorio.

Amaya, septiembre A. D. 574

El rey se muestra inquieto. Nuestro hombre en Amaya asegura que los cántabros están al límite en todos los sentidos. Lo mismo juran los cuatro hombres esqueléticos que anoche desertaron. Y, sin embargo, la rendición no llega. Puedo decir que empiezo a sentir cierta admiración y respeto por este insensato enemigo.

Nuestro asalto de ayer murió a las puertas de la ciudad. De nuevo llegó la tarde; de nuevo, los nuestros, tuvieron que retirarse. Los cántabros ya no se molestan en

defender la explanada, pero las puertas son sólidas, el camino de acceso estrecho y el enemigo, aunque ya débil, resuelto.

Alguien en el Consejo ha sugerido levantar el cerco y volver el año que viene. Una afilada mirada del rey ha bastado para que esa cuestión no vuelva a plantearse. Abandonar sería lo mismo que admitir una derrota, y Leovigildo no ha sido derrotado desde que cayó sobre él la pesada carga de la dignidad real. Entiendo las razones del rey; nuestros enemigos, francos, suevos y romanos, agradecerían cualquier signo de debilidad. Solo haría falta que se extendiera la noticia de un fracaso para que la imagen de invencibilidad del reino se viniese abajo y trajese consigo la guerra. Máxime, si esa derrota se sufre a manos de un minúsculo enemigo. No solo eso. Retroceder ahora supondría dejar en manos de los suevos o los francos una Cantabria incapaz ya de resistir, que se hundiría con un simple suspiro la campaña que viene.

Chispea. Los hombres agradecen las pequeñas gotas que vienen a aliviar el intenso calor que hemos sufrido hasta el momento, pero esta aparente bendición es más bien una maldición encubierta, pues indica que el otoño no se encuentra muy lejos y todos sabemos lo que eso significa.

Por fortuna no todo son malas noticias. Dicen haber encontrado la guarida de Cassio.

37

Solo fueron cuatro gotas, pero consiguieron levantar el ánimo de todos. Y muchos se permitieron soñar con la pronta llegada de los fuertes aguaceros que se daban con el cambio de estación. Ratas y ratones, así como la carne de algún buitre despistado o demasiado gordo para levantar el vuelo, suponían ahora el alimento principal de los asediados. Los roedores, antaño innumerables, desaparecieron del todo en cuestión de días. Eran rápidos, pero más lo era el hambre.

Tomás caminaba por Amaya como quien pasea por una plaza ya conquistada. Quedaba poco para completar su piadosa obra. Y ahora se sentía más resuelto que nunca. Tan solo los hombres de su hermano, sus antiguos compañeros de armas, seguían anclados en el error, confundidas sus almas por el maligno. La salvación de la ciudad estaba cercana, y ni el rugido del estómago ni los mareos que sentía de vez en cuando merced al hambre y a la falta de sueño, conseguían ocultar el orgullo que sentía ante la cercanía de una victoria que, dos años atrás, se le había antojado imposible.

Pero el Señor le había guiado, le había hecho elocuente, le había dado fuerzas y fe. Aquel rebaño que se le había confiado, aunque menguado y famélico, era ya su rebaño. A él acudían para encontrar sosiego y consuelo, a él para llenar sus almas sedientas de esperanza con el eterno manantial de la Palabra divina. Tarde o temprano su hermano mayor, aquel que siempre había estado por encima de él en todo, tendría que arrodillarse y recibir el bautismo con humildad. Esa era la única forma de salvar Amaya, no las armas. Qué gran error cometían los hombres al dejar su destino en manos del acero.

Primero fue a visitar a Acuana, una joven cuyos pechos resecos no habían sido capaces de alimentar a su recién nacido. El pequeño ángel había nacido fuerte como su padre, aunque esa fortaleza tan solo había servido para prolongar su agonía y la de su madre, con llantos imposibles de calmar, cada vez más y más débiles. Tomás encontró a la mujer desgarrada, aferrada al cuerpo sin vida de su pequeño. No hubo palabras que pudiesen calmar su aflicción, a pesar de que él le asegurase que su pequeño estaba ahora sentado a la derecha del Padre, que había muerto sin pecado y que, en vez de triste, debía sentirse dichosa.

Por primera vez desde hacía tiempo, Tomás sintió que sus palabras se estrellaban contra una roca. Pero cuando se disponía a partir, la mujer le pidió en un susurro que rogase por el alma de su bebé. Tomás juró que así lo haría y abandonó el humilde hogar con el corazón encogido. Eran cosas como esta las que podían hacer llegar a dudar, pero Emiliano siempre había dicho que no debíamos ser tan soberbios como

para pretender entender, desde nuestra insignificancia, los designios divinos. Debíamos simplemente saber que todo lo que ocurre, ocurre para bien; aceptarlo, dar gracias a Dios y seguir adelante. Quizá aquel neonato fuese la última víctima que se cobrara el asedio. Quizá fuese una señal. Sí. Puede que aquello hiciese reflexionar, por fin, a su hermano. Vadinia ya estaría a punto de dar a luz. Apretó el paso y se dirigió a la casa que tiempos atrás había llamado hogar.

Dio tres golpes a la puerta como era su costumbre. Le abrió un joven muchacho que le miró de arriba abajo y se apresuró a cerrar la puerta de nuevo como si acabara de ver al anticristo. Tomás insistió y oyó la voz cansada de Vadinia ordenando al muchacho que le dejara entrar.

—La paz de Dios sea con vosotros.

Vadinia andaba con dificultad, con la mano derecha apretada contra la espalda. Su delgadez contrastaba con el enorme vientre que lucía y que debía de resultar inmensamente pesado para un cuerpo debilitado, aunque se la veía algo mejor alimentada que a los demás. Debía de haber estado acostada en el instante en que Tomás llamó a la puerta. La muchacha sonrió al verle y el corazón del monje palpitó al sentir cómo se renovaba esa atracción que tanto lo atormentaba.

—Sé bienvenido, Tomás. Y disculpa a Mocoso.

—No tengo nada que disculpar. ¿Qué tal estás?

—Bien —dijo la cántabra con tristeza mientras se acariciaba el vientre—. Cansada y dolorida. Pero viendo lo que hay a mi alrededor, no puedo quejarme.

—Al menos tienes buen color.

—Necón se las arregla para traer siempre algo de comida, aunque sea poco. No sé cómo lo hace, pero lo hace.

—¿Dónde está? ¿Lo sabes?

—Nunca llega antes del anochecer. Puede estar en cualquier parte. En las murallas, en la puerta. Dijo que había que reforzarla, que ayer quedó muy dañada, y que utilizarían troncos de otras casas para ello. Creo que lo encontrarás allí.

—Es tan terco como insensato —dijo Tomás.

—Eso mismo piensa él de ti.

—Iré a buscarlo. Tiene que escuchar.

—No lo hará.

—Sabes tan bien como yo que su actitud nos condena a todos. —Tomás tomó aire y decidió cambiar de tema, aunque, realmente, todo estaba relacionado—. ¿Cuánto tiempo queda para que des a luz?

—Si Anna estaba en lo cierto, unas tres semanas. —Los ojos de la muchacha se tornaron brillantes y acuosos—. Ojalá nunca hubiera deseado con tanto ahínco quedar encinta, no quiero traer un hijo a este mundo.

—No digas eso.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Sigues rezando a Dios, Vadinia?

—Todos los días. Cada vez más. Y cada vez le siento más lejos.

—No desesperes, hermana, no desesperes. Pronto el Todopoderoso habrá de librarnos de tanto sufrimiento. No es Él quien nos abandona o se aleja, sino nosotros los que nos alejamos de Él. Ten fe.

En la puerta de entrada a la ciudad, Necón y su docena de kaórnikos trabajaban lentamente. Su estado físico no les permitía más. Tenían que descansar a menudo y, aún así, entre cuatro de ellos no podían hacer lo hubiera hecho uno solo hacía un mes. El joven senador seguía siendo, en teoría, el encargado de la defensa; así lo indicaba la placa que le colgaba del cuello con la inscripción «TRIB COH CELT», pero realmente era Nepociano quien detentaba ahora todo el poder y toda capacidad de decisión.

Nepociano se había negado a reparar la puerta astillada. De hecho, se había negado a hablar con Necón o los suyos hasta que no abrazasen la fe. Los kaórnikos ya podían decir que estaban totalmente solos.

Tomás apareció ante ellos en uno de los múltiples descansos. Necón le vio llegar a lo lejos y se incorporó. Le miró con odio. Tomás observó a su hermano. Tambaleante, con los ojos hundidos en las cuencas, los labios agrietados, pálido, delgado y sucio, más parecía un muerto que acabase de salir de la tumba arrastrándose.

—Vete, Urbico. No eres bienvenido.

—Hermano, escucha…

—¡Vete!

—Como desees. Al final serás tú el que venga a mí.

—Será en tus sueños, maldito cerdo.

—No eres tú quien habla, hermano, sino el maligno. Deja que te ayude.

—¡Vete de aquí!

Tomás hizo un gesto de resignación. Su mano dibujó una cruz en el aire al tiempo que musitaba para sí unas palabras. Luego dio media vuelta y se fue.

—¡Serás tú quien venga a mí! —gritó Necón tras él, apuntándole con el dedo—. ¡Al final tú vendrás a mí! ¡Me cago y me meo en tu dios! ¿Me oyes?

Los improperios que Necón lanzaba a su hermano mientras este se alejaba lentamente, fueron interrumpidos por una llamada desde lo alto de la muralla. Boddo le hacía gestos para que subiese. Allá fue el joven señor. Por un momento la esperanza de ver al ejército godo alejándose anidó en su alma, pero cuando se encaramo a las defensas, lo único que pudo percibir diferente a días anteriores fue una estela de polvo que avanzaba rápidamente desde el campamento enemigo en dirección al camino de acceso. Era un único jinete. Veloz. No se detuvo al comenzar su ascenso, siguió galopando. Los defensores, aletargados, fueron poblando las murallas. Todos querían saber qué ocurría. Quién era el hombre que cabalgaba hacia

ellos. No hicieron falta órdenes para que no se lanzasen proyectiles. Se dirigía a la puerta, de eso no había duda. Y, lo más probable, es que trajese un mensaje del rey.

Necón descendió a toda velocidad, espoleado por una nueva esperanza. Las puertas estaban abiertas y, desde ellas, vio el kaórniko cómo el solitario jinete emergía por la explanada y torcía para dirigirse a él. El godo frenó en seco a diez pasos del cántabro. Llevaba un saco en la mano que, después de girarlo tres veces, lanzó hacia el kaórniko gritando algo incomprensible. El objeto se quedó corto de su objetivo y el godo, tiró fuertemente de las riendas para dar media vuelta y deshacer el camino andado.

Necón dio cinco pasos y se arrodilló en el suelo. El saco apestaba. Las moscas pronto acudieron al olor. Cogió un extremo de la tela y sacudió con fuerza. Del saco cayó una cabeza que lucía un último e intenso gesto de dolor: Cassio.

Amaya, septiembre A. D. 574

Malditas sean las moscas. ¿Habrá cosa más molesta? ¿Habrá un ser más inútil y omnipresente en toda la creación? Y maldita sea la espera en su compañía.

Hemos aguardado dos días y no hay respuesta. El contundente mensaje del rey no ha provocado, como se esperaba, la final rendición de la pestífera roca. Ahora saben que están solos, que nadie vela por ellos aquí fuera. Pero ahí siguen, aferrados a solo Dios sabe qué absurda esperanza. Son momentos como estos los que hacen pensar que el hombre podrá no creer en lo improbable y, no obstante, se asirá con fuerza a lo imposible.

Y sin embargo, después de tres meses y medio anclados en esta colina con Amaya frente a nosotros, después de innúmeros asaltos, tretas y contratretas, es fácil adivinar lo que ahora les mantiene en pie. La temporada de campaña toca a su fin; se acaba el tiempo. Ningún ejército guerrea cuando llega el otoño, pues los días se hacen más cortos y fríos, los caminos se embarran y no hay cosechas. Esa es su esperanza, que lleguen las torrenciales lluvias, que lo llenen todo de barro, que resulte imposible dar un paso, que surja la enfermedad, que mueran los caballos. Pero de ser así, ¿acaso les serviría de algo?

El rey ha dado órdenes para que se prepare un último asalto. Será dentro de cinco días. Avanzará todo el ejército, incluidos los gardingos del rey, incluido yo mismo. Se ofrecerán cuantiosas recompensas, los hombres podrán saquear la ciudad a placer y tomar tantos esclavos como deseen. El rey ya no aspira a gobernar sobre estas gentes, quiere hacer de Amaya un ejemplo para Hispania entera. Solo hay una cosa que el rey ordena respetar; la casa y la vida de un senador de nombre Abundancio.

La inmensa cordillera se muestra oscura, cubierta de nubes negras salvo por los lejanos estallidos de luz provocados por unos relámpagos cuyos truenos no llegan a

oírse.

38

Fue la noche más oscura. Los kaórnikos se habían dado cita en casa de Necón y allí permanecían, asediados dentro de un asedio. Rechazados por todos. Un extraño olor a cerdo quemado hizo que los estómagos de los congregados cobrasen vida. Boddo salió a ver. Volvió consternado. Aquel lejano aroma nada tenía que ver con un cochino que alguien hubiese tenido oculto. Sencillamente, uno de los defensores, azuzado por el hambre, había llegado al último eslabón de barbarie. Se le oía llorar a lo lejos mientras comía.

—¿Y bien? —preguntó Boddo.

—¿Y bien qué? —respondió Necón.

—Se acabó.

—Aún podemos resistir unos días más.

—Tonterías. Entiendo que con Cassio ahí fuera aún hubiese alguna esperanza, pero ya no la hay, Necón.

El señor de la Kaórnika miraba fijamente a las llamas. Hoy Vadinia no había probado bocado y sollozaba en un lugar apartado de la casa.

—No entregaré mi hijo a la esclavitud. Vadinia podría dar a luz en cualquier momento. Se irán. Llegarán las lluvias y se irán. No nos rendiremos. No ahora.

—No hace falta que te rindas tú. Ya lo hará Nepociano. Aquí ya no eres nada. Ya no somos nada.

—No traicionaré la memoria de mi padre.

—¿La memoria de tu padre? No me hagas reír.

Necón alzó la mirada con rabia y la enfrentó a la de su amigo.

—No me mires así. Hace mucho que traicionaste a tu padre. Y a todos nosotros —insistió Boddo—. Él no hubiera permitido que llegáramos a esta situación. Habría acabado con Nepociano y te aseguro que hubiera matado a Urbico con sus propias manos. Son ellos los que han acabado con todo, nos han ido minando poco a poco desde dentro. Y tú no lo has querido ver.

—Detén la boca, Boddo. —Necón se incorporó desafiante.

—No pienso hacerlo. Todos aquí pensamos lo mismo. Te hemos seguido, hemos luchado por ti y por todo esto. ¡Maldita sea, Necón! ¡Amaya acaba aquí! ¡Cantabria acaba aquí! ¡Y no hay más que un culpable!

Boddo desenvainó y dio media vuelta. Abrió la puerta dispuesto a salir.

—¿Adónde vas, Boddo?

—A hacer lo que hubiera hecho tu padre hace tiempo y lo que deberías haber hecho tú. —El cántabro volvió a encararse a su señor y, acto seguido, se volvió de

nuevo para dirigirse a la puerta.

—¡Detente!

—Detenme tú si te atreves.

Boddo abrió la puerta. No llegó a atravesar el umbral. En un acceso de furia Necón desenvainó.

—¡Detente! —dijo de nuevo el kaórniko, enloquecido. Y atravesó la espalda de su amigo brutalmente.

El acero ensangrentado asomó por el ombligo de Boddo. Necón soltó la empuñadura al instante, aterrado de sí mismo; de lo que acaba de hacer, sin saberlo, por proteger a su hermano. La sangre empapó el suelo y empezó a manar de la boca. Boddo se miró el vientre con incredulidad. Se tambaleó.

Luego, con las últimas fuerzas, se volvió para mirar a su señor. Un último gesto de incomprensión anegó su cara. Perdió el equilibrio. Cayó de rodillas. Finalmente su cabeza impactó contra el suelo. Los kaórnikos observaban la escena paralizados mientras su señor se miraba las manos llenas de sangre y se arrodillaba pidiendo perdón a su amigo con un suave susurro. Hundía la barbilla en el pecho, lloraba. Se aferraba las sienes con las manos.

—¡Fuera todo el mundo! ¡Fuera! ¡Largo! —gritó Necón de repente.

Sus compañeros de armas, los once que quedaban de los ochenta que lo habían acompañado hasta allí, abandonaron la casa a toda prisa. Vadinia y Mocoso, petrificados, se acurrucaban abrazados en una esquina.

Necón se limpió las lágrimas. La sangre aún caliente le cubrió la cara. Sacó la espada del cuerpo y se irguió. Volvió la cara para mirar a Vadinia. Los ojos del kaórniko se mostraban privados de toda razón. Pisó el pegajoso charco de sangre y salió de casa tambaleándose, espada en mano. Sus botas iban dejando una impronta roja cada vez más tenue a medida que se adentraba en la noche, su silueta se perdía, difuminada en la oscuridad. Gritaba el nombre de Urbico y amenazaba de muerte a su hermano. Se dirigía a casa del senador Nepociano.

Los gritos insistentes, ya roncos, fruto de un dolor desgarrado, profundo, inhumano, alertaron a las gentes que emergían de sus casas para ser testigos de lo que estaba ocurriendo. Lo que veían ante ellos caminar con la mirada fija, gritando el antiguo nombre de Tomás, era la viva imagen del anticristo.

Allí se detuvo el hombre atormentado. Ante el gran crucifijo, ante el bebedero que, mientras hubo agua suficiente, sirvió para bautizar uno a uno a todos los habitantes de Amaya.

—¡Urbico! —gritaba Necón rabioso—. ¡Urbico! —insistía una y otra vez en la quietud de la noche. Pero la puerta del senador Nepociano no se abría.

Las gentes fueron emergiendo de las sombras. Se mantenían a distancia, pero ni siquiera el miedo es más poderoso que la curiosidad. Necón derribó el bebedero en su locura, luego arremetió contra el crucifijo a espadazos, astillándolo mientras repetía una y otra vez el nombre de su hermano, maldiciéndole. La puerta no se abría. Fue

hacia ella y con el pomo de la espada la aporreó, exigiendo que saliera. Que se enfrentase a él. Que diese la cara. Fue entonces cuando le llamó por su nombre cristiano; Tomás.

Un instante después la puerta se abría. La luz del hogar recortó la espigada silueta del monje. La punta de la espada de Necón se detuvo a un palmo de su pecho.

—¿Qué has hecho, hermano? —dijo Tomás firmemente, sin miedo.

Se enfrentaron los ojos. De repente, toda furia del kaórniko pareció desvanecerse. Su mano, débil, dejó caer la espada al suelo. Agotado, el pagano se arrodilló lentamente ante el monje, y se abrazó a sus piernas sumido en llanto. Tomás le puso la mano en la cabeza.

—Dijiste que tu dios lo perdonaba todo —dijo el kaórniko en un susurro.

—Así es, Necón —repuso Tomás con dulzura.

—¿A mí también, hermano? ¿A mí también? —dijo suplicante, alzando la mirada.

Tomás se acuclilló. Acarició con ternura la mejilla ensangrentada de su hermano. Le sonrió. Al fin el indómito guerrero se postraba ante él, pidiendo auxilio aguijoneado por la culpa y la desesperación.

—A ti sobre todo, hermano. Traed agua —ordenó firmemente el monje, incorporándose.

La hija de Nepociano se apresuró a acercarle el cuenco de madera que utilizaba en los bautismos. Las gentes se acercaron a observar el prodigio, para ver con sus propios ojos lo imposible. Tomás miró al cielo negro y estrellado de la noche, cerró los ojos y dio gracias a Dios por su inmensa misericordia. Observó durante un instante a su hermano arrodillado y se detuvo a saborear la dulce victoria. También se tomó unos instantes para buscar un nombre cristiano. Derramó lentamente el agua fresca sobre la cabeza del hombre para que renaciese. El agua purificadora, en su camino hacia el suelo, arrastró consigo parte de la sangre de Boddo.

—Yo te bautizo con el nombre de David. El Señor, a través del milagro del bautismo, te acoge y perdona tus innumerables pecados.

Tomás se acuclilló de nuevo y sonrió cálidamente. Cogió a su hermano del brazo, invitándolo a levantarse con él. Se abrazaron y, en aquel momento, Necón sintió que el tremendo vacío que había supuesto estar alejado de su hermano se llenaba de nuevo. Por primera vez en mucho tiempo el kaórniko lloraba de alegría. El mundo parecía volver a tener sentido.

—Ahora somos invencibles, hermano —le susurró el monje al oído.

Tomás le asió de la muñeca y la alzó a los cielos ante todos los presentes. Las gentes cayeron de rodillas al observar el milagro. Una ola de orgullo recorrió el cuerpo del monje, que sintió su obra finalizada. Ahora que Necón, tras sumirse en lo más profundo de la oscuridad, por fin había encontrado la luz, no tardarían en venir a él el resto de los kaórnikos y aquel muchacho al que llamaban Mocoso.

Ya clareaba. Los últimos doce paganos de Amaya se arrodillaban uno a uno ante él para renacer. A lo lejos, en las inmensas montañas, se desataba una feroz tormenta propia de la estación. No se oían los truenos, pero se veían los intermitentes estallidos de luz, cada vez más cercanos.

—¿Venceremos, hermano? —preguntó Necón.

—Ahora ya no cabe ninguna duda.

Un rugido de esperanza y alivio envolvió la madrugada. Algunos, los guerreros, coreaban a Necón, ahora David. Otros gritaban el nombre de Tomás. Y todos alababan a Dios y daban gracias.

—Ven conmigo, David —dijo el monje.

Los dos hermanos, otra vez unidos, fueron caminando hacia las murallas. Tomás sonreía confiado. Se encaramaron a lo alto y observaron el campamento godo. Las gentes los siguieron. Ahí abajo, en la colina, seguían en pie las tiendas de campaña; se podía adivinar el trajín diario del campamento enemigo. Nada había cambiado. Tomás se sobresaltó al observar que los godos no habían desaparecido de repente como él hubiera esperado.

El monje miraba en todas direcciones, intentando adivinar de dónde llegaría la plaga o catástrofe que Dios desencadenaría en cualquier momento sobre los herejes arrianos. Esperaba impaciente el inminente milagro prometido por Emiliano ahora que su labor en Amaya, por fin, había concluido. Muchas habían sido las fatigas, era hora de que Dios cumpliese su parte del trato. Pero lo único que vio fue cómo el campamento enemigo cobraba vida a lo lejos. Lo único que oyó fueron los lejanos cuernos y tambores que llamaban, de nuevo, al asalto. Los godos formaban en el valle.

Llegaron las nubes grises. Por fin estas habían superado la inmensa cordillera. El ambiente se vio empapado por el olor a lluvia. Después una ligera llovizna comenzó a caer sobre la ciudad.

—¡A las armas! —gritó David desde lo alto.

Por primera vez en meses, todos los guerreros de Amaya, los doscientos hombres que aún podían empuñar un arma, que apenas podían mantenerse en pie, recibían las palabras del kaórniko sin ponerlas en duda, con una sola voz. Unidos en un mismo propósito.

Todos saludaron al nuevo David, mientras Nepociano se desgañitaba diciendo que era el momento de negociar. Nadie prestó oídos al veterano senador. Un trueno, lejano y débil, se dejó oír al tiempo que la lluvia arreciaba.

Amaya, septiembre A. D. 574

El viento sopla fuerte del norte y las montañas se muestran incapaces de retener por más tiempo las negras nubes que avanzan hacia nosotros preñadas de lluvia, truenos y relámpagos. Ahora tan solo son unas gotas, pero todos sabemos que hoy, si el viento no cambia, caerá sobre nosotros una terrible tormenta.

El rey no quiere esperar más. Hoy, con lluvia o sin ella, ha de caer Amaya. El campamento al completo es un hervidero. Esclavos y sirvientes van y vienen. Se oyen los gritos de los oficiales llamando al combate. Suenan los cuernos y los tambores. Los hombres empiezan a formar para descender al valle de nuevo y recorrer, por última vez, el camino hacia la cumbre.

Es una sensación extraña la de vestirse para la batalla. La cota de malla y la espada siempre han sido en mí una farsa, una forma de no parecer fuera de lugar, pero el rey nos quiere hoy a todos dispuestos. Hoy no sonará la retirada si seguimos luchando por la tarde. Tampoco cuando caiga la noche. Ni siquiera si nos sorprende ahí arriba, en plena lucha, el sol naciente de un nuevo día. Hoy, por primera vez, no importan las bajas que podamos sufrir.

He de marchar junto al rey, como siempre, y estaré en retaguardia, como siempre; pero el simple hecho de pensar que podría verme envuelto en un combate me revuelve las tripas. Dicen que los cántabros están acabados, pero eso mismo he oído tantas veces durante casi cinco meses que, precisamente ahora, soy incapaz de creerlo. Empiezo a pensar, y sé que no soy el único, que esas gentes son invencibles.

Nuestro hombre en Amaya pretende hacer visible, mediante un claro símbolo, el lugar donde se encuentre el líder de los cántabros. Darle muerte, asegura, hará que la defensa se venga abajo.

No quiero dejar de escribir. No quiero abandonar mi cómoda tienda de campaña. No quiero luchar. No es miedo, porque un godo nunca tiene miedo, pero mi mano tiembla y pienso en todo aquello que aún pueda quedarme por vivir y en aquellos que me esperan. Hoy, más que nunca, quiero volver a verles. Y si no he de volver, que estas palabras sean mi legado. Que sepan que para ellos fue mi último pensamiento.

Truena. Cada vez más cerca.

39

El kaórniko observaba a los dos centenares de hombres que habían de acompañarle en la lucha. Eran los últimos. Estaban agotados y hambrientos, empapados de lluvia. Las cotas de malla, en un tiempo ceñidas y relucientes, lucían ahora holgadas, sucias y rotas. Mocoso, tras él, portaba un estandarte granate con motivos dorados: el *labarum*, también llamado *cantabrum,* el crismón de Constantino, el símbolo que, tal y como acababa de explicar Abundancio al entregárselo, llevó a aquel emperador a la victoria en una situación desesperada. Según el viejo senador, Constantino tuvo un sueño en el que el Todopoderoso se le había aparecido y le había dicho: «Con este símbolo vencerás».

David agradeció el regalo y se lo entregó a Mocoso para que lo sostuviese en la desigual batalla que se avecinaba, con orden expresa de no separarse de él. Solo hubo una cosa que al kaórniko le hizo dudar durante un instante: el gesto ausente y confundido de su hermano Tomás, que miraba aquí y allá, expectante, a medida que los cuernos y tambores de los godos se oían más y más cerca, mezclados con el repiqueteo de la lluvia. Necón siempre había confiado en Urbico y ahora David confiaba ciegamente en Tomás. El monje estaba convencido de la victoria, del inminente auxilio de Dios.

—¡A la explanada! —gritó David, con unas fuerzas que no tenía.

Hizo el amago de correr, pero las piernas no quisieron responderle. La espada le pesaba como si estuviera forjada en plomo y el escudo, en vez de madera, se le antojaba hecho de pesado hierro. La cota de malla y el yelmo parecían la carga de una maldición. Se tambaleó. Sintió nublada la vista, un fuerte mareo. El corazón parecía estar latiéndole en la sien. Los sonidos le llegaban amortiguados. Tuvo que usar la punta de la espada para no caer. Siguió andando. No podía detenerse. Tan solo era un momento de debilidad; uno de tantos. Solo que cada vez eran más frecuentes y más prolongados. Pronto se le pasaría. Muchos de los que le seguían estaban en peores condiciones. Dio cuatro pasos en la más absoluta oscuridad, luego la vista volvió a él.

Nadie hubiera notado que los doscientos defensores estaban próximos al colapso cuando llegaron a la explanada y formaron una muralla de escudos. Los godos ascendían lentamente. Eran miles. Un relámpago iluminó Amaya justo en el momento en el que David, en primera fila, se quitaba el yelmo, cerraba los ojos y levantaba la cara al cielo con la boca abierta para beber. Por fin habían llegado las lluvias. Sintió el frescor del agua en el cuerpo, en la cara, en la garganta; un escalofrío revitalizante. Un relámpago. Un trueno. Volvió a calarse el yelmo. El agua le empapó la cara. Luego se puso en guardia.

Las escasas piedras que caían desde la muralla sobre los godos resultaban inocuas para el enemigo que seguía ascendiendo paso a paso. Uno de los cántabros de primera fila se tambaleó y cayó de bruces, desplomado sobre el barro, falto ya de fuerzas y aliento. Nadie se agachó a recogerle. Nadie hubiera podido levantar aquel saco de huesos cubierto de metal. Además, ya no había tiempo. Un nuevo vahído se apoderó de David, esta vez más intenso que el anterior.

La lluvia arreciaba. Los godos se detuvieron. Su formación serpenteaba hacia el valle, innumerables cabezas, lanzas, pendones, algunos hombres a caballo. Todo el ejército del rey ascendía y caía sobre ellos. Fue entonces cuando el kaórniko, por primera vez, pidió al Dios de los cristianos. Ese era el momento de que actuase. No otro.

El enemigo se detuvo a cien pasos. Esperaron unos instantes y, de pronto, a una orden, los godos cargaron enloquecidos. En ese mismo instante un estallido de luz iluminaba sus caras y las de los cráneos que poblaban el camino. El horrísono trueno que siguió sepultó el brutal choque de escudos. Fue el punto que ocupaba el kaórniko el que recibió la más brutal embestida.

Por un momento sintió que las fuerzas de días anteriores volvían a él, pero tan solo era el efecto de un corazón cansado que se esforzaba por sobrevivir. Pudo detener con el escudo el golpe que le venía de frente, también consiguió apartar con la espada un tajo dirigido al muslo, pero no pudo evitar que el acero del godo que se le enfrentaba penetrase un palmo en su vientre. Luego otra estocada le hirió bajo las costillas. Pudo saborear por un momento el metálico regusto de su sangre al tiempo que unos brazos le aferraban para sacarlo de allí.

Tosió sangre. El sonido de la batalla se alejaba, su cuerpo parecía volar. Cuatro de sus kaórnikos lo llevaban camino arriba hacia las puertas de la ciudad. Les seguía Mocoso con el *labarum* mientras, en la explanada, incapaces de resistir, los cántabros abandonaban las armas y utilizaban sus últimas fuerzas para huir.

Dentro de la ciudad, a veinte pasos de las puertas, esperaba Tomás, de pie, viendo cómo traían a su hermano malherido. Cómo los cántabros caían sin apenas poder oponer resistencia, cómo se apresuraban a buscar refugio en la ciudad y cómo Dios no aparecía. Los últimos en atravesar el umbral cerraron las puertas. Casi al tiempo llegaban los godos, que se estrellaban contra ellas como las olas contra las rocas. Los kaórnikos tendieron a su joven señor en el suelo, junto a su hermano.

—¡A La Torre! —decía Necón entre toses—. ¡Resistid en La Torre!

Como tantas y tantas veces, los kaórnikos obedecieron y se alejaron de allí seguidos de Mocoso, que aún portaba el antiguo *labarum* de Constantino. Los demás defensores de la explanada se dispersaron en todas direcciones, gritando los nombres de sus seres queridos, buscándoles para protegerles. Más allá de la entrada un ariete empezaba a aporrear la puerta. Rítmicamente. Acompañado por gruñidos de esfuerzo y palabras de ánimo. Comenzó a llover más intensamente. La tierra era ya incapaz de absorber tal cantidad de agua.

Tomás se arrodilló junto a David. La sangre fluía del maltrecho cuerpo, mezclándose con el barro y la lluvia. Con una mano procuró taparle la herida del vientre, con la otra le acarició los cabellos. El joven señor no quitaba la vista del monje. Le asió con temblorosa fuerza de los andrajos para acercarlo a sí.

—¿Dónde está Dios, hermano? —preguntó el kaórniko, desesperado.

—No lo sé —dijo Tomás en un quejumbroso susurro que anunciaba llanto.

—¿Por qué no ha venido, Urbico? —dijo débilmente.

—No lo sé.

—Perdóname, Urbico —dijo el kaórniko en un sollozo.

—Perdóname tú a mí, Necón.

—No puedo morir. No ahora. —Tomás asintió entre lágrimas—. Mi espada. —Necón hizo un gesto de dolor al tiempo que intentaba alzarse. Fue incapaz. Sollozó impotente—. ¿Recuerdas la canción que nos cantaba Madre?

—Sí —dijo Tomás con el corazón roto, al tiempo que se oía el crujir de la puerta —. La recuerdo.

—Este año habrá buena caza en la Kaórnika. —Necón tosió. El ariete embistió contra la puerta de nuevo—. En el robledal, arriba, allí suelen ir los jabalíes. ¿Recuerdas, hermano?

—Sí. Recuerdo.

Otro golpe del ariete. Otro crujir de la puerta, pero Tomás no podía prestar atención a aquello, no mientras la vida de su hermano se derramaba sobre la tierra que había luchado por defender. El monje que en otro tiempo fuera guerrero comenzó a cantar.

Llévame de regreso a la Kaórnika,
Allá donde los bosques son frondosos
Y verdean los prados.

—Saca a mi hijo de aquí, Urbico, por lo que más quieras. Que no caiga en sus manos.

Volverás a la Kaórnika.
Y sentirás la lluvia nuevamente.
Y lavará tus penas.

—Sácalo de aquí. Y perdóname.

Llévame de regreso a la Kaórnika,
Allá donde los bosques son frondosos
Y verdean los prados.

—Pide a todos que me perdonen —sollozaba Necón, cada vez más débilmente.

Cuando regreses volverá a llover.
Deja de lado el llanto y confía en la lluvia.
Ella alejará tus penas.

El kaórniko intentó arrancarse la cadena y la placa ensangrentada que llevaba al cuello, la que rezaba «TRIB COH CELT». Tomás le detuvo.

Volverás a la Kaórnika,
Allá donde los prados son tan verdes.
Te llevará la lluvia.

Aún pudo el joven señor, consumido en llanto, impotente, con el cuerpo y el alma cuajados de dolor y tormento, encontrar fuerza para alargar la mano y gritar al cielo.

—¡Padre! ¡Perdóname!

Fue el alarido postrero, turbador, elemental y salvaje de un hombre que moría angustiado por el fracaso; por no haber sido capaz de defender todo cuanto amaba. Tomás supo que su hermano, con el último aliento de vida, no pedía perdón al Todopoderoso, sino a Vadón.

Otro relámpago. Otro crujir de la puerta que dejó entrever el carnero de bronce. Otro trueno. Y la lluvia se hacía cada vez más intensa. Tomás se incorporó, aturdido, para ponerse en pie mientras observaba, petrificado, cómo el ariete derribaba la puerta después de casi cinco meses de asedio y cómo nadie se aprestaba ya a la defensa.

Un alarido de victoria trepó por las murallas al tiempo que los godos irrumpían en la ciudad como una tromba de agua. Tomás dio tres dubitativos pasos atrás abandonando el cuerpo de su hermano. Hombres a pie, hombres a caballo, entraban en Amaya a la carrera, sedientos de venganza, sangre y botín; enloquecidos. Algunos rebasaron al monje para perderse entre las calles.

Por un instante, sumido en un halo de irrealidad, Tomás pudo llegar a pensarse invisible, pero esa sensación no duró mucho. Al tiempo que las primeras puertas de las casas eran echadas abajo y se oían los primeros gritos, un godo derribaba al monje

de un empujón y, aferrándole del cuello, levantaba la espada sobre él, dispuesto a acabar con su vida. Un hombre a caballo, ricamente vestido, le detuvo de un grito.

—¡Ataúlfo, maldito imbécil! ¡No ves que es un hombre de Dios!

El godo detuvo la espada para enfrentarse a su superior.

—¡Es un monje niceno!

—¿Y quién te dice a ti que no seamos nosotros los equivocados? ¡Bastantes pecados cometes ya todos los días! ¡No nos condenes a todos con tu estupidez! ¡Anda a buscarte alguna cántabra por ahí antes de que te las quiten todas!

El oficial arreó a su caballo para adentrarse en la ciudad con sus hombres sin prestar mayor atención al monje. Tomás pudo ponerse de pie. Soldados y más soldados, fuertemente armados, anegaban la ciudad bajo la lluvia. Sacaban a las gentes de sus casas, las apaleaban, no dudaban en matar a quien se resistía lo más mínimo. Los dejaban tendidos en el suelo, entraban en las cabañas, lo destrozaban todo buscando objetos de valor. Peleaban entre ellos para hacerse con un brazalete o con una muchacha.

Y seguían entrando hombres y más hombres a través de las maltrechas puertas, pisoteando el cuerpo sin vida de Necón. Hundiéndolo en el barro.

Tomás observaba horrorizado cómo el mundo se derrumbaba a su alrededor. Cómo la guerra, la crueldad y la avaricia recorrían las calles indefensas. Corrió sin una dirección fija en medio de la confusión y la locura. Se detuvo en una de las míseras calles; estaba plagada de godos que ajusticiaban a los hombres sin miramiento, que arrastraban a las mujeres de los pelos, que ataban a los niños. Los gritos, los llantos, los hombres débiles, incapaces de defender a sus seres queridos.

—¡No! —gritaba Tomás—. ¡Mi rebaño! —decía. Testigo impotente de cómo, en un instante, toda su obra se desvanecía ante sus ojos y Dios no hacía nada para evitar la barbarie—. ¡Mi rebaño! —repetía—. ¡Mi rebaño!

El monje corría de un lado a otro. Vio cómo sacaban a Nepociano y su esposa Proseria de su casa a patadas, cómo arrastraban a la pequeña Sarah entre dos hombres mientras su hermano, Mateo, intentando defenderla, caía bajo la espada de uno de ellos después de un brevísimo combate. Se detuvo ensimismado un instante, impotente.

Por primera vez en años sentía el deseo de empuñar las armas, de defender a las gentes con el acero. Odió a los godos y ni siquiera se le pasó por la mente pedir perdón a Dios por ese odio. De repente pareció despertar de su letargo. Corrió en medio del horror hacia la que, una vez, había sido su casa, en busca de Vadinia. La puerta estaba destrozada, tres hombres armados salían con todo lo que podía haber de valor, objetos que reconoció al instante. En lo alto de La Torre se había izado el crismón y, desde allí, caían piedras sobre un grupo de godos que intentaban ascender hasta el punto más alto de Amaya por la empinada pendiente.

Corrió entre las casas buscando a la esposa de su hermano y, en cada esquina, no encontraba más que dolor y sufrimiento mientras que a él le evitaban como si fuese

portador de la peste o, peor aún, como si se hubiera vuelto invisible. De repente se dio de bruces con la única casa que no había sido asaltada. La casa de Abundancio lucía una equis roja en la puerta. Cuatro godos fuertemente armados, en vez de entregarse al pillaje, la guarnecían. Tomás siguió recorriendo las calles, cada vez más despacio, cada vez con menos esperanza de encontrar a quien buscaba.

Pasaron dos horas antes de que los godos diesen por terminada su orgía de sangre, pillaje y destrucción. Un extraño silencio se fue apoderando de Amaya. La lluvia fue remitiendo y el sol se dejó ver, tímidamente, por entre las nubes. Frente a la casa larga se agolpaban todos los cautivos. Una maraña de cuerpos sucios que gimoteaban o que, simplemente, miraban al vacío privados ya de razón.

Allí, frente a ellos, se encontraba el rey a grupas del más bello de los caballos, impoluto, y flanqueado por una veintena de hombres adultos, seis de los cuales portaban sus estandartes. Tomás se acercó sin ser molestado. En ese grupo había también un joven godo, rubio, sin yelmo, ataviado para la guerra. Puede que fuesen sus manos, delicadas como las de una mujer y manchadas de tinta, lo que le hizo a Tomás pensar que aquel joven no había blandido una espada en su vida aunque, por su forma de observarlo todo, era evidente que no era ajeno a los horrores del combate. Los intensos ojos azules del joven se cruzaron un instante con los del monje.

—Traed a Abundancio —ordenó el rey.

Dos hombres llevaron al senador ante Leovigildo y, para alivio de Tomás, detrás de él venían otros dos con Vadinia indemne. Abundancio corrió a arrodillarse a los cascos del caballo.

—No has hecho muy bien tu trabajo, senador.

—Sabéis bien que he hecho todo lo que estaba en mi mano —dijo el cántabro con humildad.

—Aún hay un puñado de locos que resisten ahí arriba —dijo Leovigildo apuntando a La Torre.

—Pero Amaya es vuestra, y con ella Cantabria.

—Eso está por ver. —Y mirando a Vadinia preguntó—. ¿Quién es?

—¡Su puta! —gritó uno de los hombres que se deleitaba comiendo una manzana. Muchos estallaron en carcajadas. Este, animado por las risas, lanzó los restos de su comida al grupo de cautivos hambrientos que se lanzaron a por ella. Más risas.

—¡Silencio! —ordenó el rey.

—Es bueno que los hombres se diviertan —le dijo un noble que estaba a su lado.

—Ya tendrán tiempo de eso. Responde, Abundancio, ¿quién es?

—Es mi sobrina, gran señor.

—¡Es mi esposa! —gritó Tomás.

—¿Y quién eres tú?

—Es uno de los hombres de Emiliano, mi señor —dijo uno de los acompañantes —. Un monje. Un niceno.

—Eso salta a la vista. Pero ¿no murió Emiliano hace uno o dos meses?

—Así es, mi señor.

—¿Es su esposa, Abundancio? —preguntó Leovigildo.

—Sí, mi señor. Sí. Lo es.

—Deberías escoger mejor a tus familiares. Muy bien, entregadle al monje a su zorra y que se vayan. Lo último que necesitamos son problemas con los nicenos. Ahora menos que nunca.

Vadinia se abrazó a Tomás con fuerza.

—En cuanto a ti, Abundancio —dijo el rey como intentando recordar—. Waldario… —Leovigildo se dirigió al joven godo—. Tú sabes de estas cosas. ¿Cómo era aquello que me contaste…?

—¿El qué, mi señor?

—¡Ah!, ya recuerdo… «Roma no paga a traidores», Abundancio. —Leovigildo hizo una pausa y miró al senador de arriba abajo—. Ejecutadlo. Y, Waldario, llévate a esos dos sacos de huesos al campamento y dales una mula. Esa mujer está a punto de estallar.

Amaya, octubre A. D. 574

El niceno al que entregué la mula para su esposa no parecía un monje. No era su atuendo o su aspecto, era su mirada. Fue tan solo una sensación. No sé describirlo mejor, pero he visto a muchos guerreros y a muchos monjes nicenos y creo poder asegurar que ese hombre no tenía de monje más que el crucifijo y los andrajos.

El aguacero dejó paso a un sol radiante. Algunos dicen que es una señal divina, una muestra de la alegría de Dios por haber librado a esta tierra de esas gentes. Yo empiezo a creer que a Dios le importa poco lo que ha ocurrido aquí. El mundo es demasiado grande.

El suelo estaba empantanado, así que cumplir la orden del rey de incendiar Amaya ha resultado imposible hasta ahora. Pero Amaya arde. Una hilera de cautivos, que más parecían cadáveres, han pasado ante mí hace un momento. Solo Dios sabe si alguno llegará vivo a dondequiera que vayan. Es difícil no dejarse llevar por la melancolía al ver cómo estas gentes han sido capaces de resistir al poderoso ejército del rey hasta su agónico final y, aún ahora, algunos de los rostros de esos hombres y mujeres derrotados lucen una mirada desafiante. Son varios los que han matado a sus propios hijos para que no caigan en nuestras manos, mujeres principalmente. Muchos deben lamentar no haber tenido el valor de hacerlo.

Pienso en el reino. En todos los territorios en los que rey impone su ley. Desde las fértiles tierras de la Bética hasta este recóndito lugar de Hispania, desde la

luminosa Emérita hasta la Septimania, y se me antoja que, por ardua que pueda parecer la tarea de conquistar Hispania entera y mantenerla bajo un único poder, más difícil aún es el proyecto de gobernarla. Y existe una clara razón para ello, de la que aún no me había percatado; las zonas más ricas de Hispania se encuentran en la periferia, al sur y al este, bañadas por el mar que un día los romanos llamaron suyo. Por otro lado, las tierras más levantiscas están en el norte, protegidas por montañas. Sin embargo, todo el centro de Hispania, la gran mayoría de su territorio, es poco más que un páramo vacío. Quién sabe si gobernar Hispania es más un castigo que una bendición.

¿Ha sido una victoria? Sin duda así lo contarán los cronistas para mayor gloria del rey y del reino, pero no volvemos a Toledo como otras veces, plenos de gloria y alegría. Volvemos cansados. Volvemos con ganas de volver.

Aún hemos tenido que esperar dos días para retirar el crismón de lo alto de Amaya. Esos hombres han llevado el valor más allá de la demencia. Más allá de lo humano. Y yo no puedo sentir otra cosa que admiración por este tenaz enemigo que ya ha dejado de ser.

Y si algún día los godos hemos de resistir hasta el final ante un feroz adversario, que Dios tenga a bien guiarnos hasta esta roca que llaman Amaya.

40

El joven godo, además de una mula, les había dado pan, queso, unas manzanas y todo cuanto había encontrado para comer en su lujosa tienda de campaña. Pareció aceptar el hosco gesto de asentimiento de Urbico como muestra de agradecimiento. El cántabro y la muchacha abandonaron el campamento enemigo enseguida.

Visto de cerca se podían apreciar muy bien los puntos débiles del emplazamiento. Las tiendas estaban demasiado apiñadas, los almacenes estaban algo alejados de estas y, además, al encontrarse muy cerca de un cerro, resultaban difíciles de guarnecer, sobre todo si alguien se ocultaba con sigilo en lo alto. Pero no fue momento de detenerse en ese tipo de contemplaciones. Era ya tarde para pensar en estratagemas, por mucho que a Urbico se le agolpasen de repente en la cabeza.

A la muchacha le costó subir a grupas de la mula. El primer instinto de ambos fue alejarse de allí todo lo rápido que fuera posible. Alejarse. Huir hacia las montañas. Pronto se vieron recorriendo el camino que tantas veces habían pisado; el único posible; el sendero que llevaba de vuelta a la Kaórnika. Urbico y Vadinia guardaron silencio durante todo el trayecto, sumido cada uno en su propio infierno, rodeados de fantasmas y recuerdos tanto recientes como lejanos.

El hombre andrajoso tiraba de la mula, la mujer, embarazada, se agarraba a las crines a medida que ascendían, dolorida en todo su cuerpo. Comieron por el camino, procurando ser mesurados para no dañar un estómago acostumbrado ya a las muchas privaciones. Se detuvieron a descansar en la cima de un monte antes de que anocheciera.

Desde las alturas, difuminada, se veía Amaya, lejana, perdida ya para siempre. Coronada por espesas nubes negras. Los colores del otoño comenzaban a apoderarse de los árboles ya cansados. Urbico encendió un fuego como pudo y, sobre la manta que hacía las veces de silla de montar, se acostó Vadinia. El dios de los cristianos callaba.

Emiliano ya le había advertido sobre lo que los cristianos llamaban «la noche oscura», el momento de absoluta debilidad en el que la fe se derrumba y nos envuelven las tinieblas. Todos llegaban a la noche oscura. Todos sin excepción y muchos no lograban superarla. También Jesús, quien agonizante en la cruz, atormentado y con los miembros ensangrentados, miro al cielo y preguntó quejumbroso con su último aliento: «Señor, ¿por qué me has abandonado?». Urbico alzó la mirada. Las nubes ocultaban las estrellas. Solo había oscuridad, desamparo, soledad, culpa y pena. Cinco años atrás lo había abandonado todo para buscar otras verdades, respuestas a un mundo confuso y cruel, certezas que estuvieran más allá de

lo que un ser humano pudiese ver o palpar, esperanza, la posibilidad de un mundo nuevo y mejor. Había derrotado al guerrero que llevaba dentro, lo había sometido a la belleza de la Palabra. Y, ahora, la Palabra se antojaba un espejismo. Una gran mentira construida a partir de pequeñas verdades. Quizá, como decía Emiliano, cada hombre debía soportar su cruz. Una cruz que nos es entregada al nacer. Es inútil negarse a cargar con ella pues, de hacerlo, nos negamos a nosotros mismos, nos traicionamos.

En cuanto amaneció siguieron su camino. En silencio. En cada recodo volvía un recuerdo; un fantasma. Boddo, Cassio, Anna, Necón, Vadón. Todos muertos. Tres días les separaban de la Kaórnika y durante esos tres días siguieron el antiguo camino. Atravesaron los frondosos bosques, alfombrados de hojas marrones que crujían a su paso, serpentearon arriba y abajo superando y dejando atrás las colosales montañas, atravesaron los pastos de altura, descuidados y sin ganado. Escucharon el bello cantar de los pájaros que vivían ajenos al cruel mundo de los hombres.

Cualquiera hubiera dicho que eran los últimos seres humanos de la tierra. O, incluso, los primeros. Nada había cambiado en el trayecto de vuelta a casa, salvo ellos mismos, y nada parecía haber cambiado hasta que llegaron al lugar desde donde se divisaba el verde valle moteado de casas dispersas; el lugar donde Necón siempre espoleaba a *Taxus* para ser el primero en llegar.

La Kaórnika había sufrido la devastación de la guerra. Hasta allí habían llegado las partidas de los godos y, probablemente, más allá. No había rebaños en los prados, ni gentes diminutas trabajando las tierras, ni caballos, ni columnas de humo que anunciasen la calidez del hogar. Era todo un montón de escombros. Cada cabaña, cada establo; escombros chamuscados. Negros.

La pareja descendió hasta el valle y se dirigió al lugar donde había estado la casa de los dos hermanos. De ella quedaban cuatro míseros postes inclinados, clavados en el suelo, negro de hollín mojado, apelmazado. Urbico ató la mula a uno de los postes y ayudó a bajar a Vadinia que, cada poco tiempo, afeaba la cara y se llevaba la mano al vientre como si pretendiese mitigar el intenso dolor que le recorría el cuerpo.

El kaórniko cogió una tabla de madera plana, chamuscada en un extremo, avanzó hasta el centro de lo que había sido su hogar, se arrodilló y empezó a cavar frenéticamente. A retirar el hollín a un lado. Buscaba algo y sabía perfectamente dónde encontrarlo. Cavó. Cada vez con más ahínco. Sudaba.

—Tomás —dijo Vadinia después de días de silencio—. Tomás —repitió aferrándose el vientre, origen de su intenso dolor.

El cántabro no escuchaba, seguía cavando y cavando. Una vez retirado el hollín, golpeó con fuerza el suelo de barro cocido que comenzó a resquebrajarse hasta que, a un golpe de su improvisada pala, le respondió un sonido hueco.

—Tomás —volvió a decir Vadinia con los ojos cerrados, apretados con fuerza.

El cántabro no se detuvo. Siguió retirando el suelo de barro hasta que bajo él fue apareciendo una trampilla de madera.

Vadinia empezó a llorar de dolor. Se acuclilló, tal como le había indicado Anna que debía hacer cuando llegase el momento. Un torrente de agua surgió de su interior anegándole las piernas.

Urbico abrió la trampilla con dificultad y saltó dentro. Todo su cuerpo, salvo la cabeza, quedó engullido por aquel misterioso hueco en el suelo. Se agachó y desapareció.

Vadinia empujaba con fuerza, gritaba, lloraba. Se oyó un rumor metálico que provenía del agujero. El ruido de las armas despertando de un letargo. Las manos del kaórniko emergieron de las entrañas de la tierra cargadas con una cota de malla que quedó tendida en el suelo. Vadinia notaba ya la cabeza de su hijo, empujando por salir a la vida. Volvieron a salir las manos de Urbico, esta vez con una espada cubierta de tela. Después emergió un escudo. Vadinia empujaba y gruñía por el esfuerzo. Emergió una lanza. Luego un yelmo. Y, por fin, el hombre.

Urbico se arrancó el crucifijo que colgaba del cuello. Rasgó los andrajos que le cubrían, los lanzó a un lado y quedó desnudo. De pronto, un llanto hizo que despertase de su ensimismamiento. Frente a él Vadinia, sobre un charco de sangre, pálida, sudorosa, sostenía una diminuta criatura que aún estaba unida a ella por el cordón umbilical.

El cántabro se quedó petrificado. Se acercó lentamente. La muchacha alzó la mirada. Sus ojos lloraban, pero su cara lucía una expresión muy alejada de la tristeza. Se sonrieron. Urbico, junto a ella, parecía asombrado. Extendió la mano, luego la retiró dubitativo; no se atrevía a tocar aquel trocito de carne con ojos que berreaba con fuerza.

—¿Es una niña? —preguntó el cántabro, sorprendido. Vadinia simplemente asintió.

Cortaron el cordón con la espada para atarlo con uno de los muchos hilos de la túnica de su madre. La pequeña criatura pronto se quedo dormida en brazos de ella.

—Tomás… —comenzó a decir Vadinia.

—Tomás murió hace unos días en Amaya.

Empuñando la misma espada que había cortado el cordón umbilical de la niña, Urbico se acercó a la mula que aguardaba paciente, olisqueando el poste al que estaba amarrada. Un brutal espadazo en el cuello y el animal cayó desplomado al suelo entre estertores. El kaórniko, aún desnudo, se arrodilló. Bebió de la herida. Luego acercó la mano al charco de sangre y se la restregó por la cara.

—Yo, Urbico, hijo de Vadón, señor de la Kaórnika, juro ante los dioses ancestrales y ante ti, Epona, que antes abandonará la vida este cuerpo que el valor. Acepta este sacrificio en mi nombre y en el de mi pueblo.

—¿Y Dios? —preguntó la muchacha tras él.

—Olvídate de Dios, Vadinia.

—¿Qué haremos, Urbico?

—Iremos a las montañas, a buscar hombres valientes. Empezaremos de nuevo. —Luego su mirada se volvió con ternura hacia la recién nacida—. ¿Cómo piensas llamarla?

—¿Acaso crees que tengo dudas?

—No. —Urbico sonrió—. Amaya.

Mortera 20/11/2013

Regni Francorum
Cantabri
Vascones
Narbo
Lucus
Pompaelo
Amaia
Victoriacum
Asturica
Caesaraugusta
Bracara
Pallantia
Barcino
Salmantica
Regnum Gothorum
Tarraco
SPANIA
A.D. 586
Egitania
Toletum
Emerita
Valentia
Corduba
Hispalis
Carthago Spartaria
Malaca
Provincia Spaniae
Septem
© Yevo Balbás

Nota histórica

Como toda novela, histórica o no, Peña Amaya es un relato de ficción. No obstante, el simple hecho de ser histórica ya obliga a que el autor ofrezca una serie de pinceladas que expliquen en qué ha basado su relato. Máxime cuando algunas de las premisas que jalonan la novela pueden resultar chocantes. Es el caso, por ejemplo, de la existencia de una Cantabria independiente regida por un senado; y de la organización política que describo, a la que, en ocasiones, me he atrevido a llamar república (aunque he procurado no abusar de este término, precisamente por sus connotaciones actuales). Otras cuestiones a abordar serían la pervivencia de creencias paganas en la región en época tan tardía, la «capitalidad» de Amaya o las incursiones a la meseta (que a los más versados podrían parecerles más propias de los cántabros anteriores a la conquista romana que de los cántabros tardo-antiguos). Me gustaría, por tanto, comenzar esta pequeña nota histórica reproduciendo dos de las fuentes más significativas relativas a la Cantabria de la época. Hay más, pero no se trata aquí de hacer un estudio histórico, para eso, por fortuna, tenemos excelentes publicaciones entre las que me gustaría destacar dos: «Los Cántabros» y «Cantabria en la transición al Medievo», ambos de Joaquín González Echegaray, fallecido el 22 de marzo de 2013, y a quien los cántabros debemos gran parte de lo que sabemos sobre nosotros mismos y nuestra historia. Las citas a las que me refiero son las siguientes, la primera es de la *Vita Sancti Aemiliani*, escrita por Braulio de Zaragoza (590-651), la segunda es un extracto de la crónica biclarense, fuente contemporánea a los hechos:

> *El mismo año, en los días de Cuaresma, le fue revelada también la destrucción de Cantabria; por lo cual, enviando un mensajero, manda que el Senado se reúna para el día de Pascua. Reúnense todos el día marcado; cuenta él lo que había visto, y les reprende sus crímenes, homicidios, hurtos, incestos, violencias y demás vicios, y predícales que hagan penitencia. Todos le escuchan respetuosamente, pues todos le veneraban como a discípulo de nuestro Señor Jesucristo; pero uno, llamado Abundancio, dijo que el Santo chocheaba por su ancianidad: mas él le avisó que por sí mismo experimentaría la verdad de su anuncio, y el suceso lo confirmó después, porque murió al filo de la vengadora espada de Leovigildo. El cual, entrando allí por dolo y perjurio, se cebó también en la sangre de los demás, por no haberse arrepentido de sus perversas obras; pues sobre todos pendía igualmente la ira de Dios.*
>
> *En aquellos días, el rey Leovigildo, penetrando en Cantabria, mata a los invasores de la región. Toma Amaya, se apodera de sus tierras y sus riquezas y establece su dominio en el país.*

En el año 574, Leovigildo toma Amaya. Y por lo que se desprende de las fuentes parece que lo hace a sangre y fuego. Desde la caída del Imperio hasta entonces, Cantabria vive independiente de cualquier poder externo y parece claro que en Amaya existe algún tipo de centro de decisiones. Las teorías acerca de este «gobierno» son varias. Algunos consideran el Senado del que habla Braulio de Zaragoza una simple curia local (Luis Ángel García Moreno), mientras que otros hablan de una clara capitalidad como centro de decisiones para todo el país de los cántabros. Yo me decanto por esta última, quizá porque soy un romántico de mi pasado, pero también porque, según entiendo, la conquista de Amaya, a ojos de los cronistas, equivale a la conquista de Cantabria entera tal y como expresa Juan de Biclaro en su esquemática crónica. Más aún, según las fuentes parece que dicha conquista fue sangrienta y, por tanto, debió haber suficiente resistencia como para que mereciera un hueco en estas crónicas tan escuetas.

El Senado de los cántabros:

¿Y el Senado de los cántabros? ¿Y los senadores? ¿Y la república? Estrictamente, una república es un sistema de gobierno no monárquico y no necesariamente electivo. En la antigüedad, y hasta que en el siglo XIX asistiésemos al nacimiento del sufragio universal, las repúblicas eran poco más que oligarquías de terratenientes de nobles o de comerciantes. Pues bien, ¿quiénes son esos senadores de los cántabros de los que habla Braulio? Durante el Bajo Imperio, y a lo largo de la tardo-antigüedad, el concepto de senador se diluye y acaba siendo un apelativo aplicable a cualquier persona con cierto nivel de riqueza. Y la riqueza, en un tiempo en el que el comercio está en franco retroceso, la dan las tierras. En este sentido, un senador de la época no sería necesariamente alguien que ocupa un puesto en un Senado, sino alguien rico e influyente. Pero Braulio habla de que San Millán hace que se convoque al Senado de los cántabros. ¿Significa esto que aquellos cántabros ricos e influyentes, terratenientes, se habían unido para tomar decisiones conjuntas? ¿Significa que habían elegido Amaya como lugar de reunión? Puede ser, también puede que no. Pero historiadores de la talla de E. A Thompson, Roger Collins o José Orlandis, entre otros, así lo creen:

> *La Cantabria de los tiempos de San Millán vivía una existencia independiente, gobernada por una asamblea de notables indígenas, que San Braulio llamaba «senadores», así como asigna a la propia asamblea la clásica denominación latina de «senatus».*
>
> José Orlandis (*Historia del Reino Visigodo Español*).

Resulta al menos interesante especular sobre la posibilidad de que este senado local fuera en realidad una reacción frente al hundimiento del poder imperial que se había producido en la Península alrededor del año 409. Que este poder no sobrevivió a los acontecimientos del año 574 es un hecho que queda bien explicado tanto en el texto de Juan de Biclaro como en el de Braulio, y este último indica que muchos de sus miembros fueron masacrados.

Roger Collins (*La España Visigoda, 409-711*).

[…] habría entre ellos hombres de ciertas riquezas; y, puesto que no colaboraron con ningún poder extranjero, su propósito era probablemente erigir un estado independiente en aquella zona, gobernado por los terratenientes hispano-romanos locales.

E. A. Thompson (*Los Godos en España*).

La pervivencia del paganismo y la cristianización:

El cristianismo es una religión urbana que se extiende por el Imperio Romano sirviéndose de las rutas comerciales. Esta religión tardará en penetrar en regiones marginales y cuya densidad urbana es mínima, como es el caso de Cantabria, cuyas pequeñísimas ciudades (si es que pueden llamarse así) se encuentran en franca decadencia ya desde el siglo III. Así, a los habitantes de los «*pagus*» o sea, a la población rural, se les denomina despectivamente paganos, y estos parecen seguir venerando a los antiguos dioses.

En las últimas etapas del Imperio, cristianización y romanización van de la mano. En este sentido, parece ser que a pesar de haber formado parte del Imperio durante más de cuatrocientos años, Cantabria, como región periférica y rural, solo habría recibido un ligero «barniz» romanizante; más acusado en el sur del país que en el norte (al menos así lo cree Joaquín González Echegaray). En Cantabria parecen pervivir los ritos paganos y la presencia del cristianismo no cuenta con ningún testimonio arqueológico salvo por el hallazgo de un crismón sobre vidrio en el emplazamiento de Julióbriga datado en el siglo IV-V. Se cree que es a partir del siglo VI cuando el cristianismo empieza a penetrar en Cantabria de la mano de un grupo de monjes ascetas liderado por San Millán (Emiliano). Prueba de ello serían las continuas referencias a conversiones y milagros entre los cántabros relacionados con los textos de Braulio de Zaragoza y, en última instancia, podríamos deducir que cuando Emiliano se dirige al «Senado» de los cántabros lo hace precisamente como parte de su misión evangelizadora y recriminando su paganismo: «*y les reprende sus crímenes, homicidios, hurtos, incestos, violencias y demás vicios, y predícales que*

hagan penitencia». ¿Quién sino un impío pagano como Abundancio pondría en duda las palabras de Emiliano y lo acusaría de chochear?

Abundando en esta cuestión, aún en el siglo VIII Beato de Liébana seguirá condenando la pervivencia de prácticas paganas en Cantabria.

Incursiones en la meseta:

A lo largo del relato hago referencia a las incursiones de los cántabros en la meseta castellana. ¿Seguían los cántabros haciendo incursiones de saqueo en la meseta durante el siglo VI al igual que hicieran sus antepasados de la edad del hierro? Es muy probable que así fuese.

En primer lugar me gustaría hacer referencia a un texto que, no hace mención expresa de los cántabros, pero sí insiste en lo habitual de dicha práctica en todo el occidente europeo a lo largo de la tardo-antigüedad. Se trata del excelente ensayo «*Warfare and society in the barbarian west, 450-900*» de Guy Halsal. Sencillamente, en la época, era habitual organizar partidas que saqueasen territorios vecinos, particularmente cuando el país de origen era pobre y carecía de recursos, como es el caso de la antigua Cantabria.

Más concretamente, podríamos enlazar esta práctica global con una de las palabras que utiliza Juan de Biclaro en su crónica y cuyo extracto he reproducido más arriba. El biclarense habla de «*pervassores*», o sea, invasores: «*Leovigildo penetra en Cantabria y mata a los invasores*». Esta palabra ha sido interpretada por diferentes historiadores de diferentes modos. Una teoría apuntaría a que los godos habrían sido nominalmente los dueños de aquel territorio y que, en realidad, a los que derrotó Leovigildo fue a otros invasores germánicos, ya fuesen suevos o francos, recuperando así el territorio. También pudiera ser que Cantabria no hubiese sido independiente desde la caída del Imperio, sino que aquel «*senatus*» se estableciese como alternativa a los tiempos convulsos que se vivieron durante la guerra civil entre Agila y Atanagildo a mediados del siglo VI; esta interpretación daría por buena otra traducción del término «*pervassores*» entendiendo como tal algún tipo de usurpación de poder. Por último, y esta es la teoría que baraja y defiende Joaquín González Echegaray desechando las demás, esta palabra haría referencia a las incursiones cántabras en la meseta. De este modo, Leovigildo habría acabado con los «invasores» no de un territorio que hasta entonces hubiera considerado sometido a los godos, sino de un territorio desde el que se llevaban a cabo ataques contra su reino.

Una cosilla que no me gustaría dejar en el tintero:

Puede que algunos amantes de la Grecia Clásica se hayan percatado de un par de guiños a las obras de Heródoto y Tucídides. No he podido evitar incluirlas en la novela. O más que evitar, no he podido resistirme, pues son escenas que a mí me resultan extremadamente evocadoras y quería hacerme eco de ellas sí o sí. El primero de estos guiños es el siervo que se ocupa de decirle todas las mañanas a Leovigildo aquello de «Acordaos de los cántabros, mi señor». Esta historia está sacada de Heródoto y la escena que él describe es la de un esclavo cuya única labor es decirle a Darío, rey de los Persas, «Acordaos de los atenienses». El segundo, en este caso más extenso, es la conversación entre el emisario godo y Abundancio acerca de la demanda de sumisión por parte de Leovigildo. Este diálogo está basado en el famosísimo «Diálogo de los Melios» de Tucídides (Historia de la guerra del Peloponeso), en el que el poderoso, en este caso Atenas, pretende someter al débil: la isla de Milos.

¿Cómo sigue la Historia?

Leovigildo será el gran unificador de Hispania bajo el poder visigodo. Anexionará el reino suevo, derrotará a los vascones y fundará Victoriacum (actual Vitoria), y aún arrebatará más territorio a los bizantinos en el sur de la península. También deberá sufrir la lacra de la guerra civil, pues su hijo Hermenegildo se convertirá al catolicismo y guerreará contra su padre arriano hasta ser derrotado. Recaredo, hijo menor de Leovigildo y su sucesor en el trono, acabará abandonando el arrianismo y convirtiéndose al catolicismo. De esta manera el reino cobrará nueva fuerza y un nuevo tipo de unidad: la monarquía podrá servirse de la estructura eclesiástica para hacer valer sus leyes y la iglesia se beneficiará de la protección real: es el llamado «matrimonio» entre el trono y el altar.

Aún así, la administración visigoda no es comparable al magnífico edificio administrativo creado por sus predecesores romanos. Es probable que la conquista de Amaya y Cantabria por Leovigildo fuese más una demostración de fuerza en la región y que, aunque a partir de ese momento los godos considerasen el territorio como parte de su reino, los débiles tentáculos de su aparato administrativo no llegasen a influir demasiado en la vida de los valles y montañas de los cántabros siendo, por tanto, el poder visigodo más nominal que real en la región. De hecho, en las fuentes aún hay noticias que podrían sugerir que el territorio siguió viviendo al margen de Toledo y siendo levantisco hasta tiempos bastante tardíos (Sisebuto y Wamba). En el siglo VII San Isidoro hablará de los cántabros en términos que pueden dar a entender que aún no estaban del todo sometidos. Y, aunque sus palabras pueden estar influenciadas por los textos antiguos, el obispo se refiere a ellos como sigue:

Son de ánimo tenaces, inclinados al merodeo y a la guerra y fuertes para sufrir reveses.

En algún momento imposible de determinar con seguridad, la administración visigoda creará el ducado de Cantabria, y el duque godo encargado de dicha provincia tendrá jurisdicción, a grandes rasgos, en todo el territorio del antiguo país de los cántabros. La «capital» de este ducado quedará establecida en Amaya. La inexpugnable peña aún será testigo de un feroz asalto tras la invasión musulmana del año 711. Allí se refugiarán los godos e intentarán resistir a las hordas bereberes, pero eso es ya otra historia que, dentro de no mucho y con su habitual buen hacer, nos contará Yeyo Balbás.

Agradecimientos

Llegar a este apartado viene a ser lo más cercano a una despedida. Aquí se acaba este viaje y da comienzo otro. Y, por supuesto, no puede faltar un pequeño reconocimiento, que siempre se me antoja escaso, a todos aquellos que me han echado una mano a la hora de hacer de Peña Amaya lo que es. Sin vosotros no hubiera sido posible.

El primer agradecimiento no puede ser para otra que mi mujer y musa. En primer lugar por aguantarme, que ya es, de por sí, una labor titánica; por aguantar mis encierros, mis charlas sobre godos, mis rarezas, mis «enmimismamientos», mis ceniceros repletos de colillas, mi olor a tabaco cuando emerjo de mi nube creativa, mis «neuras»… y, todo ello, siempre con una sonrisa en la boca, un beso dispuesto y un «te quiero». Y por siempre confiar en mí más que yo mismo. Amor mío: eres única.

A mi madre, quien se define a sí misma como una mujer religiosa que no cree en Dios. Por haberme enseñado desde pequeño, y entre otras muchas cosas, a amar la Historia y a entender la belleza que encierra el cristianismo al margen de la religiosidad. A ti sin duda, mamá, tenía que ir dedicada esta humilde obra.

A Yeyo Balbás, la otra mitad de la autodenominada «Generación Vargas», por tus recomendaciones, por esas cervezas que nos tomamos cuando charlamos de nuestros personajes y proyectos, por esos magníficos dibujos que decoran esta humilde obra y por tus sinceras críticas. En fin, querido amigo, por todo el tiempo que le has dedicado a Peña Amaya.

A mi gran amigo Federico Pacheco Gutiérrez, el único, el inigualable, el más incisivo de los críticos. Contigo cada hueco en la trama es una fiesta.

A Javier Lorenzo, quien, de alguna manera, siempre hace por encontrar un hueco en su agenda para leerme y, lo que es más importante, para valorar lo que he escrito y hacer excelentes recomendaciones. Mil gracias, Javier.

A Javier Tazón Ruescas, gran amante de la literatura y, por fortuna para mí, crítico inmisericorde.

A Severo Méndez Lodos, gran conocedor de los arcaicos caminos de Cantabria y de sus más ancestrales tradiciones, con quien tuve la gran suerte recorrer las antiguas rutas que llevan desde Cabuérniga (Kaórnika) hasta Amaya, a través de la bellísima reserva del Saja. Gracias por enseñarme cosas que no están en los libros.

A Carlos Alonso por apostar de nuevo por mí con ese gran entusiasmo que le caracteriza.

A Pablo Díaz González, por su inestimable ayuda en la corrección de Peña Amaya.

A Verónica Aranda, por haberle dado su toque de poetisa a los versos sobre la Kaórnika.

A Tere y Cuca, mi familia de Cabuérniga (no hay mejor cocido montañés que el vuestro).

A Luis Ángel Ruiz, un lector muy especial. Y, con él, a todos vosotros, lectores, que habéis vuelto a confiar en mí, que habéis decidido seguirme de nuevo en un viaje de papel a un tiempo remoto.

A todos vosotros: Gracias.

PEDRO SANTAMARÍA (Santander 1975). Es licenciado en derecho por la Universidad de Canterbury, Inglaterra, país donde ha vivido, estudiado y trabajado desde los catorce años.

Después de haber viajado a Taiwan, donde fue profesor de inglés y castellano, decidió volver a su tierra natal para establecerse definitivamente.

Autor de novelas de genero histórico: *Okela* (2011), *El águila y la lambda* (2012), *Peña Amaya* (2014), *Rebeldes* (2015), que le valió el premio Hislibris a Mejor Autor Español de Novela Histórica, *Godos* (2017), *Al servicio del Imperio* (2018) y *El ateniense* (2019).

A su faceta de escritor, se le une también la de traductor, con varias novelas en el mercado y artículos para revistas nacionales y extranjeras.

Notas

[1] Río Sella. <<

ÍNDICE DE CONTENIDO

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Nota histórica

Agradecimientos

Notas